



IMPEDIMENTA

IRIS MURDOCH

El unicornio

Traducción de Jon Bilbao

Prólogo de Ignacio Echevarría



EL UNICORNIO



Iris Murdoch

Traducción de Jon Bilbao



IMPEDIMENTA

PARTE UNO

CAPÍTULO UNO

—¿A qué distancia está?

—Veinticinco kilómetros.

—¿Hay algún autobús?

—No.

—¿Hay algún taxi en el pueblo o coche que pueda alquilar?

—No.

—Entonces ¿cómo voy a llegar?

—Puede usted alquilar un caballo aquí cerca.

—No sé montar a caballo —dijo exasperada— y, en cualquier caso, está mi equipaje.

Ellos la observaban con una curiosidad serena y distraída. Le habían dicho que la población local era «amistosa», pero aquellos hombres grandes y lentos, si bien no eran exactamente hostiles, carecían por completo de la capacidad de reacción propia de la gente civilizada. La habían mirado con extrañeza cuando les dijo adónde iba. Quizá esa era la razón.

Se daba cuenta ahora de lo estúpido e incluso desconsiderado de no haber anunciado su hora exacta de llegada. Le había parecido más excitante, más romántico y, en cierto modo, menos intimidatorio llegar por su cuenta. Pero ahora que el desastrado trencito que la había llevado desde el empalme de Greytown se había alejado tosiendo entre las rocas, tras dejarla rodeada por aquel silencio, convertida en motivo de atracción para aquellos hombres, se sentía indefensa y casi asustada. No esperaba semejante soledad. No esperaba el paisaje atroz.

—Ahí viene el coche del señor Scottow —dijo uno de los hombres señalando.

Ella miró a través de la bruma vespertina la desolada ladera de la colina, las terrazas escalonadas de piedra gris amarillenta, desnudas y monumentales. Segmentos erosionados de muro aquí y allá permitían intuir las vueltas y revueltas de una carretera empinada que descendía la colina. Para cuando vio el Land Rover que se acercaba, el grupo de hombres se había apartado de ella, y para cuando el vehículo entró en el patio de la estación, todos habían

desaparecido.

—¿Es usted Marian Taylor?

Con el alivio de volver a sentirse ella misma, aceptó el tranquilizador apretón de manos del hombre alto que se apeó del vehículo.

—Sí. Lo lamento. ¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—Como no dijo usted cuándo iba a llegar, pedí al jefe de estación de Greytown que estuviera atento y me enviara un mensaje con la furgoneta del correo cuando la viera esperar nuestro tren. La furgoneta llega a Gaze como poco media hora antes que el tren. Y pensé que no sería usted difícil de identificar. —Acompañó las últimas palabras de una sonrisa que convirtió el comentario en cumplido.

Marian se sintió reprendida pero a la vez bien cuidada. Le gustaba aquel hombre.

—¿Es usted el señor Scottow?

—Sí. Tendría que haberlo dicho. Gerald Scottow. ¿Son esas sus maletas? — Hablaba con un agradable acento inglés.

Ella lo siguió al vehículo, sonriente y decorosa, esperando causar buena impresión. El momento previo de miedo no había sido más que una tontería.

—Vamos allá —dijo Gerald Scottow.

Mientras él metía las maletas en la parte trasera del Land Rover ella vio en el interior en penumbra lo que al principio creyó que era un perro grande, pero que a continuación identificó como un chico muy guapo de unos quince años. El chico no se apeó, sino que la saludó inclinando la cabeza desde detrás del equipaje.

—Este es Jamesie Evercreech —dijo Scottow cuando ayudaba a Marian a acomodarse en el asiento delantero.

El nombre no le decía nada pero ella se preguntó al saludarlo si se trataría de su futuro alumno.

—Confío en que tuviera usted oportunidad de tomar un té decente en Greytown. Hoy cenaremos tarde. Es muy amable por su parte que haya decidido unirse a nosotros en este lugar olvidado de la mano de Dios. — Scottow puso en marcha el motor y el vehículo dio marcha atrás hacia la retorcida carretera.

—En absoluto. Estoy muy emocionada por venir.

—Supongo que es su primera visita. La costa está bien. Bella quizá. Pero el interior es espantoso. No creo que haya ni un solo árbol entre aquí y

Greytown.

Mientras Marian, que ya se había percatado de ello, buscaba una forma de convertirlo en un mérito, el Land Rover tomó una curva cerrada tras la que apareció el mar. Se le escapó una exclamación.

Era de un luminoso verde esmeralda vetado de púrpura oscuro. Islotes irregulares de un verde más claro y menos brillante, entreverados de sombras, asomaban de él rodeados por anillos de espuma. A medida que el vehículo continuaba trazando quiebros y ascendiendo, la escena aparecía y reaparecía, enmarcada por peñascos fisurados de roca gris que, ahora que estaba más cerca, Marian vio que estaban cubiertos de amarilla uva de gato y de saxífragas y de un musgo rosa y copetudo.

—Sí —dijo Scottow—. Bello, sin duda. Me temo que yo ya estoy acostumbrado, y contamos con muy pocos visitantes que nos permitan observarlo con nuevos ojos. Verá usted los famosos acantilados en un minuto.

—¿Vive mucha gente por aquí?

—Es un paraje despoblado. Como ve, apenas hay tierra. Y en el interior, donde sí la hay, es en forma de ciénagas. La población más cercana es Blackport, nada más que un deprimente pueblo de pescadores.

—¿No hay un pueblo en Gaze? —preguntó Marian, encogiéndosele un poco el corazón.

—Ya no. O apenas. Antes había algunas casas de pescadores y una especie de taberna. Un poco hacia el interior había un pequeño páramo y un lago, y la gente iba a cazar y a cosas así, aunque nunca estuvo realmente de moda. Pero una tormenta arrasó el sitio hace unos años. Se perdieron todas las embarcaciones de pesca y el lago se desbordó e inundó el valle. Fue un desastre bastante renombrado, a lo mejor leyó sobre ello. Y ahora el páramo no es más que otro trozo de ciénaga, y hasta los salmones han desaparecido.

Marian pensó, llevada por un presentimiento repentino, que a lo mejor Geoffrey tenía razón después de todo. Habían consultado juntos el mapa y él había meneado la cabeza. No obstante, Gaze figuraba señalado con tipos de tamaño considerable y Marian estaba convencida de que sería un sitio civilizado, con tiendas y un bar.

El entusiasmo y la desesperación se habían ido dando el relevo durante el último mes; ella se daba cuenta ahora de lo inocente que había sido imaginar su viaje como el inicio de una especie de felicidad. Geoffrey no había sido su primer amor, pero el sentimiento había tenido la intensidad de una primera

vez, junto con la profundidad y el esmero que surgen del buen juicio siempre presente. Ella ya no era, después de todo, tan joven. Estaba muy cerca de los treinta; y la impresión de que, hasta aquel momento, su vida solo había sido una serie de improvisados ensayos de puesta en escena la había llevado a dar la bienvenida del modo más rapaz a lo que por fin parecía un evento real. Decepcionada por completo, había afrontado la pérdida con intensa racionalidad. Cuando quedó claro que Geoffrey ni la amaba ni era capaz de hacerlo, decidió que tenía que irse. Se había acomodado, quizá mucho, en su trabajo de maestra de escuela. Ahora, de pronto, veía evidente que la misma ciudad, incluso el mismo país, no podía contenerla a ella y también a él. Marian admiró su propia crueldad. Pero se admiró incluso más por lo que vino a continuación: cómo, tras dejar de querer expulsar por completo a Geoffrey de su cabeza, de no tenerlo presente, descubrieron que, después de todo, podían seguir hablando de manera racional y amable. Ella fue generosa de una manera consciente. Le permitió consolarla un poco por haberlo perdido; y obtuvo la dolorosa gratificación de descubrirlo a punto de enamorarse en el momento en que ella, asombrosa, desgraciadamente, se empezaba a recuperar.

Lo había visto casi por casualidad, el curioso y pequeño anuncio. Geoffrey se había burlado de ella diciendo que solo estaba impresionada por un nombre ilustre y una fantasía de «vida sofisticada». Era cierto que le atraían el nombre, castillo de Gaze, y la remota región, con fama de hermosa. Una tal señora Crean-Smith solicitaba una institutriz con conocimientos de francés e italiano. Se mencionaba un salario elevado; sospechosamente elevado, dijo Geoffrey, incluso teniendo en cuenta lo solitario del lugar. Él se oponía al plan; en parte, notó Marian con ternura entristecida, por celos, por envidia al verla a ella rehecha tan pronto y dispuesta para la aventura.

Marian había escrito, enumerando sus títulos, y recibido una amistosa carta de alguien llamado Gerald Scottow. Siguió varias misivas más y el trabajo le fue ofrecido, pero sin que ella hubiera descubierto, ni tenido verdadero interés en indagar al respecto, la edad ni el número de sus futuros alumnos. Tampoco pudo deducir por la actitud del señor Scottow si se trataba de un amigo, un pariente o un criado de la señora Crean-Smith, en cuyo nombre escribía.

Marian volvió la cabeza disimuladamente para observar a Gerald Scottow. Era fácil porque se encontraba entre ella y el mar. También le habría gustado

volverse hacia atrás y mirar al chico cuya silenciosa presencia tanto la incomodaba, pero era demasiado tímida para hacerlo. Sin duda, Scottow parecía, empleando una terminología que haría a Geoffrey mofarse de Marian con paternalismo, un miembro de «la aristocracia». Su acento y modales proclamaban que no se trataba de un subordinado, y Marian conjeturó que podía ser un pariente o un amigo de la familia. Sin embargo, si vivía allí, ¿a qué se dedicaba? Era un hombre alto y atractivo con un rostro expresivo y delicado, de cutis terso, y había algo en él propio de las maneras de un soldado. Tenía una tupida mata de cabello castaño y crespo cuyos rizos llegaban hasta más abajo del cuello enrojecido, castigado por la intemperie. Los ojos pardos eran hermosos de un modo que se diría consciente. Parecía estar a comienzos de los cuarenta y quizá había empezado a ganar peso, dejando atrás la belleza anterior. Su aspecto era ahora más robusto, más cuadrado, algo rechoncho, aunque musculoso y no sin elegancia. Marian desplazó la mirada a las manos grandes e hirsutas que manejaban el volante. Se estremeció un poco. Se le había pasado por la cabeza la pregunta de si habría una señora Scottow.

—Ahí están los acantilados.

Marian había leído sobre los grandes acantilados de arenisca negra. Bajo la luz brumosa parecían más bien marrones, y la serie de inmensos contrafuertes se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista, estriados, perpendiculares al mar, inmensamente elevados, descendiendo en picado hasta sumergirse en el agua hirviente y blanca. Era el mar lo que parecía negro, entremezclado con la espuma como tinta con nata.

—Son maravillosos —reconoció Marian. Encontraba la vasta y oscura línea costera repelente y aterradora. Nunca había visto una tierra tan exenta de piedad hacia el hombre.

—Se afirma que son sublimes —dijo Scottow—. De nuevo, no puedo juzgar. Estoy demasiado habituado a ellos.

—¿Hay buenos sitios para nadar? —preguntó Marian—. Quiero decir, ¿se puede bajar al mar?

—Se puede bajar al mar. Pero aquí nadie nada.

—¿Por qué?

—Nadie nada en este mar. El agua está demasiado fría. Y este mar mata a las personas.

Marian, que era una nadadora experta, decidió ir a nadar a pesar de todo.

Los destellos causados sobre el agua por el sol en descenso la deslumbraron. Miró hacia tierra adentro, aún perturbadoramente consciente de la presencia del silencioso chico tras ella. La desnuda extensión de caliza cedía terreno, alzándose en terrazas nítidamente delimitadas que formaban unas mesetas bajas y gibosas, yacientes unas junto a otras como enormes monstruos fósiles. Unos pocos arbustos, escuálidos y rojizos, y avellanos inclinados hacia el este se aferraban a la roca, que el sol volvía de un amarillo pálido y granuloso.

—Un paisaje singular, ¿no es así? —dijo Scottow—. No del gusto de cualquiera, por supuesto. Pero debería usted ver esas rocas en mayo y junio. Están completamente cubiertas de gencianas. Incluso ahora, hay mucha más vegetación de la que parece a primera vista. Si busca, encontrará flores diminutas y extrañas, y plantas carnívoras. Y hay cuevas de lo más curiosas y ríos subterráneos. ¿Le interesan la geología, las flores y esas cosas? Veo que ha traído sus prismáticos.

—No entiendo de geología. Pensé que podría avistar pájaros, aunque en realidad tampoco sé mucho de pájaros.

—Yo no sé nada de pájaros, salvo de los que se cazan, pero podrá usted ver algunos curiosos por aquí. Cuervos y águilas doradas y cosas así. Confío en que le guste caminar.

—Sí, mucho. Supongo que aquí uno puede perderse fácilmente.

—No hay muchos puntos de referencia en el peñascal. Apenas hay nada vertical salvo megalitos y dólmenes. Es una tierra muy antigua.

La carretera había doblado hacia tierra adentro y serpenteaba entre afloramientos de piedra. El pavimento irregular dejó paso a un camino de grava repleto de baches. Scottow aminoró la marcha. Había algo oscuro delante, que resultó ser un pequeño grupo de burros. Entre estos había dos crías apenas más grandes que un fox terrier. El vehículo se abrió paso entre los animales, que se apartaron perezosos, caminando sobre las pezuñas hendidas. Soltaron unos extraños lamentos.

Marian aprovechó el encuentro con los burros para volverse y mirar al chico. Este le dedicó una sonrisa de singular dulzura, pero ella no llegó a verle bien la cara.

—Son unas bonitas bestezuelas —dijo Scottow—, pero preferiría que se mantuvieran fuera de las carreteras. Por suerte, hay poco tráfico. Aunque eso también significa que la gente conduce como el demonio. Hay un dicho por aquí: «Solo te encontrarás con un coche en todo el día, pero te matará».

Una curva del camino reveló de pronto, a lo lejos, una hermosa casa de grandes dimensiones. Su presencia era deslumbrante en mitad del paraje desnudo, y poseía, bajo la bruma luminosa, cierta apariencia de espejismo. Se alzaba junto al mar, sobre un promontorio, una gran casa del siglo XVIII, gris, de tres plantas. Marian había visto varias semejantes durante el viaje, pero siempre sin tejado.

—¿Es el castillo de Gaze?

—Me temo que no. Es Riders. Nuestro vecino más cercano. Gaze no es ni la mitad de grande. Confío en que no esté usted decepcionada. Todas las residencias señoriales de la zona acostumbra a denominarse castillos.

—¿Quién vive en Riders? —Dado el escaso censo, podía ser una cuestión de importancia.

—Un recluso interesante, un anciano erudito llamado Max Lejour.

—¿Vive solo en esa casa?

—Pasa el invierno solo, con la excepción del servicio, por supuesto. El invierno aquí es terrible y no todo el mundo puede soportarlo. En verano tiene visitas. Su hijo y su hija están ahora con él. Y hay un hombre llamado Effingham Cooper que viene a menudo.

Marian oyó un extraño sonido agudo tras ella. Se dio cuenta de que el chico se había reído. Se dio cuenta al mismo tiempo de que debía de ser mayor de lo que ella había imaginado. Aquella no era la risa de alguien de quince años. Se volvió rápidamente y vio ahora su rostro de manera más clara. Era un querubín pálido, un tanto echado a perder, de unos diecinueve años, con cabeza alargada y barbilla puntiaguda. Unos mechones lacios, largos y claros le colgaban sobre la frente y medio tapaban sus grandes ojos azules, claros e inteligentes, dándole una apariencia perruna. Se echó el pelo hacia atrás, abrió mucho los ojos y dedicó a Marian una sonrisa pícaro con la que la hizo sentir cómplice de una broma privada.

Scottow continuó hablando.

—Ese grupo, junto con nuestra pequeña banda, constituye toda la gente de bien que hay en cincuenta kilómetros a la redonda. ¿Verdad, Jamesie? —Hubo una leve aspereza en el tono. A lo mejor a Scottow le había molestado su risa.

Marian ansiaba averiguar quiénes formaban «nuestra pequeña banda». Bueno, para bien o para mal, lo sabría muy pronto.

—Me temo que ha venido usted a caer en un agujero espantoso, señorita Taylor. La mayoría de los campesinos son unos chalados, y el resto algo peor.

—El chico tenía una voz grata y suave, con un asomo de acento local.

—¡No se crea ni una palabra de lo que le diga! —intervino Scottow—. Jamesie es la luz que alumbra nuestros días pero también un incorregible fabulador.

Marian rio incómoda. No podía adivinar el papel de Jamesie. En realidad tampoco adivinaba cuál era el de Scottow.

Este, como si hubiera leído sus pensamientos, añadió:

—Jamesie tolera amablemente que yo conduzca el Land Rover.

—¿El coche es suyo? —preguntó Marian, y seguidamente se percató del error.

—No exactamente. Jamesie ejerce como nuestro chófer y habitualmente nos soporta y nos anima cuando nos ponemos melancólicos.

Marian se sonrojó. ¿Tendría que haberse dado cuenta de que Jamesie era un «sirviente»?

—Aquí comienza la propiedad. Verá usted un dolmen increíble a su izquierda en un minuto.

La gran casa quedaba ahora fuera de la vista, oculta tras un domo calizo. El paisaje se había vuelto un poco más amigable, y una variedad de hierba pequeña y de tonalidad reseca y pajiza, o quizá un tipo de liquen velludo, formaba parches de color azafrán entre las rocas. Unas ovejas de rostro negro y luminosos ojos ambarinos aparecieron de pronto sobre un pequeño peñasco, y tras ellas el dolmen, contra un cielo verdoso. Dos inmensas rocas dispuestas en vertical soportaban una vasta losa que asomaba un buen trecho por cada lado. Era una extraña estructura asimétrica, en apariencia carente de propósito si bien cargada de un terrible significado.

—Nadie sabe quién lo erigió ni cuándo ni por qué, ni siquiera cómo. Esas cosas son muy antiguas. Pero por supuesto es usted una persona instruida, señorita Taylor, y sabrá mucho más al respecto que yo. Después del dolmen comienza la ciénaga, que se extiende durante kilómetros. Y ahora, ahí tenemos Gaze.

Cuando el coche empezó a descender, Marian divisó en la ladera de la colina de enfrente una gran e imponente casa gris, con fachada almenada y ventanas altas y estrechas que brillaban con la luz proveniente del mar. Estaba construida con la piedra caliza local y brotaba del paisaje un tanto a semejanza del dolmen, integrada en el mismo pero a la vez sin formar parte de él.

—No es una belleza, me temo —lamentó Scottow—. Siglo XIX, por supuesto. Aquí había una casa más antigua, pero ardió como la mayoría. La terraza del XVIII se conserva, y los establos. Ese es nuestro pequeño río. Ahora no parece muy peligroso, ¿verdad? Y ese es el pueblo, lo que queda de él.

El vehículo aminoró la marcha y pasó despacio sobre un largo puente de madera que cruzaba un canal de piedras grandes, moteadas y prácticamente esféricas. Un hilo de agua de color jerez se abría camino, errático, entre las piedras y, en las proximidades del mar, se ensanchaba dando lugar a una laguna poco profunda y de superficie agitada por el viento, bordeada por marañas de algas amarillas brillantes. Unos pocos *cottages* enjalbegados de una sola estancia se acurrucaban formando un grupo desordenado cerca de la carretera. Marian se fijó en que algunos no tenían tejado. No había nadie a la vista. Más abajo y a lo lejos, enmarcado por los negros y perpendiculares acantilados, cuya altura era ahora evidente, estaba el mar dorado. La casa, Riders, volvía a ser visible tras ellos. El vehículo empezó a subir la otra falda del valle.

A Marian la dominó de pronto un pánico atroz y paralizante. La asustaba mucho la idea de llegar. Pero era más que eso. Temía las rocas y los acantilados y el grotesco dolmen y las cosas antiguas y secretas. Sus dos acompañantes ya no le parecían tranquilizadores sino increíblemente extraños e incluso siniestros. Se sintió, por vez primera en su vida, completamente aislada y en peligro. Por un instante estuvo a punto de desmayarse de terror.

A modo de llamada de auxilio dijo:

—Estoy muy nerviosa.

—Sé que lo está —afirmó Scottow. Sonrió, sin mirarla, y sus palabras volvieron a tener un timbre protector—. No debe estarlo. Pronto se sentirá como en casa. Somos un grupo inofensivo.

Volvió a oír tras ella la aguda risa del chico.

El coche pasó a trompicones sobre una valla para el ganado derribada y atravesó un inmenso arco almenado. Un *cottage* para el guardés, sin cristales en las ventanas, se erigía en un paraje agreste de arbustos castigados por el viento. La desigual senda de grava, erosionada por la lluvia e invadida de maleza, trazó una curva a la derecha y ascendió hacia la casa. Después del terreno rocoso y seco, la tierra allí estaba húmeda y era más oscura, cubierta por parches de hierba tiesa de un vivo verde. Fucsias rojas en flor salpicaban la ladera entre matas de rododendro desaliñadas y oscuras. La vía dio una

nueva curva y la casa apareció más cerca. Marian divisó la balaustrada de piedra de una terraza que la rodeaba por completo y la alzaba a una buena altura sobre la tierra turbosa. Había un muro de piedra gris más allá y se insinuaba un jardín descuidado con unos pocos abetos mustios y una araucaria. El coche se detuvo y Scottow apagó el motor.

Marian se sintió consternada por el súbito silencio. Pero el pánico irracional había quedado atrás. Ahora estaba asustada de un modo convencional: estómago revuelto, timidez, enmudecimiento, y era horriblemente consciente de su entrada en un mundo nuevo.

Scottow y Jamesie llevaron las maletas. Sin mirar las ventanas vigilantes, ella los siguió por los escalones conducentes a la terraza, de losas resquebrajadas y entre las que crecían hierbajos, por el porche de piedra, grande y ornamentado, y a través de las puertas batientes de cristal. Dentro el silencio era de una variedad distinta, y estaba oscuro y hacía más bien frío y había un olor dulzón a cortinas y humedad viejas. Dos doncellas con altas cofias de encaje y pelo negro y grasiento, que no dejaban de lanzarle miradas de soslayo, se acercaron por su equipaje.

Jamesie había desaparecido en la oscuridad. Scottow dijo:

—Imagino que querrá usted asearse. No hay prisa. Por supuesto, no nos cambiamos para cenar, no muy en serio, quiero decir. Las doncellas le enseñarán su habitación. Quizá le apetezca a usted bajar en media hora o así. La estaré esperando en la terraza.

Las doncellas se apresuraban ya escaleras arriba con el equipaje. Marian las siguió a través de la semioscuridad. Los suelos estaban en su mayor parte desnudos de alfombras y desnivelados, crujían, producían ecos, pero había suaves colgaduras, cortinas en arcos y tenues tejidos semejantes a telas de araña que pendían en puertas y rincones y se le enganchaban en las mangas al pasar. Finalmente fue conducida a una habitación tomada por la luz del atardecer. Las doncellas desaparecieron.

Cruzó la habitación para asomarse a la ventana. Ofrecía una amplia vista del valle, hasta Riders y el mar. Este tenía ahora un tono azul pavo real y los acantilados, negro azabache, y disminuían en la distancia hasta donde las lejanas islas volvían a ser visibles sobre un cielo ámbar oscuro. Miró y suspiró, olvidándose de sus inquietudes.

El estuche con los prismáticos nuevos colgaba de su cuello. Enfrascada en contemplar el paisaje, los sacó con torpeza. Eran un juguete encantador.

Apuntó con ellos al valle. El puente de madera apareció asombrosamente próximo, y el círculo mágico remontó despacio la colina hacia la casa de enfrente. Llegó a un muro y distinguió la textura desigual de la piedra, sobre la que el sol en declive caía oblicuo y formaba pequeñas sombras; y a continuación, de manera inesperada, una balaustrada de piedra, como la de Gaze, y tras ella una ventana con los postigos echados. Desplazó los prismáticos lentamente y se detuvo en un grupo de alegres sillas de jardín y una mesa con una botella encima. Al momento siguiente estaba mirando a un hombre. Se encontraba de pie en la terraza y la miraba a los ojos a través de unos prismáticos enfocados sobre Gaze. Marian dejó caer los suyos y se apartó a toda prisa de la ventana. El pánico regresó.

CAPÍTULO DOS

—La señora Crean-Smith no puede recibirla aún —dijo Gerald Scottow—. ¿Sería tan amable de esperar aquí mientras busco a los demás?

Marian no se había demorado en el piso de arriba. Recuperada del miedo, había inspeccionado rápidamente su habitación, apreciando el escritorio dieciochesco, agradecida por las estanterías vacías y barnizadas, satisfecha con los mullidos sillones de cretona, suspicaz ante el imponente armazón de la cama, cuyos mellados pomos de latón brillaban como oro bruñido, y espantada por los grabados coloreados, en extremo chillones, que colgaban de las paredes y de los que esperaba que a nadie le importara si los retiraba. Se lavó con rapidez, tras encontrar en un lavamanos de azulejos verdes y ocres una palangana y una jarra floreada llena de agua tibia. Se aventuró nerviosa en el pasillo silencioso y mal ventilado, y encontró cerca un aseo con un enorme asiento de caoba, que parecía haber sido calentado por muchas generaciones de beneficiarios; la taza era ancha y poco profunda, y estaba adornada con guirnaldas de flores. No supo si sentirse complacida o desconcertada al descubrir que hacía juego con su jarra y palangana.

Se puso apresuradamente un vestido y examinó su aspecto en un bonito espejo de satín. No había espejo de cuerpo entero. Se empolvó la larga nariz y peinó hacia atrás el cabello corto, liso y oscuro. Su cara, de rasgos demasiado grandes para calificarse de «bonita», podía pasar, creía ella, por «bien parecida», o al menos por tener «carácter». Pero también había que considerar su expresión. Geoffrey le había dicho a menudo que parecía malhumorada y agresiva. No debía ofrecer ese aspecto ahora. Él le dijo en una ocasión: «Deja de sentirte defraudada por la vida. Acepta lo que te ofrece y úsalo. ¿Nunca vas a ser realista?». Bien, fuera lo que fuera lo que hubiera allí, ella lo aceptaría con toda su devota atención. A lo mejor la era del realismo estaba comenzando. A lo mejor había estado en lo cierto al pensar que, junto con su amor por Geoffrey, los preliminares habían concluido. No obstante, con una repentina y horrible impresión de soledad, con una repentina nostalgia por el afectuoso mundo dejado atrás, se dio cuenta de que deseaba desesperadamente sentirse necesitada y querida por la gente de Gaze. Serenó la expresión, cobró

cuanto coraje pudo y bajó las escaleras.

Scottow la había hecho pasar a un amplio salón en la planta baja donde ahora aguardaba sola, toqueteando un cigarrillo sin encender y poco ansiosa por conocer a «los demás». La estancia olía de manera siniestra a tiempos pasados, y estaba gélida y oscura en el templado atardecer de septiembre. Dos altas ventanas de guillotina, que casi llegaban al suelo, y una puerta acristalada comunicaban con la soleada terraza. Estaban cubiertas por visillos plisados de encaje blanco, no del todo limpios. Unos gruesos cortinones rojos, rígidos como columnas estriadas, emitían un aroma polvoriento, y la alfombra parda y amarilla desprendía nubecillas con cada paso. Un mueble de caoba que albergaba un espejo coronaba la chimenea y casi alcanzaba el techo en penumbra con su serie convergente de repisas y compartimentos, en los que se apiñaban pequeños y complejos objetos de latón. Un gran piano negro azabache estaba rodeado por una tropa de mesitas, cubiertas por tapetes de terciopelo bordado que llegaban hasta el suelo. Entre el batiburrillo, objetos de cristal tallado brillaban acá y allá, y una librería con formidables puertas albergaba borrosas hileras de volúmenes encuadernados en piel, sobre baldas ribeteadas de cuero. Lo atestado de la estancia sugería que no se empleaba con frecuencia. Fueran quienes fueran los niños, no entraban allí.

Marian echó con cautela un vistazo en derredor. Había una luz amarillenta, proveniente de la puesta de sol, y una extrema quietud. Sin embargo, la habitación parecía vigilante, y ella casi temió descubrir que había pasado por alto a alguien que permanecía en silencio en un rincón. Sin hacer ruido, buscó una cerilla para su cigarrillo. Había una fosforera de plata deslustrada sobre una de las mesas cubiertas de terciopelo, pero ninguna cerilla. Tanteó junto a la puerta en busca del interruptor de la luz, sin encontrarlo; solo consiguió desprender un trozo del empapelado de flores. Se le ocurrió que, por supuesto, en Gaze no había luz eléctrica. Para centrar la atención en algo y calmar los nervios, se acercó a la librería e intentó leer los títulos de los libros, pero el cristal estaba demasiado sucio y la habitación demasiado oscura. Trató de abrir la librería.

—Está cerrada —dijo una voz detrás de ella, muy cerca.

Marian se volvió de un brinco. Había una mujer alta junto a ella. No pudo verle la cara con claridad, pero parecía tener el cabello gris claro o muy rubio o incoloro, recogido en un moño. Llevaba un vestido negro con cuello y puños blancos de encaje.

A Marian el corazón le latía con tanta fuerza que a punto estuvo de desmayarse.

—¿Señora Crean-Smith?

La tranquilizadora voz de Gerald Scottow llegó desde detrás de ella.

—Es la señorita Evercreech. Señorita Evercreech, la señorita Taylor.

Un resplandor asomó por el umbral y tres doncellas de negros cabellos entraron portando grandes lámparas de aceite con pantallas de cremoso cristal opaco. Las colocaron en varias mesas. El escenario se tornó diferente, más cerrado, sombrío, y los presentes se acercaron entre sí. Marian vio ahora bien a la señorita Evercreech. Era delgada, con rostro estrecho, muy pálido, de pómulos elevados y ojos oleosos azul claro y boca ancha y tenue. El color de su pelo seguía siendo difícil de determinar. Lo mismo que su edad. Podía tener cuarenta o sesenta. Contemplaba a Marian sin sonreír, frunciendo levemente el ceño, con una intensidad que si bien era un poco alarmante no llegaba a ser hostil.

—La señorita Evercreech es la hermana de Jamesie, por supuesto —informó Scottow—. Su hermana mayor, prácticamente su madre.

—No sé por qué dices «por supuesto», Gerald —protestó la señorita Evercreech, aún observando a Marian con fijeza—, ni por qué te permites semejantes referencias a mi edad frente a una extraña.

—¡Vamos, vamos, Violet! —dijo Scottow. Parecía un poco incómodo en su presencia—. En cualquier caso, la señorita Taylor no es una extraña. Es una de los nuestros, o lo será pronto.

La señorita Evercreech guardó silencio un momento, tras lo que concluyó su estudio del rostro de Marian.

—¡Pobre niña! Gerald, ¿dónde está la llave de la librería? La señorita Taylor quiere ver qué hay dentro.

—No, no se preocupe, de veras... —dijo Marian.

—No tengo ni idea —contestó Scottow—. Nunca se ha abierto, que yo sepa.

—Tiene que haberse abierto, querido, para poner dentro los libros. La llave puede estar en uno de esos cuencos de latón. O eso me parece recordar. ¿Podrías bajarlos, por favor?

Con una mirada de leve resignación que Marian interpretó como un mensaje privado para ella, Scottow comenzó a bajar los adornos de latón de uno en uno y a dejarlos en una mesa donde la señorita Evercreech extrajo de ellos una miscelánea de botones, clips, colillas, gomas elásticas y lo que parecía un

soberano de oro, que se guardó en un bolsillo. La llave apareció por fin en el cuévano de un burro de latón y la señorita Evercreech se la tendió a Marian que, rígida por el embarazo, la hizo girar en la cerradura y fingió mirar el contenido de la librería, puesto que parecía ser lo que se esperaba de ella.

—¿Todo bien, mi niña? —preguntó la señorita Evercreech.

—Sí, gracias, de veras, sí —respondió Marian, que apenas podía discernir si estaba siendo mimada o castigada.

—¿Ya está Hannah lista para recibirla, Gerald?

—Todavía no.

La señorita Evercreech tomó de pronto a Marian de la mano, se la apretó con fuerza y la condujo a la ventana. La hizo situarse tan cerca del cristal que el hombro de la chica se hundió en el visillo de encaje, que liberó un olor a viejo y a polvo. Fuera, el atardecer era todavía luminoso, con los colores sobredorados, y una puesta de sol naranja y púrpura adquiría forma sobre el mar. Pero Marian no se atrevió a apartar los ojos del rostro escrutador, iluminado ahora como en un pequeño escenario.

—¿Cuál es su religión, mi niña?

—No tengo religión. —Se sintió culpable por ello, y también por desear con tanta intensidad liberar la mano. Apartó el visillo del hombro de un tirón.

—Puede que le parezcamos un poco raros al comienzo, pero pronto encontrará su sitio entre nosotros. No lo olvide. Si quiere o necesita algo en esta casa, acuda a mí. No molestamos a la señora Crean-Smith con detalles prácticos.

—Hannah la verá ahora —informó la voz de Scottow entre las lámparas.

La señorita Evercreech retuvo aún la mano de Marian, estrujándola un poco.

—Volveremos a encontrarnos pronto, Marian. Te llamaré Marian. Y más adelante tú me llamarás Violet. —El tono hizo que sonara casi como una amenaza. Soltó su mano.

Marian murmuró unas palabras de agradecimiento y se apartó apresuradamente. Había encontrado el grado de atención casi intolerable. Se volvió con alivio hacia la amistosa figura de Scottow.

Como si quisiera cambiar el tono del encuentro, este dijo animadamente:

—Allá vamos. ¿No se deja nada aquí, el bolso o alguna otra cosa? Me temo que no usamos esta habitación muy a menudo y a veces está cerrada con llave. Ahora sígame, ¿querrá usted?

Salieron al recibidor, donde la luz naranja de fuera volvía el interior borroso

y radiante. En ese momento un hombre entró procedente de la terraza por las puertas acristaladas.

—Ah, Denis, eres tú.

—Sí, señor.

—La señorita Taylor ya está aquí. Señorita Taylor, este es Denis Nolan.

Una doncella pasó llevando una de las lámparas de aceite. El salón volvía a quedar a oscuras. A la luz pasajera, Marian vio a un hombre más bien bajo, de la estatura de ella, que sostenía un gran cuenco de estaño. Tenía el cabello negro y los ojos azules característicos de la región. De hecho, Marian vio, cuando él se volvió hacia ella antes de que llegara la luz de la lámpara, que los ojos eran azul zafiro. Él habló con un fuerte acento local y parecía, pensó ella, enfurruñado y servil.

—Denis es mi mejor empleado —siguió diciendo Scottow—. Lleva nuestras cuentas e intenta mantenernos fuera de los números rojos. ¿Verdad, Denis?

Denis gruñó.

—¿Qué tienes ahí, Denis? O debería decir, ¿a quién tienes ahí?

El hombre mostró el cuenco y Marian vio con un pequeño estremecimiento de sorpresa que contenía agua y un pez de colores de tamaño considerable.

—Nariz de Fresa.

—¿Nariz de Fresa va a tomar un baño de sales?

—Sí, señor. —El hombre no sonrió.

Sonriendo por los dos, Scottow explicó:

—A Denis se le dan muy bien los peces. Mañana tiene usted que ver sus estanques. Son una de nuestras escasas diversiones. Y ahora, subamos. La señora Crean-Smith espera.

Sumamente nerviosa, Marian siguió a Scottow por la escalera casi a oscuras, pasó junto a una lámpara que brillaba débilmente en el descansillo, como en un altar, y continuó un trecho más, hasta una gran puerta de doble hoja que él procedió a abrir con cuidado. Pasaron a una antesala en penumbra y Marian vio una línea de luz dorada enfrente. Gerald Scottow llamó a la puerta.

—Adelante.

Él entró con deferencia y Marian lo siguió.

La habitación estaba brillantemente iluminada por gran cantidad de lámparas, y las cortinas se hallaban corridas a pesar de que quedaba claridad fuera. Marian se encontraba deslumbrada por la tersa inundación de luz y por el miedo.

—Aquí está —dijo Scottow en voz baja.

Marian cruzó una gruesa alfombra hacia alguien situado en el extremo más alejado de la habitación.

—Ah..., bien...

Marian, sin pensar en ello, había esperado a una mujer de avanzada edad. Pero la persona que tenía delante era joven, quizá apenas mayor que ella, y, si bien no exactamente hermosa, sí era extraordinariamente encantadora. Poseía una melena dorada rojiza y ojos de casi la misma tonalidad y un rostro ancho, pálido y pecoso. No llevaba maquillaje. Vestía un traje suelto de seda amarilla bordada que podría ser tanto un atuendo de fiesta como una bata.

Marian aceptó la mano pálida y pecosa que le fue ofrecida y murmuró estar encantada. Era consciente de un olor familiar y penetrante que no pudo ubicar, y de que ella no era la única que se hallaba emocionada en la estancia.

—Es maravilloso que haya venido usted —dijo la señora Crean-Smith—. Confío de veras en que no le importe verse encarcelada con nosotros, a kilómetros de cualquier otro lugar.

—Yo también lo confío —contestó Marian, tras lo que se dio cuenta de que sus palabras eran descorteses. Añadió—: A nadie le importaría verse encarcelado en un sitio tan encantador. —Eso también sonó descortés, así que añadió—: No sería un encarcelamiento.

Detrás de ella, Scottow dijo:

—Hannah.

Marian se retiró contra una pared para que los otros dos pudieran verse.

—Esperaba que quisieras cenar algo en compañía de la señorita Taylor.

—Sí, por favor, Gerald, si no hay inconveniente. ¿Te importaría preguntárselo a Violet? No quiero causar problemas, pero eso estaría muy bien y estoy segura de que la señorita Taylor está hambrienta. ¿No es así, señorita Taylor?

Marian, que sentía el estómago revuelto, dijo:

—Bueno, sí, pero cualquier cosa...

Siguió un breve silencio. Luego Scottow hizo una reverencia y se retiró, y Marian se despegó de la pared.

—Seguimos unos horarios extraños, me temo. No tenemos a nadie a quien complacer, salvo a nosotros mismos. ¿Ha tenido un buen viaje? Me temo que es muy soso hasta que se llega a las montañas. Acérquese al fuego. Las noches ya son frías.

Un pequeño fuego de turba ardía en una gran chimenea y había bonitas piezas de porcelana sobre la repisa de mármol negro. Había gran número de espejos, algunos hermosos, pero ningún cuadro y solo unos escasos y bien ordenados elementos de adorno. Era evidente que los dos jarrones de latón con plumeros y lunaria seca llevaban mucho tiempo allí. La habitación estaba en mal estado y era anticuada de un modo pesado, como la estancia de abajo, pero estaba inmensamente habitada, casi demasiado; y Marian se sintió encerrada, amenazada casi, por el círculo de sillones desteñidos con libros y papeles apilados encima. Se fijó en la fotografía de un hombre de uniforme, sobre un escritorio con cubierta de cuero y atestado de papeles manuscritos. Se reunió con su patrona al lado del fuego y se miraron una a la otra.

Marian vio que la señora Crean-Smith estaba descalza. Eso definía su atuendo amarillo como una bata; y junto con tal aclaración le sobrevino una impresión general de leve desaliño: el cabello despeinado, las uñas no del todo limpias, la adorable cara un poco fatigada, un poco cetrina y grasienta, como la de una persona que llevara enferma largo tiempo. Marian se preguntó si la señora Crean-Smith no padecía en efecto alguna enfermedad, y experimentó un tenue y culpable sentimiento de rechazo. Sin embargo, sintió también alivio e inmediato agrado. Aquella persona era inofensiva.

—Espero que le guste su habitación. Si necesita algo, no dude en pedirlo. Por favor, siéntese. ¿Le apetece un poco de whisky?

—Gracias. —Marian se dio cuenta entonces de que la habitación olía a whisky.

—Ahora tiene que hablarme un poco de usted. Pero supongo que también tendrá preguntas. Este sitio debe de parecerle muy extraño.

—No puedo evitar preguntarme —dijo Marian— por mis alumnos. A lo mejor tendría que haber preguntado antes. El señor Scottow no decía nada en sus cartas.

—¿Sus... alumnos?

—Los pequeños, a los que voy a enseñar, los niños.

La mirada de la señora Crean-Smith se vació de expresión de un modo que asustó a Marian. ¿Se había producido algún terrible y grotesco error?

La señora Crean-Smith, abandonada su anterior expresión, se acercó a la licorera llena de whisky.

—Aquí no hay niños, señorita Taylor. El señor Scottow tendría que habérselo explicado. Yo soy la persona a la que va a enseñar.

CAPÍTULO TRES

Queridísima Marian, esperaba enviarte una carta para que la recibieras tu primer día allí, pero he estado atrozmente ocupado con los exámenes y el trabajo de la campaña. No sé con exactitud cuánto tarda una carta en llegar a un sitio tan lejano como donde estás. Apuntaré el día y la hora de envío de esta y si me dices en qué momento llega podremos elaborar una hipótesis de trabajo. Confío en recibir una carta tuya razonablemente pronto. He estado consultando libros y mapas y en cuanto tenga un segundo trazaré algunos itinerarios sencillos. Hay reliquias prehistóricas que tienes que ver sin excusa. Dime, por cierto, si quieres que te envíe tu bici. Creo que fuiste una tonta al irte sin ella.

Envidio tus avistamientos de aves más que la vida social. A propósito de lo primero, ya he envuelto y mañana enviaré por correo los dos libros de pájaros que querías, y también uno sobre caracolas y otro sobre formaciones calizas. (¡De lo más curioso e interesante!) ¡Por favor, acéptalos como un regalo! A propósito de la vida social, espero que la estés disfrutando y que tu guardarropa esté a la altura. (Tu vestido azul es adecuado para cualquier evento, en mi humilde opinión.) ¿Cómo son los pubs? ¿Puedes ir? ¿Cómo son los niños y, más importante, de qué les das clase? Espero que no sean unos pequeños imbéciles. Si no puedes soportarlo, dímelo y te enviaré un cable diciendo que ha muerto alguien.

Escribo esta carta a toda prisa porque tengo que ir al cuartel de la campaña para las tareas habituales. Espero que seas feliz, querida Marian, y que no te preocupes por este inútil. Pero ¡no me olvides! Tengo tan pocos amigos de verdad que no puedo prescindir de ti.

Me voy corriendo. Una chica gorda con pinta lasciva que se llama Freda no sé qué, a la que conocí en una fiesta de la campaña y que dice que te conoce, me insistió para que te enviara recuerdos, lo que ahora hago. Dios, qué cansado estoy, y el curso solo acaba de empezar. Qué bien que estés lejos de esto. *Floreas*, y no dejes de contarme lo más sórdido.

Siempre con amor,
Geoffrey

* * *

Querido, querido Geoff, no imaginas lo contenta que me puso recibir tu carta. No es que esto sea espantoso, pero es muy solitario. Después de solo cinco días empiezo a olvidarme de quién soy. No sé cómo los lugareños conservan la cordura y conjeturo que no lo hacen. Déjame contarte cómo es.

Para empezar, ¡no hay niños! Se supone que tengo que «dar clase» a la propia señora Crean-Smith, lo que significa leer un poco en francés y más adelante puede que enseñarle italiano. Sospecho, y ellos más o menos lo han admitido, que en realidad querían una «dama de compañía» y en el anuncio solicitaron una «institutriz» para conseguir una que fuera inteligente. Aprecio su astucia y no me siento estafada. La señora Crean-Smith es joven y bella y tiene un aire espiritual, como el que podría tener un vidente. Está también un tipo montaraz y aficionado a la caza, llamado Scottow (el que me escribió), que es absolutamente encantador y normal y parece una especie de alguacil-familiar-amigo. Está además una mujer horripilante llamada Evercreech que es una especie de ama de llaves (¡aquí todo es «una especie de»!) y, especulo, una especie de pariente lejana de la señora C-S. Su hermano, Jamesie (*sic*) Evercreech hace de chófer. Al principio pensé que era un chófer sin más pero ahora supongo que no, pues es un pariente. No sé si hay un señor Crean-Smith, pero nunca se le menciona, por lo que asumo que la señora es viuda. Están también un lúgubre empleadillo llamado Nolan y un montón de doncellas vestidas de negro, que te miran de reojo y tienen un acento incomprensible. (Una me trajo tu carta. Viernes, 4:30. No tengo ni idea de cómo ha llegado hasta aquí y al pensarlo me parece milagroso. Por favor, escribe a menudo.) *No grandeur!* El «castillo» es una gran casa victoriana con nada alrededor salvo unos pocos *cottages* y otra residencia noble. ¡El pub más cercano está en Blackport y no permite la entrada a mujeres! Por suerte, en Gaze el whisky corre como el agua. Todo el mundo bebe un montón y se va temprano a la cama. Si empiezo a enloquecer, te avisaré.

Ahora tengo que dejarte. Me voy a nadar. ¡Mis tareas no son lo que se dice arduas! Incluso espero que alguien me proponga aprender a montar. (¡A caballo, ya sabes! Hay caballos. El otro día vi cabalgar al señor Scottow y a Jamesie. ¡Tuve envidia!) Esa tal Freda tiene que ser Freda Darsey, una chica agradable y callada, ¡para nada lasciva! Fui al colegio con ella. Dale recuerdos. Espero que la campaña vaya bien. No he visto un periódico desde que llegué, me doy cuenta ahora, ¡ni los he echado de menos! A lo mejor empiezo a verme *influenciada*. Todo parece muy lejano, pero no tú, espléndidamente presente en tu carta y presente en mi corazón. No me preocupo. Y tú no te preocupes por mí, querido. Te envío un abrazo. Escribiré pronto.

Con amor,
M.

P.S. El señor Scottow dice que hay águilas doradas, pero no creo que él reconozca ningún pájaro al que no pueda disparar para luego comérselo.

Marian concluyó la carta, la metió en un sobre y se preguntó qué hacer para enviarla. Abajo, en el recibidor, había una caja anticuada con el letrero «Cartas» e información sobre las tarifas postales de hacía cincuenta años, pero no parecía seguro limitarse a dejar allí su misiva sin hacer más averiguaciones. Decidió preguntar a Jamesie a la hora del té. Preparó la ropa de baño.

Era todavía media tarde. En Gaze la gente se retiraba a sus habitaciones después de la comida y no volvía a saberse de ellos hasta las cinco. Presumiblemente dormían. Marian estaba sorprendida por cuánto parecían dormir, dado que a la noche se retiraban a las diez; y dos noches en que había salido a pasear a la terraza no había visto luces.

La lealtad de Marian hacia sus patrones le impedía admitir que estaba decepcionada. Esperaba algo más. Intuía que siempre había deseado cierta ceremonia colorida, inspiradora y formal, cierta vida distinguida que por el momento la había eludido. Ella nunca había sabido realmente cómo vivir, nunca había sido capaz de desplegar su personalidad; y la sociedad en que había vivido hasta entonces no la había ayudado. Carecía de gracia, carecía de estilo, lo sabía. Aunque parecía ser aceptada tal como era, se había sentido injustamente rebajada y asustada hasta el extremo de volverse introvertida. En momentos de autoexamen, que para Marian eran frecuentes, se había preguntado si su deseo de una vida social más estable y en la que se sintiera segura de sí misma no era mero esnobismo, y no había estado segura de la respuesta. Su amor por Geoffrey, que pertenecía tan por completo a su mundo anterior, siendo de hecho uno de sus elementos soberanos, había parecido al principio una justificación de ella misma y de aquel mundo, que bajo su influencia había brillado de forma tan positiva. Pero después de Geoffrey, ella había encontrado su vida tan vacía y su trabajo tan amargo que el antiguo, y solo comprendido a medias, deseo de algo más había crecido hasta convertirse en el frenesí que la espoleó a partir y que ella tanto había agradecido y hasta admirado.

Había parecido el fin de la timidez. Marian provenía de una familia tímida que vivía con sigilo en una pequeña ciudad de las Midlands, donde su padre era propietario de una tienda de comestibles. Los primeros recuerdos de Marian eran de la tienda. A veces se sentía como si la hubieran enviado allí en una caja de cartón con el cartel: «Este lado hacia arriba». De hecho, una caja así le había servido de cuna. Era hija única. Tenía cariño a sus padres y, hasta donde sabía, no le causaban vergüenza; pero era su miedo permanente acabar pareciéndose a ellos. Ser inteligente, a este respecto, no suponía nada. La universidad fue para ella una competición, más que un escenario social; de nuevo, a causa de su timidez.

Así que había pensado en Gaze como un nuevo comienzo; y si estaba decepcionada no era, intuía, por la ausencia de ceremonia, ni siquiera por la ausencia de compañía y diversión, sino por una profunda carencia de seguridad en sí mismo del propio lugar. Este, de algún modo, se parecía extrañamente a ella, también era nervioso. Su silencio no era sereno sino carente de propósito, y la soñolienta y renqueante rutina hablaba más de cierta futilidad que de la *insouciance* feudal que Marian todavía trataba de percibir. Los días parecían inmensamente largos y su simple diseño le resultaba monstruoso, como si la monotonía fuera inherente y no circunstancial. Siempre daba la impresión de oírse una especie de música torpe y distante. Su jornada empezaba a las nueve con el desayuno, llevado a su habitación por una doncella nada comunicativa y que la miraba de soslayo. Alrededor de las diez y media iba a la habitación de la señora Crean-Smith y permanecía allí parte de la mañana. Por el momento se habían limitado a charlar y discutir posibles lecturas. La señora Crean-Smith, más culta y aguda de lo que Marian había esperado en un principio, no parecía tener mucha prisa por ser instruida, y no correspondía a Marian, cuyo deseo de instruir era siempre considerable, forzar el paso. Comía sola de nuevo en su habitación y quedaba libre de tareas hasta las cinco, hora a la que se servía un copioso té en la habitación de la señorita Evercreech. La señora Crean-Smith no hacía acto de presencia en esa ceremonia, que reunía a Scottow, Jamesie y en ocasiones a Nolan, y que discurría con torpe alegría. La señorita Evercreech daba importancia a la asistencia de Marian y parecía ver el encuentro como una afirmación de su soberanía. Scottow asistía un poco condescendentemente, Jamesie soltaba risitas y Nolan guardaba silencio. Marian hablaba con esfuerzo; aun así, aguardaba la ocasión. Era lo más cercano a la vida social que ofrecía Gaze,

por el momento. Alrededor de las seis y media volvía a reunirse con la señora Crean-Smith, que para entonces había empezado con el whisky, y a las ocho y media cenaban juntas. A las nueve y media la señora Crean-Smith estaba bostezando y lista para acostarse.

No era lo que se dice un entorno alegre ni un escenario tranquilizador, y había momentos, tarde por la noche, en que Marian se sentía extrañamente asustada, aunque nunca volvió a darse el pánico del primer día. La gente de Gaze no estaba exactamente aburrída, pero padecía, incluso Gerald Scottow, una ansiedad que ella relacionaba con lo solitario del lugar. Dos cosas, no obstante, servían a Marian de sólido apoyo. Una era su enorme curiosidad. Había numerosas fuentes de extrañeza en la gran casa absorta en sí misma y Marian era todavía incapaz, a veces de manera desconcertante, de discernir las relaciones entre sus moradores. También sentía curiosidad acerca de Riders y estaba sorprendida de que hasta el momento nadie hubiera dicho nada sobre mantener trato con la otra casa, ni de hecho, aparte de lo que Scottow le había contado el primer día, nada en absoluto que tuviera que ver con la otra casa.

Lo otro que le prestaba sostén, y esto más firmemente, era la impresión de que la señora Crean-Smith estaba muy satisfecha con su presencia allí. Marian quería y necesitaba amar y ser amada; y estaba más que dispuesta a sentirse unida a su patrona, a quien encontraba delicada e insegura de una manera encantadora. Era tal inseguridad, junto con una vacilante ausencia de confianza, la variante personal para la señora Crean-Smith de la inquietud prevaleciente en el lugar, lo que constituía hasta el momento la barrera entre ellas. Marian estaba también más que dispuesta a tomar cariño a Jamesie, la persona con quien, de forma juguetona y tentativa, se llevaba mejor. Gerald Scottow ocupaba buena parte de sus pensamientos, pero sin ofrecerle nuevo material sobre el que pensar. Le sorprendió lo suspicaz que se sentía con él, mientras que él se mostraba infinitamente considerado, si bien correcto, con ella. No era capaz, no obstante, de simpatizar con la señorita Evercreech.

Faltaba más de una hora para el té, y la casa estaba silenciosa y dormida. Marian bajó las escaleras de puntillas, un poco culpable, llevando sus útiles de baño en una bolsa cerrada por si alguien ponía objeciones a su plan. Todavía no había bajado al mar y ese era el primer día que se sentía lo bastante confiada para salir sola de casa, salvo por los breves paseos por los terrenos inmediatos. Creía conocer el mejor camino para bajar a la bahía,

después de estudiar cuidadosamente el terreno con los prismáticos. En el muro que rodeaba el jardín había dos puertas en el lado más próximo al mar. Una, al sur, daba a un sendero que llevaba a la cumbre del acantilado; pero la puerta norte permitía el acceso a una senda empinada y rocosa que descendía la colina entre matas de fucsia maltratadas por el viento, rocas cubiertas de líquenes y parches de hierba aterciopelados y mordisqueados. Cuando Marian cruzó la puerta, el sol brillaba cálidamente, y el mar, que se desplegó ante ella a medida que bajaba la senda, rápido y brincando como una cabra, era de un vago azul celeste. Se encontró antes de lo esperado al final de la ladera y llegó al arroyo marrón oscuro con su ancho lecho de grises cantos rodados. El pueblo era visible detrás de ella, y tanto Gaze como Riders quedaban ocultas por pliegues de la colina. Hizo un alto y escuchó el leve y cercano susurro de la corriente y el más alejado batir del mar.

La corriente se deslizaba pendiente abajo, apareciendo y desapareciendo entre las rocas grises y moteadas, guiñando y resplandeciendo bajo el sol, pareciendo hundirse en el suelo, luego saltando en una diminuta cascada y a continuación desplegándose en una pequeña charca de superficie ondulada. Seguidamente dejaba atrás las piedras y se hundía silenciosa en una profunda grieta en el negro suelo turboso, por la que discurría más rápida y directa rumbo al mar. Marian, que la había seguido ensimismada, descubrió que los pies se le hundían de modo alarmante en la tierra, que tenía la consistencia del dulce de leche. Titubeó y, tras estar a punto de perder los zapatos, consiguió avanzar hacia su izquierda, donde unas piedras asomaban del suelo. Dejó atrás una serie de oscuras, tibias y glutinosas charcas de marea ribeteadas de hierbajos amarillo-dorados de olor acre, y por fin llegó a una pequeña playa de gujarros, al pie del acantilado sobre el que se alzaba Gaze. La recorrió por unos momentos. El corazón le latía con fuerza.

La negra muralla del acantilado se elevaba, escarpada, a su lado, resplandeciendo un poco y pareciendo inclinarse sobre ella. El sol caía directamente sobre el acantilado pero la oscuridad de este pendía como una sombra encima de Marian. La playa era negra también, de arena gruesa en la base del acantilado y de gujarros al borde del agua. A Marian nunca le había dado miedo el mar. No entendía qué le pasaba ahora. Pensar en meterse en el agua le provocó un escalofrío similar a un estremecimiento sexual, desagradable y dolorosamente grato a la vez. De pronto le costó respirar y tuvo que detenerse e inhalar profundamente varias veces. Dejó caer la bolsa

en la arena y avanzó hacia el borde del agua.

Visto desde arriba, el mar le había parecido sereno y, de hecho, seguía pareciéndoselo a poca distancia de la orilla. Pero a unas dieciocho metros el suave oleaje se transformaba en unas olas enormes que de manera repentina y violenta aceleraban su avance, desgarrándose en el trayecto, para autodestruirse contra los guijarros, que a continuación arrastraban hacia abajo y hacia atrás con un sonido de molienda. Más allá de la turbulencia salvaje y blanquecina y del rastro de espuma, el mar presentaba ahora, bajo la luminosidad del sol, un tono negro como la tinta. Marian estudió el lecho de guijarros. La orilla parecía tener una pendiente acusada, lo que creaba un efecto de resaca; cada ola en retirada era absorbida con despiadada violencia bajo la alta cresta, ya curvada, de su inmediata seguidora. Se preguntó qué hacer. Levantó entonces la cabeza y vio una cara.

La cara flotaba en el mar frente a ella, un poco más allá de donde las olas comenzaban a romper. Nada más verla, desapareció. Marian soltó un pequeño grito de sorpresa que se confundió con el bramido del mar. Se percató al momento de que solo era una foca. Nunca había visto una tan de cerca. La foca volvió a asomar, alzando la cabeza lustrosa, goteante, primitiva, semejante a la de un perro, y la contempló con sus ojos grandes y prominentes. Marian alcanzó a ver los bigotes y cómo abría un poco la negra boca. Flotaba perezosa, manteniéndose apenas más allá del rompiente, con su mirada anciana e inmemorial fija en ella. Marian encontró al animal conmovedor y terrorífico. Parecía, con su cabeza de primitiva deidad marina, un portento. Pero no sabía si la estaba advirtiendo para que se mantuviera alejada del mar o si la invitaba a adentrarse en él. Al cabo de un minuto la foca se alejó, dejándola temblorosa.

A esas alturas estaba completamente aterrorizada por la perspectiva de meterse en el agua, pero decidida a hacerlo. No tenía más que atravesar con audacia la ola que rompía y evitar el reflujo. Luego volvería a la orilla sobre otra ola, dejaría que la depositara sobre los guijarros y se alejaría a toda prisa a gatas. Era una cuestión de orgullo; intuía que si empezaba a tener miedo del mar, eso crearía un orificio o fisura en su naturaleza por el que se colarían miedos peores. Temblando todavía, se desvistió con torpeza.

Se aproximó en traje de baño a la abrupta orilla. Los guijarros le hacían daño en los pies y era difícil mantenerse en pie en la pendiente resbaladiza. Ya estaba mojada por las heladas salpicaduras, y la espuma intermitente tocaba

sus pantorrillas antes de retroceder con violencia, arrastrando y triturando los negros guijarros, que se convertían en una masa oscura y confusa bajo la blanca y velocísima espuma de la siguiente ola. Marian dio un traspie y retrocedió a gatas, boqueando, empapada. El contacto del agua era helador. Se levantó manteniendo precariamente el equilibrio entre la avalancha de piedras.

—¡Eh, usted!

Volvió a retroceder y se sentó, exhausta. Un hombre se aproximaba.

Se quedó sentada en la playa hasta que el hombre estuvo cerca, y entonces se levantó y se echó una toalla sobre los hombros. El ruido del mar y de las piedras era tan fuerte que costaba oír lo que él decía. Parecía un lugareño.

—No puede nadar en ese mar.

Al borde de las lágrimas, Marian dijo exasperada y esperando haber entendido mal:

—¿Por qué no? ¿Es una playa privada? Estoy en el castillo de Gaze.

—No puede nadar aquí —repitió el hombre como si no la hubiera oído. A lo mejor no lo había hecho—. Se ahogará al momento.

—¡No lo haré! —dijo Marian—. Nado muy bien. —Pero supo, sintiendo un miedo aún más profundo, que había sido derrotada.

—Dos alemanes se ahogaron la semana pasada —afirmó el hombre—. Nadando cerca de Blackport estaban. Todavía esperamos los cuerpos. — Hablaba con el acento cantarín de la región, solemne, hechizador, digno. Miraba a Marian con unos ojos ancianos y extraños. Se parecía a la foca.

—Muy bien —dijo Marian secamente. Le dio la espalda para invitarlo a irse.

—Y tampoco se quede mucho por aquí. La marea sube rápido. No quiere tener que trepar por el acantilado, ¿verdad?

El hombre se fue.

Marian se peleó con su ropa. La cegaban lágrimas cálidas. El sol se había ocultado y soplaba un viento gélido.

—Hola.

Rápidamente, se secó la cara con la toalla, se subió el tirante del traje de baño y se volvió. Alguien más se acercaba, en esta ocasión una mujer.

—Hola —saludó Marian.

La mujer iba vestida con el *tweed* color miel típico de la zona y llevaba en la mano una especie de vara alta. Resultó evidente, incluso antes de que hablara de nuevo, que pertenecía a la «aristocracia».

—¿Es usted la señorita Taylor?

—Sí.

—Soy Alice Lejour. —Tendió su mano.

Marian la estrechó, recordando que Lejour era el nombre de la familia que residía en Riders. Scottow había dicho que el anciano tenía a su hijo y su hija de visita.

—Me alegro mucho de conocerla. —Le habría gustado llevar algo encima y presentar un aspecto más digno. La escasa toalla sobre sus hombros flameaba al viento.

Alice Lejour parecía estar en la treintena. Era una mujer robusta, atractiva, de ojos azules, con el cabello dorado y corto, una bonita nariz recta y una frente ancha y un poco fruncida. Era robusta y firme y agresivamente real, plantada allí con la falda de *tweed* tensa sobre las piernas y las botas de cuero mojadas hundidas entre los guijarros. Marian se sintió endeble a su lado, mientras saltaba primero sobre un pie y luego sobre el otro e intentaba impedir que le castañetearan los dientes.

—Sí, oí que acababa de llegar —dijo Alice Lejour.

—No conozco la región. Me gusta mucho.

—Un poco solitario para usted, ¿no?

—Bueno, sí, no hay mucha compañía —reconoció Marian, y añadió a la defensiva—: Me gusta la gente de Gaze, mucho, sin embargo. —Sonó torpe.

—Hmmm. Sí, bueno. ¿Vendrá a visitarnos?

—Me encantaría —dijo Marian, dándose cuenta, al ver cuánto le gustaba el estilo directo de la mujer, de cómo había echado de menos en los últimos días los comportamientos naturales. La forma de comportarse en Gaze era lenta y turbia.

—Tenemos que encontrar una oportunidad —propuso Alice Lejour—. No quiero molestar a nadie. Supongo que no la hacen trabajar muy duro, ¿verdad? Ha sido una suerte encontrarla aquí, en serio. En algún momento de la semana próxima quizá, cuando venga Effingham. Me refiero a mi amigo Effingham Cooper. Effingham y yo nos lo pasamos bien cuando está aquí, y en especial cuando hay alguien más. Ya sabe, en esta región la gente conduce ochenta kilómetros para tomar una copa.

Marian, que había reconocido la extraña vara como una caña de pescar, dijo:

—Somos vecinos cercanos. Espero que nos veamos a menudo, en su casa o en Gaze.

—En Gaze no, me temo. Pero no importa. Effingham y yo nos pondremos

manos a la obra la semana que viene. Creemos nuestro deber alegrar un poco a mi padre. Se vuelve un tanto huraño durante el invierno, ya sabe.

—Tiene que sentirse solo. Tengo entendido que usted y su hermano vienen a pasar parte del verano.

—¿Quién se lo dijo? Bueno, cualquiera puede haberlo hecho. Mi padre no es un hombre solitario. Dios le hace compañía en invierno. Usted y yo tenemos que hablar. Cuando venga Effingham. Le enviaremos una invitación, Effingham y yo. Supongo que eso será lo correcto, enviarle una invitación. No quiero molestar a nadie. No la entretengo más, está usted temblando como una hoja. ¿Ha disfrutado del baño?

—No he llegado a entrar —dijo Marian con vergüenza repentina y amarga. Empezaba a sentirse un poco intimidada por aquella persona fornida y bien ataviada—. Me he asustado —añadió.

—Muy inteligente por su parte, diría yo. Yo nadaba mucho por aquí antes de engordar tanto. Lo complicado es entrar y salir. Bueno, la dejaré vestirse. Es mejor que no se retrase, por la marea. Le mandaremos esa invitación. Cuando Effingham venga. Hasta pronto.

Alice Lejour se alejó chapoteando entre las piedras con paso firme. Marian tenía tanto frío que apenas pudo ponerse la ropa, y aún estaba helada y temblaba cuando echó a caminar tambaleándose por la playa. Soplaba un frío viento que arrastraba gotas de lluvia, y lamentó de veras no haber llevado un jersey. Estaba agotada. Miró el reloj y vio con horror que eran casi las seis menos cuarto. Echó a correr.

Pasó por las charcas herbosas, donde se cayó dos veces y se hizo un corte en una rodilla. Resolló por el sendero empinado y rocoso que llevaba a la casa.

—¡Tranquila, tranquila, no tan deprisa, no tan deprisa!

A punto estuvo de chocar de bruces con Gerald Scottow.

—Lo siento mucho —lamentó Marian sin aliento—. Llego tarde al té.

—Estábamos un poco preocupados por usted. Dios del cielo, no se ha metido usted en el mar, ¿cierto?

—No, me he echado atrás —dijo Marian, y se sentó en una roca y rompió a llorar.

Scottow aguardó de pie junto a ella. Luego, cortésmente, le hizo ponerse en pie. Su actitud era al mismo tiempo solícita y autoritaria.

—Tranquila, no llore. ¿No le dije que no fuera a nadar?

—Lo dijo, lo dijo —sollozó Marian.

Cuando empezaron a subir la colina, él le soltó el brazo.

—Bien, la próxima vez haga lo que yo le diga, doncella Marian, y no tendremos tantos lloros, ¿eh?

CAPÍTULO CUATRO

—Dile que si vuelve a poner otro ahí, lo tiraré por el váter.

Violet Evercreech hablaba con una doncella en el descansillo. Marian, que llevaba un rato viendo al pez de colores nadar en círculos en el lavabo, se quedó paralizada y sin respiración, esperando que la señorita Evercreech no volviera a entrar en el baño y la acusara de ser cómplice de la fechoría de Nolan. De forma estúpida, apagó la lámpara de aceite.

—Bueno, bueno, ¿qué estamos haciendo a oscuras?

—Lo siento —dijo Marian. Siempre actuaba de manera culpable ante Violet Evercreech.

—No hay nada por lo que pedir disculpas, que yo vea —dijo la señorita Evercreech. Volvió a encender la lámpara—. ¡Asqueroso! —Señalaba al pez—. Ven conmigo.

La gente siempre la estaba llevando de un lado a otro en Gaze. Era lo más cerca a lo que llegaban de tratarla como a una sirvienta.

Marian salió con embarazo del cuarto de baño. Las dos quedaron frente a frente bajo la media luz que salía por la puerta. Las doncellas desaparecieron en el descansillo. La señorita Evercreech parecía ir siempre acompañada por una o dos. Aquellas chicas pálidas y ataviadas de negro semejaban ser su sombra.

—Ven a mi habitación, Marian —propuso la señorita Evercreech.

Tal como la realizó, la invitación sonó amenazadora, como si lo que aguardara a Marian tuviera más de castigo que de diversión. Nunca antes se lo había ofrecido, aunque Marian había apreciado en la desconcertante atención que la mujer mayor le dedicaba indicios de un encuentro venidero y significativo.

—No puedo, me temo —dijo Marian—. Iba a ver a la señora Crean-Smith. Vamos a leer poesía juntas. —Sonó como una mentira pero era cierto.

—Un poco tarde para esas cosas, ¿no?

Ciertamente era un poco tarde para lo habitual en Gaze, siendo casi las diez de la noche. A Marian le había encantado la propuesta, hecha por su patrona ese mismo día, de que se reunieran después de cenar para leer juntas *Le*

cimetière marin. Marian empezaba a encontrar las veladas en Gaze arduas de sobrellevar. Tantas veces había anhelado, suplicado, nada más que tiempo, tiempo para leer, tiempo para escribir, tiempo para pensar, tiempo para *estar*, tiempo en silencio, para fumar un cigarrillo, para entrar en comunión con los objetos, para recrearse en ser ella misma. Pero ahora que tenía tiempo era un tiempo diferente, como si alguien lo hubiera echado a perder o descartado o usado antes de llegar a ella. No podía hacer nada en aquellas veladas. Había intentado entretenerse en una sala de la planta baja, confiando en que alguien acudiera a hablar con ella. Pero nadie fue, y las lámparas de aceite, que ella no podía volver a encender, se apagaban por sí solas. Así que ahora acostumbraba a retirarse a su habitación y se forzaba a no escuchar el silencio de la casa y a dejar de pensar en Gerald Scottow e intentaba dormirse temprano. A veces se quedaba largo rato en la habitación a oscuras observando la constelación de luces de Riders e intentaba leer en ellas un mensaje esperanzador. Pero se mantenían enigmáticas. La prometida invitación de Alice Lejour no había llegado. Marian no podía leer ni trabajar a esas horas, y aunque no tenía sueño se sentía exhausta, como si sus energías se consumieran por el mero hecho de resistir la influencia que ejercía sobre ella el entorno silencioso. Por lo tanto estaba feliz de tener una oportunidad de acortar la velada. Lo estaba también por la perspectiva de volver a enseñar a alguien. No cabía duda de que era un poco pedagoga.

—No sé, señorita Evercreech. En cualquier caso, vamos a leer esta noche y, si me disculpa, debo irme. —Se preguntó con culpabilidad si Violet Evercreech estaba al tanto de que había retirado todos los grabados de su habitación. Posiblemente alguna de las doncellas se lo había dicho.

La señorita Evercreech le acarició el antebrazo hasta llegar al codo, que sostuvo con dulzura, como si acunara un huevo.

—Se acerca el momento de que me llames Violet. Después de nuestra pequeña charla, quizá.

—Es usted muy amable.

Los dedos apretaron el codo y luego lo soltaron.

—No es amabilidad. Solo te tengo cariño. Aquí hay muy poco con lo que encariñarnos. Buenas noches.

Algo conmovedor en las palabras, aunque no en el modo como las pronunció, hizo que por un momento Marian prestara más atención al rostro alargado y pálido, iluminado a medias; un escalofrío propio de su infancia la recorrió, y

pensó que si sufría una extraña falta de curiosidad hacia Violet Evercreech solo era porque le daba miedo. Vio alejarse en la oscuridad su alta figura y cómo desaparecía a través de un arco cortinado. Una luz pasó a lo lejos cuando una doncella surgió de la nada y la siguió portando una lámpara.

Marian ya se orientaba en las zonas que frecuentaba de la casa, aunque fuera completamente a oscuras. A veces las lámparas se encendían con la caída de la oscuridad y a veces no, y a veces las que estaban encendidas se apagaban por sí solas y uno tenía que abrirse paso a través de la negrura rumbo a resplandores intermitentes y lejanos puntos de luz. Se apresuró por el corredor en tinieblas hacia la habitación de la señora Crean-Smith. El tenue brillo del fin de la tarde que penetraba por las altas ventanas dejaba ver las colgaduras dispuestas a intervalos.

—Adelante. Ah, Marian, eres tú. Pensé que era Gerald.

—¿Voy a buscarlo?

—No, no te molestes. Acércate al fuego. Hace mucho viento esta noche. Ven a ver lo que tenemos aquí.

Al acercarse, Marian vio un movimiento y se percató de que había alguien más en la habitación. Era Denis Nolan, entre las sombras más allá de la repisa de la chimenea. Nolan se situó bajo la luz de la lámpara y lanzó a Marian una fría mirada con sus ojos azulísimos.

Hannah Crean-Smith, que esa noche llevaba un vestido en lugar de la bata de costumbre, estaba arrodillada en la alfombra escrutando algo que yacía ante ella.

—¿Qué es? —preguntó Marian.

Se acercó y miró lo que había en el suelo. Era un objeto pequeño y marrón, y le llevó un momento darse cuenta, con un leve escalofrío, de que era un murciélago.

—¿No es un encanto? —dijo Hannah Crean-Smith—. Denis lo ha traído. Siempre me trae cosas. Erizos, serpientes, sapos, bestias adorables.

—Le pasa algo malo —afirmó Nolan sombrío—. No creo que viva.

Marian se arrodilló también. El animal, un pequeño murciélago común, se arrastraba lentamente por la alfombra con movimientos vacilantes de las alas arrugadas y correosas. Se detuvo y miró hacia arriba. Marian miró su extraña carita perruna y los brillantes ojos oscuros. La presencia del animal, su intensidad, era imponente, casi increíble. Se miraron uno al otro. Entonces el animal abrió la pequeña boca dentada y emitió un chillido agudo. Marian rio y

a continuación experimentó el repentino deseo de gritar. Sin saber por qué, creyó que no podía soportar a la señora Crean-Smith y al murciélago al mismo tiempo, como si los dos fueran el mismo ser grotesco e indefenso.

—Querida, querida criaturita —dijo la señora Crean-Smith—. Es raro pensar que es un mamífero, como nosotros. Siento una extraña afinidad con él, ¿tú no? —Acarició la espalda peluda con un dedo y el murciélago se acurrucó—. Ponlo otra vez en su caja, Denis. Tú cuidarás de él, ¿verdad que sí? —En cierto modo, ella tampoco podía soportar al murciélago.

—No puedo hacer nada por él —reconoció Nolan. Cogió al murciélago con cuidado. Sus manos eran pequeñas y estaban muy sucias. Puso a la criatura en una caja que estaba sobre una mesa.

—Sírvete un poco de whisky, Marian. ¿Has traído los libros? Bien. Espero que no te importe esperar unos minutos. Denis iba a cortarme el pelo.

Eso sorprendió a Marian. Asociaba a Nolan, por lo que había sabido de él hasta entonces, con trabajos al aire libre. Le parecía lo bastante elusivo y turbio como para creerlo relacionado con los misteriosos caballos que se albergaban en el extremo más alejado de la pendiente de los rododendros. Nunca lo habría juzgado apropiado para el papel de *valet de chambre*.

Nolan parecía avergonzado y hosco ante la perspectiva de tener un testigo. Hannah Crean-Smith, sin embargo, se había instalado en una silla y echado una toalla sobre los hombros y a él no le quedaba más opción que ponerse a trabajar. Cogió el peine y las tijeras y comenzó a manipular la copiosa masa de cabello dorado rojizo.

Marian también se sentía incómoda, como si la obligaran a presenciar un ritual íntimo. No obstante, se fijó con admiración en la indiferencia feudal con que su patrona manejaba el extraño momento.

Nolan era sorprendentemente competente. Una vez hubo empezado, su rostro se relajó hasta una expresión de intensidad solemne, mientras apartaba el sedoso pelo a un lado y a otro y lo cortaba afanoso. Los brillantes mechones dorados cubrieron la toalla y cayeron en silencio al suelo. Marian se percató por primera vez de que era un hombre bastante atractivo. Los rizos resecos y greñudos de cabello negro azulado enmarcaban una cara firme, rubicunda, de rasgos pequeños, en la que ahora la mirada hosca podía interpretarse como de cauta vigilancia. Y estaban aquellos ojos impresionantes. Marian, con un sobresalto, se encontró con ellos cuando Nolan, al notar su escrutinio, cruzó una mirada con ella por encima de la cabeza dorada rojiza. Su mirada fue

como el vuelo fugaz de un martín pescador. Ella desvió su atención apresuradamente a la señora Crean-Smith. Tenía una expresión soñadora.

—De verdad que no sé qué haría sin Denis. —La señora Crean-Smith, con la cabeza inmóvil bajo las tijeras en funcionamiento, estiró una mano hacia atrás y tocó la chaqueta de *tweed* de Denis. Su mano tanteó hasta introducirse en un bolsillo. Marian apartó la vista. Su mirada fue a parar sobre la fotografía del escritorio.

—Ha vuelto usted a chamuscarse el pelo con los cigarrillos.

—¡Soy mala! ¿Verdad que sí?

Marian se había fijado en el aspecto curiosamente rizado del flequillo.

—Listo. —Nolan retiró la toalla y echó los recortes al fuego, donde ardieron con una llamarada. Se arrodilló y reunió los restos del suelo. Mientras estaba agachado, la señora Crean-Smith le acarició el hombro suavemente, casi con timidez.

Marian estaba perpleja. No obstante, la escena era de una gran naturalidad y tuvo la impresión de que había tenido lugar, de modo similar, muchas otras veces.

—Ahora los zapatos y las medias. Puede que me apetezca salir más tarde.

Nolan le llevó las medias y miró inexpresivo mientras ella, mostrando un atisbo de enaguas y ligas, se las puso. A continuación él volvió a arrodillarse para ponerle los zapatos.

Marian vio que las suelas estaban sin estrenar. Para romper el silencio que la angustiaba, dijo:

—Qué bonitos zapatos nuevos.

—No son nuevos —corrigió la señora Crean-Smith—. Tienen siete años.

Nolan alzó la mirada hacia ella.

Marian experimentó la misteriosa perplejidad que su patrona le causaba a menudo. Todavía no estaba segura de si la señora Crean-Smith estaba enferma o convaleciente de algún mal grave. El modo como las personas de la casa la trataban a veces sugería tal cosa. En algún momento se le había ocurrido, inspirada por algo costosamente definible en la actitud de Gerald Scottow, que la señora Crean-Smith podía no estar siempre, por completo, bien de la cabeza. No cabía duda de que era una excéntrica.

Para hacer a un lado lo extraño del momento, Marian dijo:

—¡Los ha conservado muy bien!

—No camino mucho.

Marian se dio cuenta entonces de que la señora Crean-Smith no había salido de casa desde su llegada. Tenía que estar enferma, pensó.

Nolan retrocedió, dispuesto a retirarse. Era un poco más bajo que las dos mujeres, y parecía más bajo todavía, casi enano, por culpa de la expresión ceñuda y el gesto encorvado.

—Quédate, Denis. Tú también leerás.

Marian estaba sorprendida. Dijo sin pensar:

—¡Oh! ¿Puede usted leer en francés?

—Sí. —Él le dedicó una mirada hostil.

«Está un poco celoso de mí —pensó Marian—. Me ve como a una intrusa.»

—Denis es muy inteligente —dijo la señora Crean-Smith—. Deberías oírle tocar el piano y cantar. Tenemos que organizar una velada musical pronto. Quédate.

—No. Tengo que ir a ver a mis peces. —Cogió la caja con el murciélago—. Buenas noches. —Se retiró atropelladamente.

—Cuida de mi pequeño murciélago —dijo la señora Crean-Smith a su espalda. Luego suspiró—. ¿Has visto la charca de los salmones?

—No —contestó Marian—. Apenas he hablado con el señor Nolan. Entonces, ¿hay salmones? El señor Scottow me dijo que habían desaparecido.

—Han vuelto. Pero no se lo digas al señor Scottow.

«Enferma... o perturbada», pensó Marian.

—Te enseñaré la charca de los salmones, espero. ¿Has visto alguna vez saltar a los salmones? Es de lo más emocionante. Brincan del agua y se debaten remontando las rocas. Qué asombrosa valentía, penetrar así en otro elemento. Como almas aproximándose a Dios.

Mientras Marian reflexionaba sobre el símil inesperado, su patrona se levantó y comenzó a deambular por la habitación. Era muy dada a mirarse en los espejos. Se desplazaba ahora de uno a otro.

—Escucha el viento. Llega a soplar de manera aterradora. En invierno sopla tanto que te vuelve loca. Sopla un día tras otro y acabas desquiciada. ¿Qué te parece mi paje?

—¿Su..., el señor Nolan? Parece muy devoto.

—Creo que me permitiría matarlo lentamente.

Hubo una inusitada violencia posesiva en sus palabras, lo que suponía un extraño cambio respecto a la acostumbrada *douceur*. Sin embargo, su actitud, que impactó a Marian, era de desesperación. «Enferma o perturbada o

desesperada.»

—Aquí todo el mundo le es devoto, señora Crean-Smith.

—Por favor, llámame Hannah. Sí, lo sé, soy afortunada. Gerald Scottow es una torre de firmeza. ¿Leemos? Empezarás tú, tienes un acento tan adorable, y luego veremos si yo puedo traducirlo.

Olvidado todo lo demás, transportada de inmediato a un mundo familiar y placentero, Marian empezó a leer.

*Ce toit tranquille, où marchent des colombes,
Entre les pins palpite, entre les tombes;
Midi le juste y compose de feux
La mer, la mer, toujours recommencée...*

CAPÍTULO CINCO

—Toda la gente de por aquí está emparentada con las hadas —dijo Jamesie Evercreech.

Marian rio.

Estaba de buen humor. Hacía un hermoso día de sol y el mar tenía el color de la amatista. El viento había cesado. La base de los negros acantilados desprendía vapor bajo el cálido sol. Ella y Jamesie se dirigían a toda velocidad en el Land Rover a Blackport, donde iban a recoger una caja de whisky y algo de ropa para que Hannah se la probara. Jamesie, que era un fotógrafo entusiasta, iba a comprar también suministros para su cámara. Había gastado el último rollo de película en color sacando gran cantidad de fotos a Marian el día anterior. Ella estaba en parte halagada y en parte irrazonablemente alarmada por semejante atención.

Ese día todo parecía de pronto alegre y normal, y Marian estaba encantada por la perspectiva de visitar la civilización. Ver una calle pavimentada, comprar un periódico, entrar en una tienda, ver pasar a gente corriente, todas esas cosas parecían algo especial; y aunque los pubs eran tabú, por lo visto había un pequeño hotel para pescadores con un bar donde podría pedir una copa: viejos rituales, familiares y muy añorados.

Los últimos días en Gaze habían sido excepcionalmente soñolientos. Había empezado a leer *La Princesse de Clèves* con Hannah y casi se habían dormido encima del libro a las once de la mañana. Había soplado el viento, lo que causó la dolorosa perturbación de la que Hannah le había hablado. Gerald Scottow se había ausentado con discreción y había regresado del mismo modo, había seguido siendo educado, solemne, encantador y del todo distante. Violet Evercreech había sido vehemente y atenta pero no había vuelto a mencionar su «pequeña charla». Alice Lejour había guardado silencio. Marian había pensado largo y en vano sobre por qué nunca se mencionaba a los Lejour en Gaze. Había escrutado Riders con frecuencia a través de los prismáticos y una o dos veces había visto a un joven y a un perro en la terraza. Sintiéndose ese día animada y más libre de su timidez de lo habitual, resolvió hacer un montón de preguntas a Jamesie antes de que terminara la jornada.

—Tú no eres de por aquí, ¿no? Quiero decir, ¿tienes sangre de hada?

—No. Yo soy de los otros.

—Por supuesto, eres pariente de la señora Crean-Smith.

—Lejano. —Soltó su extraña risa chillona.

El vehículo descendió por una pendiente empinada a una quebrada donde la carretera, protegida tras un dique bajo con contrafuertes, bordeaba las olas. Marian tuvo un desagradable escalofrío, muy semejante a la sensación de culpabilidad, ante la súbita proximidad del mar. No había intentado nadar otra vez. Desvió la mirada hacia tierra adentro, a una garganta neblinosa, apretadamente poblada por árboles enmarañados. Una brillante línea de luz temblorosa era una cascada a lo lejos.

—Bonito sitio.

—Bastante siniestro, en realidad. Se llama la Avenida del Diablo. Hay unas formaciones rocosas de lo más curiosas, más arriba, no se ven desde aquí. —Añadió—: Aquí pasó algo terrible la noche de la riada.

—¿Qué?

—El riachuelo que has visto, como el que tenemos en Gaze, de pronto vino crecido desde la ciénaga, arrastró un coche de la carretera y lo arrojó al mar. Se ahogaron todos.

—Qué horror. ¿Estabas aquí cuando la riada?

—No. Pero el señor Scottow sí.

—¿Cuánto tiempo lleva él aquí?

—Siete años.

—Supongo que no hay riesgo de que algo parecido pase otra vez.

—Oh, no. El lago ha desaparecido, ya sabes. Tienes que ir a la ciénaga alguna vez, al menos adonde empieza. Aquello es bonito, a su extraña manera. A la gente de aquí le da miedo, por supuesto. Solo van cuando es pleno día, para cortar turba. Si el cielo se cubre, salen corriendo. La ciénaga se pone de unos colores muy raros.

—¿Piensan que sus parientes viven allí!

—Yo creo que *viven* allí. No iría de noche ni por todo el dinero del mundo. Hay luces extrañas. De todas formas, a menos que conozcas los caminos, puedes hundirte. Hay caminos de maleza, pero la ciénaga se te puede tragar. Un hombre se hundió en la ciénaga hace dos años. Lo oyeron gritar pidiendo auxilio toda la noche, pero nadie pudo acercarse y se hundió y murió.

Marian se estremeció, no solo por el relato sino por el regocijo de Jamesie

al contarlo. El chico no era para nada inocente.

—Denis Nolan es de aquí.

—Sí, es uno de ellos. No se hace notar. Es uno de los invisibles. Lo llamamos el hombre invisible. Su padre era criado en Riders.

—¿En Riders, de verdad? Conocí a la señorita Lejour el otro día. Me dijo que me invitaría a Riders cuando alguien llamado Effingham Cooper llegara.

—¿Eso habría que verlo! ¿Habló mucho de Effingham Cooper?

—Bueno, ahora que lo pienso, mencionó su nombre unas cuantas veces. ¿Están... comprometidos, o algo?

Jamesie rio de manera estridente.

—Para nada. ¡Aunque creo que ella quería que lo pensaras! Lleva años haciendo el ridículo con Effingham Cooper, lo sabe todo el mundo. Y a él ella no le interesa en absoluto.

Marian sentía curiosidad. Quería seguir hablando de Riders.

—Entonces él ¿por qué viene?

—Por el viejo. Pero sobre todo... Sobre todo por la señora Crean-Smith. — Jamesie rio de nuevo.

Ahora Marian estaba muy interesada. No quería parecer demasiado curiosa ni cotillear con Jamesie sobre Hannah, pero no pudo resistirse a decir de manera casual:

—¿La señora Crean-Smith es viuda?

—No. El señor Crean-Smith vive en Nueva York. —Jamesie lanzó una de sus anchas y brillantes sonrisas a la carretera y aceleró.

—¿Están... divorciados?

—No, no. —Él siguió sonriendo y le dedicó una rápida mirada.

A Marian le molestaba el modo provocativo con que él disfrutaba de su curiosidad. Dijo, para cambiar de tema y porque la información le había parecido por alguna razón llamativa:

—¿Dices que el señor Scottow vino a la región hace siete años?

—No. Vino al castillo de Gaze hace siete años. Ha vivido en la región casi toda la vida. También es un lugareño. Nació en el pueblo. Su madre todavía vive allí.

—¿De veras? —preguntó Marian. Estaba muy sorprendida y un tanto perpleja. Pero al momento siguiente la figura de Gerald Scottow le pareció más fascinante y misteriosa que nunca. Así que también él tenía sangre de hada.

—Sí. Ahora parece todo un aristócrata, ¿no? —dijo Jamesie—. ¡Prefiere mantener oculta a su vieja madre! —Soltó una risita, como si disfrutara al revelarlo. Sin embargo, Marian creía que sentía afecto por Scottow.

Jamesie continuó.

—Su padre trabajó en Riders, al igual que el padre de Denis. Salvo que Denis se quedó en la casa y Gerald se fue a la ciudad y creció allí.

—¡Oh! ¿Denis trabajó en Riders? —Cualquier conexión con la otra casa era motivo de intriga.

—Sí. ¡Hasta que lo echaron!

—¿Por qué lo echaron?

—No sé si debo decírtelo. Pero ¡lo haré! Un día saltó encima de la señorita Lejour. —Jamesie se rio tanto que el vehículo dio un bandazo.

—¿Saltó encima de ella?

—Sí. Intentó montarla, ya sabes. Estaban los dos allá arriba, en la charca de los salmones. Allí solía haber salmones. Y de pronto se lanzó sobre ella. No es algo que yo haría, aunque supongo que entonces era más guapa. Pero tampoco fue hace tanto tiempo. Después de eso tuvieron miedo por las doncellas y le pidieron que se fuera.

—Es asombroso —dijo Marian. Era muy asombroso. Para nada podía imaginarse al manso y sombrío Denis haciendo algo semejante. No tenía aspecto de sátiro. Era como un ser salvaje que se agazapa, no como un ser salvaje que acosa. Quizá eso explicaba su actual aire resentido y penitencial. También añadía un interés nuevo a su imagen, no obstante. Se preguntó si la señora Crean-Smith tenía miedo alguna vez de que le «saltara encima».

—Este es el mejor sitio para contemplar las vistas —dijo Jamesie. Frenó bruscamente y sacó el vehículo de la carretera. Se produjo un súbito silencio y ambos salieron a la cálida luz del sol. El borde del acantilado estaba cerca y caminaron hacia él.

Era un día despejado. El mar, de un azul borroso en el horizonte, se difuminaba en una luz azulina y se convertía en el cielo. Al norte, los bastiones de caliza eran de un púrpura oscuro. Hacia el sur, el terreno se allanaba y concluían los acantilados. Escasas cabañas dispersas y pequeños campos bordeados por muros recorridos por resplandecientes fucsias figuraban en las terrazas que daban al mar. A continuación se encontraba el pequeño muelle de Blackport con su faro amarillo y negro y un apiñamiento de embarcaciones y, más allá, un cabo herboso. El paisaje era amable, común, humano. Allí

concluía el paraje atroz.

Marian llevaba un rato absorta en el deleite de contemplar las vistas cuando se percató de que Jamesie la miraba fijamente. Al cabo de un momento, ella le dedicó una breve mirada. Un mensaje significativo, sin que mediara ninguna sonrisa, pasó entre ellos. Ella devolvió la vista al paisaje, pero sin ver nada.

Jamesie continuaba mirándola con fijeza. Ella era consciente de su expresión. Al final, él dijo con voz profunda:

—Nunca he conocido a una mujer como tú. Eres diferente. Eres real. Como un hombre.

Marian se hallaba al mismo tiempo desconcertada y satisfecha por el inesperado cambio de tono. A ninguna mujer le desagradaba un desarme repentino por parte de su adversario tradicional. Se quedó inmóvil, tensa, al darse cuenta de que en cualquier momento él podía tocarla. No esperaba algo así. Atropelladamente y a la ligera, dijo:

—¡Vaya, espero que eso sea bueno!

—Muy bueno. Tú harás que todo cambie.

«¿El qué?», se preguntó Marian. Sonrió vagamente y se apartó un poco de él, en dirección al borde del acantilado. La visión de la escarpada caída la atenazó de pronto. Oyó el lejano batir del mar. Casi involuntariamente, cayó de rodillas.

Jamesie se arrodilló a su lado. Parecía un extraño ritual. Ella notó que la áspera manga del abrigo de él le rozaba el brazo desnudo. Se sintió mareada y asustada y dijo sin ton ni son:

—Mira, qué caída tan aterradora. Nadie que cayera por aquí sobreviviría.

Él dijo algo que ella no llegó a entender.

—¿Qué?

—He dicho que Peter Crean-Smith lo hizo.

—¿Qué?

—Caer por el acantilado y sobrevivir. Hace siete años.

Marian se volvió hacia él. Jamesie la miraba con algo similar a la satisfacción. El acantilado parecía temblar con los embates del mar. Ella empezó a decir algo.

—Hola. ¿Qué estáis haciendo?

Se pusieron en pie de un salto, separándose luego uno del otro y apartándose del borde del acantilado.

Gerald Scottow, a lomos de un enorme caballo gris, se hallaba a escasa

distancia. El batir del mar les había impedido oírlo acercarse. Marian experimentó al verlo una mezcla de culpabilidad, excitación y alivio.

Jamesie fue hacia Scottow y se detuvo junto a la cabeza del caballo, mirando al jinete. Hubo una rendición confiada y sumisa en su modo de aproximarse, tan inmediato. Marian lo siguió más lentamente.

Sobre el caballo, Scottow parecía inmenso. Vestía de manera informal, con la camisa a cuadros abierta, mostrando el cuello largo y grueso. Pero las botas de montar estaban lustradas y brillaban. Ella captó el dulce y resinoso olor de la piel. Se alegraba de que Jamesie no la hubiera tocado.

Scottow y Jamesie seguían mirándose.

—¿Has estado contando cuentos de hadas? —preguntó Scottow riendo, y rozó suavemente la mejilla del chico con la fusta.

CAPÍTULO SEIS

—Te queda bien, Marian. ¡Mírate! —dijo Hannah. Alzó el gran espejo de mano que habían llevado a la terraza.

Era un atardecer cálido y sereno; ya habían cenado pero no era tarde todavía, y estaban sentadas en la calle, en una de las pequeñas mesas blancas de forja, bebiendo whisky a sorbos y probándose joyas de Hannah. Un sol sin nubes que lo cubrieran, al que todavía le restaba un trecho para apagarse en el mar llano y dorado, lo había vuelto todo de un amarillo azafrán. Marian se sentía como si ella y Hannah se hallaran en un escenario, tan violenta e inusual era la luz. Sus manos y rostros estaban dorados. Proyectaban largas sombras; y los matojos gruesos y redondeados de claveles silvestres que crecían en las grietas del suelo, cada uno con su propia sombra, cubrían la superficie de la terraza con un estampado de finos trazos entrecruzados. La sensación de representación teatral aumentaba por el hecho de que las dos iban vestidas de gala. Marian llevaba el vestido de cóctel azul que contaba con la aprobación de Geoffrey, y Hannah un vestido largo, elegido de la colección que había llegado para que se la probara. Era un vestido ligero, malva, de seda gruesa, con el talle alto y ceñido y un aire vagamente medieval. Con un collar dorado parecía, pensaba Marian, una dama valerosa y atormentada de una leyenda o una ensoñadora recreación de «las edades de antaño» realizada por un pintor.

Hannah había sugerido que, para estrenar el vestido, esa noche debía haber una pequeña celebración, con champán y un vino mejor que el habitual, y que Marian tenía que vestirse de manera acorde. Gerald Scottow y Violet Evercreech se les habían unido para el champán, y la conversación había sido animada, si bien extraordinariamente impersonal y cortés. Ellas habían cenado *à deux*. Hannah se había quejado en broma de que Gerald la estaba desatendiendo, y Marian pensó que era *a ella* a quien Gerald estaba evitando. No sabía qué conclusión extraer de ese pensamiento. Había disfrutado de la novedad que suponía la pequeña cena, pero esta había tenido un aire forzado levemente patético.

Ahora jugaban con el gran joyero de Hannah, que ella había insistido en llevar afuera, y a continuación esparcido el contenido sobre la mesa de manera descuidada. Marian ya había rescatado un pendiente que había caído al suelo y rodado a una grieta de las resquebrajadas losetas. Entendía poco de joyas, pero estaba segura de que aquellas eran muy buenas.

Hannah acababa de abrochar alrededor del cuello de Marian un collar de pequeñas perlas y rubíes engarzados en oro. Marian se miró en el espejo. El collar parecía una pieza del Victoria & Albert. Nunca, ni remotamente, había codiciado una pieza semejante. Parecía transformarla, transformar incluso el vestido azul. Algo, que podía ser el collar o la luz dorada o el mismo espejo, encantado tras reflejar tantas veces el hermoso rostro de su dueña, hizo que por un momento se viera bella.

Tras quedarse callada demasiado rato, dijo:

—Sí, maravilloso.

—¡Para ti!

—¿Quieres decir...?

—El collar. Por favor, quédatelo. Yo tengo muchos, ya lo ves, y casi nunca me los pongo. Me complacería mucho regalarte este.

—¡Oh! No podría... —dijo Marian—. ¡Es demasiado..., demasiado elegante, demasiado caro para mí! —Sus palabras sonaron bruscas.

—¡Tonterías! Déjame insistir un poco. Te quedarás el collar. No, no quiero oír nada más. Y no te lo quites. Es para que lo uses.

Marian farfulló un agradecimiento, incómoda y sonrojada. No obstante, no pudo dejar de sentirse encantada al recibir un regalo tan hermoso. Lo toqueteó nerviosa.

Ambas se quedaron calladas, Marian inquieta y Hannah aparentemente enfrascada en otro hilo de pensamiento. Esa noche parecía, pensaba Marian, más alerta, menos soñolienta de lo habitual. El sol, redondo y enrojecido, había descendido y se hundía en el mar ardiente. El resplandor dorado se había desvanecido y dejado paso a un crepúsculo de un azul vívido y a una enorme luna plateada que, tras aguardar su momento, era ahora visible sobre el tejado. Algo en el paisaje captó la atención de Marian: las luces que habían hecho aparición en Riders. Volvió a medias la cabeza y vio a Hannah mirar en la misma dirección. Pensó en algún modo de referirse de manera natural a la otra casa.

Hannah se le adelantó.

—Pediré a Effingham Cooper que venga a ver mi vestido nuevo. Tienes que

conocerlo.

Marian estaba pasmada. Después de un silencio tan prolongado sobre Riders, esa alusión desenfadada y directa la sorprendió y la dejó confundida. Aun así, se percató de que en realidad la alusión no había sido casual. La actitud de Hannah fue, en el mejor de los casos, un poco forzada, como si el comentario fuera premeditado y le hubiera costado un poco realizarlo.

Marian trató de responder llanamente.

—¿Ya está aquí el señor Cooper? —Sus palabras revelaban que estaba al tanto del asunto.

—Llega mañana.

Por lo tanto, pasado mañana Alice Lejour podía llamarla. Las dos mujeres no se miraban. Marian deseaba desesperadamente que la conversación continuara.

—El anciano señor Lejour debe de estar encantado de tener visitas. El señor Scottow dijo que era un erudito. ¿Sabes qué estudia? —preguntó.

—Griego, creo. Platón. Escribe un libro sobre Platón.

—Me gustaría saber griego. ¿Cómo es él, el anciano caballero?

—No lo sé —dijo Hannah—. Nunca lo he conocido. —Volvió el rostro hacia Marian.

Desarmada por completo por la respuesta, apenas se atrevía a mirar a su patrona a los ojos. Cuando lo hizo, notó que Hannah volvía a pensar en algo más; y le llevó otro momento comprender que la mano cargada de anillos, tendida con insistencia hacia ella entre las joyas, esperaba ser tomada. La cogió.

Era la primera vez que Marian miraba así a Hannah. En realidad, en cualquier caso, esas miradas habían escaseado en su vida. Fue consciente de pronto de la gran solicitud que se cernía sobre ella y se tensó e irguió, preparada para lo que se le pidiera. El rostro ansioso, fatigado, bello, derrotado, de dorados ojos, resplandeció por un momento bajo la media luz como si de veras estuviera iluminado de manera artificial.

—Perdóname —dijo Hannah.

—¿Por qué?

—Por suplicar amor de manera tan descarada. —Retuvo un momento la mano de Marian y luego la soltó y elevó la vista hacia la casa. Pero volvió a mirar ansiosa el rostro de la chica como para indicarle que no habían terminado, que la conversación iba a continuar en el mismo tono.

—Bueno, sabes que te quiero —dijo Marian. Le sorprendió oírse decirlo. No era el tipo de cosa que decía por costumbre. Sin embargo, en ese momento parecía algo natural, lo que se esperaba de ella.

—Sí. Gracias. Creo que deberíamos pedir amor más a menudo, suplicarlo, ¿no te parece? Es extraño cómo esa palabra asusta a la gente. Sin embargo, todos necesitamos amor. Incluso Dios necesita amor. Supongo que por eso nos creó.

—Hizo un mal negocio —comentó Marian sonriendo. Desde que lo había dicho sentía que quería más a Hannah; o que simplemente la amaba, pues hasta entonces no había dado nombre a sus sentimientos afectuosos.

—¿Quieres decir porque la gente no Lo ama? Pero lo hace. Seguramente todos Lo amamos de un modo u otro. Tenemos que hacerlo. Él desea tanto nuestro amor, y un gran deseo de amor puede generar amor. ¿Crees en Dios?

—No —respondió Marian. No se sintió culpable por reconocerlo, enfrascada como estaba en la conversación. No se había percatado de que Hannah era una persona religiosa. Nunca iba a misa—. ¿Tú sí?

—Sí, supongo que sí. Nunca me lo he cuestionado de veras. Pensar no se me da bien. Solo tengo que creer. Tengo que amar a Dios.

—Pero supón que amas... algo que no existe.

—En cierta forma no puedes amar algo que no existe. Yo creo que si amas de verdad, entonces ese algo *existe*. Pero yo no entiendo de esas cosas.

Casi había oscurecido. La silueta de Riders se había difuminado sobre el cielo, dejando solo la constelación de luces. Alguien cruzó el extremo de la terraza, bajó los escalones y desapareció en dirección a los estanques de los peces. La luna plateada se había encogido hasta el tamaño de una moneda, de un dorado pálido, y fundía su luz con la del final del crepúsculo. Una brisa suave soplaba desde el mar.

Hannah se estremeció y se puso el chal.

—Espero que el viento no empiece a soplar otra vez.

—*Le vent se lève!... Il faut tenter de vivre!*

—Ah... —Hizo una pausa y luego continuó diciendo—: Es un momento triste del día..., de la noche. Qué misteriosos son el día y la noche, esa interminable sucesión de oscuridad y luz. La transición siempre me afecta. Tengo pensamientos tristes, de personas en problemas y asustadas, todas ellas personas solitarias, todas ellas prisioneras. Bueno, me retiro. Tú da un paseo por el jardín.

—¿No vienes conmigo? Vamos a los acantilados a ver la luna.

—No. Ve tú. Me gusta imaginarte allí. Ve por ese camino, es más rápido. Buenas noches. Perdóname. —Se levantó rápidamente y desapareció antes de que Marian llegara a ponerse en pie.

La chica se quedó allí un momento, perpleja y conmovida. Se sentía satisfecha, como si hubiera caído una barrera. Estaba conmovida por la súplica de Hannah. Había querido decir: «No sé lo que esperas de mí, pero intentaré hacerlo, intentaré serlo». Aunque no había entendido del todo la conversación.

La luna se hallaba ahora en plena posesión del cielo. Atravesó despacio el jardín. Cuando llegó a la puerta que Hannah le había indicado, tiró para abrirla pero se resistió como si alguien la sujetara desde fuera. Por un instante se puso nerviosa. Luego tiró otra vez y la puerta se abrió, salpicándola de tierra y arena. Trató de salir.

La luna proyectaba sobre el jardín la sombra negra del muro de piedra. La pradera de hierba suave y mordisqueada por las ovejas que llevaba al filo del acantilado yacía clara ante ella, desierta, sin sombras, atterradoramente petrificada por la iluminación tenue y fría. Marian permaneció en el umbral. Detrás de ella había algo, algo que le daba miedo y que, no obstante, la retenía como un imán. El jardín a su espalda era espeso y magnético. Su deseo de salir había desaparecido. Le daba miedo dar un paso afuera. Se quedó paralizada en el umbral unos momentos, acallando la respiración. La gran pradera en lo alto del acantilado permanecía fría y atenta, visible aunque irreal, esperando a ver qué hacía.

CAPÍTULO SIETE

Un rato después, Marian retrocedió por el jardín descuidado. La luna se había escondido tras unas nubes. No había ido más allá de la puerta. Para apartarse del arco casi había tenido que tirar de sus manos y despegarlas de la piedra, tan alarmante parecía todo tanto delante como detrás de ella. Nunca se había sentido así, sola en semejante medida. Y, sin embargo, no sola por completo, pues en algún lugar de la densa oscuridad algo la rondaba. Se dijo: «No puedo seguir así, tengo que hablar con alguien». Pero ¿con quién y de qué? ¿Qué motivos de queja tenía, más allá de la soledad y el aburrimiento, que eran del todo lógicos? ¿Por qué ahora, de repente, se sentía tan temerosa y trastornada?

Vio delante de ella una pequeña luz que se movía por la oscuridad del jardín y, asustada, se quedó inmóvil. La luz avanzaba, buscaba algo, vacilaba. Desapareció un momento y volvió a aparecer, una manchita redonda desplazándose sobre el follaje y la piedra. Marian llegó a la conclusión de que debía de ser una linterna eléctrica. Ella avanzó en silencio por el sendero de grava, tan cubierto de hierbajos y musgo que sus pies no producían ningún sonido. La luz estaba un poco a la derecha del sendero, y la chica, sin aliento, no pensaba más que en escabullirse y correr en dirección a la casa. El corazón le latía con violencia y aceleró el paso.

La luz apuntó de pronto hacia ella y Marian se detuvo en mitad de una zancada, vio sus pies, el vestido, repentinamente iluminados. La grava crujió bajo sus tacones. Era el primer sonido en mucho tiempo. La luz subió a su cara y la deslumbró, y ella, viéndose atrapada, emitió un grito ahogado.

—Señorita Taylor.

Era la voz de Denis Nolan. Tendría que haber recordado que a veces él salía tarde por la noche, para contemplar a sus peces a la luz de una linterna.

—Señor Nolan. Me ha asustado.

—Lo lamento.

Conservaban ese trato formal, un poco hostil. Cuando Marian avanzó hacia él por la hierba áspera recordó la historia de su «salto» sobre Alice Lejour. No obstante, no sintió miedo.

Se quedaron uno frente al otro un momento, con el círculo de luz entre los

dos, posado en la hierba. Entonces ella dijo:

—¿Puedo ver los peces? Nunca los he visto.

Él la guio, con la luz apuntando a los pies de ella, hasta el resquebrajado borde de piedra. Los tres estanques ovales de lirios habían formado parte una vez de un jardín ornamental de estilo italiano, pero las losetas que los rodeaban habían sido tomadas hacía mucho por la retama, los brotes de fresno y todo tipo de flores silvestres. Los lirios blancos y granates seguían floreciendo, y la linterna se deslizó sobre las grandes hojas secas y las flores cerradas. Luego la luz apuntó hacia abajo.

Nolan estaba de rodillas, y Marian se arrodilló junto a él. La red de alambre que habitualmente cubría los estanques estaba enrollada a un lado.

—¿Para qué es la red?

—Para las ardeidas.

—¿Las ardeidas? Ah, las garzas. Sí. Supongo que se comen los peces.

Ella se asomó al mundo sumergido. Era verde y profundo y estaba repleto de vegetación greñuda e inmóvil. Los peces nadaban indiferentes a la luz de la linterna, con una lentitud meditativa, orondas formas doradas.

—Esos son carpas doradas y esos shubunkins. Esos amiguitos alargados y veloces son cachuelos, cachuelos dorados. Y ahí tiene usted una tenca, allí, el verde oscuro, es difícil de distinguir. Una tenca verde, *tinca tinca*.

—¿Es el nombre zoológico?

—Sí.

—Qué bonita. ¿Dónde está Nariz de Fresa?

Nolan la miró en la oscuridad y la linterna encendida se introdujo bajo la superficie con un suave chapoteo.

—¿Cómo lo conoce?

—Lo llevaba usted en un cuenco cuando nos vimos por primera vez, y usted le dijo el nombre al señor Scottow.

—Ah. Está en el otro estanque. Ya se encuentra bien.

Marian se dio cuenta de que lo había ofendido. Tenía la dignidad carente de humor propia de los lugareños. No toleraba ni la menor burla. Pero ella no se había burlado de él.

—¿Cómo está el pequeño murciélago? —preguntó.

—Ha muerto.

Marian tomó asiento en el borde de piedra. Era consciente de la oscuridad que la rodeaba, fragante y colmada de vegetación, y de la presencia de la

cercana casa, perfilada contra el cielo que la luna teñía de negro azulado. Había luz en una ventana, no distinguió cuál. La piedra conservaba el calor del día soleado. La linterna parpadeó, iluminó el agua por última vez y se apagó.

—¿Señor Nolan, le importa si le hago unas preguntas? —dijo Marian.

Él se había puesto en pie, como si se dispusiera a irse. Ella entreveía su cabeza y sus hombros, cernidos sobre ella.

—¿Qué preguntas?

—¿Qué pasa en este sitio?

Él guardó un momento de silencio antes de responder. Encendió la linterna y alumbró brevemente el espacio que los rodeaba. Las matas verde oscuro de retama y un cúmulo de campánulas y blancas margaritas y arvejas silvestres se volvieron vívidamente presentes de pronto, y a continuación desaparecieron.

—Aquí no pasa nada —respondió él—. Simplemente no está usted acostumbrada a un sitio tan solitario.

—No se libre así de mí —dijo Marian. Había sabido, en cuanto salió del sendero de grava, que el momento de las revelaciones había llegado—. Siéntese, señor Nolan. Tiene que contármelo, al menos tiene que contarme algo. ¿Qué pasó hace siete años?

Él hincó una rodilla en el suelo cerca de ella, desapareciendo contra el fondo oscuro del jardín.

—No pasó nada, nada en especial. ¿Por qué?

—Vamos —insistió Marian—. Ya sé muchas cosas. Que el señor Crean-Smith cayó por el acantilado, por ejemplo. Tiene que contarme más. Hay algo muy raro en este sitio, y no es la soledad, estoy segura. Por favor, hábleme. Tiene que darse cuenta de lo difícil que es para mí estar aquí, de lo horrible que es, en cierto modo. Cuéntemelo o tendré que preguntar a alguien más. —Las palabras le salieron sin pensar y se dio cuenta mientras las pronunciaba de que habían atrapado a Nolan. Él se sentó. Las rodillas de ambos estaban muy cerca sobre la piedra rugosa y cálida.

—No puedo contarle nada.

—Entonces ¿hay algo que contar? Pero debo saberlo si voy a quedarme y no quiero acabar desquiciada.

—Como el resto de nosotros —dijo él en voz baja.

—Por favor, dígamelo. Si no lo hace, se lo preguntaré a la señora Crean-Smith.

—No, no haga eso.

Estaba asustado. Una vez más, ella había pulsado la tecla correcta.

—Vamos, Denis. —El nombre de él le salió con naturalidad.

—Mire..., bueno..., espere un minuto. —Barrió los alrededores con la linterna una vez más, de manera lenta y cuidadosa. La luz en la casa había desaparecido—. Le diré algo. Es cierto que tiene que saberlo si va a quedarse. Y prefiero decírselo yo a que se entere por otros.

Hizo una pausa. Hubo un tenue sonido acuático cuando un pez brincó sobre la superficie.

—Me pregunta usted qué pasa aquí. Se lo diré. Lo que pasa es que este sitio es una prisión.

—¿Una prisión? —preguntó Marian, asombrada y tensa por la inmediatez de la revelación. El corazón le batía dolorosamente—. ¿Una prisión? ¿Quién es el prisionero?

—La señora Crean-Smith.

Ella creyó haberlo intuido. Pero ¿cómo podía haberlo hecho? Ni siquiera entonces lo entendía.

—¿Y quiénes son los carceleros?

—El señor Scottow. La señorita Evercreech. Jamesie. Usted. Yo.

—¡No, no! —protestó ella—. ¡Yo no! No sé de qué está hablando. ¿Quiere decir que la señora Crean-Smith está... encerrada, encarcelada?

—Sí.

—Pero es una locura. ¿Qué sucede con el señor Crean-Smith, por qué él no...?

—¿La rescata? Es por orden de él por lo que está encerrada.

—No entiendo nada —confesó Marian. Padecía de nuevo el pánico mareante que la había atenazado ante la puerta del jardín, y que proféticamente había experimentado el primer día—. ¿El señor Crean-Smith está... enfermo, quiero decir perturbado, o es peligroso o algo así?

—No.

—Bueno, entonces, ¿por qué está ella encerrada? No se puede encerrar a las personas sin más. No vivimos en la Edad Media.

—Aquí sí, nosotros sí. Pero no importa. Su marido la tiene encerrada porque ella lo engañó e intentó matarlo.

—¡Oh, Dios! —Sentía mucho más que curiosidad. La perspectiva de la historia que vendría a continuación la aterraba, como si pudiera poner en riesgo su razón. Por un momento, estuvo a punto de decirle que parara.

Pero él continuó en voz baja.

—Debería contárselo todo en orden. Ahora que ya le he dicho tanto. He ido demasiado rápido. Y que Dios me perdone si lo hago mal. Fue como sigue: Hannah Crean-Smith es una mujer rica, era una mujer rica, dueña de su propia fortuna, fruto de las posesiones de su familia. Esta casa, por ejemplo, y toda esta tierra, en kilómetros a la redonda, son suyas. Y se casó muy joven, con su primo carnal, Peter Crean-Smith. Él era, y que Dios me perdone si doy una imagen equivocada de él, un animal, aunque encantador. Un bebedor mujeriego que trataba con violencia a su mujer. No fue un buen matrimonio. Ella era infeliz, y así continuó. Venían a esta casa con bastante frecuencia, porque a él le encantaba pescar y cazar y esas cosas. Y así siguieron las cosas. Y entonces apareció Philip Lejour.

—¿Philip Lejour?

—Sí. Conocido como Pip Lejour. El hijo mayor del señor Lejour. El joven señor Lejour compró Riders por aquel entonces, cuando el sitio era una ruina. Lo compró por casi nada, para usarlo como refugio de caza, y alquilaba los cotos de caza y de pesca. Así conoció al señor Crean-Smith y también a la señora Crean-Smith. Los hombres iban a menudo a cazar juntos. Eso sucedió hace unos nueve años. Entonces el señor Crean-Smith fue a América por negocios. Supongo que fue por negocios, aunque no sé nada de sus asuntos, al margen de que es un joven rico. Y cuando se fue, la señora Crean-Smith y el señor Lejour se enamoraron y se acostaron.

Se detuvo y volvió a encender la linterna. El jardín se hallaba en completo silencio.

—Las cosas siguieron así durante un tiempo. El señor Crean-Smith no sabía nada del asunto. Durante cuánto tiempo, no lo sé, y no sé lo que el señor Crean-Smith habría hecho de haberlo sabido. Pero un día volvió inesperadamente, aquí, a Gaze, y descubrió a su mujer en la cama con el joven señor Lejour. —Hizo una pausa—. Eso pasó hace siete años.

Se quedó un momento callado, como enfrascado en la historia. Prosiguió.

—Le he dicho que el señor Crean-Smith era un hombre violento. Lo es, porque sigue siéndolo. Que Dios me perdone si doy una imagen equivocada de él. Reaccionó de manera muy violenta.

—¿Con el señor Lejour?

—Con su mujer.

La emoción pareció ahogarlo por un instante. Siguió hablando.

—No la dejó salir de casa, la encerró bajo llave.

—¿Qué hizo el señor Lejour?

—Irse. ¿Qué podía hacer? Si hubiera dependido de él, la habría llevado consigo, la habría rescatado. Ella lo sabía. Hubo cartas, hubo gente que las trajo, a riesgo de una terrible represalia por parte de él, del marido. Pero ella no se fue.

—¿Por qué no? ¿Si el señor Crean-Smith era tan...?

—Se casó con él por la iglesia.

—Ya, pero aun así, cuando...

—¿Cómo podemos saber lo que pasa por su cabeza? A lo mejor tenía miedo de él, y de hecho debía de tenerle mucho miedo. Por otro lado, tampoco habría sido fácil abandonar la casa. Ella estaba guardada, bajo vigilancia. Además, dejar a su marido, salir al mundo..., recuerde que se casó siendo muy joven. Posiblemente no lo habría hecho. A lo mejor se sentía, por todo lo que pasó, culpable, dolida, incluso entonces.

—¿Incluso entonces?

—Pasó algo más. Lo que le acabo de contar no duró mucho. Unos meses, puede que solo unas semanas. No sé lo que ella habría hecho. Pero hubo algo más. Un día, puede que tras un episodio violento, no lo sé, ella huyó a la carrera de la casa. Salió por la puerta que da a los acantilados, la puerta de la que venía usted. Corrió hacia el filo del acantilado. Solo Dios en Su misericordia sabe qué tenía en la cabeza... El suicidio. Puede ser. Arrojarle por el acantilado. O a lo mejor solo corría sin pensar. El señor Crean-Smith fue tras ella. Lo que pasó entonces nadie lo sabe a ciencia cierta. Pero hubo un forcejeo y el señor Crean-Smith cayó por el acantilado.

—Oh, Dios... —dijo Marian. Se sintió mareada, sofocada, como por un sabor o un olor a quemado. Dio un respingo ante el resplandor de la linterna. Volvió la oscuridad.

—Sobrevivió. Fue como un milagro. Hay una especie de grieta en aquella parte del acantilado, no sé si la ha visto, una abertura, un pequeño canal de piedra, puede que el lecho de un antiguo arroyo, y él cayó dentro. Fue una gran caída, pero sobrevivió.

—¿Quedó malherido?

—No lo sé. Sobrevivió. La gente dice que acabó lisiado o herido, herido de gravedad, pero dicen cosas muy distintas sobre lo que le pasó, y yo no sé nada.

—¿No lo ha visto desde entonces?

—No. Y en realidad antes de eso lo vi poco. Yo entonces no estaba en Gaze. Él no ha vuelto a poner el pie aquí desde entonces, hace siete años.

—¿Y ella...?

—A ella la encerró.

—¿Quiere decir que lleva encerrada desde hace siete años?

—Sí. Él la encerró. Fue entonces cuando trajo a la casa a Gerald Scottow. Gerald era amigo suyo, eran amigos desde la infancia, cuando él venía a pescar, aunque pertenecían a mundos diferentes, y confiaba en Gerald y lo puso aquí para que la vigilara. Y así ha ido pasando el tiempo.

—¡Dios mío! —exclamó Marian—. Todo es una locura. No la mantienen aquí por la fuerza, ¿no? Podría irse si quisiera.

—Se olvida usted de la opinión de *ella*.

—¿Quiere decir que está aquí... voluntariamente?

—¿Quién puede saber lo que tiene en la cabeza? Al principio estuvo encerrada dentro de los límites de la propiedad. Podía recorrer kilómetros y kilómetros en una dirección u otra, y por entonces montaba mucho a caballo. Luego, un día, hace cinco años, huyó de pronto y galopó hasta Greytown y antes de que nadie se enterara estaba en el tren. Y fue a la casa de su padre.

—¿Y qué pasó?

—Su padre no la recibió. La envió de vuelta.

—Pero ¿por qué fue allí?

—¿Quién puede saber lo que tenía en la cabeza? Recuerde que él era su primo carnal y las familias son algo importante, esas familias lo son. Y ella se casó cuando no era más que una niña y no sabía ni atarse los cordones de los zapatos. Es increíble que fuera capaz de comprar un billete de tren. Regresó.

—¿Y entonces?

—Y entonces hubo un rumor de que él iba a volver, Peter Crean-Smith, y ella casi enloqueció, aunque él no vino. Pero la encerró dentro de los límites del jardín.

—¿Quiere decir que no ha salido del jardín en cinco años?

—No, no lo ha hecho. Y fue entonces cuando él mandó a los Evercreech. Eran parientes pobres, y los envió para sumarse a la vigilancia. No son cercanos pero son los parientes más próximos que ella tiene, después de su marido, ahora que su padre está muerto.

—¡Es una historia de locos! —dijo Marian de forma estridente. Bajó la voz

—No quiero decir que no le crea. Pero es de locos. Dice usted que me olvido de *ella*. Pero ¿qué pasa con ella? ¿Por qué lo tolera, por qué no hace las maletas y se va? Supongo que Gerald Scottow y el resto de ustedes no la retendrían por la fuerza. Y seguramente tendrá conocidos en algún sitio. ¿Qué hay de ese tal Effingham Cooper? ¿Qué hay del joven señor Lejour? ¿Qué está haciendo? ¿Qué...?

—El señor Lejour observa y aguarda. Viene cada verano. Ha arreglado la casa y ha traído a su anciano padre a vivir aquí. Viene y observa. Pero no hay nada que pueda hacer. Y no sé si ahora hay algo que quiera hacer.

Marian se acordó del hombre con prismáticos al que de manera tan abrupta había visto en su primera tarde en Gaze.

—¿Él no la ve, no se comunica con ella?

—No se le permite verla, y por lo que sé no se comunica con ella. Solo empeoraría la situación de la señora, solo le causaría dolor.

—Todo esto es absolutamente espantoso. ¿Qué hay de usted? ¿No puede ayudarla? Seguro que no está del lado de los otros.

—¿Qué significa ayudarla?

—Sigo sin entender. ¿Ella *quiere* estar aquí?

—Quizá. Ya debe de saber usted que ella es una persona religiosa.

—¿Qué tiene que ver la religión? ¿Es que ella...? ¿Cree usted que ella de veras lo empujó?

—No lo sé. Quizá a estas alturas ni siquiera ella misma lo sabe. Pero existen actos que se atribuyen a las personas al margen de la voluntad de estas.

—Quiere decir que, en cualquier caso, ella se sentiría responsable. ¿Cree usted que ella lo empujó?

Él hizo una pausa.

—Sí, a lo mejor. Pero eso no tiene importancia. Ella ha reconocido el acto y no tenemos derecho a privarla de ello.

—No puedo ni imaginarlo. Pasar tanto tiempo en un sitio tan pequeño. Me asombra que no haya enloquecido.

—Hay monjas de clausura en el convento de Blackport que viven para siempre en un sitio más pequeño.

—Pero ellas tienen fe.

—Quizá la señora Crean-Smith tenga fe.

—Sí, pero está equivocada. Quiero decir que no está bien dar rienda a algo semejante. Es morboso. Y es tan malo para él como lo es para ella. ¿La gente

de por aquí está al tanto de lo que le pasa?

—¿Los vecinos? Sí, saben de ella. Es una leyenda en esta parte del país. Creen que si abandona el jardín, morirá.

—¿De verdad piensan que es presa de una maldición?

—Sí. Y creen que al cabo de siete años le ocurrirá algo.

—¿Por qué siete años? ¿Porque es el tiempo que tardan en pasar las cosas en los cuentos de hadas? ¡Ahora van a cumplirse siete años!

—Sí. Pero no va a pasar nada.

—Ha pasado algo. He venido yo.

Él guardó silencio, como si se encogiera de hombros.

—¿Por qué he venido? —dijo Marian. Pensó por primera vez en cuál era su papel en la historia. El escalofriante relato se había vuelto realidad ante ella, continuaba desarrollándose. Y era un relato donde nada sucedía al azar—. ¿Quién decidió que yo viniera, y por qué?

—Eso me tiene perplejo —dijo él—. Puede ser solo resultado de un momento de compasión. O puede que usted sea una especie de vigilante.

—¿Vigilante de quién?

—De cualquiera. Del señor Cooper, por ejemplo. Es una de las pocas personas a las que se le permite visitarla. Es un hombre inofensivo. Pero pueden haber puesto un vigilante para asegurarse. O también puede ser una tortura.

—¿Tortura?

—Hacer que le tome cariño a usted y luego hacer que usted se vaya. No sé. Todas las doncellas agradables han desaparecido. Hará bien usted en no entablar una relación muy estrecha con ella. Y una cosa más. No se enemiste con Gerald Scottow.

Un profético fogonazo de comprensión estalló dentro de ella con una terrible descarga de calor. Para eso estaba allí, para plantar cara a Gerald Scottow, ser su adversaria, su ángel opositor. Luchando contra Scottow representaría su papel en la historia. Era un pensamiento apenas coherente y se esfumó en un momento. Luego dijo:

—¿Por qué sus amigos, usted, el señor Lejour, el señor Cooper, no la persuaden de irse? Ella no puede seguir esperando que él se ablande, que la perdone. Tengo la impresión de que es como si ella fuera de veras víctima de un hechizo, quiero decir: un hechizo psicológico, y que a estas alturas creyera a medias que por alguna razón *tiene* que permanecer aquí. ¿No habría que

despertarla? Es todo tan malsano, tan antinatural.

—Lo espiritual es antinatural. El alma no puede volar bajo la carga del pecado. Lo que aquí sucede nos afecta a todos de un modo u otro. No puede usted interponerse entre ella y su sufrimiento, es demasiado complicado, demasiado valioso. Debemos jugar a su juego, sea cual sea, y creer en lo que ella cree. Es todo lo que podemos hacer por ella.

—Bueno, pues no es lo que yo voy a hacer —dijo Marian—. Voy a hablarle de libertad.

—No lo haga —se apresuró a decir él—. Ahora eso no significa nada para ella. Sea lo que sea lo que opine usted sobre su estado de ánimo y su alma, aunque solo crea que le asusta el mundo exterior, o que vive bajo el influjo de fantasías, o que está medio loca, no le hable de libertad. A lo largo de los últimos años ha alcanzado una profunda paz de espíritu. Creo que ha hecho las paces con Dios. No disturbe su calma. Me parece que no podría aunque lo intentara. Ella es una persona mucho más fuerte de lo que usted puede imaginar por lo que ha visto hasta ahora. Pero no lo intente. Su paz le pertenece y es su posesión más preciada, crea lo que crea usted.

Marian negó violentamente en la oscuridad.

—Pero a veces parece presa de tanto dolor, tan desesperada...

—La obediencia real se lleva a efecto sin ilusión. El soldado raso muere en silencio, pero Cristo gritó.

Ella murmuró:

—¿Obediencia a...?

Pero la charla había concluido. Él se había puesto en pie y ella se levantó también. Estaba agarrotada y helada y la ropa le colgaba empapada de rocío. La pequeña luna, volando entre nubes desgarradas, les mostraba el camino a la casa. Echaron a caminar.

—¿Cuándo llegó usted aquí?

—Hace cinco años.

—¿Era uno de los mensajeros, de los que el señor Lejour enviaba a ella corriendo tantos riesgos?

—Sí. Es mejor que entremos por separado.

Estaban en la terraza. La luz de la luna reveló la mesa donde ella se había sentado, hacía tanto, con Hannah. El cúmulo de joyas seguía desparramado, salpicado de resplandecientes puntos de luz fría. Se detuvo a recogerlas.

El miedo paralizante y el mareo regresaron cuando alzó la vista hacia los

oscuros ojos velados de la casa.

—¿Qué acabará con esto? —preguntó con un murmullo.

—La muerte de él quizá. Buenas noches.

PARTE DOS

CAPÍTULO OCHO

Effingham Cooper miraba por la ventanilla del vagón de primera clase. El paisaje se tornaba familiar. Cada imagen le anticipaba cuál vendría a continuación. Era un momento que siempre le causaba placer y miedo. Allá estaba la torre redonda, allá la casa georgiana en ruinas con la fachada con denticulos, allá el gran megalito tumbado, allá, por fin, las rocas gris amarillento que señalaban el inicio del peñascal. Aunque todavía faltaban veinte minutos para llegar, bajó las maletas, se puso el abrigo y se enderezó la corbata, mirándose con expresión seria en el espejo del vagón. El pequeño tren se balanceaba y sufría sacudidas.

Habían pasado casi seis meses desde la última vez que había estado allí. Pero los encontraría a todos igual. No cabía duda de que ellos también lo encontrarían igual a él. Seguía mirándose en el espejo. Su aspecto juvenil sorprendía siempre a los que solo lo conocían por su reputación. Todavía era joven, por supuesto, en los cuarenta, aunque a veces se sentía como si tuviera siglos de edad. Sin duda era joven para sus logros, joven para ser jefe de departamento. Se miró con afecto divertido e irónico. Era alto, robusto, de rostro sonrosado, con una boca grande y firme, y una nariz grande y recta, y ojos grandes, entre el gris y el azul. Su pelo, que tendía al castaño, era ondulado y estaba lustroso, domado por años de bombín y loción capilar. Parecía un hombre; y en el círculo social que frecuentaba era tenido por uno de éxito y digno de envidia. Al alzar la barbilla pensativo se acordó de que Elizabeth, la única persona que se atrevía a burlarse de él, le había dicho en una ocasión que su expresión favorita era la de «poder durmiente». Sonrió tristemente a su reflejo y se sentó.

Se mordisqueó las uñas. ¿Sucedería algo en esta ocasión? ¿Qué habría pasado cuando cogiera ese tren de nuevo para volver a casa? Se preguntaba lo mismo cada vez, y se preguntaba, como en realidad hacía durante todo el año, cuando se despertaba por la noche o en ocasiones desconcertantes como en mitad de reuniones o en escaleras mecánicas o en estaciones de tren, si no debería *hacer* algo. Él era, pensaba a veces, y evitaba alarmado la idea, el que tenía mayor poder, la única persona que de veras podía actuar. ¿No tendría que hacer algo drástico? ¿No esperaban todos que él pasara a la acción? Era un

pensamiento aterrador.

Effingham conocía a Hannah Crean-Smith desde hacía cuatro años. A la familia Lejour la conocía desde hacía veinte. Max Lejour fue el tutor de Effingham en Oxford, y este había conocido a los pequeños Lejour cuando era todavía un estudiante. La mujer de Max falleció al nacer Pip, y, cuando Effingham lo conoció, Max era un cascarrabias solterón que parecía haber creado a sus dos hijos, tan indudablemente suyos, sin intervención femenina. No obstante, la fotografía de la señora Lejour, una reputada belleza pelirroja, figuraba siempre sobre su mesa. Tras acabar el primero de su promoción en clásicas, Effingham ocupó un puesto de becario en el *college*. Pero era inquieto, y pronto, para lástima de Max, cambió el mundo académico por el funcionariado. Le fue bien, le fue muy bien. No tenía sentido arrepentirse ahora de la decisión.

La pobre Alice Lejour se había enamorado del pupilo estrella de su padre durante uno de sus fines de semana de permiso en el internado; y para satisfacción y enojo de Effingham, ella nunca había tenido ningún otro objetivo serio en cuestiones amorosas. Él la trató con condescendencia mientras ella estaba en el colegio, se burló de ella cuando pasó a la universidad, y mucho después, en un lamentable momento de debilidad, flirteó con ella, en la época en que él escapaba de las garras de la encantadora Elizabeth. Se alegraba de no haberse casado con Elizabeth. Habría sido difícil estar casado con una profesional implacable; Elizabeth era su subordinada en el departamento. Habría sido difícil estar casado con una mujer implacable. Elizabeth era demasiado astuta. En cualquier caso, su presente relación con ella era perfecta. Solo lamentaba haber herido a Alice, y decepcionado a Max, que siempre, de modo tácito, había deseado que se casara con ella y haber enredado a la pobre chica, todavía más, en un amor inútil. Y todos seguían haciéndose mayores.

Max Lejour había sido una poderosa influencia en su vida. Incómodo, Effingham reconocía que continuaba siéndolo. Había estado dominado por su tutor en una medida que su éxito académico ocultaba a todos menos a él mismo. Sin cuestionárselo, había aceptado a Max como a un gran sabio; y de joven sencillamente había adorado al viejo. Cuando más adelante, convertido él en un hombre, habitaron el mismo mundo, Effingham comenzó a tener miedo de Max; no era malicia, ni siquiera críticas, lo que temía, sino la inadvertida extinción de su propia personalidad por culpa de su cercanía. Varias veces,

por breve tiempo, había evitado al antiguo tutor; pero siempre acababa volviendo a su lado. En años más recientes, durante los que se había convertido en un hombre de éxito, poderoso, célebre, su opinión sobre Max volvió a cambiar; se permitió burlarse de él, referirse a él como un «excéntrico viejo colega», al mismo tiempo que su espalda se relajaba como si se hubiera librado de una pesada carga. Veía a Max como a un ser abstracto, extemporáneo, un falso sabio, y se interrogaba en voz alta sobre qué le había fascinado de él durante media vida. No obstante, seguía volviendo.

Con Pip Lejour sus relaciones habían sido intermitentes e incómodas. Pip era cuatro años más joven que Alice y había entrado más lentamente en el entorno de Effingham. Pip, estando todavía en el colegio, empezó a burlarse de Effingham cuando la pasión de Alice se hizo evidente; y Effingham sospechó que, al igual que su hermana, el niño era tenaz. Aun así había tomado cariño a Pip y varias veces había intentado ayudarlo en su carrera. Pip estaba desafortunadamente obsesionado con la idea de que era poeta; pero, persuadido por la necesidad económica y por Effingham, al final se había convertido en un competente periodista. Algo que parecía claro respecto a él era que nunca haría realmente nada; y Effingham supo por Alice, con sorpresa cargada de interés, del triunfo amoroso de Pip y de sus curiosas consecuencias. Pip había, después de todo, cambiado el mundo; solo un poco, en el mejor de los casos, pero al menos lo había cambiado.

La jubilación de Max tuvo lugar uno o dos años después y se retiró a Riders para concluir en aislamiento su monumental obra sobre Platón. Sugirió a Effingham retomar su vieja costumbre de los «encuentros de lectura» y que fuera a pasar una temporada a Riders y leyeran griego juntos. Effingham se alegró; le gustaba leer griego con el anciano; esperó con deseo las vacaciones, esperó con deseo el paisaje, incluso esperó con deseo a Alice, que para entonces tendría un descanso en el instituto de horticultura donde trabajaba. Al llegar allí, se alegró menos de encontrar también a Pip, que recorría la terraza arrastrando los pies y vigilaba la otra casa con unos prismáticos de un modo que hizo pensar a Effingham que tramaba algo. Sin embargo, no tramaba nada. Pip fue respetuoso, Alice fue discreta; Pip iba a pescar, Alice iba a la caza de plantas; Max estaba ansioso por sentarse a leer el *Timeo*. El sol brillaba sin descanso sobre la noble costa y el maravilloso mar. Parecía que nada podía impedir que su estancia fuera deliciosa; nada salvo la perturbadora cercanía de la dama encarcelada.

Por supuesto, Alice le había contado a grandes rasgos la historia y, por supuesto, le había intrigado. Cierta interés al respecto había fortalecido el placer que suponía la visita. Pero ahora que estaba allí, era diferente. La dama le obsesionaba, le privaba de paz mental; incluso empezó a soñar con ella. Daba paseos en dirección a la otra casa, aunque sin atreverse a acercarse mucho, y pasaba largos intervalos contemplándola desde su ventana, aunque sin superar el rechazo por la sugerente idea de emplear unos prismáticos. Decidió que tenía que ir o hacer alguna otra cosa. Pero ¿qué? Los Lejour nunca mencionaban a la dama; y su silencio conformaba un marco en cuyo seno su imagen crecía y crecía.

Lo que pasó al final ocurrió sin que lo decidiera. Effingham, mientras paseaba al final de una tarde por los acantilados más allá de Gaze, se desorientó y se vio sorprendido por el anochecer. Cuando llevaba bastante tiempo perdido, deambulando por los senderos trazados por las ovejas entre el filo de los acantilados y la ciénaga, y cuando empezaba ya a inquietarse un poco, se topó con un hombre que resultó ser Denis Nolan, quien lo orientó en la dirección correcta. Solo había un camino transitable, así que lo recorrieron juntos. Cuando estaban cerca de Gaze, comenzó una tormenta y resultó natural buscar refugio en la casa, a la que Nolan lo invitó incómodo a pasar. La noticia de su presencia llegó a Hannah, que solicitó que fuera a verla.

Effingham estaba, como desde entonces se había dicho cientos de veces, libre de cargas, preparado, entusiasmado, sensibilizado, predispuesto. Ningún astronauta al subir a su cohete estaba más meticulosamente preparado para entrar en órbita de lo que lo estaba Effingham en ese momento para enamorarse de Hannah. Lo hizo. En retrospectiva le parecía, cuando recordaba aquel encuentro ahora tan confuso en su memoria, que debía de haber caído literalmente a los pies de ella y yacido allí jadeante; aunque lo que sin duda tuvo lugar fue una educada charla ante unos vasos de whisky. Salió de la casa una hora después deslumbrado y pasó casi toda la noche caminando bajo la lluvia.

El resto de su estancia en Riders transcurrió en una nube de enfrentamientos, confusión y malentendidos. No era capaz de ocultar su condición. De hecho, con el orgullo que acompaña a enamorarse cuando esto sucede a edad avanzada, estaba ansioso por anunciarlo a todo el mundo. Había supuesto que la astuta Elizabeth era el gran amor de su vida. Pero la belleza de Hannah, extraña, espiritual, atormentada y no obstante resignada, le parecía ahora el

misterioso castillo que llevaba toda su vida buscando. Sin reparar en el dolor que causaba, proclamó abiertamente su amor. Pues causó dolor, de manera comprensible, a Alice, destrozada por los celos; también comprensiblemente a Pip, cuyos presentes sentimientos hacia Hannah, Effingham desconocía, pero que seguramente estaba afligido, incluso furioso con él por su monstruosa pasión; y de modo más turbio a Max, que parecía afligido no por Alice, pues hacía mucho que había cesado de esperar que Effingham se casara con su hija, sino, de modo extraño, por Hannah. Max no había tratado de establecer contacto con la otra casa; pero Effingham pensó después, cuando fue capaz de pensar, que la dama encarcelada también debía de haber conquistado la imaginación del anciano.

Effingham pasó dos días atormentado y a continuación fue de nuevo a ver a Hannah. Llegó a la puerta principal y llamó. Fue admitido. La vio a solas. Le declaró su amor. Estaba hecho. Hannah estaba asombrada y amablemente escandalizada, sin llegar a sentirse estupefacta. Ella no sabía qué hacer con él, así que siguió mirando a su alrededor y más allá de él mientras pensaba cómo encajarlo en su entorno. También mientras tanto, ella eludió la pasión de Effingham mediante una cortina de humo compuesta por una cháchara de vaga disculpa que resultó al mismo tiempo acariciadora y asfixiante. Dijo que no podía tomarlo en serio. Insinuó que él era *persona non grata*. Le pidió entre risas que se fuera. Y en el momento de separarse, ella sostuvo su mano con una mirada de súplica repentina y desesperada. Él la visitó una vez más. Y otra. Nada sucedió. Hannah adoptó una actitud menos inquieta, más amistosa, menos alocada, más educada. Mientras iban conociéndose, él temía a cada momento la intervención de una fuerza exterior. Pero tal cosa no sucedió. Por alguna razón incomprensible, sus visitas eran toleradas.

Nunca llegaron a estar, no obstante, muy próximos uno al otro, nunca demasiado próximos. Cuando Effingham dejó de temer la posibilidad de no volver a verla, empezó a temer lo que tendría que hacer a continuación. No comprendía la situación de ella, no comprendía su estado mental, y en su actitud hacia él residía cierta vaguedad premeditada. El marido ausente empezó a acosarlo en sueños. Lo imaginaba cojo, ciego, repleto de odio. Le encantaría saber qué sucedió de veras aquel día en la cima del acantilado, le gustaría saberlo hasta el último detalle, pero era impensable preguntárselo a Hannah. Al principio le decía a Hannah con frecuencia: «Déjame sacarte de aquí»; pero ella, sin responder a las claras, sin decir nada en absoluto, daba a

entender negativas. Era evidente también, sin necesidad de palabras, que él no se convertiría en su amante.

Aquel verano, presa de un frenesí, Effingham prolongó su estancia. Obtuvo un permiso especial para retrasar la partida, discutió con los Lejour y a punto estuvo de mudarse al hotel de pescadores de Blackport, aunque no lo hizo. Estaba exacerbado; sin embargo, como más adelante no le quedó más remedio que admitir ante sí mismo, o más bien admitir ante Elizabeth, en cierto modo estaba disfrutando. Y en cierto modo estaba, incluso entonces, aterrorizado por la perspectiva de abandonar a Hannah. Al final regresó al trabajo porque no le quedaba más remedio, dejando la situación irresuelta, y respondió de manera cuidadosamente elusiva a las cartas abiertamente amistosas de Hannah. Dio por sentado que la correspondencia de ella era censurada.

Volvió por Navidad, pero para entonces el drama ya se había apaciguado. Hannah se alegraba de verlo, los Lejour se alegraban de verlo; aquella era su casa. Terminó por aceptarlo. Seguiría enamorado de Hannah, sería el sirviente de Hannah, seguiría acudiendo siempre que pudiera, sería tolerado por todos, sería inofensivo. Inofensivo, eso era, pensó, lo que ellos, fueran quienes fueran, habían asumido desde el principio que era él. Pero, en realidad, ¿en qué medida era inofensivo? No cabía duda de que por el momento no había hecho nada. Y tuvo que admitir ante Elizabeth, quien tenía unas opiniones acertadas y dolorosas acerca del amor cortés, que en parte la situación, en su actual estado, le fascinaba. Era innegable que poseía las cualidades de un relato fantástico. Y cuando él se sentaba en su oficina y soñaba con Hannah se descubría disfrutando de un placer culpable ante la idea de que ella estuviera encerrada, reservada, aislada, para él.

Pensó más delante, al reflexionar sobre el cariz de su resignación, que esta provenía de la misma Hannah. Ella estaba, de un extraño modo, así lo parecía, resignada por completo, casi como si se viera condenada a muerte o como si ya estuviera muerta. Los momentos de súplica eran silenciosos, ambiguos, superficiales e infrecuentes. Una especie de rendición subyacía en ellos. Qué tipo de rendición, qué tipo de resignación, era algo que él no llegaba a precisar: si ella se había rendido ante Peter o ante el deber o ante Dios o ante una loca fantasía personal; si en ella residía una gran virtud o un notable vicio. Porque sin duda se trataba de algo extremo, algo que, empezaba Effingham a pensar cada vez con mayor insistencia, él no debía perturbar con endebles ideas de felicidad y libertad.

Los Lejour se alegraban de verlo, lo habían perdonado. Max había superado su curiosa aflicción inicial y ahora parecía dar la bienvenida, con una abierta curiosidad, al acceso privilegiado de Effingham a la otra casa. Alice también se había recuperado del dolor del primer momento y, aunque seguía observando con frialdad el asunto, en cierta forma se alegraba, sospechaba él, de verlo unido a una mujer que, aunque no era ella, al menos era inalcanzable. Alice nunca había dejado de sentirse intimidada por Elizabeth. La relación con Hannah servía para llevar a Effingham a Riders y mantenerlo soltero. Lo que pensaba Pip continuaba siendo un misterio; en su persistente vigilancia del lugar había algo mórbido que causaba la perplejidad de Effingham, y por momentos este imaginaba que Pip extraía cierta satisfacción del espectáculo de la bella criatura encarcelada. Aunque así fuera, Pip se mostraba tolerante con el papel de Effingham, a pesar de que las hirientes burlas del niño que había sido asomaban con frecuencia a su mirada afable y no comprometida.

El tren aminoró la marcha y el corazón de Effingham se aceleró por el placer y el miedo de la llegada. Seguramente él era inofensivo y seguramente todo seguiría como antes; y sin embargo cada año tenía la impresión de acercarse un poco más al corazón del asunto, fuera cual fuera. Apoyó la mano en la puerta. Una luz deslumbrante pendía como una cortina sobre la pequeña estación medio en ruinas, donde una figura solitaria aguardaba en el andén. Querida Alice. Pobre Alice.

CAPÍTULO NUEVE

—Tienen una chica nueva. Se llama Marian Taylor.

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser, Effie? La han contratado como acompañante para Hannah. Es bastante instruida. Daba clase de francés en un colegio o algo así.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Has estado visitando a Hannah? Te lo agradezco de veras.

En los dos últimos años, Alice había establecido una tenaz rutina de visitas a su rival, que satisfacía bastante a Effingham.

—No. No he tenido ánimo de ir. No sé si ella sabe que estoy aquí. Denis me lo ha dicho.

Alice mantenía con Denis, el asaltante, una actitud protectora que Effingham encontraba incomprensible e irritante. No sabía cómo soportaba ella ver a aquella rata después de lo sucedido.

—Hannah dio a entender algo sobre una chica en una de sus cartas, pero pensé que era una doncella. Me alegro de que tenga más compañía femenina. En especial, desde que desatiendes tu tarea.

—No es mi tarea. Como sabes, solo iba a ver a Hannah por curiosidad. No me desagrada, a nadie lo haría, pero no conectamos. En cualquier caso, es un poco impropio. Pero esa chica está bien. Es bonita y muy agradable. Tienes que conocerla, Effie. Le dije que la invitaría.

«Alice ya está celosa —pensó Effingham al oír su tono insistente—. Ve a cada mujer como una amenaza, piensa que todas van detrás de mí.» La idea no era desagradable.

—¿Dónde la has conocido?

—Ella estaba en la playa, acumulando coraje para meterse en el agua. No lo consiguió.

—Una chica sensata. Espero que tú no hayas ido a nadar otra vez.

—No. He dejado de nadar desde que parezco una marsopa. Eso me recuerda que la otra noche soñé contigo. Estábamos nadando juntos. Y no solo nadando. Bueno, olvídale.

Era extraña la vida que uno llevaba en los sueños de los demás. Effingham se

preguntó si Hannah soñaba con él. Nunca le había dicho nada al respecto.

—Estás un poco rellenita. Pero te queda bien. —La pobre Alice estaba gorda de verdad; una mujer de mediana edad, oronda, vestida de *tweed* y con pinta de solterona. A lo mejor ser jardinero profesional te hacía tener ese aspecto, por pasar tanto tiempo encorvado con las piernas abiertas.

Acababan de llegar de la estación en el Austin Seven de Alice y se encontraban en la habitación de Effingham. Su gran maleta estaba encima de la cama, a medio vaciar. Él se percató, con una molestia afectuosa, de la barbaridad de chucherías con la que Alice, devotamente, había adornado la habitación: conchas en la repisa de la chimenea, gatitos y perritos de porcelana, almohadones pequeños e inútiles, tapetes bordados y platillos desportillados provenientes de bonitos juegos de té. Carente de gusto, Alice era una infatigable merodeadora de tiendas de antigüedades, de las que siempre volvía a casa triunfante, cargada de objetos con pequeñas taras, obtenidos a muy bajo precio. Alice era tacaña. Y torpe con las labores domésticas. A lo mejor eso también tenía que ver con ser jardinera.

—Has dejado muy bonita la habitación. Y esas flores silvestres son preciosas. ¿De la ciénaga?

—Sí, son esas curiosas flores carnívoras. No espero que te coman a ti. Me gustaría que tuviésemos flores decentes en el jardín, pero está hecho una ruina. Tengo que ponerme con él, ahora que tengo tiempo.

—¿Tiempo?

—He dejado el trabajo. ¿No te lo había dicho?

—¿Por qué?

—Para despejar el terreno en previsión de lo que pueda pasar. ¡Se van a cumplir siete años, ya sabes!

—No puedes creer semejante cosa. Estás de broma. Ahora en serio, ¿por qué?

—Bueno, papá se hace mayor, ya sabes. Y casi ha terminado su libro.

—¡Él también está despejando el terreno!

—Y cuando lo termine, me temo que envejecerá de repente. Lleva con él tanto tiempo. Será como si su vida concluyera.

Effingham estaba helado. Siempre había conocido a Max con su libro. ¿Qué iba a hacer después?

—En cualquier caso —continuó Alice—, no puede seguir pasando los inviernos solo. No sabes cómo son aquí los inviernos. Bueno, sí lo sabes, pero

nunca te has quedado mucho tiempo. Las doncellas son maravillosas, por supuesto, pero no podemos esperar que asuman la responsabilidad. Pip y yo nos quedaremos aquí.

—¿Pip?

—Sí, él también ha dejado el trabajo. ¿No te lo dije? Acaba de publicar un poemario, espero que lo hayas visto. Quiere dedicar dos años a la poesía. Cree que puede hacer algo bueno.

—Entiendo. Los tres aquí. Al final me convenceréis de que va a pasar algo. —En realidad, Effingham había visto una reseña favorable de los poemas, pero no había tenido ánimo de leerlos. Sabía de antemano que serían flojos.

Una atractiva doncella pelirroja se asomó a la puerta. Las doncellas en Riders eran todas pelirrojas, pertenecientes a uno de los antiguos asentamientos normandos de aquella costa tantas veces saqueada.

—¡Ah, Carrie! Pasa, querida —dijo Alice—. Carrie encenderá la chimenea. Te va a hacer falta, enfría mucho cuando anochece. Vamos a mi habitación a mirar las vistas.

—Hola, Carrie —saludó Effingham. Le estrechó la mano y la chica se sonrojó. Carrie estaba encariñada de él. Todas las doncellas eran encantadoras. Se acordó fugazmente de Denis Nolan. Al salir de la habitación echó un breve vistazo al jarrón con las flores carnívoras y pensó que tenían una pinta de lo más desagradable.

La habitación de Effingham miraba al mar. La habitación de Alice estaba orientada hacia el valle y hacia Gaze. Effingham quedó abstraído por la repentina visión del castillo, por el misterio de su presencia real. Era un elemento tan poderoso en su imaginación que la visión de la auténtica casa, atenuada y mermada por la distancia, siempre le causaba un breve sobresalto. Un movimiento captó su atención y vio a Pip Lejour en la terraza, con su perro de caza, Tadge, a los pies, y los prismáticos apuntando a la casa de enfrente. Effingham se apartó haciendo una mueca.

—Pip es un romántico —dijo Alice. Buscaba defender a Pip contra la irritación de Effingham.

—Hannah nos vuelve a todos románticos. —No era su intención herir a Alice. Le dedicó una sonrisa conciliadora.

—Me gustaría hacer de ti un romántico, Effie. Vale, no te espantes. No empezaré.

Effingham contempló la nariz corta, recta, poderosa, el breve y velludo labio

superior, el cabello liso y corto. Ahora tenía las mejillas más carnosas. Había dejado de ser una chica bonita; pero no cabía duda de que era una atractiva e imponente mujer de mediana edad, nacida para ser el pilar de algo. Qué lástima que no se hubiera casado. Mientras él lo miraba, el rostro de Alice se ablandó y sonrojó, y él se avergonzó por la vulnerabilidad de ella.

—¡Te estás ruborizando, Alice! —Se inclinó hacia ella.

—No, Effie. Tendría que habértelo dicho en la estación. Tengo un resfriado terrible.

«Maldita sea —pensó Effingham— ahora yo cogeré su resfriado.» Era muy propio de Alice resfriarse en ese momento. Él no quería presentarse ante Hannah con un resfriado. No quería contagiar a Hannah un resfriado. No quería ver a Hannah con un resfriado. Besó a Alice en los labios.

Ella lo contempló por un instante con la vieja mirada hambrienta y acosadora. Después sonrió y lo miró como a un hermano.

—¡Indecente! Ahora baja y ve a ver a papá.

Cuando se daba media vuelta, una forma blanca sobre la cama captó la atención de Effingham. Vio luego que la colcha estaba cubierta de conchas. Alice tenía una gran colección de conchas locales, a la que él había contribuido de vez en cuando.

—Las has sacado todas. Qué pinta tan rara tienen. Son como una chica hecha de conchas. Recuerdo un relato sobre una chica hecha de flores, pero no me acuerdo de ninguna de conchas. Es un hechizo nuevo.

—¡Para hechizarte a ti! Déjame regalarte algunas. —Cogió un puñado de las más pequeñas y lo dejó caer en su bolsillo. Luego bajaron a la planta baja.

Fuera, en la terraza, el golden retriever se acercó corriendo a Effingham, le plantó las dos patas delanteras en el chaleco y se revolcó sobre la espalda en un torbellino peludo de sonrisas y patas en movimiento. Tal recibimiento requirió un momento de atención.

—Hola, Tadg. Hola, Pip.

—«Señor, concédenos Tu bendición, al hallarnos de nuevo aquí reunidos.»
Hola, Effie.

Mientras que Alice estaba cada vez más rolliza, Pip estaba cada vez más delgado. Se había vuelto casi escuálido. Con un sedoso asomo de cabello en la cabeza cada vez más calva, y una boca húmeda y siempre en movimiento, su fino rostro parecía una versión reducida del de Alice. Los ojos estrechos, azul grisáceo, resplandecían y se abrían de par en par continuamente, cuando se le

pasaban por la cabeza sus bromas privadas. Las tropas estaban dispuestas.

—¿Quieres echar un vistazo?

—No, gracias. —Seguramente Pip ya estaba al tanto de lo que opinaba sobre su pésima costumbre—. Iba a saludar a Max. Nos vemos luego.

Tuvo un último atisbo de la pequeña cabeza de Pip y, detrás de ella, de la vista de Gaze, ahora en sombras, con la ladera roja y fucsia delante y la oscura línea de la ciénaga detrás.

—Te dejo aquí —dijo Alice. Como una sacerdotisa que lo condujera ante alguna presencia más elevada, se detuvo en el umbral. A Effingham le conmovía la siempre un poco absurda delicadeza con la que ella trataba la relación de él con su padre.

El estudio de Max estaba orientado hacia tierra adentro, contemplaba un campo de hierba mordisqueada y salpicada de rocas y arbustos raquíticos y, más allá, la joroba amarillo grisácea del peñascal. La ciénaga no se veía desde allí.

Effingham se plantó ante la puerta. Experimentaba una urgencia dolorosa y aleccionadora. La impresión de que lo convocaban por la fuerza, estando obligado a comportarse debidamente. Después de todo, respetaba la preocupación de Max por los temas profundos. En cierto modo, Max había vivido para él, había vivido la otra vida de Effingham. El anciano había volcado en aquel lugar mucho de cuanto él tenía de bueno y Effingham lo encontraba renovado e incuestionable cada vez que regresaba, aunque entre medias su fe hubiera flaqueado. Sonrió por su repentina inquietud. Se alegraba de saber, después de todo, que la antigua magia no había dejado de surtir efecto. Llamó a la puerta con suavidad.

Aguardó y oyó un sonido muy familiar, que no se parecía a ningún otro que conociera. Una voz profunda cantaba dentro. Abrió la puerta.

Había una neblina de humo de cigarro. Sin percatarse de su presencia, Max estaba sentado en penumbra de espaldas a la puerta; las cortinas se encontraban echadas a medias. Cantaba un coro de Esquilo con una alegre melodía de su propia invención.

Effingham tomó asiento detrás de él. Tocó dentro del bolsillo los afilados fragmentos de las conchas que le había dado Alice. Con los nervios, debía de haberlas roto en algún momento del camino. Prestó atención a las frases familiares y sanadoras.

Zeus, quien guía a los hombres a los caminos del entendimiento, ha establecido la regla de que debemos aprender por vía del sufrimiento. Al igual que la dolorosa preocupación, teñida del dolor, cae sobre nuestro corazón durante el sueño, sobre nuestra voluntad descenderá la sabiduría.

CAPÍTULO DIEZ

—Nunca había visto tantas liebres por aquí —reconoció Alice—. Y parecen enloquecidas.

—No es su mes —señaló Effingham—. ¿Has ido a pescar últimamente?

Apenas sabía lo que decía. Era la mañana siguiente e iba a ver a Hannah. Sentía una irritación homicida hacia Alice, que había dicho que lo acompañaría.

—Apenas —dijo Alice—. Las truchas están regular, y es demasiado pronto para los tímalo. Habrá que esperar al veranillo de san Martín.

Era cierto que había muchas liebres; corrían y hacían cabriolas en la ladera, de un verde intenso bajo la ciénaga. Effingham y Alice iban a pie por el sendero del interior, que pasaba sobre el pueblo y cruzaba el arroyo en su cauce alto, donde este descendía en forma de una serie de pequeñas cascadas desde su oscuro nacedero en la ciénaga. Un par de águilas ratoneras volaban en círculos en el cálido aire veraniego.

La ladera todavía mostraba cicatrices de lo sucedido. Una ancha franja de terreno oscuro y pantanoso, con gran cantidad de piedras esparcidas, indicaba por dónde había bajado la riada. El actual arroyo, inofensivo, trazaba meandros en el interior de la franja, tan oscuro como la misma tierra, iluminándose en las cascadas. Lo cruzaron saltando de piedra en piedra. Effingham, distraído, tendió la mano a Alice.

El primer encuentro con Hannah siempre lo alteraba terriblemente. Cuando estaba lejos de ella se sentía casi sereno respecto a su relación. Solo cuando volvía a acercarse a ella, a la Hannah real, la que respiraba, la existente, se daba cuenta de la gran medida en que la imagen que tenía de ella era fruto de su imaginación. Era un dogma que, de un modo deliciosamente impreciso, ella lo quería, incluso lo amaba, mientras él estaba ausente. En presencia de Hannah, el dogma pasaba por la terrible experiencia de transformarse en hecho. No obstante, incluso en presencia de Hannah, Effingham encontraba la combinación de lo fantástico y lo real bastante feliz y natural. El sexo y el amor eran en gran medida productos de la imaginación. Solo el primer encuentro era motivo de alarma.

Siempre existía además la posibilidad de encontrarse con que algo había cambiado. Después de todo, una situación tan extraña no podía durar para siempre. ¿O sí? No era que viera a Hannah como una estrella que se encoge y se encoge hasta que explota. No vislumbraba una violencia que se cerniera; preveía más bien lo opuesto, la inquietante desaparición de la propia voluntad. No esperaba que Hannah se fugara de pronto ni que de pronto pidiera ser rescatada; aunque si llegaba a hacerlo, él tendría que estar a la altura de sus necesidades. Pero no, se dijo, ella nunca pediría tal cosa. Sin embargo, la situación tenía que cambiar, ¿y quién la cambiaría? ¿O quién iniciaría el cambio? Pues una vez que empezara a cambiar, los extraños personajes implicados se zafarían a tirones y darían el salto a una vida impredecible. Recordó el comentario de Alice acerca de «despejar el terreno en previsión de lo que pueda pasar», y se estremeció al pensar en lo desagradable que puede ser cualquier acción. Por supuesto, no creía en la leyenda de los siete años. No obstante, había pasado mucho tiempo para algunos. Para Peter Crean-Smith, por ejemplo. Volvió a estremecerse.

—¡Tadg! —El perro se acercó corriendo a Alice, le dejó dos huellas embarradas en la falda y correteó a su alrededor—. Pip tiene que andar cerca. Salió temprano a cazar.

Un grito lejano llegó desde un punto más elevado de la ladera y vieron a alguien bajar por las rocas, por el lado más alejado del arroyo, donde el peñascal se desparramaba por la herbosa ladera en forma de cúmulos amarillentos de rocas. Cuando estuvo más cerca, la pesada escopeta bajo el brazo, saltó a la vista que cargaba con algo más, que resultó ser una brazada de faisanes. Effingham estaba molesto. El terreno, hasta donde alcanzaba la vista, era propiedad de Hannah. La despreocupada caza furtiva de Pip le parecía mezquina y falta de tacto. Pip erraba al valorar la potencial grandeza de su papel.

Alice, que conocía la opinión de Effingham sobre el furtivismo, dijo:

—¡Pip, dijiste que irías a la costa a por barnaclas!

—No he madrugado bastante. —Sonrió burlonamente a Effingham—. Vas a rendir homenaje, ¿verdad, Effie?

Effingham no dijo nada. Por un instante estuvo a punto de desmayarse por la violencia reprimida. No entendía a Pip. Contempló al chico mientras este se volvía alegremente hacia su hermana para contarle algo sobre unos cuervos que había visto en el peñascal. De manera absurda, Pip todavía parecía joven,

a pesar de la calvicie. El largo cuello y la cabeza pequeña emergían de una camisa andrajosa y sucia. Tenía las mejillas coloradas por el sol y tersas como las de una niña. Cambiaba continuamente de expresión y hacía guiños al hablar, a la vez que lanzaba miradas pícaras a Effingham. El arma descansaba apoyada en su muslo. El arma casaba con él. Effingham, al que le horrorizaban las armas de fuego, se percató de ello con una mezcla de fascinación y espanto. Pip pertenecía a una raza diferente de la suya; y por un instante vio al chico no como un joven absurdo e insensible, sino como un Apolo esbelto y arcaico, sonriente, incomprensible y peligroso.

Los pájaros muertos goteaban sangre. Effingham hizo un movimiento. Estaba a punto de decir que seguía adelante cuando, detrás de Pip, vio algo en la ladera, por debajo del nivel de la ciénaga. Un hombre y una chica se acercaban por el sendero, provenientes de Gaze; un momento después identificaba al hombre como Denis Nolan.

Pip y Alice dejaron de hablar.

—Son la señorita Taylor y Denis —aclaró Alice—. Supongo que debería invitarla a comer, o algo.

Pip los saludó con la mano.

—¡Buenos días, Denis!

—Buenos días, señor.

Pip demostraba un sincero afecto por Denis. Effingham pensaba que si un hombre atacara a su hermana... Entonces se fijó en la chica.

No es que fuera bonita exactamente, pero tenía unos rasgos fuertes e interesantes, con una larga nariz y ojos pequeños y vivos de color castaño y una boca apretada y agresiva. Tenía una cara muy expresiva, ahora relajada y seria mientras miraba a Effingham.

—Señor Cooper. Mi hermano. Señorita Taylor —dijo Alice.

—Hola.

—¿Es usted nueva por aquí? —preguntó Effingham.

—Sí. Estoy un poco abrumada. No esperaba un paisaje tan extremo. Cuesta acostumbrarse. Es más sublime que hermoso, ¿no? —Tenía una voz grata y clara.

A Effingham le divirtió el deseo de ella por agradarle. Él hizo algún otro comentario convencional y Alice se les unió. Al final del intercambio verbal, él ya había concluido claramente que la señorita Taylor, por su tímida y absurda inseguridad, era un ser de su misma clase: una chica lista, una versión

más joven de Elizabeth.

Se produjo una súbita distracción. Tadg, que había estado explorando corriente abajo del arroyo, había descubierto a Denis, quien permanecía un poco apartado del grupo. El perro enloqueció. Se lanzó sobre Denis soltando ladridos de excitación, casi asfixiado, y caminó de costado a su alrededor, zarandeando la cola y con ella todo el cuerpo.

—Tadg adora a Denis —explicó Alice—. Nunca se olvida de él. Denis lo entrenó cuando Tadg era un cachorro, cuando Denis estaba con nosotros.

Denis se enfrascó en saludar a Tadg. Se sentó en la hierba y dejó que el perro se le subiera encima y le lamiera la cara. Effingham encontró ese grado de informalidad por completo irrespetuoso. Miró a las dos mujeres y vio que ambas contemplaban la escena con expresión levemente divertida. Tosió con desaprobación.

—Tengo que irme.

—¿Va usted a Gaze? —preguntó la señorita Taylor—. La señora Crean-Smith lo está esperando. —Ella no pudo disimular su interés al mirar a Effingham.

Effingham experimentó una breve incomodidad. La chica no era una cualquiera, era alguien a quien había que tener en cuenta. Pero no podía ver a aquella agradable y joven criatura como un enemigo. Le sonrió y ella respondió con otra sonrisa.

Pip, que había estado hablando con Denis sobre las habilidades que Tadg había demostrado esa mañana, se sumó a ellos.

—Aquí es donde yo doy media vuelta. Llevo en pie desde las cinco. Me alegro de haberla conocido, señorita Taylor. Tengo entendido que vendrá a vernos a Riders.

—Me encantaría.

—Sí, tenemos que organizarlo —dijo Alice distraídamente.

La señorita Taylor vio los lustrosos trofeos de Pip.

—¡Pobres pájaros!

—¿Es usted vegetariana? —preguntó Alice.

Effingham miró a la joven. A esta, la malicia del comentario no se le había pasado por alto; tampoco ignoraba su motivo, como de inmediato quedó claro para él. Alguien debía de haberle hablado de la pobre Alice. Effingham se sintió a la vez molesto por su vieja amiga y ansioso por protegerla.

La señorita Taylor se sonrojó un poco y sonrió.

—¡No, claro que no! No practico lo que predico. La ciudad te corrompe.

Estoy segura de que sería vegetariana si tuviera que matar yo misma los animales.

—¡Buenos días a todos!

La fuerte voz justo detrás de Effingham le hizo dar un brinco. Todos se volvieron.

Gerald Scottow y Jamesie Evercreech se habían acercado desde la parte baja del valle y habían llegado junto al enfrascado grupo, quedando sus pisadas ocultas por el sonido de los saltos del arroyo.

—Buenos días —saludaron ellos; Alice con frialdad, Effingham con educación, Pip airosamente, Denis inexpresivo y la señorita Taylor con una apreciable emoción de algún tipo. Effingham se fijó en esta y miró a Scottow. Vio luego que Jamesie lanzaba un guiño a la señorita Taylor. Allí estaba, sin duda, quien la había informado sobre la condición de Alice. Effingham temblaba de desagrado.

Scottow y Jamesie iban armados con escopetas, y del zurrón de Jamesie asomaban dos pares de orejas peludas. Dos de las liebres locas no harían más cabriolas.

—Bien, bien —dijo Scottow—, qué agradable haberlos encontrado. No solemos tener tanta suerte. Señor Cooper, viene usted a vernos, confío. ¡Bien! Nos tiene desatendidos. ¿Ha tenido usted una buena mañana, señor Lejour? Veo que lleva ahí dos de las aves de la señora Crean-Smith.

Pip sonrió. Se volvió hacia Denis, y este, como si respondiera a una señal acordada, se acercó a él. Pip le entregó los faisanes y echó a caminar sin prisa hacia Riders. El pequeño incidente se desarrolló con la lenta fluidez de una ceremonia bien ensayada, o como el fragmento de un ballet.

Scottow, con una cómica expresión de angustia, miró cómo se alejaba.

—Señorita Lejour, espero no haber ofendido a su hermano. Solo estaba bromeando. Dígale que solo estaba bromeando.

—Tengo que irme —dijo Effingham de nuevo. La presencia de las armas le perturbaba. El encuentro parecía la sombra de una batalla real con sangre real que manara.

Denis ya se había puesto en marcha con los faisanes en dirección a Gaze. La señorita Taylor dudaba visiblemente.

Scottow dijo en tono agradable:

—Bueno, Jamesie y yo debemos continuar con la masacre. Veo que a la señorita Taylor no le agrada, pero seguro que no rechazará el estofado de

liebre. ¡Vamos, Jamesie!

El hombre alto y de hombros cuadrados y el chico delgado remontaron la colina y cruzaron el arroyo. Sus siluetas marciales emergieron contra el cielo azul. Los otros tres echaron a caminar en dirección al castillo.

El incidente y la impresión de un conocimiento compartido, si bien inefable, les proporcionó por un momento una complicidad silenciosa. Effingham caminaba entre las dos mujeres. La señorita Taylor dirigió un vistazo a sus acompañantes y luego miró hacia delante arrugando el ceño. Al captar el convencido fruncimiento por el rabillo del ojo, Effingham pensó que aquella joven incorrupta representaba un elemento nuevo en la situación y que era posible que se revelara además como uno activo. Era desconcertante, al igual que lo era su espontánea opinión de ella como incorrupta. ¿Acaso el resto eran corruptos?

Para distraerse, Effingham preguntó a la señorita Taylor por lo que había hecho desde que llegó a Gaze, y sobre su carrera universitaria y la época que pasó en París. Hablaba con gran naturalidad, como si ella fuera una joven estudiante y él de nuevo un profesor universitario, y se fijó en la creciente comodidad que ella demostraba con él. El aire de timidez agresiva de antes había desaparecido. Alice guardaba un notorio silencio. Llegaron a las puertas del castillo.

—He oído que el señor Lejour es un erudito en griego —dijo la señorita Taylor para implicar a Alice en la conversación—. Me gustaría saber griego. Conseguí aprender alemán por mi cuenta, pero nunca he tenido agallas suficientes para atreverme con el griego.

—Yo le enseñaré griego —dijo Effingham.

Alice hizo un pequeño movimiento, echó hacia atrás la cabeza. «Dios, qué imbécil soy», pensó Effingham. Era demasiado tarde para remediar lo dicho. La señorita Taylor se sonrojaba. Esta miró a Alice, que miraba hacia otro lado, y luego a Effingham. En un segundo circuló entre ellos gran cantidad de información. «Soy un completo imbécil», pensó Effingham.

—Si a usted le apetece, quiero decir —matizó apresuradamente para mitigar el efecto de la propuesta—. Podría darle un par de clases para ayudarla a empezar.

—Qué amable. Veré si tengo tiempo, ¿de acuerdo? —contestó la señorita Taylor.

«Es rápida», pensó él.

—¿Dónde está Tadge? —preguntó Alice—. No volvió con Pip. Pensé que estaba con nosotros.

—¿El perro? —dijo la señorita Taylor—. Se fue con Denis.

—¡Maldita sea! —exclamó Alice—. Ahora tendré que ir a buscarlo. Si está con Denis no vuelve a casa por su propia voluntad.

—¿Voy por él? —dijo la señorita Taylor.

—No, no. En cualquier caso, no vendría con usted. ¿Le parece bien que caminemos rápido? Dejaremos a Effingham detrás con sus ensoñaciones. Él no nos quiere *a nosotras*. —Alice tomó a la chica del brazo y la urgió a apretar el paso.

Effingham las vio alejarse. La imagen de Hannah creció ante él como un gran ídolo, plácido y dorado, con las dos mujeres apresuradas al fondo.

CAPÍTULO ONCE

La abrazó. En tales momentos, Effingham experimentaba una alegría tan intensa que no podía imaginar separarse de ella una vez más, ni cómo se había separado de ella otras veces; se sentía elevado, proyectado a una beatitud cegadora e intemporal. Ella era la única, el gran fénix, su verdad, su hogar, su *ἀπαξ λεγομενου*. Sentía una gratitud emocionada y humilde hacia ella por ser el motivo de un amor tan grande.

—Oh, Señor, Effie, cuánto te he echado de menos. Bendito seas por haber vuelto.

—Tendrías que maldecirme por haberme ido. No te cuido como te mereces.

—No digas eso. Me cuidas espléndidamente. No, no te arrodilles. Bésame, Effie.

La condujo al sofá y se sentaron cogidos de la mano. Effingham contempló la habitación. Todo estaba maravillosamente igual: las botellas de whisky, el barullo de papeles, el fuego bajo, los plumeros y la lunaria un poco más reseca que la última vez. Volvió a mirar a Hannah.

—¿Estás bien? ¿No ha pasado nada malo? ¿Nada que no puedas mencionar en una carta?

—No. Estoy bien. Todo sigue como de costumbre.

—Todo no. Está esa chica, la señorita Taylor.

—Ah, sí, Marian. Pero es algo bueno. No te lo había contado, ¿verdad? Estoy tan feliz de tenerla aquí. Me levanto cada mañana sabiendo que ese día tendrá algo bueno: ella.

—¿Y ahora también me tienes a mí! Estoy celoso.

—Y ahora también te tengo a ti, querido. Toma un whisky, Effingham, y sírveme otro. Solo quiero sentarme y disfrutar de verte.

Effingham fue por el whisky. Le había emocionado lo que ella había dicho de la chica. Pero ¿cuánto tiempo le permitirían conservarla? ¿Y cuánto tiempo estaría la chica dispuesta a quedarse en aquella silenciosa y pequeña casa de locos? Hannah estaba sinceramente contenta de verlo. Pero ¿no volvería él a irse al cabo de poco tiempo? ¿No estaría él dentro de un mes sentado en un restaurante caro escuchando las bromas de Elizabeth sobre *la princesse lointaine*?

Sirvió el whisky. El olor de aquella marca en particular, familiar y perturbador, le atenazó la garganta. Un cúmulo de vivencias apasionadas, recordadas a medias, de pronto presente, casi lo asfixió, y tuvo que hacer una pausa mientras servía el licor. Todo seguía igual. Pero ¿qué hacía él allí? ¿Por qué participaba en aquel espectáculo macabro?

Regresó junto a Hannah y se quedó de pie ante ella, que alzó la vista para mirarlo. Su cabellera dorada rojiza estaba peinada hacia atrás, dejando a la vista la frente alta y pálida. Hannah, le parecía a él, estaba más encantadora cada año. Aunque no más joven. Había algo escrito en aquella frente, concerniente al dolor, salvo que él no sabía leer los caracteres. Los ojos entre pardos y dorados, misteriosos y serenos, lo miraban con preocupación. A Effingham le parecía a veces que ella demostraba con él la calma exagerada de un psiquiatra al tratar a un paciente. ¿Salvo que no era ella la paciente? ¿Cuál de los dos estaba mal de la cabeza? Se llevó las manos a la frente.

—Effie, pareces cansado. ¿Estás...?

—Déjalo, Hannah. —Se dejó caer al lado de ella en el sofá y acarició la tela del vestido. Ella llevaba un vestido corto, de lino verde oscuro. Le acarició las rodillas—. Déjalo...

—¿Dejar qué? ¿Cuál es el problema, Effingham? Estoy aquí. Estás aquí. Todo sigue igual.

—Eso es exactamente. Estoy aquí. Estás aquí. Y todo sigue igual. Pero no debería seguir igual.

—¿Por qué no? Tráeme más whisky. Me muero por un trago. ¡Y si vas a comportarte así voy a necesitarlo!

Él se levantó con torpeza, enderezándose la corbata, y le tendió el vaso de whisky. Hannah estaba ahora sentada con los pies plegados debajo de ella, como una niña, recogida y distante; el rostro ancho y serio alzado hacia él. Dio unas palmaditas en el cojín para invitarlo a sentarse. De pronto era como estar en una fiesta. Effingham se aferró a su momento de frenesí; seguramente en él residía alguna verdad.

—Hannah, no podemos seguir así. Es una locura. ¿No te lo parece?

El rostro de ella estaba inmóvil, no petrificado, sino como el de un ave que planeara mientras acechaba algo.

—¿Quieres decir que prefieres no volver más?

—No, no quiero decir eso —respondió Effingham—. Quiero decir que tenemos que hacer algo, aunque solo sea acostarnos.

—Ssssh. Si tú sintieras, y por qué no ibas a sentirlo, que nuestro amor extraño e incompleto ya no tiene sentido, bueno, sabes que lo lamentaría. Pero sabes también que sería mejor dejar de verme. Puedo soportarlo, Effingham. Y podría ser un gran alivio para ti. Sé que te preocupas por mí. Desearía conseguir que dejaras de hacerlo.

—No es eso —protestó Effingham desesperado. Tomó la mano de ella entre las suyas en un gesto de súplica exaltada—. Te amo, Hannah. Te quiero, y no es ninguna broma. Pero esa no es la cuestión. Siento que tenemos que hacer algo, cualquier cosa, para romper este hechizo. Porque es un hechizo, un hechizo lanzado sobre todos nosotros. No hacemos más que deambular en sueños, todos. Y es un hechizo negativo, malsano. Con esta inmovilidad permanente estamos matando algo.

—Puede que lo estemos haciendo. —Ella liberó su mano y cogió la de él. Le acarició los nudillos—. A lo mejor estamos matando algo que no tiene ningún derecho a vivir. No importa. Sé que es más difícil para los demás que para mí. La enfermedad ajena es más ardua de sobrellevar que la propia. La del otro no es más que sufrimiento imaginario; con la propia, uno conoce sus comportamientos y sus límites. ¿Estás seguro, Effie, de que no quieres, simplemente, alejarte y no volver? Puedo comprender que experimentes una súbita repulsión. Tienes que ser sincero conmigo. Vamos, Effingham, la verdad.

Él apenas soportaba aquel tono autoritario y sereno. Quería verla llorar, oír-la gritar. Necesitaba que ella lo necesitara desesperadamente. Balbuceó algo y se detuvo. Debía tener aplomo, como ante un enemigo.

—Mira —explicó—, no quiero alejarme, ya lo sabes. Quiero hacer algo sensato y natural por fin. Quiero sacarte de aquí, devolvarte a la vida normal. ¿Hannah, me dejas sacarte de aquí? —No pretendía, cuando llegó, decirle eso. ¿Lo había obligado ella a hacerlo?

—No hables tan alto, Effie. Siento haber echado esta carga sobre ti. Sé que es una carga y sé que todo esto te parece, a veces al menos, antinatural, malsano. Fuiste algo... inesperado, algo que yo no tenía permitido... Y a menudo siento que debería haberte rechazado entonces, en el primer instante. Si sucediera ahora, creo que te rechazaría. No permitiría que esta ficción comenzara.

—¡Dios, ahora no vas a deshacerte de mí! —exclamó Effingham.

—No. Ssssh. Hablas muy alto. Por supuesto que no, si tú de veras quieres

seguir adelante. Pero es difícil, Effingham, es muy difícil. Me culpo por no habértelo presentado, desde el primer momento, como algo casi imposible.

—No entiendo —concluyó Effingham, desconsolado—. Acabo de ofrecerte sacarte de aquí. ¿Vendrías? Quiero decir, ¿vendrás?

—No, por supuesto que no. Y dentro de un momento te arrepentirás de habérmelo ofrecido, ya te arrepientes. No nos corresponde vivir ese tipo de vida, vivir ese tipo de amor. Yo hago algo diferente, y quizá debería haberte obligado a hacerlo también. O, de lo contrario, haber hecho que me dejaras.

—No sé qué estás haciendo —dijo Effingham—, pero me alegro de no poder hacerlo yo, y no estoy seguro de que tú debas.

Ella rio.

—Sírrete otra copa, querido. Sabes que detesto beber sola. Cuando digo obligarte a hacerlo, por supuesto no me refiero a lo mismo. Pero tendría que haberte hecho, en cierta forma, sufrir más.

—¿Más?

—Sí. Tú sufres. Pero para ti soy una ficción. Nos ceñimos a los términos del romanticismo.

Effingham miró fijamente la mano pecosa que tan suave y posesiva acariciaba la suya. Se sentía herido en lo más hondo, directamente acusado. Al mismo tiempo se dijo: «¡Ah, si ella supiera lo poco que sufro!».

—A lo mejor —aventuró él— tendría que haber intentado hacer lo que estaba a mi alcance: rescatarte, ayudarte de manera directa o, si no, dejarte estar. Pero te amo, y sabes que no es solo una ficción.

—Es culpa mía. No pude evitar querer que me ayudaras, pero de un modo indirecto, y al mismo tiempo no te di pistas sobre cómo hacerlo. Te permití soñar. Y por supuesto yo también soy una romántica. Tú eres mi vicio romántico.

—No me expulses de tu vida. ¿Es demasiado tarde para que me enseñes a ayudarte de una manera indirecta? Después de todo, puedo intentarlo, creo yo. Te quiero lo bastante como para intentarlo.

—Te he asustado.

—No, no lo has hecho. Hannah, háblame con más franqueza. Háblame del pasado. Dime qué piensas de todo este asunto. Déjame *comprender* qué estás haciendo. Entonces a lo mejor pueda, como si dijéramos, participar de ello contigo.

—Nadie puede participar de ello conmigo. Nadie puede *comprender*. Eso

sería otra ilusión, y una mucho más peligrosa. Nos estamos tentando uno al otro. Lo lamento. —Habló con repentina alarma.

—Soy yo quien te ha asustado —dijo él—. Solo soy el Effie de siempre, el inofensivo Effie, ya lo sabes. Soy fácil de manejar. Solo quisiera comprender un poco lo que tienes en la cabeza. Quiero decir, ¿todo esto va a tener un final? ¿Cuál?

—¿Sabes? Es extraño, pero casi he dejado de pensar en términos de tiempo.

Él miró sus grandes ojos dorados. Le resultaba maravillosamente rara. A veces, una criatura con dotes de vidente, casi demoníaca. Era por su naturaleza irreal, por su desligadura de la existencia verdadera, por lo que más la quería. La idea de sacarla de allí le pareció de pronto de una tosquedad intolerable.

—¿Es esto, y perdóname por ser tan simple, una especie de prueba a la que te debes enfrentar con absoluta paciencia? ¿Sientes que...?

Ella sonrió como si él en efecto hubiera sido simple, desplegó las piernas y se puso de pie.

—Ya no siento gran cosa, salvo por cuestiones muy inmediatas, como qué hay para cenar y los peces de Denis y cosas así. Me he sentido asustada, culpable y muchas otras cosas, pero ya no.

—Entonces ¿por qué no le pones fin? —preguntó Effingham—. ¿Por qué no te levantas tranquilamente y te vas? No hace falta que sea conmigo, solo vete.

Ella se había acercado a la ventana y permanecía allí bajo la polvorienta luz del sol. Miró a su espalda con algo similar a la sorpresa.

—Pero ¿por qué? Pertenezco a este lugar, todo pertenece a este lugar. Irme ahora tendría demasiado significado, me haría convertirme en algo.

Effingham se puso también de pie.

—Soy un alumno torpe —reconoció—. Pero creo que he entendido un poco. Quieres que deje de ser inquieto y romántico. Quieres que te acompañe en la resignación, que te acompañe, de algún modo, en la muerte. Puedo intentarlo. No soy estúpido. Sé que hay consuelos.

—¿En los sueños? Sí. No había esperado una conversación como esta, Effie. Pero a lo mejor es lo correcto. A lo mejor ya es hora de que cuidemos uno del otro de manera diferente. No tan placentera, pero mejor. Con menos imaginación. Si somos capaces.

—Oh, Dios —dijo Effingham. Se sentía anonadado y confuso, como si el proceso de convertirse en un muerto ya hubiera comenzado.

—Mira. Ahí está Alice —señaló Hannah.

Effingham fue a la ventana. Alice, con Tadhg tirando con fuerza de la correa, cruzaba la terraza, y Denis se apresuraba tras ella. Gerald Scottow y Jamesie se acercaban por el camino cargados de capturas. Violet Evercreech, con una gran cesta y escoltada por una doncella de negro, desapareció en dirección a la huerta. Más allá se hallaban Riders, los acantilados negros, las islas verdes, el mar ventoso, con embarcaciones de pesca en primer término y un barco de vapor en el horizonte. Desde gran altura, un avión plateado comenzaba el descenso al aeropuerto. Effingham vio todo eso impactado. Ahí estaba la vida, vida indiferente, vida hermosa y libre que no dejaba de seguir adelante. Pero allí dentro, ¿con qué acaba de comprometerse él?

CAPÍTULO DOCE

—¿Qué tal está ella?

Max puso a un lado el tablero de ajedrez. Era muy tarde, aquella misma noche. Max y Effingham llevaban un rato sentados en el estudio del primero, bebiendo brandy y jugando al ajedrez. Effingham, que había bebido mucho en compañía de Hannah, y también después y durante la cena, estaba adormilado. En cualquier circunstancia, temía el interrogatorio de Max, que tenía lugar al comienzo de cada visita. Tenía la impresión de ser puesto a prueba y, habitualmente, la de no superarla. El encuentro le recordaba las tutorías, le recordaba su impresión inicial —en parte dolorosa, en parte placentera— de Max como alguien a quien solo se le podían dar las mejores respuestas, las más exactas, las más serias, las más sinceras. Max había supuesto su primer encuentro real con un referente. Effingham nunca se había recuperado del todo del impacto.

Max trabajaba en una gran mesa de caoba en la que había despejado un espacio para el tablero de ajedrez apartando libros y papeles, con los que formó altos y precarios montones que a lo largo de la noche se desmoronaron con un murmullo o resbalaron al suelo. En el extremo más alejado de la habitación, más allá de la mesa, el declinante fuego de turba brillaba soñoliento; una solitaria y alta lámpara de aceite vertía una luz amarillo perlina entre los dos hombres, permitiéndoles verse. Nubes de humo de cigarro derivaban más allá de la lámpara, hacia la oscuridad donde los libros se alzaban en torres. Un lejano borrón pálido era la siempre presente fotografía de la señora Lejour.

Tratando de mantenerse alerta, Effingham escogió con cuidado sus palabras.

—Es difícil decirlo. Parecía estar como siempre. Bastante tranquila. Dijo que no había pasado nada en especial. Sin embargo, tuvimos una extraña conversación.

—¿Extraña? ¿Por qué? ¿Brandy?

La gran cabeza de Max se cernió hacia Effingham cuando se inclinó con la botella. La pulida calva de Max estaba separada del arrugado rostro y del cuello por un cerco finamente recortado de cabello gris plateado, como si llevara un tocado exótico. Le daba, a primera vista, un aire oriental, como de

alguien cuyos antepasados descorrieran pesados cortinajes o murmuraran cánticos interminables en las tiendas o templos de oriente. Sin embargo, su cara bien afeitada y el pálido color de pergamino, fruto de la vida bajo techo, casaban con la imagen de sabio cortés y ensimismado, y únicamente aquellos que lo conocían muy bien creían poder ver más allá. Su gran nariz se había vuelto más ancha y gruesa con la edad, y dejaba asomar vigorosas matas de pelo. La boca se había ensanchado y humedecido, pero los ojos azules conservaban la mirada fría y clara. Las manos, que habían inspirado a Effingham, cuando era un estudiante, miedos irracionales, eran también grandes, vellosas, con dedos anchos y planos, similares a zarpas. Era un hombre grande, pero de espalda cargada y atrofiado por la artritis, después de tanto tiempo encorvado sobre los libros. Ya rara vez salía de casa.

—Me hizo una especie de petición. Creo.

—¿Crees? ¿No estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Pero no sé muy bien cuál era, y puede que «orden» sea un término más adecuado que «petición». Me puse un poco emotivo y le dije que quería sacarla de allí. No era mi intención, pero me salió. Respondió que no de un modo evasivo. Luego me acusó de comportarme de manera romántica con ella y dijo que yo tendría, de algún modo, que haber participado más de su forma de vivir la situación. Aunque también dijo que en realidad yo no podía participar de ella y que además era peligroso plantearlo. Luego dije que no era demasiado tarde y que intentaría participar. Y le pregunté que cuál, por todos los diablos, era su forma de vivir la situación. Luego ella hizo un comentario acerca de que ya no se sentía culpable y acerca de que ya no sentía nada. Yo dije que haría todo lo que pudiera para ser menos romántico y más resignado. Y luego se produjo una distracción y hablamos de otras cosas.

—Hmmm. Yo también he pensado en todo eso.

Effingham, que lo había contado todo como un fárrago medio frívolo, levantó la vista sin saber cómo tomar esa respuesta, si pretendía ser un reproche; pero Max parecía concentrado en sus pensamientos, con la vista descansando en la distante fotografía de su mujer.

—A veces, ya sabes —siguió diciendo Max, y su voz se volvió ronca y rítmica—, a veces, en especial en invierno, la cuestión me ha parecido tan delicada que cualquier acción al respecto resultaría demasiado tosca, y sin duda cualquier acción por mi parte, y creo que es por eso por lo que nunca he hecho nada.

—¿Y es de veras por eso?

—No lo sé. Por supuesto, la situación me ha fascinado como nos ha fascinado a todos. Pero pienso también que, en cierto modo, ella me daba miedo.

—¿Miedo de que te necesitara?

—Miedo de que perturbara mi trabajo.

—Bueno, no has dejado de trabajar —dijo Effingham. De pronto se sentía incómodo. El silencio de la habitación lo amenazaba, parecía juzgarlo. Siguió diciendo—: No has dejado de trabajar. Estás cerca de terminar el libro.

—Sí. Más cerca de lo que le he dicho a Alice. Ella piensa que me extinguiré como una vela cuando lo termine.

—No lo harás —rebató Effingham. Supo entonces, con un dolor incomprensible, lo que iba a ocurrir—. Cuando el libro esté terminado... irás a verla.

Max no contestó. Al cabo de un breve silencio, añadió:

—Me gustaría entender más.

—Y a mí —dijo Effingham. Agitó la mano entre las nubes de humo de cigarro. Se sentía sofocado, amenazado, ofendido. Quería aligerar el tono de la conversación y romper el ensueño opresivo de Max—. Me gustaría saber un poco más sobre Gerald Scottow, por ejemplo. —Era un tema sobre el que estaba firmemente decidido a preguntar a Pip.

—Soy más real durante el invierno —prosiguió Max en voz baja—. Entonces puedo pensar. Y por supuesto he pensado en ella. Y a veces me ha parecido que la reacción obvia es la más simple. La de Alice, por ejemplo.

—¿Cuál es la de Alice? —preguntó Effingham malhumorado. Lamentaba haber repetido al anciano las palabras de Hannah.

—Alice está sencillamente horrorizada y cree que debería hacerse algo. Si no te lo dice a ti, no cabe duda de que tiene sus razones.

—Vaya —dijo Effingham. Sabía que hacía tiempo que Max había dejado de esperar que se casara con Alice. Se preguntó sin detenerse en ello si Alice lo había discutido con su padre. Añadió—: Es horroroso, por supuesto. Ir hoy a esa casa ha sido como visitar un estado policial. Te hace apreciar la libertad cuando vuelves a ella.

—¿La libertad? ¡Estúpida libertad! La libertad puede ser un valor en la política, pero no en la moral. La verdad sí. Pero no la libertad. Es una idea absurda, como la felicidad. En términos de moral, todos somos prisioneros,

pero nuestra cura no es la libertad.

«Todos prisioneros —pensó Effingham—. Habla por ti, viejo. Tú eres un prisionero, de los libros, la edad y la mala salud.» Se le ocurrió entonces que de un extraño modo Max podía obtener consuelo del espectáculo, en la otra casa, de otro cautiverio, de una imagen especular y distorsionada de sí mismo.

—Me pregunto —dijo Effingham— por qué no reacciono de manera más simple. Supongo que en parte es por reverencia ante su forma de afrontar la situación. Y en parte porque, honestamente, lo encuentro en cierto modo hermoso. Pero esto no es más que estúpido romanticismo. Ella tenía razón en eso.

—No tiene por qué serlo —dijo Max—. Platón nos dice que, de todas las cosas pertenecientes al mundo espiritual, la belleza es la más fácilmente discernible desde aquí abajo. La sabiduría solo podemos entreverla. Pero podemos discernir la belleza con bastante claridad, seamos quienes seamos, y no necesitamos una preparación especial para amarla. Y, puesto que la belleza es un ente espiritual, impone adoración más que despierta deseo. Esa es la esencia del amor cortés. Hannah es bella y su historia es, como dices, «en cierto modo hermosa». Pero por supuesto, a menos que existan otras virtudes, otros valores, semejante adoración puede corromperse.

La ignorancia de Max respecto a todo lo que tuviera que ver con Freud era una de las razones por las que Effingham lo apreciaba.

—No sé si tengo esas otras virtudes. ¡Supongo que debería comprobarlo y desarrollarlas! Creo que si pudiera ver la situación con claridad, dar forma a una teoría de lo que ella está haciendo, al menos podría participar de ello de algún modo, resignarme o lo que sea que ella haya hecho, y dejar de... disfrutarlo. Cuando hace un momento has dicho que tú también has pensado en todo eso, ¿querías decir que habías pensado que yo tendría que dejar de disfrutarlo? —dijo Effingham.

—Entre otras cosas. En cierto modo, no podemos evitar usarla como chivo expiatorio. En cierto modo, esa es su función y reconocerlo supone hacerle un honor. Ella es nuestra representación de la importancia del sufrimiento. Pero debemos verla también como algo real. Y eso nos hará sufrir también a nosotros.

—No estoy seguro de entender —dijo Effingham—. Sé que no se debe pensar en ella como en una criatura legendaria, un hermoso unicornio...

—El unicornio es también una representación de Cristo. Pero debemos tratar

además con una persona común y corriente, y culpable.

—¿De verdad la ves como alguien que expía un crimen?

—No soy cristiano. Al decir que es culpable me refiero a que es alguien como nosotros. Y si no siente culpabilidad, tanto mejor para ella. La culpabilidad mantiene a las personas prisioneras de sí mismas. No tenemos que olvidar que hubo un crimen. Aunque, probablemente, no importe quién lo cometió.

—Yo opino que sí importa —rebatió Effingham—. Aunque no estoy preparado para verla como culpable, incluso aunque ella hubiera empujado a aquel hombre por el acantilado. Me gustaría haberlo empujado yo. Odio pensar que ella pueda estar sufriendo por eso..., por él.

—¿Por qué no? —preguntó Max—. Él tiene una relación de privilegio con ella.

—¡Porque es su marido, sí!

—No me refiero a eso. Porque es su ejecutor.

—¿De privilegio? ¿Quieres decir que tiene el poder de perdonar?

—«Perdón» es una palabra demasiado endeble. Recuerda el concepto de «Ate», tan real para los griegos. Ate es la transferencia casi automática de sufrimiento de una persona a otra. El poder es una forma de Ate. Las víctimas del poder, y todo poder tiene sus víctimas, se ven afectadas de sufrimiento. Tienen entonces que traspasarlo, ejercer poder sobre otros. Esto es perverso, y la cruda imagen de un dios todopoderoso es un sacrilegio. El bien no es algo exactamente carente de poder. Dado que carecer de poder, ser una completa víctima, puede ser otra fuente de poder. Pero el bien no es poderoso. Y es el bien lo que finalmente acaba con el Ate, cuando este se encuentra con un ser puro que solo sufre y no intenta traspasar el sufrimiento.

—¿Crees que Hannah es ese ser?

Max guardó silencio unos instantes. Luego, apagando su cigarro, contestó:

—No lo sé. —Al cabo de un momento añadió—: Puedo padecer mi propia forma de lo que tú has llamado romanticismo. La verdad sobre ella puede ser otra completamente distinta. Puede que sea una especie de hechicera, una Circe, una Penélope espiritual que mantiene a sus pretendientes embrujados y esclavizados.

—No me gusta la imagen de Penélope. No quiero que Peter Crean-Smith vuelva y me atravesase con una flecha. Has dicho que el ser puro no transfiere el sufrimiento. Pero has dicho también que se debería sufrir con ella.

—Sí, pero ella no sería la causa del sufrimiento. El sufrimiento solo está justificado si purifica, y esa forma podría hacerlo.

—Quieres decir la forma compasiva. Entiendo. Si vamos a enfrentarnos a todo ese trabajo, a lo mejor no importa si al final ella es una hechicera malvada o no, ¡dado que nos convertirá en santos! Pero no estoy preparado para semejante aventura espiritual. Solo quiero entender a Hannah. Su tranquilidad es extraña, insólita. Hoy me ha dicho que ya no siente nada. Pero no puede ser cierto. Las mujeres están hechas para sentir, para amar. Ella debe sentir, debe amar. Me ama, en cierta forma. Aunque me gustaría que me amara como tiene que ser, con un amor convencional.

—No puede permitirse el amor convencional —corrigió Max—. Creo que eso es lo que, en los últimos años, ella ha comprendido. Si en su situación cediera al amor convencional, estaría perdida. Lo único que puede permitirse es amar a Dios.

—Dios —dijo Effingham—. ¡Dios! —Y formuló la pregunta que le parecía haber tenido en la punta de la lengua durante toda la vida—: ¿Tú crees en Dios, Max?

Max volvió a guardar silencio, tras lo que replicó en el mismo tono:

—No lo sé, Effingham. —La lámpara de aceite siseaba en la estancia silenciosa y sombría, y hacía que el humo de cigarro se elevara en espiral. Añadió—: Por supuesto, en el sentido habitual de creer en Dios, sin duda no. No creo en ese viejo tirano, ese viejo monstruo. Sin embargo...

—Me temo que eres un cripto-platónico.

—Ni siquiera «cripto», Effingham. Creo en el bien. Igual que tú.

—Eso es diferente —dijo Effingham—. El bien es una cuestión de elección, de actuación...

—Esa es la doctrina vulgar, mi querido Effingham. Lo que podemos ver determina lo que elegimos. El bien es una distante fuente de luz, nuestro inimaginable objeto del deseo. Nuestra naturaleza corrompida no conoce del bien más que su nombre y su perfección. Esa es la idea vulgarizada por existencialistas y filósofos del lenguaje al convertir el bien en una mera cuestión de elección personal. El bien no puede definirse, no porque dependa de nuestra elección, sino porque no lo conocemos.

—Eso suena a religión misteriosa.

—Todas las religiones son misteriosas. La única prueba de Dios es la ontológica, y eso supone un misterio. Solo el hombre espiritual puede hacerlo

suyo.

—Siempre he pensado que la prueba ontológica se basa en un burdo sofisma. Reconozco que no estoy en condición de hacerla mía.

—«El deseo y la posesión del Dios verdadero son uno.»

—¿Dios existe porque así lo quiero? Que me pudra si doy eso por bueno.

Max sonrió y dijo:

—Me refugiaré en el *Fedro*. Recuerdas que al final Sócrates dice a Fedro que las palabras no pueden trasladarse de un lugar a otro y conservar su significado. La verdad se comunica de un hablante en concreto a un oyente en concreto.

—Bien, de acuerdo. Recuerdo el pasaje. Pero se refiere a las religiones místicas, ¿no?

—No necesariamente. Puede aplicarse a cualquier situación de aprendizaje de la verdad.

—¿Crees que Hannah desea el bien verdadero?

Después de un largo silencio durante el que Effingham se sorprendió cabeceando de sueño, Max respondió:

—No estoy seguro. Y no creo que tú puedas decírmelo. A lo mejor todo responde a una necesidad mía. Toda mi vida he querido ir en peregrinaje espiritual. Y aquí estoy, al final de la vida, y ni siquiera he partido. —Habló con rabia repentina, cortando y encendiendo un cigarro con rapidez y precisión, y moviendo el cenicero sobre la mesa, que emitió un fuerte crujido. Añadió—: ¡A lo mejor Hannah es mi experimento! Siempre he tenido un amplio conocimiento teórico de la moral, pero nunca he hecho nada en la práctica. Por eso, mi referencia al *Fedro* es condenadamente deshonesto. Tampoco conozco la verdad. Solo sé cosas sobre ella.

—Bueno —concedió Effingham, que estaba a punto de quedarse dormido—. Puede que estés en lo cierto sobre Hannah. Hay algo fuera de lo común, algo espiritual, allí. Está esa quietud tan excepcional...

—Un ratón atrapado por un gato se queda quieto —dijo ásperamente Alice tras él. Había entrado sin que se dieran cuenta.

Rodeó la mesa y plantó una bandeja entre los dos hombres.

—Aquí tenéis vuestro té. He encontrado el de verbena que Effie trajo de Francia. Espero que esté bueno. Es más viejo que Matusalén.

CAPÍTULO TRECE

Querido Effie,

Vuelve pronto, la oficina es un infierno, un completo infierno, sin ti. Cuando estás aquí (es curioso, se me acaba de ocurrir y probablemente tiene que ver con que seas un brillante administrador), cuando estás aquí parece como si no hicieras nada en todo el día (coquetas palabras de tu subalterna), pero en cuanto te vas todos se inquietan y se desquician como si de pronto no supiéramos por qué venimos por las mañanas. Nos sentamos a estos escritorios y revolvemos estos papeles. Sin ti, parece absurdo; y a lo mejor alguna vez vuelves y te encuentras con que todos nos hemos ido y la oficina está desierta y los teléfonos suenan en habitaciones vacías. A lo que me refiero es, como por supuesto sabrás, a mi estado psicológico, aunque aquí se te echa de menos, y me temo que hay un montón de asuntos que la gente de otros departamentos no tratará con nadie que no seas tú. Tu bandeja de entrada es un poema. Pobrecito.

¿Qué tal está la dama solitaria del castillo de Gaze? Me siento curiosamente unida a ella. Soñé con ella la otra noche. Debería escribirle una carta que comenzara diciendo: «Como tú y yo sabemos, querida, al pobre Effingham le aterrorizan las mujeres». Bueno, bueno, ya vale, ya vale. Pero confío de veras en que se encuentre bien y que tú disfrutes castamente de ella, y que ella disfrute con tu disfrute. Y aunque hay un poco de malicia en mi respetuoso interés por vuestra aventura, espero que no desdeñes mis buenos deseos. Solo lamento no haberme percatado un poco antes de tus peculiaridades.

El arte y el psicoanálisis dan forma y significado a la vida y por eso los adoramos, pero la vida, tal como la vivimos, no tiene forma ni significado, y eso es lo que ahora experimento. Envidio tu capacidad para el romance inocente. Yo adquirí mi libertad a un alto precio después de cuatro largos años de terapia en profundidad, mientras que tú pareces haber nacido no exactamente libre pero con la siguiente mejor virtud: una capacidad para consolarte mediante inacabables y pequeñas ficciones. ¡No te enfades conmigo! Y vuelve pronto o retirarán la exposición de Rubens. Cada día tengo que almorzar sin mi Cooper. ¿Puede haber un hombre más desconsiderado? *Quand même*.

Que no se te ocurra llevarte a tu princesa, Effingham. Los cuentos de hadas nunca lo dicen, pero eso es siempre un error. Te envío el amor de costumbre, de tu muy entregada

Elizabeth

Effingham terminó de leer la carta y, enfadado, volvió a meterla en el sobre. Le había crispado los nervios. ¿Por qué las mujeres inteligentes eran siempre tan tontas? Nunca había conocido a una mujer inteligente que de un modo u otro no fuera susceptible y nerviosa y tonta. Elizabeth podía ser, respecto a

gran número de cuestiones, maravillosamente racional, pero en cuanto tenía que ver con sus emociones adoptaba un tono de maliciosa superioridad. Cómo detestaba él ese tono de marisabidilla.

Una conexión de ideas lo llevó a la señorita Taylor. Al día siguiente le daría la primera de las desastrosamente prometidas clases de griego. A él le habría encantado olvidarse del asunto, e intuía que la señorita Taylor, de manera educada, se había olvidado también de ello, pero Alice insistió. Con un deseo perverso de infligirse tanto daño como fuera posible, aseguró que, por supuesto, aquel plan adorable tenía que llevarse a cabo, que sería muy agradable para ellos dos, ¿no? Las mujeres que no eran inteligentes también podían ser tontas. A lo mejor todas las mujeres eran tontas. No Hannah, por supuesto, pero, se le ocurrió de forma vaga y espontánea, Hannah no era exactamente una mujer. Recordó exasperado el comentario de Elizabeth acerca de que a él le aterrizaban las mujeres. La pobre Elizabeth nunca había recuperado el sentido común después de toda aquella terapia.

Miró por la ventana y vio a Pip Lejour, armado con la caña de pescar y con las botas altas colgadas del hombro, subir la colina. Eran las horas muertas de la tarde. Max, que odiaba las tardes, acababa de retirarse a descansar después de citar un poema de Alcman sobre el sueño del que Effingham siempre había pensado que se refería a la noche. Lo repitió con un murmullo, viéndolo como el relato de una siniestra siesta fruto de un hechizo. El día era lo bastante caluroso y sereno como para parecer que estaban más al sur. Las cimas de los montes y las profundas barrancas, los árboles, las abejas, las aves de amplias alas, todos dormían; como las criaturas alrededor del castillo de la bella durmiente. Alice sin duda dormía también, y en sus habitaciones las bellas doncellas pelirrojas estaban igualmente dormidas. Se imaginó de manera fugaz a Carrie. La casa estaba en silencio junto al mar silencioso. Solo Pip, desentonando de manera blasfema, como era su costumbre, estaba despierto y rebosante de energía. Al verlo partir, Effingham, irritado, tuvo el inmediato deseo de seguirlo y obligarlo a detenerse. Sabía por lo dicho durante el almuerzo que Pip iba a pescar truchas más arriba de la Avenida del Diablo. Decidió seguirlo y hacerle por fin las preguntas que en casa era tan endiabladamente difícil formular. Había llegado el momento, en cualquier caso, de que el esquivo, inquieto y burlón Pip fuera arrinconado, inmovilizado y forzado a hablar.

Effingham se había despertado esa mañana con una sensación desagradable

que atribuía en parte al alcohol y en parte al tono de Max durante la conversación de la noche anterior. Le había perturbado, aún no estaba seguro de por qué, la perspectiva vagamente insinuada de que Max iniciara una relación directa con Hannah. Él agradecía, disfrutaba, el interés del anciano por su relato, pero tal disfrute dependía de que él siguiera conservando el control; dependía de que todo lo relacionado con Hannah continuara siendo, precisamente, un relato. No le importaba, incluso le hacía gracia, la idea de que Max y Hannah estuvieran en contacto de algún modo, siempre y cuando el contacto se efectuara a través de él. Pero no quería que Max tuviera una visión independiente de la situación. A lo mejor no había que animar al anciano, a lo mejor no había que volver a mencionarle a Hannah. Esas conversaciones eran demasiado abstractas. Perteneían al mundo del libro de Max, y Effingham, con una gélida aprehensión, no quería que Hannah fuera arrastrada a tal mundo. Así que ese día Effingham tenía el deseo deliberado de llevar las cosas a un nivel más simple y rudimentario; y la idea de dar caza e interrogar a Pip lo atraía como una labor detectivesca.

Por supuesto, había intentado interrogar a Pip en otras ocasiones, aunque no al principio. Al principio, una delicadeza relacionada con la situación de privilegio de Pip lo había llevado a guardar silencio. Pero el tiempo había alterado calladamente la relación entre ellos. Effingham había pasado a ver a Pip como alguien ajeno a la situación, como un elemento del pasado, y había comenzado, al percatarse de la actitud de *voyeur* de Pip, a despreciarlo. A continuación lo había interrogado de manera delicada, indirecta, zalamera, astuta, pero en vano. Saltaba a la vista que Pip disfrutaba llevándolo de acá para allá, insinuando revelaciones, manteniéndolo en ascuas y no diciéndole nada. Enfadado a medias consigo mismo y a medias con su atormentador, Effingham se dio cuenta por fin de que su actitud de superioridad divina ante Pip llevaba a este a cerrar la boca. Tendría que haberle hecho las preguntas al principio, en la época en que veía a Pip como un objeto sagrado, y cuando él mismo necesitaba ayuda de la manera más miserable. Sin embargo, el tiempo, de nuevo alterando en silencio las relaciones de los *dramatis personæ*, había vuelto, le parecía a él, a introducir diferencias. Effingham había cobrado mayor estatura, mayor autoridad, y le parecía que, por vez primera, estaba en posición de obligar a hablar a Pip.

Pip había subido muy rápido, corriente arriba, y Effingham estaba sin resuello cuando por fin lo divisó. Había dado a su presa una buena ventaja y había salido en el Humber de Max, que dejó aparcado abajo, junto al dique. Luego había trepado por la quebrada empinada y cubierta de hojas muertas junto al arroyo, el cual descendía en una serie de cascadas estrechas y ensordecedoras, que se sumían, con un remolino, en oscuras grietas, y a continuación Effingham había dejado atrás una serie de peldaños y pilares que en un primer momento tomó por las ruinas de alguna excentricidad del siglo XVIII, pero que resultaron ser obra de la naturaleza. Por fin llegó a un páramo poblado de brezo donde la corriente se ensanchaba entre matas de hierba y formaba charcas brillantes que el cielo despejado y vívido volvía de un azul metálico. Allí estaba Pip.

Pip se encontraba en una de las charcas, con el agua a mitad de las botas de goma, lanzando el sedal sobre la superficie brillante e inmóvil. Effingham, que no tenía ni idea de pesca, se quedó un rato mirándolo, consciente de que Pip era a su vez consciente de su presencia. El baile del sedal continuaba sin interrupción, enroscándose y desenroscándose en una secuencia inaprensible pero bien definida sobre la cabeza del pescador, hasta que la mosca se posó con un contacto acariciador sobre la superficie del agua, que apenas se vio alterada.

Cuando Pip consideró que había hecho esperar a Effingham lo bastante, cobró el sedal mediante un diestro tirón, insertó el extremo de la caña en una de sus botas y regresó con calma a la orilla. Las rodillas se abrían paso tenaces contra la silenciosa aunque fuerte corriente.

—Hola, Effie. Estás en baja forma, ¿no? Resoplas como una vieja orca. ¿Vienes a que te dé una lección?

—No, gracias. Sigo sin estar interesado. Solo quería hablar contigo, Pip. — Se daba cuenta ahora, después de ver al esbelto chico a solas, absorto en la charca, de que era una estupidez pedirle favores a un maníaco al que se acababa de privar del disfrute de su manía.

—Siempre me apetece una buena charla, Effie. ¿Tienes cerillas? He traído la pipa y el tabaco pero no las cerillas. Te envía el cielo.

Pip parecía bastante dispuesto y de buen humor. Pero siempre estaba así. A veces Effingham pensaba que el buen humor con que Pip lo recibía era resultado del sofocado estallido de risa que le producía su presencia.

Effingham se mostró digno. Sacó las cerillas. Observó la húmeda boca de Pip abrazar la pipa y vio sus ojos ensancharse al contemplarlo con buen humor

mientras la encendía. Una suave brisa, levantada con la cercanía del atardecer, arrastró el humo sobre la charca y revolvió el pelo de Pip, que formó un borrón alrededor de su bien proporcionada cabeza.

—¿Has cogido algún pez?

—Todavía no. Pero tengo esperanzas. Estoy usando una mosca nueva. Alice dice que no se puede pescar en los arroyos del páramo con mosca seca, pero se puede.

Con la pipa entre los dientes, Pip le mostró un objeto diminuto y brillante, rojizo y azul, atado formando un complicado lazo.

—Estas cosas nunca se parecen a ninguna mosca que yo haya visto —dijo Effingham—. ¿Dónde están las alas?

—No necesita alas. Las truchas no pueden ver las alas. E intentamos ponernos en el lugar de la trucha.

—¿De qué está hecho?

—Seda artificial y cabello humano.

Effingham miró fijamente el objeto rojizo con un estremecimiento repentino e irracional.

—¿De quién?

—De Carrie. Las doncellas siempre están dispuestas. Y Tadv también está dispuesto, aunque su pelo es un poco pesado, me temo.

—¿Tadv no está contigo? —Effingham todavía se sentía molesto por lo del pelo.

—No. Las truchas lo tomarían por una nutria.

—¿Vas a por truchas? ¿O a por cualquier cosa que pique?

—A por truchas. No pica nada más en esta época. Septiembre es el mejor mes para la trucha. Aunque hay montones de otros peces por aquí. Lucios, por ejemplo. Acabo de ver uno enorme. Había un lucio gigante en el lago, el pequeño lago que causó la riada, ya sabes. Denis dice que una vez vio allí un lucio de un metro y medio y yo le creo. Un pez maravilloso, aunque terrible. Los grandes son siempre hembras. Muchas veces se comen a sus maridos. ¡Ja, ja!

—Ja, ja —rió Effingham. Ya habían hablado bastante de peces—. Mira, Pip, sentémonos mientras te fumas la pipa, ¿te parece? Hay un montón de cosas que quiero que me cuentes y que creo que debo saber. He esperado mucho tiempo. Lamento haberte seguido hasta aquí, pero por alguna razón tú y yo no podemos hablar en Riders. Ya me entiendes.

—¿Te entiendo? —preguntó Pip—. Bueno, aquí hay un montón de espacio e intimidad.

Se sentaron en una roca. Había en cierto sentido, sintió Effingham, demasiado espacio y demasiada intimidad. El cielo, en el que se elevaba una alondra invisible, era demasiado amplio y estaba demasiado alto, y debajo de él ellos dos eran demasiado pequeños y demasiado nimios como para mantener una charla conspirativa de verdad. Una garza voló sobre la charca y su lento paso proyectó una sombra en la superficie; se posó y quedó inmóvil a lo lejos, vigilando el curso superior del arroyo. Una rata de agua, con la nariz asomando sobre la corriente, alteró la superficie con una estela nítida y desapareció en la orilla. Un mirlo acuático se movía como una sombra inquieta de piedra en piedra. Elizabeth habría dicho que parecía un cuadro de Carpaccio.

—¿Qué hay de Gerald Scottow? —preguntó Effingham.

Pip miraba más allá de la charca, silbando de manera chirriante sin sacarse la pipa de la boca.

—Están subiendo a la superficie a por su cena, mira. —En el agua habían aparecido unas ondas apenas apreciables.

—Vamos, Pip —insistió Effingham—. Me lo merezco.

—No estoy seguro de lo que te mereces, Effie —corrigió Pip—. Crees que sé mucho. No sé nada. Igual que tú. —Se puso a toquetear la mosca.

—Grandísimo mentiroso —dijo Effingham. Nunca sabía qué actitud emplear con Pip: educada, bromista, brusca, insinuante, las había probado todas.

Pip se rio.

—Tengo que hacer uno o dos lanzamientos más. El instinto me dice que hay peces hambrientos. Tú quédate aquí y ni se te ocurra moverte —dijo.

Con cautela, volvió a meterse en el agua, esperó hasta que la superficie quedó en calma alrededor de las botas y empezó a lanzar. Bajo la luz brumosa y delicada, la charca brillaba, pero menos que antes, con un azul grisáceo en el centro y marrón junto a las orillas. En el extremo más alejado, un poco de espuma blanca delineaba una playa de guijarros más allá de la cual la garza continuaba petrificada. El sedal de Pip se rizaba como un látigo a cámara lenta, trazando un arabesco pausado sobre su cabeza y pareciendo detenerse antes de descender en vertical. La mosca resplandecía y volaba, diminuta, dorada y tentadora, cerca de las tenues ondulaciones vistas antes. Entonces Pip, con un movimiento sinuoso, durante el que el sedal se volvió invisible,

hizo que se elevara de nuevo. Lanzó otra vez y otra y otra. Effingham observaba como en un sueño y pensaba en Hannah.

El movimiento grácil y regular del sedal se vio de pronto interrumpido y Pip se adentró a toda prisa en aguas más profundas. Effingham enfocó la mirada. El sedal corría con un susurro mientras la trucha se apresuraba a buscar cobijo en la orilla opuesta. Pip, plantado con las piernas abiertas cerca del centro de la charca, dejó correr el sedal, comprobó la resistencia y comenzó con cuidado a cobrarlo. La trucha, al sentir el tirón, cambió de dirección y se lanzó corriente abajo. Mientras Effingham se acercaba al borde del agua, Pip salió retrocediendo de espaldas, tropezando con las rocas resbaladizas de la parte menos profunda, y chapoteó tras la trucha en dirección a la siguiente charca, a la vez que dejaba que el sedal corriera de nuevo y maldecía a Effingham por ponerse en medio. La trucha llegó a un estrechamiento de la corriente, fue visible por un segundo como un destello de plata en el agua que discurría entre las rocas. Pip se lanzó tras ella, con la caña en alto; el sedal rozó una piedra, la esquivó y aceleró hacia las profundidades del centro de la siguiente charca. Effingham, después de resbalar en una piedra mojada y empaparse un pie, dio la vuelta para trazar un digno rodeo por la hierba mullida. Cuando volvió a encontrarse con Pip, todo estaba a punto de concluir. El sedal cobrado casi por completo, el hombre inclinado se diría que con ternura sobre su víctima. Cuando el pez asomó a la luz en forma de arcos relucientes y agitados, Pip retrocedió despacio, tomó el cedazo que llevaba a la espalda, lo desplegó, se colocó el asa entre las piernas y rápidamente condujo al pez a él. Al momento siguiente, con un grito triunfante, chapoteaba de vuelta a la orilla.

—¡Una de un kilo y medio, Effie! ¡Me has traído suerte!

Effingham miró con lástima y repulsión al gran pez que todavía se debatía. Estaba espantosamente vivo. Pip lo agarró por la cabeza y lo sacó de la red. Desenganchó el anzuelo y, antes de que Effingham pudiera apartar la vista, mató a la trucha introduciéndole el pulgar en la boca y rompiéndole la espina mediante una rápida presión aplicada con la mano. Qué rápida muerte, qué misterio aterrador. Effingham se sentó en una roca, se sentía un poco mal.

Pip estaba empapado y embarrado casi hasta la cintura. Su cara resplandecía, excitada, y tenía mechones de pelo pegados a la pequeña y redonda cabeza. Se sacó las botas y dejó ver unos pantalones oscuros de algodón que, empapados también, se le pegaban a las piernas. Parecía un elfo acuático, alto y delgado.

—Esto es todo. Hoy no tendré más suerte. —Se agachó junto al hermoso

cadáver de la trucha, que brillaba entre ellos sobre la hierba. La acarició—. ¿Qué querías saber, Effie?

Effingham, que contemplaba la trucha, encorvado sobre ella, se irguió. Pip estaba con una rodilla en tierra. La exaltación había dejado paso a una expresión alegre, tensa, burlona. Tras él, el cielo se tornaba dorado.

—En general, todo —dijo Effingham, alerta y cauteloso ante el precario humor de Pip—. Pero en primer lugar quiero que me hables de Scottow. Nunca he entendido cómo encaja en todo esto. A lo mejor tú puedes decírmelo.

Pip se acuclilló y luego se dejó caer sentado en la hierba, con una mano sobre el pez muerto. Apartó la mirada de Effingham, miró más allá de la charca, que volvía a estar inmóvil y brillante tras la reciente violencia. Las truchas regresaban a la superficie.

—¿Hannah nunca te ha hablado de Gerald?

—No. Nunca he preguntado.

—Eres un tipo curioso, Effie. Me pregunto por qué nunca he querido hablar contigo. Bueno, hay cientos de razones en realidad. Te hablaré un poco de Gerald si es lo que quieres. Eso no hará daño a nadie. ¿Sabes que es marica perdido?

—Homosexual. Sí, supongo que imaginaba que Gerald podía ser algo así —dijo Effingham despacio. Sin embargo, no había pensado nada de eso. En virtud de un extraño respeto por Hannah, no se había formado ninguna impresión clara sobre Gerald.

—Gerald es de aquí, eso ya lo sabes. Él y Peter Crean-Smith son de la misma edad y se conocen desde niños, cuando el padre de Peter, que era el hermano de la madre de Hannah, venía a cazar. Luego, cuando crecieron, Gerald se fue y adquirió una educación y un nuevo acento. Si fue idea de Peter, no lo sé. Puede ser. En cualquier caso, justo después de la boda de Peter, Gerald regresó y Peter lo instaló en un *cottage* dentro de la propiedad con la excusa de un trabajo sin concretar.

Pip hizo una pausa, mirando todavía más allá de la charca. El resplandor dorado se hacía más profundo, silueteaba su cabeza contra el cielo. Estaba tenso y serio ahora, como sorprendido por la emoción que su propio discurso le había despertado. Continuó en voz baja, como si hablara para sí.

—Creo que Gerald y Peter siempre se tuvieron mucho cariño, si se puede atribuir cariño a naturalezas como las suyas. Estaban obsesionados el uno con el otro, en todo caso. Peter también era marica. No sé por qué hablo de él en

pasado, supongo que porque me gustaría que ya no estuviera entre nosotros. Peter es marica, aunque también va detrás de mujeres. *Inter alia* sin duda. Esa era la menor de las cosas que Hannah tenía que aguantar. —Volvió a guardar silencio. Sus ojos se ensancharon pensativamente.

»En cualquier caso, el matrimonio no impidió a Peter seguir estando con Gerald, aunque al menos se lo mantuvo oculto a Hannah. La actitud de Peter con Gerald en aquella época era una especie de feudalismo sexual. Imagino que tiene nombres más vistosos. Gerald era su hombre, su sirviente. Peter animaba a Hannah y a todos los demás, tal como recuerdo, a tratar a Gerald como a un criado, incluso a maltratarlo un poco. Por supuesto, era parte del juego. Los dos se lo pasaban en grande. Entonces dos cosas pasaron más o menos al mismo tiempo. Yo me enamoré de Hannah y Peter se enamoró de un chico americano llamado Sandy Shapiro.

—He oído el nombre —dijo Effingham—. Es un pintor, ¿cierto? Vive en Nueva York. ¿Peter todavía está...?

—No lo sé —respondió Pip—. En cualquier caso, Peter estaba loco por ese chico adorable y Gerald loco de celos. Gerald siempre había tratado a Hannah con actitud servil, también como parte del juego. Y entonces, cuando Hannah y yo..., Gerald nos ayudó.

—¿Gerald os ayudó a ti y a Hannah? ¿Por celos? ¿Cómo?

—De forma bastante natural, Hannah lo implicó. Estaba muy acostumbrada a tratarlo como a un sirviente. Prácticamente se desvestía delante de él, lo veía como a un miembro del servicio. Y él era muy útil. Llevaba mensajes, disponía encuentros... Pero al final nos traicionó y se lo contó todo a Peter.

—¡Dios del cielo! —dijo Effingham—. Me he preguntado muchas veces... Lo siento.

—¿Cómo fuimos tan tontos de dejarnos descubrir? Sí. Fue por culpa de Gerald.

Pip guardó silencio una vez más, como si hubiera llegado al desenlace de la historia. Se relajó sobre la hierba, se arremangó una pernera del pantalón para masajearse la pantorrilla. El sol descendía con un resplandor de turbios tonos rojos y el paisaje próximo, alrededor de la cada vez más oscura charca, era de vivos verdes y amarillos.

Effingham se inclinó hacia delante, suplicante casi. Tenía que hacer que Pip siguiera hablando. El hechizo no debía romperse. Murmuró despacio, con ternura:

—¿Y entonces? ¿Y entonces?

—Fue Gerald. Bueno, entonces... ¡Ah, Dios! Qué más da. —Se calló otra vez, como si ese fuera el punto final. Pero luego siguió—. Y entonces, preguntas. Bueno, pues entonces Peter perdió por completo los estribos.

—Pero ¿Peter de veras la amaba? —Esta era la pregunta que había atormentado a Effingham durante años.

—Sí. ¿Por qué dudar tal cosa? —Pip retomó de pronto el tono desenfadado, como si la cuestión no tuviera importancia.

«He ido demasiado lejos», pensó Effingham. Miró a Pip con temor reverencial y envidia. Aquel chico había conocido a la Hannah normal, a la que vivía en un mundo como el de los demás.

Pip prosiguió al cabo de un momento, serio de nuevo.

—Ese es su misterio, el de él. Y el misterio de ella. Lo que siente Peter. En cualquier caso, se comportó como un marido celoso y como un hombre celoso.

—¿Y Gerald...?

—No sé qué pasó entre ellos. Pero cuando Peter se fue, dejó a Gerald al frente de la casa.

—Como carcelero de Hannah. Así que ese fue el castigo de Gerald: convertirse en el eunuco de Peter. Pero ¿por qué lo tolera?

—¿Gerald? Por cientos de razones —dijo Pip a la ligera e impaciente, mientras arrancaba hojas de la fina hierba y las esparcía sobre las escamas todavía mojadas de la trucha—. ¿Preguntas por qué aceptó complicarse? Gerald no tiene dinero. Peter debe de pagarle espléndidamente por lo que hace, seguro, muy espléndidamente.

—Pero en la práctica Gerald es también un prisionero.

—Idiota romántico, no creerás que Gerald no se mueve de Gaze, ¿verdad? Pasa allí mucho tiempo, sí. Pero entre medias no deja de coger aviones. El aeropuerto está a menos de dos horas en coche, y desde allí puede ir a cualquier sitio del mundo. Me han llegado noticias de que ha estado en Roma, en París, en Tánger, en Marrakech...

—¿En Nueva York?

—Ah. Eso es otro misterio.

—¿Peter volverá... por ella, por Gerald? ¿Dejará libre a Gerald, lo liberará al cabo de siete años? ¿Hay asuntos pendientes entre ellos?

—No lo sé —contestó Pip—. Estoy helado —reconoció, y empezó a levantarse. Tiritaba.

—A pesar de todo —dijo Effingham—, sean cuales sean las ventajas para Gerald, seguramente no seguiría aquí a menos que quedaran asuntos pendientes entre Peter y él.

—No lo sé, no lo sé. Llegaremos tarde a cenar.

Un cielo más oscuro, verdoso, presionaba la puesta de sol contra el mar.

—Tengo el coche allá abajo. ¿Qué acabará con esto, Pip?

—La muerte de él. O que ella pierda la razón. O, o, o... No lo sé.

Lanzó un guijarro a la charca, colmada ahora de su propia oscuridad pantanosa.

—Buenas noches, peces.

CAPÍTULO CATORCE

—¿Qué vamos a hacer, usted y yo, respecto a la señora Crean-Smith?

Effingham no se lo esperaba. ¿O sí? ¿No había esperado, desde que posó la vista sobre aquella chica inteligente de larga nariz, que lo obligaría a abordar el tema? Si es que ese era el tema al que de manera tan brusca se refería. Era cierto que había temido algo por el estilo: una sensación que se unía de manera agradable a un claro interés por la chica y el deseo de conocerla mejor.

La clase de griego había ido bien. Por supuesto, Alice había insistido en preparar café, llevarles dulces e instalarlos en el salón, en una mesa dispuesta ex profeso. Y, por supuesto, la señorita Taylor había demostrado ser una alumna encantadora e inteligente. Armada de antemano con el Abbott & Mansfield, había aprendido el alfabeto, dominado las inflexiones de las declinaciones primera y segunda, y descubierto una notable cantidad de información sobre el verbo «perder». Habían bromeado con un estilo sofisticado sobre el hecho de que uno empieza a aprender griego diciendo «Yo pierdo» y a aprender latín diciendo «Yo amo». Effingham la había guiado por algunas oraciones elementales con una severa disciplina que a ambos les satisfizo. Hubo una conexión inmediata; y Effingham sintió de repente nostalgia de sus días como profesor. Había algo singularmente purificador en la labor docente. La presencia de una mente aguda, despierta, hambrienta de enseñanzas, era una fuente de placer. También era agradable abordar un objeto de estudio en compañía de una chica atractiva. Más de una hora pasó volando.

Todavía era temprano. La señorita Taylor había ido a comer a Riders y se había entendido bien con Max. Alice estuvo alegre y amistosa. Pip se mostró ingenioso, pero se le veía preocupado. Los dos estaban ahora sentados ante un ventanal del salón. Fuera, la terraza estaba vacía salvo por un Tadg soñoliento y aburrido, y el sol brillaba con intermitencia, por lo que Gaze, frente a ellos, se sumía alternativamente en la sombra y se mostraba borroso contra la ladera de la colina. Gran número de nubes lanudas y doradas se apelotonaban procedentes del mar y desaparecían tras la ciénaga. El tiempo estaba cambiante. Había lluvia en el aire.

Effingham comprobó con una mirada rápida si la puerta estaba cerrada.

—No sé a qué se refiere, señorita Taylor —dijo severo.

—Sí, lo sabe. Discúlpeme por ser tan brusca. Por supuesto, lo sé todo sobre la situación y me muero por hablar con alguien. Sin duda hay que hacer algo, algo más bien drástico. No podemos dejar que las cosas sigan como están.

Effingham guardaba silencio, la miraba fijamente con una máscara de severidad. Estaba asustado.

—Usted acaba de llegar y... —comenzó.

—Acabo de llegar y por eso conservo todavía algo de sentido común. Todos los demás parecen haberse vuelto estúpidos por completo.

Effingham cerró los libros. Tenía que estar en guardia y ser rápido para lidiar con aquella mente joven, fiera y despejada. También tenía que ser fuerte. Estaba asustado, pero asimismo entusiasmado. Mantuvo la expresión seria.

—Muy bien. Supongo que conoce usted las líneas generales de la situación. No le pediré que se calle, ¿por qué debería? ¿Qué quería usted decir?

—Que debemos rescatarla.

Effingham extendió las manos y una ráfaga de olor a desesperanza le llegó desde los muebles andrajosos. La estancia albergaba viejos recuerdos de sus visitas a Riders. Fuera, el cielo se oscurecía. Ya había pasado antes por aquello.

—Naturalmente —concedió—, eso es lo que se piensa al principio. Pero créame, señorita Taylor, no es tan sencillo. La señora Crean-Smith no quiere, como dice usted, que la rescaten. Ella está bien como está, mejor, sospecho, de lo que usted o yo podamos creer, y tenemos que respetar lo que ha elegido.

—Bobadas —dijo la señorita Taylor.

Effingham tuvo un estremecimiento de gusto. No podía determinar si se estremecía solo porque lo contradecía una chica guapa e inteligente con el rostro de un ángel de Michelozzi, o si le complacía la perspectiva de verse forzado a pensar en su dama prisionera de una manera nueva y dramática. Había pasado, tras las revelaciones de Pip del día anterior, una noche de pesadillas; y su visita a Hannah de esa mañana había tenido un carácter dolorosamente excitante.

—Mire —dijo—, es muy difícil que alguien de fuera lo comprenda. Es algo muy delicado y singular, como una de esas extrañas conchas que Alice recoge en la playa. Cualquier interferencia violenta o torpe no causaría más que daño. Hannah ha convivido con esta situación durante largo tiempo y ha hecho las

paces con ella. Su vida es propiedad de ella, y por muy rara y dolorosa que a nosotros nos parezca, no tenemos derecho a tratar de cambiarla en contra de su voluntad. Aquí hay mucho que no alcanzamos a ver, en Hannah y fuera de ella. Ni remotamente podemos adivinar las consecuencias que tendrían las acciones. ¡Maldita sea, tenemos que respetarla lo bastante como para permitirle decidir cómo quiere vivir! No hay lugar para la discusión ni para la presión ni para la persuasión. Podemos hacer mucho sencillamente haciéndole saber que nos preocupamos por ella. Pero no hay lugar para la acción. Vamos, señorita Taylor, tiene que darse cuenta. Y ahora rematemos la clase. Me parece que de todos modos ya ha concluido. Para la próxima vez sugiero...

—Lo siento —dijo la señorita Taylor—. Y por cierto, llámeme Marian, por favor. Yo he pensado también en todo eso, he pensado lo mismo, pero sigo sin estar convencida. Dice usted que desconocemos las consecuencias de las acciones. Pero también desconocemos las consecuencias de la inacción, y la inacción es una forma de acción.

—Y por favor, llámame Effingham, bueno, Effie. Yo a tu edad era existencialista, Marian. Ahora te sugiero que leas...

—Por favor, por favor, no te deshagas de mí —protestó ella, extendiendo las manos sobre la mesa—. Esta historia me atormenta, de verdad. Y no hay nadie con quien hablar.

Effingham vaciló. Era cierto que la inacción era una forma de acción. ¿Qué le había causado las pesadillas de la noche pasada? El comentario de Pip acerca de que ella «perdiera la razón». Pero ¿por qué iba ella a perder la razón? ¿Le quedaba razón que perder? Experimentó un fuerte deseo de desahogarse con Marian Taylor.

Estaba empezando a llover. Tadge arañó la puerta y Effingham se levantó para dejarlo entrar. El perro mojado se sacudió y luego dedicó toda su atención a Marian, que se había arrodillado para saludarlo.

—Creo que encenderé el fuego. Hace frío —dijo Effingham.

Se trasladaron junto a la chimenea y mientras Effingham, acuclillado, acercaba una cerilla a los papeles y las astillas, Marian y Tadge se instalaron en la alfombra. La chica llevaba una amplia falda azul del ligero *tweed* local, que debía de haber comprado en Blackport. Ella la extendió a su alrededor y el perro se acomodó encima, lanzándole miradas agradecidas. Effingham se sentó en un escabel para atender el fuego. El decorado era diferente ahora, más íntimo.

—¿Qué tal te llevas con la gente de allí? Quiero decir, al margen de Hannah. Ya sé que te llevas de maravilla con Hannah.

—Bastante bien. Denis Nolan es agradable y Jamesie una completa dulzura. Me pone un poco nerviosa Violet Evercreech, pero no me causa molestias. Gerald Scottow me parece encantador, muy, muy encantador, aunque no consigo descifrarlo.

A Effingham le molestó un poco el elogio a Scottow y por un segundo tuvo la tentación de facilitar a Marian información adicional, pero se contuvo.

—¿No hay nadie con quien hables sobre Hannah? ¿Quién te ha hablado de la situación?

—Nolan. Pero no lo he discutido con él. Me parece que es, bueno, hostil a la idea de hacer algo.

—¡Perdería el trabajo! —exclamó Effingham. No tenía que mostrar rencor hacia Nolan.

—No es eso —dijo Marian, seria—. Por algún motivo piensa que ella debe permanecer aquí. Creo que Nolan es religioso o algo así.

—Tú no eres religiosa, ¿cierto? Yo tampoco. No comparto en absoluto la opinión de Nolan respecto a Hannah.

—¿Lo ves? —dijo Marian prosiguiendo con su hilo de razonamiento—. Allí no hay nadie con quien pueda contar. Para el rescate, quiero decir. He pensado en Jamesie, pero es demasiado joven y tonto. Y no conozco lo bastante a Scottow, todavía.

—Deja al margen a Scottow. ¡Hablas como si de verdad planearas algo! Sé realista. ¿Qué podemos hacer?

—Eso es lo que tú me ayudarás a decidir. —Orientó sus fieros ojos castaños hacia él—. Tú eres la única persona que puede ayudar, así que tienes que ayudar. —Ella estaba sentada cerca de las rodillas de él, acariciando a Tadg, y resplandecía de determinación.

—Estás loca —concluyó Effingham—. Ya te he dicho que no hay nada que hacer. Pero a lo mejor te lo sacas de la cabeza si me lo cuentas. Así podré mandarte de vuelta con un poco más de sentido en la cabeza. Adelante. —Se moría por escuchar lo que ella iba a decir.

—Mi primera idea —explicó Marian— fue sencillamente hablar con Hannah y convencerla de hacer los arreglos necesarios para irse. Al principio no podía creer que una persona racional, y por supuesto ella es racional, tolerara semejante situación, o, que habiéndola tolerado, no aprovechara la

oportunidad de largarse si alguien con disposición favorable se prestaba a ayudarla. Pensé que a lo mejor no se había ido porque estaba asustada de alguien de la casa, o porque no podía organizarlo por sí sola. Es espantosamente poco práctica.

—Ruego a Dios que no le dijeras nada.

—No, no lo hice. Me convencí de que ella no me dejaría persuadirla. Me habría respondido con palabrería delirante. Y no tenía sentido molestarla sin más. Así que empecé a pensar en secuestrarla.

—¿Secuestrarla?

—Sí. Pensé que si encontraba a alguien que me ayudase, podía salir bien, meterla en un coche y largarnos a toda velocidad.

—¡Tonta romántica! —exclamó Effingham. Eso ya no era divertido. La imagen conjurada por esas palabras le asustó de veras. Imaginó a Scottow persiguiéndolos por la carretera. Había violencia, violencia en letargo, en aquella situación. No quería ser él quien la despertara—. Es por completo impensable, como seguramente te darías cuenta cuando lo pensaste, ¿cierto?

—Lo pensé, Effingham. Creo que te llamaré Effingham, como hace el señor Lejour. Y sí, decidí que no era buena idea. Además sería jugar sucio con Hannah, y en cualquier caso sería fácil que saliera mal. Entonces tuve una tercera idea.

—¡Espero que fuera mejor que las otras dos! —Alimentó el fuego con turba. Fuera llovía con gotas gruesas.

—Mi tercera idea —continuó Marian— es la idea de un rescate modificado. Verás, depende de cómo crees tú que ella ve las cosas. Lo que yo opino es que está bastante confundida. Ella empezó por... Perdóname por hablar de ella de esta forma. Tú la conoces desde mucho antes que yo. Pero soy una recién llegada y no puedo evitar comportarme así, y me preocupo mucho, mucho, por ella. Ella comenzó por, así es como yo lo veo, sencillamente tener miedo de ese hombre bestial, por estar paralizada de miedo. Luego se volvió apática y miserable. Luego empezó a encontrar su situación en cierta medida interesante, espiritualmente interesante. La gente tiene que sobrevivir y siempre se inventa un modo de hacerlo, de ver tolerable su situación. Cuando Hannah podría haber sobrevivido odiándolos a todos, o estallando y haciendo todo pedazos, escogió volverse religiosa.

—¿No valoras esa solución?

—No tengo nada en contra de la religión en general, aunque no es para mí.

Pero si tiene algo de bueno debe ser escogido libremente, en campo abierto como si dijéramos. Hannah escogió la religión, o la vida espiritual o lo que demonios sea, como quien toma una medicina. Tenía que hacerlo.

—Supongo que es una forma de aceptar la religión, porque tienes que hacerlo. Pero entiendo lo que quieres decir. Sigue.

—Bien, y durante todo ese tiempo se iba hipnotizando más y más por la situación en sí y por toda esa gente que la rodeaba y murmuraba, en diferentes tonos pero todos diciendo lo mismo: «Eres una prisionera». Y ahora, sencillamente, está hechizada. Está psicológicamente paralizada. Ha perdido el sentido de la libertad.

—¿Y qué propones hacer al respecto?

—Causarle una fuerte impresión. Alejarla de todo esto lo bastante como para que se percate de que es libre y de que tiene que tomar sus propias decisiones. Eso, me temo, también conlleva un pequeño secuestro.

—Marian —dijo Effingham—, vamos. —Empleó un tono sarcástico, pero el corazón le latía con frenesí. Escuchar a alguien hablar de modo analítico y sereno de la situación, como si hubiera alternativas que se pudieran considerar racionalmente, era un sacrilegio refrescante.

—Lo que propongo es lo siguiente —explicó Marian—. Y necesitaré a alguien que me ayude, y espero que seas tú. Con una disculpa la hacemos entrar en un coche. Eso no será difícil. Tú vas a menudo en coche a la casa. Le ofrecemos llevarla de regreso cuando esté paseando, por ejemplo. Entonces damos media vuelta y nos dirigimos a toda velocidad a Blackport, al hotel de pescadores.

—¿Y luego? —La habitación estaba silenciosa y oscura.

—No sé qué pasa luego. Dependerá de ella. A lo mejor comemos algo y la llevamos de vuelta a Gaze. Al menos eso la convencerá de que no se va a morir si cruza los muros. ¿Sabes? A veces pienso que lo cree en parte. En cualquier caso, le causará una fuerte impresión. Y si ella muestra la más mínima duda, el más mínimo deseo de irse, la llevamos al aeropuerto.

—Dios mío —dijo Effingham. La miraba con admiración y espanto. La veía hermosa, estimulante, peligrosa, destructiva. No debía seguir escuchándola; y mientras decidía que Max nunca tenía que saber nada de esa conversación, sopesaba en qué medida, por un momento, ella lo había tentado. Pero todo era absurdo, de un absurdo perverso e irresponsable.

Alice entró armando estruendo, empujando un bien provisto carrito con el

servicio de té.

—Bueno, ¿ha ido bien la clase? Pero ¡cómo! Estáis casi a oscuras. Carrie traerá las lámparas ahora mismo.

—Bien, gracias —dijo Effingham poniéndose de pie.

La dorada luz de la lámpara entró en la habitación. Cuando iluminó sus caras, él sostuvo por un instante la mirada a Marian Taylor y meneó despacio la cabeza.

PARTE TRES

CAPÍTULO QUINCE

Queridísima Marian,

Muchísimas gracias por tus cartas. Te debo una, ya lo sé. He estado espantosamente ocupado. ¿Recuerdas que dije que escribiría el folleto para la campaña? Bueno, pues ya lo he acabado, pero ahora está la obra de teatro de los alumnos de quinto, que supuestamente accedí a producir (Yo no lo recuerdo. ¿Y tú? ¡Debía de estar borracho!), y han decidido cambiar el plan de estudios, como supongo que habrás visto en la prensa, y he cogido un virus bestial del que no hay forma de librarse... y, bueno, ¡ya basta de excusas! ¡Dios, cuánto te envidio, querida, sin otra que hacer más que leer *La Princesse de Clèves* con la señora de tal hasta que os quedáis dormidas! (Me reí mucho con tu descripción.) Supongo que el paisaje es magnífico. Espero que estés caminando un montón. Háblame de los pájaros, dado que parece que no pasa gran cosa por ahí. ¡Y no pienses que estos comentarios son para meterme contigo! Un poco de barbecho no hace daño a nadie. Ojalá yo pudiera quedarme en barbecho un par de horas. Sea lo que sea lo contrario del barbecho, ¡esa es mi situación actual!

No obstante, hay luz al final del túnel. A mediados de curso volaré a Madrid. Sé que es inmoral dar dinero a ese canalla de Franco, pero he decidido que no quiero morirme sin ver *Las meninas* y *Las lanzas*. Unos cuantos nos hemos organizado para ir en grupo y así nos sale más barato. Esa chica, Freda Darsey, con la que fuiste al colegio, irá también. Será útil porque sabe español. No está mal, aunque es demasiado bulbosa para mi gusto. Te mandaré una postal.

Ahora tengo que dejarte, tengo un montón de ejercicios de Cuarto A, espantosos y llenos de borrones de tinta, que quitarme de encima. Que el diablo se lleve a todos los niños. ¡Por qué los padres no dejan a esos pequeños canallas escrofulosos en casa! Escribe, Marian, sabes que me encanta recibir noticias tuyas. Tus dos últimas cartas eran muy breves, temo haberte herido con mi silencio. Pero recuerda que ¡tú tienes más tiempo que yo! Con mis mejores deseos, chica afortunada, y tanto amor como de costumbre, tu viejo amigo

G.

Marian metió la carta de Geoffrey en un cajón. Le había causado tristeza e irritación y un poco de atemorizada nostalgia. Desde que había sabido por Denis Nolan la verdad de lo que sucedía en Gaze, no había sido capaz de escribir con sinceridad a Geoffrey. Había garrapateado, por cumplir con las apariencias, un par de cartas renqueantes sobre el paisaje. Habría sido

imposible contarle lo que de veras pasaba; a él le habría parecido malsano y le habría dado consejos descarnados. Pero es que todo era malsano, ¿y acaso no se estaba dando a sí misma consejos descarnados?

Se miró en el espejo. Llevaba un nuevo vestido de noche, de seda satinada de color terracota, que Hannah había insistido en darle, después de someterlo, junto con varios otros y sin advertírselo a ella, a la aprobación de Marian. Se había sentido incómoda al aceptar el regalo, pero la idea y el modo adorable como le quedaba el vestido agradaban tanto a Hannah que al final la chica no tuvo el coraje de negarse. Y, por supuesto, era un vestido maravilloso, uno que, al margen del precio, ella nunca habría tenido el buen gusto ni el atrevimiento de comprar. Como el collar de rubíes y perlas no combinaba bien con él, llevaba como toque final uno de cuentas irregulares de ámbar que Hannah había seleccionado, tras minucioso análisis, de su propio repertorio, y era patente que pretendía que Hannah se lo quedara, aunque, discretamente, aún no había dicho nada.

Geoffrey siempre le había dicho a Marian, sin andarse con rodeos, que ella no sabía vestir. Ella era partidaria de un exotismo informe, él era partidario de una sencillez turbia. En realidad, ninguno tenía buen gusto, pero Marian se percataba, desde que llegó a Gaze, de que por una ósmosis de algún tipo había adquirido de Hannah ciertos rasgos de buen gusto. Esos rasgos se hallaban en Hannah en estado latente, pero eran contagiosos y, aunque ahora Hannah se despreocupaba tanto de su aspecto como de su entorno, mucho tiempo atrás había sido maravillosamente diestra en ambas cosas. Por ese motivo, Marian había retirado buena cantidad de los vestidos y complementos con los que había llegado a Gaze, incluyendo el discreto, aunque horriblemente cortado, se daba cuenta ahora, vestido azul sobre el que Geoffrey expresaba tanta confianza.

Últimamente Marian había descubierto que vivía, en grado alarmante, en dos niveles mentales. En uno participaba gozosa de los pequeños dramas y alegrías que conformaban la vida en Gaze, y que parecían ocupar completamente la conciencia de Hannah. Marian nunca había visto a nadie vivir tan por entero en el presente; y ella vivía también en el presente, esperando el momento de las comidas y el ritual del whisky nocturno, convirtiendo en pequeñas ceremonias la contemplación de las puestas de sol o los paseos a los estanques de los peces, y gozando de la literatura como solo gozan de ella los que tienen poco más para gozar. Había habido muchas

lecturas en voz alta. Había habido muchas sesiones de contemplación de reproducciones de cuadros. Había habido una pequeña fase de juegos de rimas y de juegos de dibujo. Había habido una fase de probarse sombreros, de los que Hannah tenía una antigua y gran provisión. Había habido charlas sobre vestidos bonitos, había habido charlas sobre charadas, había habido charlas sobre una velada musical. Esa noche, de hecho, era la velada musical, razón por la que Marian iba ataviada de aquel modo. Tras la cena, que en breve tendría lugar en la planta baja con todos presentes, algo inusual, habría música en el salón.

Las cosas se desarrollaban de ese modo infantil, *mariantonietesco*, y, con la mitad de su cabeza, Marian tomaba parte en ellas, asociándose alegremente al siempre jovial y pícaro Jamesie para ser el alma de la fiesta. Pero el resto de su cabeza se preocupaba, furtiva, de otros asuntos. Desde su conversación, hacía ya unos días, con Effingham Cooper sobre la posibilidad de un rescate, se sentía tan alterada que no dormía bien y a veces le era difícil comportarse de manera normal con Hannah, ante la que de pronto se mostraba sin aliento y sonrojada. Había hablado a Effingham con vehemencia y decisión, como si hubiera trazado aquellos planes de antemano, pero en realidad solo los vio claros al hablar con él. Su mera presencia, su rostro amplio, inteligente, racional y familiar, la espléndida fluidez de su relación profesor-alumna, todo eso hizo que lo que parecía difícil y oscuro como una pesadilla, de pronto se cristalizara, y ella había visto con claridad pasmosa lo que había que hacer.

Desde entonces no había tenido muchas dudas. Había pensado sin cesar en el problema y estaba bastante segura de que la táctica de choque, el intento de romper el hechizo mediante una acción violenta premeditada, no podía hacer ningún mal y sí mucho bien. Incluso aunque una vez en Blackport Hannah les suplicara que la llevaran de vuelta a Gaze, bueno, pues la llevarían de vuelta. Nadie podría culpar a Hannah por lo que había pasado; y en su cabeza quedaría plantada la insidiosa idea de que podía abandonar el lugar impunemente. Era libre de abandonar el lugar.

Lo horrible del asunto era la alta probabilidad, que Effingham le había señalado cuando hablaron al día siguiente, de que, si Hannah regresaba a Gaze, a los perpetradores del *coup* se les prohibiera volver a acercarse a ella. Effingham había rehusado, por ese motivo y otros muchos, a tener algo que ver con el plan; pero Marian veía posible convencerlo, si ella decidía seguir adelante. Él le había confiado que una amiga suya le dijo en una ocasión que

una mujer astuta podía convencerlo de lo que fuera. Seguramente ella seguiría adelante, pensaba ahora con cierto fatalismo, con o sin Effingham. Como Marian le había señalado durante su discusión, él o ella o cualquier otro podían en cualquier momento, por un oscuro designio, ser expulsados de Gaze. A nadie le gustaba la situación ni llegaba a comprenderla, y por lo que sabían la arena del reloj podía estar a punto de agotarse.

A Effingham no le gustó la metáfora. Él le preguntó qué quería decir, qué arena estaba a punto de agotarse, ¿tenía ella alguna razón real para pensar que el tiempo se acababa o que la situación se volvía peligrosa o urgente? ¿Qué daño verdadero, seguramente ninguno, podía causar a Hannah la preservación de las cosas tal como estaban? No, Marian no tenía razones reales. Sin embargo, sentía en las entrañas una especie de urgencia, una impresión de hallarse en una posición de poder o confianza que debía aprovechar mientras pudiera. Sentía por encima de todo, como un imperativo categórico, el deseo de liberar a Hannah, de acabar con lo mágico y espeluznante que la rodeaba, de dejar entrar aire fresco; aunque el resultado fuera un sufrimiento espantoso.

Por lo tanto, había decidido a medias seguir adelante con o sin Effingham. Pero sin Effingham sería imposible a menos que consiguiera a alguien más. Ella no sabía conducir, necesitaba a alguien para llevar el coche. ¿Quién? Eso la devolvía a la siempre desconcertante cuestión de sus relaciones con los demás habitantes de Gaze. Había mantenido una continua si bien infructuosa vigilancia sobre Gerald Scottow. Se fijó en sus idas y venidas, en sus frecuentes ausencias por motivos de trabajo, sus alegres regresos. Ella gozaba con su encanto un poco intimidatorio y las chanzas nerviosas en las que la implicaba. Su apariencia física le causaba temblores. Nunca había deseado tanto tocar a un hombre con el que no podía conversar. Porque, por desgracia, no podía hablar con él, y su plan, si es que alguna vez hubo un plan, de controlar a Scottow para así ayudar a Hannah estaba descartado. No es que ella deseara por conocer a Scottow de algún modo, por conocerlo mucho, mucho mejor; pero él era, por lo que respectaba a los propósitos inmediatos, irrelevante. Ni pensar en Violet Evercreech. Denis Nolan nunca accedería. Eso dejaba a Jamesie.

Para entonces, Marian había tratado mucho a Jamesie. Se habían reído un montón juntos. Él la había llevado acá y allá, sin que ella llegara a conocerlo mejor que en su primera excursión a Blackport. Jamesie no había repetido aquella pequeña aproximación. Era como si hubiera sido advertido o hubiera

decidido, tras el ardor del primer entusiasmo, que prefería una relación cómoda y despreocupada con Marian. Sin duda se comportaba de modo cómodo y despreocupado con ella, y ella con él; pero ¿serviría como aliado?

Jamesie podía conducir un coche, y de hecho tenía control total sobre el Land Rover y el viejo Morris que componían el parque móvil de Gaze. Eso sería útil, puesto que Marian había pensado que sería mejor que en el momento de la huida los demás vehículos estuvieran inutilizados. Pero ¿se podía confiar en Jamesie? E incluso aunque fuera fiable, ¿no era demasiado vulnerable a las represalias? Tras reflexionar sobre ello, decidió que si estaba dispuesta a sacrificarse a sí misma, también lo estaba a sacrificar a Jamesie. Con la brutalidad que comenzaba a crecer en su interior, propia de un general desesperado, creía que en cualquier caso sería mejor para Jamesie que lo expulsaran de Gaze. El sitio no le hacía ningún bien. En cuanto a su fiabilidad, no se decidía. Parecía extrañamente no comprometido con nada de lo que pasaba, era un observador chistoso. Su frivolidad podía significar que era posible ganarlo para la causa. O eso pensaba ella.

Un golpe en la puerta del dormitorio interrumpió su ensueño y se apartó apresuradamente del espejo. Siempre que alguien llamaba a su puerta, se veía dividida entre la esperanza de que fuera Gerald Scottow y el temor de que pudiera ser, incluso entonces, antes de llevar a cabo su plan, su orden de destierro. Abrió la puerta a una doncella de la que, tras varias repeticiones de un mensaje farfullado, creyó entender que era convocada a la habitación de la señorita Evercreech.

—Adelante, mi niña.

Marian entró nerviosa. Desde la desconcertante promesa de una «pequeña charla» había tratado, con la conciencia intranquila y una intención no muy clara, de evitar a Violet Evercreech. Nunca se había acercado a su habitación, e incluso entonces no estaba segura de en qué lugar de la casa se ubicaba, tan rápido la habían conducido hasta allí y tan inquieta se había sentido durante el trayecto.

La habitación hacía esquina. Estaba en una planta alta, en la fachada norte, mirando hacia el peñascal, y, mientras que la mayoría de las estancias de Gaze albergaban su propio lote de reliquias ruinosas, esa habitación era moderna de una manera sobria. Marian se fijó en la librería pintada de blanco, en un

cubrecama acolchado, también blanco, en las flores silvestres en un jarrón negro. Violet Evercreech aguardaba en una butaca de cretona, ataviada con un camisón púrpura, con una botella de jerez y dos vasos en una mesa auxiliar junto a ella. Su vestido de noche aguardaba encima de la cama, un águila desgarrada con las alas extendidas.

—He pensado que podíamos tomar una copita juntas antes de cenar —sugirió la señorita Evercreech. Habló como si eso fuera algo acostumbrado, aunque tanto la situación como la estancia causaban una tensa impresión de cosa improvisada.

Marian murmuró unas palabras de agradecimiento y se sentó en una silla dispuesta junto a la señorita Evercreech. Se percató, en parte con lástima y en parte con desagrado, de que los vasos estaban cubiertos por una gruesa capa de polvo.

—¡Qué vestido tan bonito! ¿Dónde lo has comprado?

—Me lo ha dado la señora Crean-Smith. —Marian agachó la mirada, ruborizándose por una mezcla de culpabilidad y resentimiento.

Al cabo de una pausa, durante la que saboreó el rubor de Marian, la señorita Evercreech dijo suavemente:

—Bueno, ¿y por qué no?

—No hay ninguna razón por la que no pudiera hacerlo, señorita Evercreech. —La voz le salió aguda y chirriante, y se vio a punto de romper a llorar de puro enojo. La intensidad de la atención que la señorita Evercreech le prestaba la hacía retorcerse.

—Por favor, llámame Violet. —Los vasos fueron meticulosamente despolvados con una manga de seda púrpura y el jerez servido.

—Sí. Muy bien. Gracias.

—Bueno, entonces dilo. «Sí, Violet.»

—Sí, Violet.

—Así está mejor. —Violet Evercreech, sin levantarse, se giró para mirar a Marian y la contempló fijamente por unos momentos. Marian no sabía adónde mirar. Sintió que su perfil era trazado como si un dedo ardiente lo recorriera partiendo de la frente. La nariz le empezó a picar. Al borde de la desesperación, se volvió hacia Violet y vio a una distancia incómodamente próxima la piel empolvada, el pelo reseco sin color definido y los ojos grandes y húmedos, fijos en ella con hambrienta intensidad.

—Mi querida niña —dijo Violet Evercreech—, dame tu mano.

Avergonzada y alarmada, apartando rápidamente la vista, Marian extendió la mano izquierda hasta el brazo de la silla, aferrando el vaso con la derecha. Violet tomó la mano extendida entre las suyas, le aplicó un lento y fuerte apretón y la retuvo.

—Por alguna razón solo puedo hablar contigo de tonterías —siguió diciendo Violet—, y si hablo de mí solo puedo hacerlo mediante acertijos. No te he pedido que vengas para hablar de mí, pero una tiene necesidades, necesidades que vienen de antiguo.

Marian, con la mano y el brazo rígidos como los de una marioneta, dijo:

—Lo siento. —Y a continuación, para llenar un silencio que podía ser intolerablemente elocuente, añadió a toda prisa—: ¿Eres la prima segunda de Hannah?

—Sí. ¿Sabes que han pasado muchos años desde la última vez que toqué así a alguien?

—¿De veras...? —preguntó Marian. Miró hacia abajo, hacia donde la seda púrpura se apartaba para descubrir una rodilla enfundada en una media de algodón marrón perlado. Una emoción proveniente del pasado ahogó lo que iba a decir. Movié la mano en lo que podría ser una caricia o un gesto de resistencia.

—Tú quieres a Hannah.

—Sí... Sí, por supuesto —dijo Marian. Se preguntó si iba a recibir una advertencia, una reprimenda aplastante.

—Y yo. Extremadamente. —La mano de Marian recibió otro apretón y quedó libre. La puso a salvo al otro lado de su rodilla. Y Violet continuó—: Es estupendo tenerte conmigo, en esta habitación. Tan inesperadamente estupendo, me ha cogido por sorpresa. Es estupendo recordar que una vez el amor fue algo sencillo y natural. A lo mejor vuelves otra vez, y a lo mejor yo vuelvo a coger tu mano así. O a lo mejor no. Puede que tengas que pagar un precio por haber presenciado un momento de debilidad. Pero no, no. No es por eso por lo que te he llamado. —Echó su butaca un poco hacia atrás—. Quería decirte algo más, decirte que has hecho una conquista.

—¿Una conquista? —Los pensamientos de Marian volaron a Gerald.

—Sí. Mi hermano menor. Te has hecho con el corazón de Jamesie.

—Oh, Jamesie...

—Estás decepcionada, porque tienes otros intereses en esta casa. ¡Sí, sí, te he estado observando! Pero quiero pedirte que seas amable con Jamesie.

—¿Amable con él? Pero si adoro a Jamesie —dijo Marian con un confuso desbordamiento de emoción. Casi volvió a extender la mano.

—Me alegro. Sé que debe de parecerte un niño. Pero una devoción profunda, cualquier devoción profunda, es algo valiosísimo, y pobre del que la desdeñe. Jamesie haría cualquier cosa por ti, cualquier cosa.

—Estoy muy conmovida, de veras..., y sorprendida también. No me había dado cuenta de que Jamesie sentía...

—Es un chico reservado. Todo el mundo en esta casa es reservado. Incluso tú te estás volviendo reservada.

—¿Yo? Oh, no —dijo Marian titubeante—. Pero Jamesie... Espero que no esté molesto. Lo superará. Es muy joven.

—Es muy joven y necesita que cuiden de él. Creo que una aventura con una mujer mayor es a menudo exactamente lo que alguien joven necesita, ¿no te parece? Me refiero a una mujer mayor que no lo ame sino que solo... lo adore.

Marian se retrepó en la silla y dejó el vaso.

—Bueno, en realidad, no creo que yo... Si lo que quieres decir... Lo siento, pero...

—No importa, no importa. A lo mejor solo te he llamado por mí, aunque nunca vuelva a mencionar este momento, aunque nunca vuelva a verte a solas.

—Se levantó como si el encuentro hubiera finalizado, y Marian se levantó también. Se quedaron de pie, frente a frente, mirándose.

Violet era más alta. Se movió primero, pero Marian se dio cuenta más adelante de que ella se movió también, impelida por un magnetismo súbito e irresistible hacia el camisón violeta. Su cabeza estaba sobre el hombro de Violet. Sintió que Violet la besaba en el pelo y la frente. Al instante siguiente fue empujada sin miramientos y se encontró de pronto al otro lado de la puerta.

Marian corrió escaleras abajo, sin apenas tocar el suelo, y se apresuró por un pasillo hasta un ventanal desde donde vio el paisaje familiar y tranquilizador del jardín sin sol y más allá la pendiente verde que ascendía hacia la cima de los acantilados. Apoyó la cabeza en el cristal, jadeante y temblorosa. Tomó asiento en una silla al lado del ventanal. Nunca la había abordado así una mujer y la experiencia había sido rara y excitante. Había encontrado a Violet conmovedora y repulsiva; se sentía colmada de excitación. Y si en ese instante Gerald Scottow hubiera aparecido por el pasillo, ella se habría arrojado a sus

pies. Confió en que el encuentro no tuviera una secuela; sin embargo, no le había desagradado, no por completo, el drama, lo repentino de lo sucedido. Se arregló el vestido. Era curioso también lo de Jamesie.

Pensar en Jamesie la llevó a recordar sus verdaderas preocupaciones. «Jamesie haría cualquier cosa por ti.» Si estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, entonces conduciría el coche que iba a sacar a Hannah de allí. Se puso en pie de un salto. Violet le había inoculado un deseo rapaz de acción, de sensaciones. Se sentía tan fuerte, tan físicamente viva, que se veía capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Iría en busca de Jamesie, en ese mismo instante; dispuesta a echarle los brazos al cuello si era necesario.

Dobló por un pasillo transversal. Allí las habitaciones miraban al jardín, y estaba casi segura de que alguna era la de él. Llamó a una puerta y la abrió y se encontró con una habitación vacía. La siguiente parecía la de una doncella. La siguiente, la que hacía esquina, debía de ser la de Jamesie. Llamó también, con suavidad, y abrió cautelosa la puerta. Echó un vistazo a su espalda, el pasillo estaba desierto.

Ropas que reconoció como de él formaban montones en el suelo, y en la habitación había un silencio levemente amenazador propio de un lugar intensamente habitado. Marian miró a su alrededor y vio otra puerta, que quizá conducía a una alcoba o un sanctasanctorum interior. Pasando sobre la ropa, conteniendo la respiración por los nervios, pero resuelta, llamó a la otra puerta y la abrió. La otra habitación estaba a oscuras y olía a productos químicos. No había nadie.

Se quedó inmóvil un momento, mientras recuperaba el aliento. Entrevió una cama sin hacer y una pila de novelas policíacas en el suelo. Sobre una mesa había bandejas y frascos, seguramente algo relacionado con la fotografía. Las paredes estaban cubiertas por un papel de un curioso estampado. Instintivamente, fue a la ventana y descorrió las cortinas. Miró, miró con más atención, miró desde más cerca. Al iluminarse la estancia vio que las paredes estaban cubiertas de fotografías, enorme cantidad de ellas, grandes y pequeñas, dispuestas meticulosamente unas junto a otras cubriendo tres lados de la habitación. Las escudriñó con curiosidad. Le llevó unos momentos darse cuenta de que todas, hasta la última de ellas, mostraban a Gerald Scottow: Gerald serio, Gerald sonriente, Gerald a caballo, Gerald a pie, Gerald vestido, Gerald desnudo, Gerald en posturas de lo más extrañas...

Asombrada y fascinada, miró las fotografías. En ese momento salió el sol, el

jardín se iluminó tras ella y un rayo cayó sobre su hombro. Dio un respingo, sintiéndose culpable, como si la hubieran descubierto, y se volvió hacia la luz, y se encontró contemplando frente a frente el rostro horrorizado de Denis Nolan, que la miraba desde la terraza. Por un instante, la cara de él expresó horror, junto con rabia y repugnancia. Hizo entonces un gesto violento con la mano y dio media vuelta, camino del jardín.

—¡Espere, Denis, espere! —Marian lo alcanzó cuando él casi había llegado a la puerta del muro. Arrastraba el vestido, que se enganchaba en las zarzas y los brotes de fresno. Él se volvió.

Denis estaba vestido para la velada musical con un traje azul oscuro, camisa y corbata. Las ropas, inhabituales en él, lo hacían parecer grueso y tosco, muy ancho de hombros. Volvió un rostro alterado hacia Marian, con los ojos azules fruncidos de enfado. Por primera vez, ella tuvo miedo de él.

—Denis, por favor...

—¿Qué pasa?

Sí, ¿qué pasaba?

—Tenía usted un aspecto tan extraño cuando lo he visto por la ventana, desde la habitación de Jamesie...

—No es asunto mío en la habitación de quién está usted.

—No. No quería decir eso. Jamesie no estaba allí, por supuesto. Fui a buscarlo, pero no estaba. Yo nunca había estado allí.

—Eso no es asunto mío.

—Denis, no se enfade. No lo comprendo. ¿Por qué parecía usted tan rabioso cuando me vio e hizo ese gesto? Pensé que me estaba llamando.

—No la llamaba. Creo que se entromete usted demasiado y piensa demasiado. Si hace que la echen, le romperá el corazón a la señora.

—Bueno, no puedo quedarme aquí para siempre —respondió Marian. Lo dijo exasperada, queriendo en realidad decir: «No puedo ayudarla de ese modo, eso solo es un paliativo, no una cura».

Denis la miró un momento más, con los mechones negro azulados levantados por la brisa. Luego cruzó la puerta y la cerró en sus narices.

Marian tiró de ella para seguirlo, pero había vuelto a quedar encajada en el marco y no daba con el truco para abrirla. Siguió tirando hasta que se abrió con aparente facilidad. Echó a correr. Denis subía la pendiente herbosa hacia

la cumbre del acantilado. El cielo azul vespertino tras él se mostraba pleno de luz.

—Denis, Denis...

—¿Qué pasa ahora? —Volvió a detenerse y la miró más triste que enfadado.

—Sabe que no me refería a eso. Me preocupo por ella tanto como usted. Denis, ¿por qué piensa que me entrometo demasiado? —La brisa, más fuerte allí, hacía ondular y susurrar el vestido color terracota. El mar amatista y esmeralda era visible.

—Deje tranquilos a Jamesie y Scottow.

—Jamesie y Scottow... ¿Sabe que la habitación de Jamesie está llena de fotos de Gerald de lo más raras? Yo... —La asaltó de pronto el significado de lo que había visto—. Denis, esos dos, ¿son...?

—Sí. Y es mejor que los deje tranquilos. Ese par es celoso y rencoroso. La he visto mirar a Scottow. Y he visto a Jamesie mirarla a usted. Y aquí ya hay suficientes problemas y violencia.

—Oh, Dios... —dijo Marian. Toda una variedad de confusos malestares le retumbaba en el corazón. Gerald perdido, Jamesie descartado. Dijo—: Ellos... ¿siempre han sido así? Quiero decir, ¿desde hace mucho? No sabía que Gerald tenía esas inclinaciones. No lo parece.

—Los que son así a menudo no lo parecen. Casi tres años. ¿No sabe usted lo que hizo Jamesie, o intentó hacer?

—No. ¿Qué? Por favor, dígamelo, Denis. Es mejor que me lo cuente. Me impedirá seguir siendo entrometida.

Habían llegado a la cima del acantilado y la casa quedaba casi oculta por la pendiente ondulada. Los negros acantilados eran solitarios, majestuosos, antiguos.

—Intentó llevársela.

—¿Jamesie intentó llevarse a Hannah?

—Sí. Ella no tuvo nada que ver, no sabía nada, pero él planeó secuestrarla. Cuando llegó aquí con su hermana, hace casi cinco años, era un niño y pasaba mucho tiempo con la señora Crean-Smith, estaba muy unido a ella y ella lo adoraba y lo llamaba su pequeño paje. Luego empezó a convertirse en un hombre. Pero era muy diferente de como es ahora. Trazó un plan para llevársela: meterla en un coche y huir. Podría haberlo conseguido, pero fue descubierto mientras preparaba una maleta para ella. No quería llevársela sin ropa para que se cambiara. Scottow lo encontró haciendo la maleta y lo obligó

a confesar.

—¿Qué pasó luego?

—Scottow le dio una paliza tremenda.

—¡Dios del cielo, pobre Jamesie! Pero...

—Y después se convirtió en el esclavo de Scottow.

—¿Quiere decir que... dejó a Hannah y... se fue con Gerald?

—Después de que Scottow le pusiera la mano encima de aquella manera, Jamesie empezó a adorar a Scottow y Scottow se quedó con él. Así fue como pasó.

—Pero esas cosas no pasan tan de repente.

—Llegaremos tarde a cenar. Recuerde la música.

—Qué extraño. —Echaron a caminar de regreso—. Todo el mundo aquí parece tener algún extraño secreto. —Lanzó una rápida mirada a Denis. No se refería al de él.

—Todo el mundo aquí es culpable de algo —respondió él sombrío.

—Menos yo —dijo Marian al cabo de un momento, en parte para sí misma—. Menos yo, menos yo, menos yo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El salón, cuando de tanto en tanto lo resucitaban, llegaba a ser una estancia bastante agradable, en especial ahora, con las lámparas encendidas, un gran fuego de leña y las altas ventanas abiertas al fragante aire de la terraza, que entraba con un fresco olor a mar y tamarisco. La suave luz hacía que el mobiliario brillara en la semipenumbra, y que las piezas antiguas y extrañas parecieran darse la mano como si recordaran los grandes días de hacía cincuenta años. La habitación envolvía a las personas con un orgullo vacilante. Fuera hacía una gran noche estrellada.

La música, aunque sencilla, resultó más ambiciosa de lo que Marian había esperado. Una o dos de las atractivas pelirrojas de Riders estaban sentadas entre el grupo de sirvientes junto al piano, y una de ellas, una chica robusta llamada Carrie, había inaugurado el programa interpretando con escasa expresividad aunque gran corrección una pequeña pieza de Mozart. Esta fue causa de encendidos aplausos, y Marian, si bien tenía cuestiones serias y dolorosas en la cabeza, no pudo evitar verse atrapada por la atmósfera conmovedoramente absurda y entrañable de la función *amateur*. Sonrió y aplaudió como los demás, y cruzó una mirada con Hannah. Costaba creer que aquella pequeña y alegre familia no fuera lo que parecía.

La siguiente actuación corrió a cargo de dos doncellas de Gaze con un instrumento de cuerda que Marian nunca antes había visto, semejante a un arpa judía. El sonido era gangoso y confuso, pero no desagradable. También gustó a todos. Luego otro par de doncellas vestidas de negro cantó canciones, una en inglés y dos en su lengua. Las canciones fueron bonitas y tristes, y las voces finas. A continuación hubo una interpretación de pianola. Marian no se había fijado en que el gran piano tenía aneja una pianola. Operada por otra doncella, la pianola tocó, a tramos un poco a tirones, la sonata del Claro de Luna de Beethoven.

No esperaba tal asalto a sus emociones. Esperaba sentirse avergonzada y conmovida, pero no escuchar música de verdad. No era aficionada a la música y en general evitaba las ocasiones que implicaban tener que escucharla. No comprendía la música, que solía molestarla; solo tenía cosas tristes y trágicas que decir. Aquellas subidas y bajadas, aquellas búsquedas e insistencias,

aquellas repeticiones desesperadas y elusivas le parecían siempre un prolongado grito de agonía. No podía, en aquella compañía, permitirse el lujo de unas lágrimas autocompasivas, que eran su máximo tributo al arte. Miró a su alrededor y dejó que la música la acercara a la gente por la que estaba tan profundamente preocupada.

La aristocracia se encontraba sentada en un semicírculo tendido en mitad de la estancia, desde la chimenea hasta las ventanas abiertas. La disposición era lo bastante abierta como para que todos pudieran verse, y abundaba el intercambio de asentimientos y sonrisas durante los aplausos. Las relaciones entre los habitantes de Gaze eran, en público, notoriamente formales. Hannah estaba sentada en el medio. Llevaba el vestido de noche de seda malva y un collar de piedras azules. Parecía muy joven bajo la suave luz. Effingham estaba a su derecha, en el lado más próximo al fuego, y Jamesie a continuación, iluminado por el resplandor de los troncos. Gerald estaba a la izquierda de Hannah, y Violet un poco por detrás de ella. Marian estaba sentada cerca de la ventana. Denis, que no pertenecía a la aristocracia, estaba sentado con las piernas cruzadas junto a la pared. A Alice la habían invitado pero rehusó alegando estar resfriada. Las doncellas se hallaban repartidas, algunas cerca del piano, otras detrás del semicírculo. Unos hombres muy altos, a los que Marian nunca había visto, estaban de pie al fondo, junto a la puerta.

Marian alzó la mirada cautelosa. La música, ahora casi inaudible, la había arrastrado a una solemne meditación en la que trataba, cada vez más profundamente, de comprender a aquella gente, de la que de pronto se sentía responsable. Jamesie estaba encantador, con una especie de traje de noche de Teddy Boy compuesto por pantalones negros ceñidos, chaqueta de pana azul oscuro, camisa blanca de seda y gargantilla púrpura. Se había estirado hacia atrás el cabello ondulado y parecía mayor. La cara alargada y huesuda, de la que el aire juguetón y bromista había sido borrado, se mostraba seria y en reposo. Su mirada, que mantenía baja, se elevó para posarse en Gerald. Lo miró como si le diera un largo trago y volvió a bajarla. Marian recordó las palabras de Denis acerca de la transformación de Jamesie. Gerald Scottow lo había quebrado y reconstruido. Con un largo suspiro interno, ella miró ahora a Gerald. Su amplio rostro estaba bronceado, como si hubiera estado en el sur, y su robustez hacía que la ropa le quedara ceñida, aunque no sin elegancia. Los ojos castaños, un poco inyectados en sangre, brillaban rojizos en la luz brumosa. Tenía la mirada alta, la expresión serena, y sin embargo era patente

que no escuchaba la música. Giró un poco la cabeza y se encontró con la mirada de Marian. Algo la atravesó como un disparo y apartó la vista. Gerald podía ser indomable, inaccesible, tabú, pero para ella seguía siendo el centro del que manaban sus furores.

Volvió ahora la mirada hacia Effingham. Querido Effingham. Querido, querido Effingham. Querido, querido, querido Effingham. ¿Qué estaba diciendo? Viéndolo allí sentado, alto, blando, soso, entre el tumulto de la música, Marian midió lo profundo del alivio que suponía que Effingham estuviera presente. Cuanto más peligrosa le parecía la situación, más necesitaba a Effingham; porque él era como ella. Lo necesitaba también, más concretamente, para conducir el coche, si es que llevaban a cabo el plan. En ese momento Effingham la miró y sonrió. Marian respondió con otra sonrisa, presa de un arrebató de afecto; y pensó que quizá hubiera algo de piadoso en que el rescate de Hannah conllevara la definitiva retirada de la circulación de Effingham.

¿No obstante, en qué medida estaba dispuesta a proceder con su plan de rescate? ¿Era algo más que un sueño? Hannah era una generadora de sueños. La oscuridad que la rodeaba avivaba la imaginación de los demás. Y el plan de rescate, en apariencia producto de la razón y el buen sentido, empezaba ahora a parecer un poco alocado. La misma firmeza de su único aliado posible volvía endeble la idea. No era solo que nunca convencería a Effingham para que la ayudara; la propia forma de ser de él, tan familiar para ella, le hacía perder la confianza. La idea en su conjunto era una locura; una de las morbosas fantasías privadas que quienes se obsesionaban con la suerte de Hannah generaban en torno a la figura inconsciente y despreocupada de esta.

La música concluyó de pronto. Hubo aplausos y Marian, asombrada y temblando un poco de frío junto a la ventana abierta, giró la cabeza y vio detrás de ella a la pétrea Violet Evercreech. Violet, que había estado aplaudiendo, tenía las manos alzadas ante sí en gesto de oración. Miraba a Hannah. Marian desvió la vista a toda prisa. La extraña culpabilidad que siempre sentía en presencia de Violet era una mera sombra de la que ahora, confusamente, cobraba sustancia. ¿Con qué esperanza bienintencionada o intención maliciosa de confusión y caos, llevada por qué amor o por qué odio, le había hablado Violet esa tarde? Pues Violet también tenía fantasías, su propia versión de un amor imperfecto y frustrado.

Denis se había trasladado al piano. Hubo susurros de expectación y regresó

el embarazo de Marian. Sintió vergüenza ajena. Agachó los ojos cuando, en medio de un profundo silencio, él posó los dedos en las teclas. Comenzó a cantar. Marian levantó la cabeza. Con alivio, con un arrebató de placer que barrió todos los demás pensamientos de su cabeza, descubrió que Denis tenía una bella voz de tenor.

Hubo un leve nerviosismo en las primeras notas, pero luego, con confianza y autoridad, el rico sonido tomó posesión de la estancia. Nada contribuye a la afirmación personal de manera más bella y bien recibida por los demás que cantar bien. El sonido colmó el concurrido salón fundiéndose con la audiencia embelesada, un gran objeto dorado que se alzaba lentamente por el espacio. La canción finalizó y, tras un homenaje de profundo silencio, se produjo el aplauso entusiasmado. Marian lanzó exclamaciones y vio que varias personas la miraban, sin duda divertidas por su sorpresa. Se inclinó hacia delante para intercambiar una mirada con Hannah, sonriendo y asintiendo.

La canción había sido bastante sencilla, una balada local, triste y monótona. Siguiéron dos canciones isabelinas repletas de intervalos afligidos y serias cadencias espondaicas. Había en el canto una esquiva impresión de drama, una atmósfera en aumento, como si la audiencia se inclinara hacia delante en las sillas, dispuesta a participar en una maravillosa transfiguración. Sin embargo, el propio Denis parecía invisible, en tal medida se había vuelto el sonido soberano sobre la imagen.

Comenzó otra canción. Ella la conocía un poco. La había oído en alguna parte, hacía mucho.

*¿Y si el cazador a mi mirlo ha abatido?
Las rosas del amanecer florecen sobre el mar;
despierta, mirlo mío, despierta, despierta,
y canta para mí desde la fucsia roja.*

*¿Y si el cazador mi mirlo ha abatido?
El sol alza la cabeza del regazo del mar.
Despierta, mirlo mío, despierta, despierta,
y canta para mí desde la fucsia roja.*

*¿Y si el cazador mi mirlo ha abatido?
Las aves del mar tornan blancas las montañas,*

*pero abajo, en el jardín abandonado, abandonado,
lloraré todo el día junto a la fucsia roja.*

Cuando se apagaron las últimas notas, en el intervalo durante el que nadie respiraba, previo a que rompieran los aplausos, se produjo un lamento de dolor. Hannah estaba sentada con la cabeza echada hacia delante, sobre las rodillas. Pareció por un momento que la hubieran golpeado. Emitió un gemido, levantó el rostro y se lo cubrió, y llegaron a continuación los lamentos y jadeos rítmicos de una mujer que lloraba histérica. Los aplausos, que habían arrancado indecisos, se extinguieron y dejaron paso a un murmullo creciente.

Marian se puso en pie. La gente a su alrededor hacía lo mismo y se apresuraba hacia Hannah o se apartaba de ella con respeto atemorizado. Continuaban los espantosos sollozos. Cuando Marian se puso en movimiento, tuvo un atisbo entre la multitud de Denis, quien estaba de pie al lado del piano, con la vista fija en su mano, apoyada sobre las teclas. Ella intentó llegar junto a Hannah y casi lo había logrado cuando alguien la apartó. La alta figura de Violet Evercreech hizo aparición y se inclinó sobre el pequeño grupo situado en el centro, donde Effingham con torpeza y Gerald con una especie de compasión molesta daban palmaditas y consolaban a Hannah desde cada costado.

—Levántate —dijo Violet.

Hannah obedeció, con el rostro todavía oculto, y dejó que Violet la condujera a la puerta. El público se empujó entre sí para quitarse de en medio. La figura encorvada y sollozante parecía inspirar tanto miedo como piedad. Retrocedían a su paso. La puerta se cerró tras las dos mujeres. Un momento después, desde lo lejos, y luego desde más a lo lejos, se elevó una especie de aullido: el grito apenas humano de un alma agonizante.

Marian descubrió lágrimas en sus mejillas. Miró a su alrededor en busca de Effingham y lo encontró a su mismo lado. De inmediato, él la tomó de la mano y la guió hacia la ventana abierta. Hubo una espontaneidad desesperada e infantil en su huida, durante la que, en el último vistazo que echó a la habitación, Marian vio a Denis, sentado ahora al piano, ceñudo, con los ojos cerrados, y también la mirada alerta e interesada de Jamesie mientras observaba su escapada con Effingham. Gerald daba instrucciones a dos doncellas. Conservaba el aire molesto. El ruido decayó tras ellos. La velada musical había concluido.

No había luna, pero las estrellas daban algo de luz. Effingham no le soltó la mano mientras se apresuraban por la terraza y el camino y la suave hierba turbosa entre las fucsias. Por fin se detuvieron en mitad de la negrura y la quietud, y se miraron.

—Oh, Effingham... —La fría brisa marina le helaba las mejillas, por donde no dejaban de correr las lágrimas.

—Marian —dijo Effingham, y había una serenidad, incluso una frialdad, en su actitud que hizo que ella percibiera aún más la intensidad del momento—, tenías razón.

—¿Razón?

—Tu reacción era la correcta, la única correcta. Los demás hemos estado hechizados. Tenemos que apartarla de todo esto.

«Y yo estaba a punto de acabar hechizada también», reflexionó Marian.

—Sí —dijo ella—, hemos creído que estaba cuerda cuando estaba medio loca, y serena cuando estaba atormentada.

—Eso no lo sé —dijo Effingham—. Ha alcanzado una especie de paz, algo así como el centro de sí misma; no es solo una ilusión. Pero de pronto tengo la impresión de que su construcción mental es demasiado peligrosa. Están esas grietas terribles. Puede perder la razón.

—Y, entonces, ¿qué pasaría?

—No lo sé. De pronto tengo mucho miedo. La estamos devorando de una forma u otra, todos nosotros. Tiene que acabarse. Sugiero que hagamos exactamente lo que propusiste el otro día: meterla en el coche y rogar a Dios para que no quiera volver.

—Muy bien —dijo Marian. De repente tiritaba de frío y miedo—. ¿Concretamos ahora los detalles?

—No. Ahora tenemos que volver con ella. No hay que dejarla con Scottow y con Violet esta noche. Ven a Riders mañana por la tarde. Por supuesto, no diré nada a Max ni a Alice.

—Yo tampoco se lo diré a nadie. Buenas noches, Effingham.

Se miraron en la oscuridad. Con un rápido movimiento se acercaron y, sin besarse, se abrazaron con fiereza. «Pronto los dejaremos a todos atrás, pronto estaremos juntos en la carretera, Hannah y Effingham y yo», pensó Marian.

CAPÍTULO DIECISIETE

Había llegado el día. Habían repasado los detalles tantas veces que parecía que nada podía ir mal. El único factor incierto era la meteorología, y cuando Marian se levantó temprano después de una noche en vela, el tiempo prometía ser perfecto.

Apenas podía creer mientras se vestía, temblando y con escalofríos de excitación, que ella, ese día, iba a ser quien rompiera el hechizo que a tantos había deslumbrado y vencido. Ese día, acabara como acabara, ya fuera con una victoria o con un fracaso, sería sin duda el último del encarcelamiento y el final de la leyenda. Lo que viniera a continuación sería completamente distinto, sería la vida real.

Por momentos había pensado que se encontraba al borde de un terrible acto de destrucción, pero sin que eso afectara a su resolución. En tales momentos le parecía que la violencia súbita podía generar, no la disipación del sueño y el tranquilizador retorno del mundo ordinario, sino la aparición de nuevos esquemas, aún más góticos y grotescos. Podía producirse el terrible desmoronamiento de Hannah, la terrible disolución del amado rostro; y en una ocasión, tarde por la noche, tiritó al descubrirse creyendo a medias que sacar a Hannah de Gaze le causaría, de hecho, la muerte. No obstante, a la luz del día, y al volver a recordar los llantos, los aullidos, que había oído la noche de la velada musical, se dijo que era dejarla allí, y no llevársela, lo que significaría el fin de Hannah.

Hannah se había recuperado, en apariencia al instante, de la perturbación provocada por la música. Cuando Marian volvió de su breve charla con Effingham, encontró a su patrona en su habitación bebiendo whisky con Violet Evercreech y riéndose avergonzada del espectáculo que había dado. Sin embargo, Hannah estaba exhausta tras el exceso de emociones y a lo largo de los siguientes días se mostró con Marian más patéticamente dependiente que de costumbre, siempre con una disculpa en los labios. Violet había visitado a Hannah con asiduidad durante un par de días, dándose aires de médico, y luego había vuelto a retirarse a su aislamiento. A Marian la había ignorado.

Effingham estaba ahora plenamente convencido. Después de mentalizarse, se

encontraba ansioso por entrar en acción, como si temiera el incansable avance de un reloj que pudiera de pronto, con un estruendo, activar el alzamiento de un insalvable puente levadizo. Por supuesto, a los dos les asustaba que los descubrieran. Sus miradas, sus encuentros, tenían que revelar tarde o temprano que fraguaban algo. Pero al margen de esto, Effingham le transmitió, le contagié, una aterradora sensación de urgencia. En parte con tristeza, ella reflexionó que él albergaba, tenía que hacerlo, el deseo, en último término exquisito y espantoso, de cobrar posesión de lo que durante tanto tiempo había adorado. Cuál sería el papel de ella en el futuro era algo que Marian no se había detenido a considerar. Sus pensamientos concluían con la ruptura de la muralla.

Habían decidido proceder como sigue: Marian debía inculcar a Hannah la costumbre de dar un pequeño paseo por la finca al final de la tarde. Esto era fácilmente factible, dado que el paseo ya era a medias un hábito y Hannah nunca se oponía a ninguna sugerencia de Marian. El día en cuestión bajarían por el camino hasta las puertas de entrada. Effingham aparecería entonces en el Humber de Max y les ofrecería llevarlas de vuelta a casa. La probabilidad de que Hannah rehusara era pequeña, en especial después de que Marian declarara estar agotada. Una vez que Hannah estuviera en el coche, Effingham daría media vuelta, cruzaría las puertas y aceleraría.

Irían a toda velocidad no a Blackport, que a Effingham le parecía un destino demasiado obvio y arriesgado, sino a un remoto hotelito en las montañas que él conocía, y que además estaba más o menos de camino al aeropuerto. Se detendrían allí, se encerrarían en una habitación y razonarían con Hannah. Era poco probable que dieran con ellos. El hotel, escogido después de descartar otras muchas opciones, era difícil de encontrar; y habían elegido un día en que Scottow y Jamesie estarían ausentes, ocupados en una de sus escapadas. «Ir al mercado», llamaba Gerald a esas expediciones, aunque acostumbraban a volver tarde, oliendo a borgoña y no especialmente cargados de compras. Por lo tanto, el Land Rover no estaría; y el Morris, explicó Effingham, sería fácil de inutilizar vertiendo azúcar en el depósito de combustible. El plan parecía lo bastante sencillo como para ser infalible, siempre que Scottow y Jamesie se fueran como de costumbre, y siempre que no lloviese.

Recordando el error cometido por Jamesie en una ocasión similar, Marian, muy cuidadosa y subrepticamente, había recogido para Hannah una pequeña selección de prendas viejas y para nada entre sus favoritas, cuya ausencia no

llamara la atención de nadie. Preparó luego para ella una pequeña bolsa con sus pertenencias más esenciales y preciadas, y Effingham había llevado las dos bolsas a Riders la noche anterior. Marian se había resignado a abandonar el resto de sus cosas; porque, aunque intentaba ser abierta de miras respecto a lo que Hannah decidiera, no concebía la idea de que ella regresara al castillo. De hecho, apenas concebía que el castillo, después de lo que iban a hacer, siguiera existiendo.

De una forma u otra, Marian superó la mañana. Ella y Effingham habían sincronizado sus relojes, pero a ella le aterrorizaba que el suyo se parara, y le daba cuerda cada media hora. Fue tan incoherente con Hannah que esta pensó que estaba enferma e intentó convencerla para que se fuera a la cama. Después del almuerzo, para su gran alivio, Gerald y Jamesie salieron juntos de casa, y a través de los prismáticos vio desaparecer el Land Rover por la carretera de Greytown. En las horas muertas de la tarde se ocupó del Morris. Pero cuando eso quedó resuelto y volvió a la casa sin que nadie la viera era todavía demasiado pronto para ir en busca de Hannah. Se sentó en su habitación a morderse los nudillos, a punto de sufrir un desmayo.

Por fin llegó la hora de ponerse en marcha. Dedicó una última mirada a su habitación, se puso el abrigo y se apresuró al cuarto de Hannah. No estaba allí. Tras un momento de pánico mareante vio por la ventana que Hannah ya estaba paseando por la terraza. Bajó corriendo y las dos comenzaron a recorrer con su extrema lentitud habitual el camino ventoso.

Marian había medido el tiempo varias veces y sabía con exactitud cuánto les llevaría exactamente alcanzar el punto deseado. No dejaba de mirar el reloj mientras Hannah hablaba. Estaba cumpliendo el horario a la perfección. Solo faltaba que Effingham no le fallara.

—Tengo que intentar criar camelias aquí —estaba diciendo Hannah—. El suelo turboso debería irles bien, ¿no te parece? Solo me preocupa si podrán soportar el viento. Aunque hay algunos puntos abrigados. Tengo que preguntárselo a Alice. Dame tu brazo, querida, todavía estoy muy cansada. ¿No tienes calor con ese abrigo? ¿Por qué no lo dejamos debajo de un arbusto y lo recogemos cuando volvamos?

—Creo que me quedaré con él —masculló Marian. Apenas podía hablar.

—¿O prefieres que demos la vuelta?

—Sigamos un poco más. —Se preguntó si Hannah la sentía temblar. Lanzó una mirada rápida al rostro de ojos muy abiertos, si bien soñoliento, a su lado.

Eran los últimos momentos de somnolencia de la bella durmiente.

El camino de grava estaba bordeado por suelo fangoso, negro y blando, y solo había un lugar, a mitad del recorrido, donde el coche podía dar media vuelta, allí donde había una rotonda de grava y un reloj de sol. Estaban pasando justo por ese punto. Marian tiraba levemente de Hannah. Effingham tendría que haber llegado en ese momento.

—Al final has tenido razón al dejarte puesto el abrigo —dijo Hannah—. Hace un viento muy frío. Ah, querida, me pregunto cómo podrás soportarnos en invierno. No debo dar por sentado que seguirás siempre aquí solo por haber encajado tan maravillosamente. Tendrás montones de vacaciones, ya sabes, tantas como quieras. Y creo que deberías dedicarte a otras cosas además de a tu trabajo. Estoy muy contenta por las clases de griego. Tenemos que hacer que estés cómoda.

—Me encanta estar aquí —murmuró Marian. Effingham llevaba medio minuto de retraso.

—Vaya, mira qué bien. Ahí está Effie en el viejo coche de Max.

Gracias a Dios. Marian apartó un poco a Hannah del camino. Sus zapatos se hundieron en el terreno blando mientras el coche se detenía.

—¿Os llevo de vuelta?

La cara de Effingham estaba tan pálida y sus ojos tan desorbitados que parecía imposible que Hannah no se fijara. Pero ella dijo alegremente: «¡Espléndido!», a la vez que entraba a la parte trasera del coche. Premeditadamente, Effingham había apilado un montón de libros en el asiento del acompañante. Marian lanzó a su cómplice una intensa mirada de ánimo y entró detrás de Hannah. La puerta se cerró de golpe, sellando, para mejor o para peor, su iniciativa.

Siguiendo un plan acordado de antemano, Marian se quejó de que se había hecho daño en un pie. Le había dolido durante todo el camino, dijo, y, vaya, debía de haberse cortado sin darse cuenta con un cristal porque parecía estar sangrando. Se inclinó hacia delante, agachando la cabeza por debajo del respaldo del asiento delantero. Hannah emitió una exclamación preocupada y se inclinó también para examinar en la penumbra de la parte de atrás del vehículo el pie herido. Con la cabeza agachada, Marian sintió que el coche daba media vuelta.

Hannah debió de sentirlo también, porque de inmediato se irguió. Pero para entonces el Humber aceleraba en dirección a las puertas. Hannah miró hacia

delante y exclamó con un chillido:

—¡Effie, no!

Cuando se adelantó para aferrar el hombro de Effingham, Marian la agarró y, abrazada a ella, se echó contra el respaldo trasero. El Humber iba muy rápido.

Las cosas que sucedieron a continuación pasaron también muy rápido; Marian las recordaría más adelante con una extraña claridad fotográfica, pero en el momento, con la cara medio oculta en el hombro de Hannah, apenas pudo percibirlas. Hannah gemía y forcejeaba, pero Marian era mucho más fuerte. Entonces, cuando estaban a unas cincuenta y cuatro metros de las puertas, otro coche apareció en la entrada. Era el Austin Seven rojo, con Alice al volante.

El Austin, muy rápido, se lanzó hacia el Humber como si pretendiera chocar de frente con él. Effingham no aminoró la velocidad, sino que apretó el claxon y lo mantuvo así. Los coches se dirigían uno contra el otro, con el Austin manteniendo el rumbo. Effingham giró un poco el volante, patinó en la grava y el Humber se salió del camino y se internó a toda velocidad en la tierra blanda hasta empotrarse en una mata de fucsias. La entrada estaba a dieciocho metros. El motor se detuvo.

En el silencio que siguió, Marian oyó el motor del Austin. Alice había frenado en seco y había dado marcha atrás. Retrocedió hasta quedar a la altura de ellos y paró el motor, inclinada sobre el volante y mirando a Effingham. Él no la miró. Effingham salió lentamente y abrió la puerta trasera del Humber. Las ruedas estaban hundidas en la tierra negra y era evidente que haría falta un tractor para sacar de allí el coche. Su operación había concluido.

Effingham introdujo ambas manos por la puerta y ayudó a Hannah a salir. Ella estaba mortalmente pálida y emitió pequeños sollozos mientras él la sacaba del coche. A continuación se apoyó contra él en silencio. Effingham la rodeó con los brazos y la apretó contra él, cerrando los ojos, y se quedaron absolutamente inmóviles y callados. Marian se apeó.

Sin duda, su operación había concluido. Ni por un segundo se le ocurrió a Marian que, incluso entonces, ella y Effingham podían haber empujado a Hannah en dirección a las puertas. Pero si lo hubiera pensado, habría tenido que descartarlo de inmediato, porque otro vehículo más apareció en la entrada. El Land Rover.

Avanzó despacio y se detuvo justo detrás del Austin. Gerald y Jamesie salieron. Jamesie se quedó en el lado más alejado del vehículo, apoyado en el capó, mientras que Gerald se acercó al borde del camino. Contempló la

escena: el Humber incrustado entre las fucsias, con rodadas trazadas en la tierra y grava salpicada detrás de él, Marian junto al coche, y Effingham en el otro lado sosteniendo a Hannah en sus brazos. Effingham la soltó despacio.

—Hannah —dijo Gerald.

Ella fue hacia él igual que una sonámbula y, como estuvo a punto de tropezar, Gerald se adelantó para ofrecerle el brazo y la guio al Land Rover. La ayudó a entrar y, sin decir nada, volvió a arrancar el vehículo, rodeó despacio el Austin y siguió en dirección a la casa, dejando a Jamesie, todavía inmóvil, al borde del camino.

—Effie. —Alice abrió la puerta del pasajero del Austin.

Effingham miró distraído más allá de ella. Su rostro estaba vacío y aplanado, como si la capa externa, donde residía la capacidad de expresión, le hubiera sido extirpada. Frunció el ceño, meneó la cabeza, ausente, y se dirigió al coche. Entró y la puerta se cerró de golpe. El Austin se puso en marcha con brío, subió hasta el reloj de sol para dar media vuelta, y luego descendió rápidamente y atravesó las puertas.

Marian volvió al camino. Tenía los zapatos cubiertos de tierra negra.

Jamesie seguía donde lo habían dejado, y cuando Marian lo miró, él parecía resplandecer por alguna especie de regocijo secreto. Aguardaba con una mano en alto, como alguien que deseara grabar en su memoria una escena embelesadora. Volvió lentamente la cabeza hacia ella y sonrió.

—¡Marian!

—Hola —dijo Marian. Se le salió un zapato. Rompió a llorar en silencio.

—¡No, no! —Él se acercó por fin, le echó un brazo sobre los hombros y la sostuvo mientras ella se debatía con el zapato. Siguió sujetándola cuando echaron a caminar hacia la casa.

—Aquí estamos, tú y yo, abandonados. Qué bonito, ¿verdad? Mira, déjame enseñarte unas fotos tuyas. Las he hecho revelar en color en Greytown.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Fue derecha a su habitación. La casa estaba muy silenciosa cuando entró con Jamesie y, en cuanto cruzaron el umbral, él interrumpió de inmediato su cháchara y desapareció en la penumbra de las escaleras.

Marian entró en la habitación y cerró la puerta. Dentro había tranquilidad y luz, el sol formaba grandes cuadrados en el suelo. Su reloj hacía tictac. Había lamentado abandonar su reloj. Bueno, no lo había perdido. Contempló asombrada la habitación. Allí estaba, habitada, aireada, sin caer todavía en la ranciedad fruto del abandono. Un jersey y unas prendas de ropa interior seguían encima de una silla. Sin embargo, había tenido la intención de no volver nunca.

Había algo nuevo sobre la mesa, una postal. La cogió y la miró. Mostraba *La rendición de Breda*, el cuadro de Velázquez. Le dio la vuelta. Era de Geoffrey, desde Madrid. Contaba que todos los demás se habían echado atrás, así que Freda Darsey y él habían ido solos. Decía que le parecía que los Tizianos eran realmente... Tiró la postal a la papelera.

Despacio, se quitó el abrigo. De manera inconsciente e inmediata había pensado en sí misma, en qué sería de ella. Pero ¿qué pasaba con Hannah? Ellos tenían que saber que no fue idea de Hannah, que todo lo planearon ella y Effingham. Tenía que explicárselo, ellos tenían que perdonar. Sin embargo, ¿por qué «perdonar»? Su cerebro volvía a estar encerrado en la jaula. Y aunque ellos vieran a Hannah como libre de culpa, ¿dejarían que Marian se quedara en Gaze ahora que había demostrado ser peligrosa? ¿No la echarían al instante, y prohibirían a Effingham volver a acercarse a la casa? Por lo tanto, en la práctica Hannah sería castigada mediante la pérdida de sus dos mejores amigos. Gimió y se imaginó la figura acusadora de Denis. Él le había advertido de que no se entrometiera. ¿Por qué no le hizo caso?

Se levantó y paseó por la habitación, caminando deprisa y deteniéndose de pronto para pensar y volviendo a caminar. Ahora todo parecía un terrible error. Tendría que haber respetado la situación de Hannah. ¿No obedecía todo a cierto destino? Nunca podrían haber atravesado las puertas. No obstante, era una locura. Se paró ante la ventana y miró hacia Riders. Las ventanas de la otra casa resplandecían, teñidas de naranja por el sol en descenso. Allí Alice y Effingham se decían Dios sabía qué. ¿Y cómo se había enterado Alice? Effingham debía de haber cometido algún desliz; y al pensarlo le pareció inevitable que hubiera ocurrido. A él le faltaba fe. A lo mejor a ella también le

había faltado fe. En cualquier caso, pobre Effingham.

Miró el reloj. Era la hora a la que habitualmente iba con Hannah. ¿Volvería a sentarse con ella a hacer las gratas cosas de costumbre? La mezquina y tranquila vida de Gaze, la vida en prisión, de pronto le parecía la mejor posible. Era lo bastante amplia como para dar cabida al amor. Luego era lo bastante amplia.

A medida que pasaba el tiempo y seguía moviéndose nerviosa, a veces hablando en voz alta, se dio cuenta de que esperaba algo, esperaba algo con una expectación profunda, tensa y excitada. No le llevó mucho percatarse de que era la visita de Gerald Scottow.

Pasó casi una hora antes de que él apareciera. Marian estaba sentada junto a la ventana, y todo se volvía más rojo y dorado fuera y más oscuro dentro, cuando él entró en silencio, después de llamar suavemente. Ella se levantó de inmediato.

Él cerró la puerta, se dirigió a la cama y tomó asiento.

—Ven aquí.

Marian fue junto a él.

—Siéntate.

Se sentó en una silla de respaldo recto, al lado de la cama.

—Dame la mano.

Le dio la mano.

—Doncella Marian, ¿no ha sido una tontería?

—Mira —dijo Marian, las palabras se debatían para salir todas a la vez—, no fue culpa de Hannah, en absoluto. Ella ni siquiera sabía nada. La estábamos secuestrando, bueno, no exactamente eso, no íbamos a llevarla lejos. Solo a enseñarle el exterior, y luego a traerla de vuelta si quería. No nos la habríamos llevado si ella no hubiera querido. Y ella no sabía nada, nada de nada. Intentó saltar del coche cuando se dio cuenta. Todo ha sido culpa mía. Effingham en realidad no lo aprobaba, yo lo convencí. Todo ha sido culpa mía. Por favor no me echas, por favor.

Gerald, que seguía sosteniéndole la mano, dio a esta la vuelta y asestó unos golpecitos en la palma con un dedo. Su gran rostro amenazador pendía sobre ella iluminado por la luz crepuscular. No sonreía, pero sus ojos parecieron

brillar y achicarse.

—Me conmueve tu preocupación por exculpar a Effingham —dijo.

—Por favor no me eches —dijo Marian—, y por favor no eches a Effingham. Tienes que entender...

—Lo entiendo muy bien. Y por supuesto sé que planeaste esto sin Hannah. Creo que eres tú, doncella Marian, la que no entiende. Eres muy joven y sabes muy poco sobre la vida y el sufrimiento, y como la gente aquí ha estado muy dispuesta a tomarte cariño, tu cabecita se ha puesto a girar, ¿eh? Has creído que conocías todos nuestros males, y has creído que tenías el poder de curarlos. Pero ninguna de las dos cosas es cierta, ¿eh?

—Solo pensaba en Hannah... —comenzó a decir Marian desconsolada. Se sentía minada y rota, como si las partes de su mente y de su cuerpo se desmoronaran una a una.

—Pero en realidad todos pensamos solo en Hannah. Aunque no es tan sencillo como parece creer. ¿Qué piensas que puedes hacer por ella, con todos esos años y años de soledad a sus espaldas, «enseñándole el exterior»? ¿Crees que eso significa algo? ¿Crees que siguen existiendo para Hannah un interior y un exterior? Pensabas, seguro que sí, porque yo veo dentro de tu cabecita, que si conseguías atravesar las puertas habría un chasquido, algo se rompería. Eso demuestra que apenas te percatas de lo que sucede. Por un lado, por supuesto, Hannah se molestaría. Todo sería un pequeño incidente, desagradable y trivial, que superar, una pequeña herida. Pero, por otro lado, apenas se enteraría, ella ni siquiera se enteraría.

—Me confundes, me confundes —dijo Marian cerca de las lágrimas. Ahora se colgaba de la mano de él. Sentía que la estaba enredando en una aterradora espiral de pensamientos. Si solo pudiera encontrar las palabras para llevarlo todo de regreso a la sencillez y la verdad—. No puedes pensar que encerrarla está bien. Ella no puede quererlo, no debería quererlo, no puede ser verdad...

—Ssssh, Marian, tranquila. Hay cosas que son aterradoras para los jóvenes porque creen que la vida tiene que estar llena de felicidad y libertad. Pero en realidad en la vida no hay felicidad y libertad, no de un modo hermoso. La felicidad es una cosa frágil y miserable, y puede que «libertad» no signifique nada. Existen grandes normas que se nos aplican a todos, y destinos que nos corresponden y que amamos incluso cuando nos destruyen. ¿Piensas que yo mismo estoy al margen de lo que aquí sucede, que soy libre? Soy parte de ello también. No es que yo lo haya creado, sino que formo parte de ello. Y ese es

el único modo como pueden ser aquí las cosas, porque hay personas trabajando para que así sea, y por las normas, que son lo que aquí de veras posee autoridad, una autoridad absoluta. Y eso es a lo que todos se deben someter, si van a quedarse, y a lo que tú debes someterte, mi Marian, si vas a quedarte.

Las lágrimas de Marian fluían.

—Sabes que quiero quedarme.

—Entonces debo tener una garantía. No más juegos de esos. ¿Lo prometes? Piensa con cuidado antes de responder.

—Lo prometo, lo prometo.

—Bien, buena chica. Ven aquí y ponte más cómoda, ¿eh? Y sequemos esas lágrimas. —La sentó cortésmente en su regazo.

Marian, sollozante, apoyó la cabeza en su hombro y le dejó secarle la cara con un gran pañuelo blanco.

—Ya está. No más lágrimas, mi niña. Aquí todos te quieren. Yo te quiero. Pon el brazo alrededor de mi cuello, así está mejor. Vamos, doncella Marian, no más tristezas, no pasa nada malo. Ahora levanta la cara y déjame verte. Déjame ver tu bonita cara, eso es, déjame darte un beso. —Le susurraba, acariciándole la cara e inclinándole la cabeza. La habitación estaba casi a oscuras. Marian se reclinó indefensa contra su brazo, cerró los ojos y buscó su boca.

Él le dio un beso largo y duro, con la boca abierta. El tiempo y el espacio se derrumbaron alrededor de ella en una confusión oscura y tibia, y a punto estuvo de perder el conocimiento. A continuación, apartándola con firmeza, él la levantó de su regazo y la devolvió a la silla y volvió a acariciarle la cara, con su gran mano envuelta en el pañuelo.

—Ya está.

Marian se puso en pie con torpeza, apoyándose en el respaldo de la silla. Algo parecía haberles ocurrido a sus rodillas, apenas podía sostenerse en pie. Empezó a decir algo.

Gerald se levantó.

—Ya es suficiente, niña. Tengo que volver con Hannah. Te subirán algo de cenar. Luego puedes lavarte la cara y peinarte e ir a la habitación de Hannah. Ella querrá verte. Ahora todos somos buenos amigos, ¿eh, Marian?

Ella masculló un asentimiento mientras él salía de la habitación y la dejaba a solas. Se dejó caer sentada al suelo. No podría estar más vencida si él la

hubiera tratado como trató a Jamesie. Su horrorizado corazón, su horrorizado cuerpo, por completo sometidos.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Marian llamó a la puerta de Hannah. Había transcurrido un rato. No había podido dejar de llorar y se había tenido que lavar y empolvar la cara varias veces.

Pasó a la habitación desde el exterior a oscuras. Parecía como si todo el mundo estuviera dentro, y había un murmullo suave como si se celebrara una fiesta decorosa. Las cortinas estaban echadas, creando un ambiente íntimo, y las personas agrupadas en torno a la chimenea, en efecto, sostenían copas. Mientras avanzaba, las formas ante ella le parecieron dentadas y confusas; buscó a Hannah. Un instante después localizó su rostro, arrasado y pálido por las recientes lágrimas, pero con la mirada pacífica y extasiada de quien se ha salvado de un naufragio. Y allí estaba Hannah, abrazándola y besándola. Otro instante después ella también sostenía un vaso, que Jamesie le había puesto en la mano.

No estuvo claro durante unos momentos si alguien estaba en efecto hablando o si el murmullo residía en su cabeza. Los miembros del dorado grupo que la rodeaba parecían enfundados de la cabeza a los pies, como serafines, en serradas alas de luz. Todos parecían haberse vuelto muy altos y estilizados. Se frotó los doloridos ojos. En efecto, Jamesie estaba a su lado diciéndole algo y ofreciéndole un cigarrillo y encendiéndoselo. Ella sorbió el whisky, fuerte, sin hielo, familiar.

Se fijó en la pequeña reunión. Hannah estaba de pie al lado de Violet Evercreech y cada poco las manos de ambas se entrelazaban. Violet estaba hermosa, serena y sumida en una semipenumbra, como si una luz ligeramente violeta acariciara su rostro y su cabello. En cierto momento tendió una mano, sonriendo, hacia Marian y las puntas de sus dedos se tocaron en un extraño saludo. Marian se descubrió sonriendo también y sintió descender sobre su cara la misma serenidad embelesada que glorificaba a los demás.

Jamesie iba y venía alrededor del grupo, llenando vasos y encendiendo cigarrillos, pero volvía siempre a la proximidad de Gerald. Jamesie estaba excitado, borracho de algún tipo de regocijo, con la cara feliz y radiante, a punto de disolverse en carcajadas de puro gozo. No dejaba de mirar a Marian y de abrir la boca como si fuera a llamarla y luego volviendo a cerrarla, como

en una especie de mordisco amistoso. Le tocaba el brazo cada vez que pasaba a su lado, y a continuación se restregaba contra Gerald, siempre muy cerca de él, y se encorvaba un poco a modo de homenaje consciente a la mayor corpulencia de Gerald.

El mismo Gerald destacaba en la escena como un gigante benevolente. No dejaba de contemplar a Hannah con mirada satisfecha, como si solicitara su aprobación, que ella constantemente le concedía en forma de pequeños y suplicantes gestos de atención que parecían expresar una gratitud tímida y exhausta. «¿De qué está agradecida?», pensaba Marian. «¿De que me haya dejado quedarme?» Hannah y Gerald parecían la madre y el padre de una familia bien avenida. Gerald hasta abría los brazos de tanto en tanto como si los abarcara a todos, como si los mantuviera unidos. Paseaba la vista en derredor y, cuando su mirada se encontró con la de Marian, mostró una especie de orgullo alentador y libre de sentimentalismo, el tipo de mirada que un padre dedicaría a su hija al verla comportarse como una chica buena y valiente. Marian se dijo: «He sido aceptada en la familia, eso es lo que ha pasado, me he plegado a las normas. Eso celebramos esta noche». Experimentó un extraño alivio. Nada espantoso había sucedido. Todo volvería a ser como de costumbre. Bebió más whisky solo.

La sensación de que el grupo constituía una familia trajo consigo la incómoda impresión de que algo faltaba. Algo o alguien no estaba allí. Giró la cabeza buscándolo, como si pudiera estar al borde de su campo de visión, como un fantasma o un *doppelgänger*. Se dio cuenta de quién faltaba: Denis. Volvió a mirar a su alrededor. Pero no, Denis no faltaba, había estado allí todo el tiempo, de pie en las sombras, detrás del pequeño grupo, cerca de la fotografía de Peter Crean-Smith. También sostenía un vaso y evidentemente había estado recibiendo las hospitalarias atenciones de Jamesie. Sin llegar a verlo con claridad, Marian le dedicó una pequeña sonrisa. Él también pertenecía al lugar. Vio entonces su cara.

Las caras de los demás estaban doradas. La de Denis estaba negra. Sujetaba con rigidez el vaso y sus rasgos parecían de hierro ennegrecido. Las protuberancias de los pómulos y del ceño sobresalían a la sombría luz de las lámparas como si fueran víctimas de una terrible presión. Sus ojos eran negros y la boca, una línea oscura. La camisa le colgaba fuera de los pantalones y llevaba el cuello desabotonado, iba despeinado y, dado que sostenía el vaso como si fuera el extremo de un rifle, se asemejaba extrañamente a un pequeño y tosco partisano, irregular y solitario y desbordante de juicios despiadados y

propósitos lúgubres. No devolvió la sonrisa a Marian y ella no alcanzó a distinguir en qué dirección miraban sus fieros y oscurecidos ojos.

La impresión del encuentro la despejó al instante y se dio cuenta de que estaba medio borracha por beber whisky con el estómago vacío, dado que por culpa de la excitación no había comido nada en todo el día. Se tambaleó un poco y buscó apoyo en la repisa de la chimenea. ¿Qué había pensado, qué había hecho, desde que entrara en la habitación? ¿Y antes? Recordaba la escena anterior como parte de un sueño. Y, sin embargo, había sucedido y causado la escena presente. Había sido conducida a una posición de rendición definitiva, y se había dejado llevar sin resistencia, sin ninguna queja. Gerald podría haber hecho con ella lo que hubiera querido en la habitación a oscuras. Él debía de saberlo, incluso cuando le daba palmaditas como a una niña y la llevaba de regreso, escarmentada, ante la feliz aprobación de la familia. Y Marian recordó el momento en que le dijo a Denis que ella era la única del grupo que no era culpable de nada. Bueno, ahora lo era.

Algo estaba pasando. Marian meneó la cabeza, confundida, e hizo un esfuerzo por reponerse. Se libró de su vaso y la escena cobró forma de nuevo. Todo el mundo se había vuelto hacia la puerta, donde una de las doncellas de negro decía algo ininteligible a Hannah, y Hannah decía:

—Sí, sí, por supuesto. Hazla pasar.

Hubo una pequeña agitación y un murmullo, y la puerta se abrió para permitir el paso a Alice Lejour.

Alice penetró en el círculo iluminado. Traía un aspecto desaliñado y la mirada asustada, tensa y agresiva. Se dirigió a Hannah.

—¿Está Effingham aquí, en esta casa?

—No, querida.

—¡En ese caso se ha perdido! —exclamó desolada.

—¿Perdido?

—Estaba enfadado y lo dejé salir del Austin. Echó a caminar hacia el interior, y ahora es más de medianoche. Tiene que haberse perdido en la ciénaga.

PARTE CUATRO

CAPÍTULO VEINTE

A Effingham le llevó un tiempo darse cuenta de que se había perdido, perdido por completo y sin remisión. Mientras el Austin Seven se alejaba de Gaze, había intercambiado unas palabras furiosas con Alice; a continuación, incapaz de contener la rabia, la tristeza, la decepción y el remordimiento que tenía dentro, le dijo que parara el coche, abrió bruscamente la puerta y echó a caminar colina arriba. Ella aguardó en la carretera y él vio desde lo alto, cuando se adentraba tierra adentro cruzando la cima, que el pequeño coche rojo todavía esperaba. Pero ella no lo siguió ni lo llamó.

Effingham estaba enfadado con ella no tanto por causar el desastre sino por ofrecerle una rápida y segura vía de escape. Tendría que haberse quedado, se había dicho en el mismo instante en que entraba en el Austin. Tendría que haberse quedado y haber hecho algo. Tendría que haber plantado cara a Scottow, que haber protegido a Hannah, que haberse explicado al menos. O incluso podría haber requisado el Austin y haber empujado a Hannah adentro. Pero no, él nunca habría hecho eso. Sin embargo, podría haberse quedado y haber dicho algo. Pero lo que hizo fue huir como un cobarde y dejar a las dos mujeres a merced de Scottow. No obstante, ¿qué otra cosa podría haber hecho? En primer lugar, era para resolver este debate, cuyos truenos iniciales resonaban en su cabeza incluso cuando el coche cruzaba acelerando las puertas del castillo, por lo que había tenido que alejarse de Alice y por lo que tenía que estar a solas.

Algo que había quedado claro durante su breve y furiosa conversación fue cómo lo sabía Alice. Effingham había sido traicionado por su propia vanidad. Llevaba años dando por sentado que Carrie, la doncella, estaba un poco enamorada de él y haría todo lo que le pidiera. La idea de que, en un tiempo anterior y más brutal, él podría haberse llevado sin más a Carrie a la cama era una agradable fantasía; y dio por supuesto que incluso ahora ella no pondría objeciones. Cuando hizo sus preparativos para el golpe, escribió a Alice una carta de explicación. Se la entregó, junto con una buena propina, a Carrie para que se la diera a Alice a la hora de la cena, momento en el cual Effingham estaría muy lejos. Por supuesto, no dio a entender a Carrie que se iba. Pero su

actitud debió de ser lo bastante conspirativa; y aunque él había planeado llevarse muy pocas de sus cosas, alguna de las doncellas podía haberlo visto hacer la maleta. En cualquier caso, despertó las sospechas de Carrie, que llevó la carta a Alice en cuanto Effingham salió de casa. Alice se puso en marcha, tal como le contó, muy alterada, y sin otro fin que el de averiguar qué pasaba; y cuando vio el Humber bajar el camino a toda velocidad con alguien en el asiento trasero, tomó la repentina decisión de no permitirle cruzar las puertas. Lo lamentaba, quizá no lo habría hecho si lo hubiera pensado mejor. Podría haber hecho cualquier cosa, pero Effingham no le había dado mucho tiempo para pensar.

Effingham había echado a andar a zancadas, gruñendo. Todo parecía ahora una demostración de perfecta, horrible y grosera imbecilidad. ¿Por qué había permitido que aquella chica listilla y nariguda lo convenciera? El plan en su conjunto, ahora lo veía claro, estaba penosamente concebido, no tenía ninguna posibilidad de salir bien. Hannah nunca habría consentido que se la llevaran con semejante revuelo. Era la cercanía del aeropuerto lo que los había confundido a los dos. Pensó que fue al mencionar el aeropuerto cuando Marian sembró la semilla fatal en su cabeza. Los dos estaban estúpida, frívola, románticamente intoxicados por la idea de meter a Hannah en un avión, una perfecta imagen de huida. Él se había visto influido también, de manera irracional, por la escena de la velada musical. Aquello, sin que hubiera una verdadera razón, lo había sellado todo, el grito de un alma en pena. Y, por supuesto, había sido arrastrado por Marian, porque parecía tan amable, porque presentaba sus argumentos de forma tan convincente, porque él la respetaba, porque ella le gustaba.

¿Y en qué posición se encontraba él ahora? Había puesto a Hannah en peligro, al exponerla a las represalias de personas que tenían poder sobre ella. Era casi seguro que había conseguido que despidieran a Marian. Había herido a Alice quizá de manera irrevocable y lo peor de todo era que estaba sentenciado. Era posible que nunca se le permitiera volver a Gaze. La idea le causaba tal agonía que casi tuvo que encorvarse para resistir el dolor. Si lo expulsaban, haría algo desesperado. Pero ¿qué? ¿No había arruinado lo único que podía hacer por Hannah? Incluso en el caso de que la parte inicial del plan hubiera sido un éxito, ¿a qué habría conducido? Recordó el grito de Hannah, «¡No, Effie!», mientras corrían hacia las puertas. Por lo tanto, no habría habido ninguna diferencia. Habrían llegado al hotel, Hannah habría llorado,

quizá asustada, y les habría suplicado que la llevaran a toda prisa de vuelta, y ellos habrían tenido que hacerlo. Ella no podía enfrentarse así al mundo exterior, y era injusto, además de estúpido, esperar que lo hiciera. Porque si dentro de la casa no había nada que él pudiera hacer por ella, ¿qué podía conseguir en el exterior?

Avanzaba dando traspiés, y los pensamientos acusadores y arrepentidos le zumbaban en la cabeza, cegándolo y ensordeciéndolo. ¿Qué debía hacer? ¿Volver a Gaze y plantarse arrepentido ante la puerta? Era demasiado pronto, seguramente le negarían la entrada, y con razón. Era mejor dejar que las cosas se asentaran. No obstante, ¿qué recibimiento lo esperaría en Riders? ¿Cómo lo trataría Alice? ¿Qué le diría Max respecto a esa demostración de locura irresponsable, Max y su curiosa visión de la aventura espiritual de Hannah, Max y su respetuoso afecto por Hannah?

Pensar en volver a Riders le devolvió una débil percepción del tiempo y del espacio, y aminoró la marcha. Había estado caminando deprisa, gesticulando y hablando en voz alta, y el acalorado ir y venir de los pensamientos causaba una impresión de alboroto persistente. Ahora que controlaba un poco tales pensamientos, empezaba a percatarse de su entorno, y gradualmente se dio cuenta de que estaba rodeado por un vasto silencio. Hizo un alto.

Acalladas las voces de su interior, miró alrededor. El extenso cielo estaba recorrido por deshilachados trazos rojos y dorados, que se adensaban y emborronaban con la proximidad del crepúsculo. El terreno, oscurecido ya hasta un marrón purpúreo, era completamente llano y estaba completamente vacío en todas direcciones. Effingham se centró. ¿Dónde estaba con exactitud? Había subido la colina cerca del arroyo y seguido el sendero que llevaba a la charca de los salmones. Pero ahora no había rastro del arroyo, debía de haberse apartado de él. De hecho, no había nada que le sirviera de referencia.

Por suerte, solo tenía que deshacer sus pasos. Dio media vuelta. Después de todo, el cielo lo guiaría. Había caminado hacia el este. Ahora caminaría hacia el oeste, rumbo al sol poniente. Miró la puesta de sol. No cabía duda de que el cielo estaba más claro y más rojo en una parte y más oscuro y azul en otra, pero la parte más clara era desconcertantemente amplia y no determinaba con claridad una dirección. Pensó también que la costa provocaba efectos extraños, confundiendo el este y el oeste, en aquella región del país. Aun así su rumbo debía de estar más o menos en dirección a la parte más luminosa del cielo, y podía recorrer de vuelta el sendero por el que había ido.

Echó a caminar. Al cabo de pocos pasos se preguntó si lo que estaba recorriendo era de veras un sendero. Pisaba piedras, pero dispersas e intermitentes, y a su alrededor, entre matas de hierba áspera y verde pardusca, vio líneas similares de piedras que podían ser, o no, senderos; ser, o no, el camino por el que había llegado. Aceleró el paso. La dirección que seguía era seguramente la correcta, y no había otra cosa que hacer más que seguir adelante a buen ritmo. Todavía quedaba mucha luz. Pronto vería algo que reconociese.

Caminaba a trancos, estudiando el horizonte plano. La incierta luz dificultaba su intenso escrutinio y el terreno parecía cambiar de repente, de una extraña manera. Tenía que detenerse de vez en cuando para frotarse los ojos. Caminaba rápido y a ritmo firme. Dentro de poco tendría que ver el gran dolmen que se alzaba en la carretera sobre el pueblo, y no dejaba de buscarlo y de creer verlo, solo para darse cuenta después de parpadear de que el terreno seguía tan llano y vacío como siempre, en todas direcciones.

Por fin vio algo. En el horizonte, muy a su derecha, había algo vertical. Tenía que ser el dolmen. Debía de haberse desviado mucho de la dirección correcta. Cambió de rumbo y se apresuró, tropezando con húmedas matas de hierba, perdiendo de vez en cuando de vista el objeto vertical y localizándolo de nuevo. La luz decaía con rapidez. Después de marchar a ciegas un rato, durante el que le pareció que no dejaba de tropezar, alzó la cabeza y se encontró con el objeto cerca de él, y vio que para nada se trataba del dolmen, sino de un árbol.

Se acercó despacio. No era un árbol que le fuera familiar. Por su escasez, en aquella región cada árbol era bien reconocible. Debía de estar muy lejos de cualquier sitio donde hubiera estado antes; y ahora, después de desviarse para ir en busca del árbol, no tenía ni idea de cuál era su curso previo ni de cómo volver a él. Aún quedaba un poco de claridad en el cielo, el azul borroso del último tramo del crepúsculo, y una fina franja rojiza ribeteaba tres cuartos del horizonte. La tierra a su alrededor era negra, jaspeada de púrpura. Llegó junto al árbol y se detuvo para escrutar el silencio.

Desde que se dio cuenta de que no era el dolmen sabía que estaba perdido; no despistado, sino perdido por completo. Seguramente le llevaría un tiempo volver atrás. Por supuesto, no había perdido del todo el sentido de la orientación y, en cualquier caso, si se encaminaba sin desviarse al centro del arco rojo del horizonte, daría con la carretera o llegaría al peñascal, y de allí

a la carretera. No le agradaba la idea de bajar el peñascal a oscuras, pero no habría problema si iba despacio. Las estrellas lo alumbrarían y luego a lo mejor salía la luna. Así que se resignó a pasar un rato al menos en tinieblas.

Vaciló. Sintió una reticencia repentina y extraña a separarse del árbol, que al menos era algo erguido, como él. Alargó el brazo y lo tocó. Effingham era un urbanita. El campo por la noche le había parecido siempre ajeno y desconcertante: la oscuridad, el vacío, la ausencia de actividad humana, la presencia quizá de otro tipo de actividad. Se espabiló. Era mejor ponerse en movimiento antes de que el tenue arco rojo, ahora su única guía, desapareciera por completo. Si caminaba a buen paso alcanzaría pronto la carretera; en ese mismo instante podía estar a un centenar de metro de ella. Animado por tal posibilidad, echó a caminar ligero y avanzó unos cinco minutos. El arco rojo se desvanecía. Effingham avanzaba.

Volvió a detenerse. Había estado retrasando el momento de hacerlo. El cielo estaba completamente negro, aunque todavía veía algo a corta distancia. Hacía un rato que las estrellas eran visibles. Había retrasado el momento de pararse porque sabía que en cuanto lo hiciera tendría miedo. Ahora tenía miedo. Por supuesto no mucho, era ridículo; no había nada de lo que tener miedo. Lo peor que podía sucederle era tener que pasar una noche de verano a la intemperie, y sin duda no le tenía miedo a eso. Pero, de todas formas, era un sitio espeluznante para perderse.

Deseó no haberse separado del árbol. El árbol era al menos una especie de refugio, una especie de casa, una especie de lugar con presencia propia. Ahora todo a su alrededor era una nada sin puntos de referencia. Se preguntó si debía seguir caminando. Pero, por supuesto, tenía que seguir caminando. Pasar toda la noche sin moverse en aquella calma aterradora era impensable. Caminar al menos suponía una actividad y producía un leve aunque agradable sonido humano. Además, no podía estar lejos de la carretera. Se preguntó por primera vez si merecía la pena gritar. Pero ¿de qué serviría gritar en aquella desolación? Nada humano vivía allí arriba. Aun así, podía intentarlo, solo por si acaso; pero ¿qué se suele gritar? Lo meditó un rato y luego, con esfuerzo, se las apañó para decir:

—¡Hola!

Fue extraño. El sonido pareció morir nada más salir de su boca, como si un grueso telón, que lo rodeara a una distancia de tres metros, lo hubiera absorbido. Gritar no era conveniente. El entorno era demasiado hostil. Los

gritos se ahogaban en su garganta. Echó a caminar apresuradamente. El cielo era ahora de un azul marino profundo y estaba repleto de estrellas, y, aunque no pudiera ver realmente el suelo, había una impresión de luz difusa y se sentía capaz de seguir adelante. Deseó con pasión tener cigarrillos, pero los había dejado en el Humber. Averiguó gracias al dial luminoso de su reloj que era más de medianoche. Mientras avanzaba, no podía evitar mirar a su alrededor y llevar las manos extendidas ante él como si esperara tocar algo de pronto o ver algo. Pero lo que esperaba ver no eran los faros de un coche. El corazón le latía de manera incómodamente fuerte.

Advirtió de repente algo muy curioso que sucedía tras él. Había tenido un atisbo por el rabillo del ojo hacía un momento, y había pensado que solo era un efecto visual. Ahora volvió a suceder, y cuando se dio media vuelta, ahogando un grito de alarma, lo vio. Una luz extraña, una luz extraña y verde, se había encendido en el suelo. Resplandecía con un brillo intenso y duro en mitad del paisaje negruzco, sugiriendo una presencia vívida, incomprensible, amenazadora. Era como si algo emergiera de abajo, algo henchido de vida. Effingham retrocedió.

Al moverse vio dos cosas. Formado un gran arco a su alrededor, casi rodeándolo, había una línea de luz verde más clara; y a sus pies la misma luz, incluso más brillante, iluminaba el suelo y se le enredaba en los zapatos como pequeñas criaturas de un verde luminoso. El momento de irracionalidad no duró mucho, pero lo perturbó hasta lo más hondo. Se dio cuenta de que no era ningún fenómeno sobrenatural, sino del bien atestiguado, aunque raro de ver, «fuego de las hadas», con causas y constituyentes químicos y que podía analizarse en los laboratorios. De todos modos lo detestó y lo temió, e intentó desesperadamente y sin éxito sacudírselo de los zapatos. Se aferraba a él, brotando a su paso y cubriendo sus pies y sus huellas de un resplandor siniestro. Detestó y temió también lo que su rastro luminoso le dijo. Había estado caminando en círculo. Dios sabía dónde estaba ahora la dirección correcta. Quizá, después de todo, era mejor que se parara.

Effingham no tenía una especial tendencia a temer lo sobrenatural, al menos no había creído tenerla. Sabía perfectamente que no existen cosas como las hadas o los espíritus o los agentes no humanos malévolos. Sin embargo, la gente de aquella parte del mundo sí creía en ellos. Y cuando se quedó inmóvil y escuchó, escrutó inútilmente la atmósfera densa y silenciosa, tuvo no una leve sospecha sino casi la certeza de que había una presencia maléfica

próxima. Él era un intruso y sintió a su alrededor presencias para las que los seres humanos eran aborrecibles. Pensó en lo maléfico como hasta entonces lo había conocido. Sin duda era una fuerza poderosa, oscura y auténtica; podía habitar seres humanos, podía habitar lo que le placiera. Deseó tener un crucifijo.

Volvía a ser imposible quedarse quieto. Estaba demasiado asustado. Quería gritar pidiendo ayuda, pero temía obtener una respuesta aterradora. Quién sabía lo que un grito podría convocar. Se puso en marcha, y al cabo de un trecho disfrutó de cierto alivio cuando el fuego de las hadas se desvaneció de modo tan misterioso como había aparecido. La marcha era ahora más difícil. El terreno bajo sus pies parecía más húmedo y una o dos veces resbaló en matas de hierba embarradas. Se preguntó si estaría acercándose al arroyo. A continuación lo asaltó otro pensamiento. El fuego de las hadas era un fenómeno de la ciénaga.

La idea de que podía deambular por las profundidades de la ciénaga se le había pasado una o dos veces por la cabeza y la había descartado a toda prisa. Era muy improbable. La ciénaga, la auténtica ciénaga, estaba a gran distancia tierra adentro en aquella región, y entre la ciénaga y el peñascal mediaba una ancha franja de páramo cubierto de maleza por la que había asumido que caminaba. Después de todo, no había llegado muy lejos, y parte del recorrido había sido en círculo. Miró el reloj. Eran casi las dos. No era posible que estuviera en la ciénaga. El terreno seguía siendo firme bajo sus pies.

¿Lo era? Tanteó la tierra a su alrededor, con la mano y con el pie. Era un poco cenagosa y blanda. Ya no parecía haber piedras. Echó de menos las piedras. Al menos eran cosas sólidas, como él. Se irguió y olfateó el aire. Había un olor húmedo y agreste a turba. Bueno, incluso aunque estuviera al borde de la ciénaga, no había nada que temer. Muy pronto volvería a haber luz y recuperaría la orientación. Solo que era mejor que dejara de caminar. Se limitaría a buscar un sitio próximo que estuviera un poco menos húmedo y se sentaría y esperaría a que se hiciera de día. Caminó otros nueve metros.

Se detuvo. El terreno se había vuelto muy blando y le cubría los zapatos. Sacó los pies con un ruido de succión y dio dos pasos más. A cada paso, los pies se le hundían en el suelo gomoso y tenía que arrancarlos con esfuerzo del hoyo que formaban. Decidió que sería mejor retroceder hasta donde estaba hacía un minuto, y dio media vuelta; pero después de cinco pasos la situación no mejoró. El suelo parecía de pronto cenagoso, diluido en agua. Los

pantalones, empapados y embarrados por las salpicaduras de sus pasos, le colgaban de las piernas. La noche parecía más oscura, más fría, y, cuando él se quedaba inmóvil, agresivamente silenciosa. Se paró y descubrió que se estaba hundiendo.

Por supuesto, había oído las historias locales sobre personas perdidas en la ciénaga. Le habían hablado de cenagales capaces de engullir a alguien, de viscosos pozos y simas, y de descensos entre el barro hasta las cavernas calizas que había debajo. Por vez primera se vio en peligro. Pensó qué hacer. Habría bastado con que se hubiera quedado junto al árbol, con que se hubiera quedado donde había piedras... Pero no debía permitir que su imaginación le aterrorizara de manera absurda. Era cierto que el suelo estaba embarrado, pero ¿acaso nunca había caminado por el barro o la arena mojada? Tanto si caminaba como si se quedaba quieto, no le pasaría nada peor que mojarse los pies. Pero, de todos modos, la cosa viscosa lo asía con incómoda firmeza. Presa de un ataque de angustia, levantó un pie de un tirón. No fue fácil.

Caminar era otra cuestión. Se quedó sobre un pie, jadeando por el esfuerzo. Con el forcejeo, el pie que tenía en el suelo se había hundido más. Para sacarlo necesitaría otro punto de apoyo. ¿Qué pretendía hacer en cualquier caso? Llevado por el pánico, y porque no podía seguir manteniendo el equilibrio, se lanzó hacia delante, arrancando el otro pie, y pudo dar dos o tres saltos tambaleantes antes de volver a quedar bloqueado, con la ciénaga por encima de los tobillos. Los latidos desbocados casi le quitaron la respiración. ¿Para qué esas payasadas? ¿No era mejor quedarse quieto? No le pasaría nada si se quedaba quieto. Entonces algo cedió bajo su pie izquierdo, como si este hubiera entrado en una cámara inundada o en una burbuja de la ciénaga. Se tambaleó, intentó dar otro paso y cayó violentamente de costado. El terreno cedió y borboteó a su alrededor.

Se quedó inmóvil, ahora porque no le quedaba más remedio. Se quedó inmóvil varios minutos con los ojos cerrados, intentando controlar su cabeza antes de determinar la posición de las extremidades. Estaba sentado con la espalda erguida y la pierna derecha flexionada debajo de él. El barro pegajoso le atenazaba la rodilla. Tenía la otra pierna estirada hacia delante e inclinada hacia abajo, apuntando a un agujero del que llegaban sonidos de agua agitada, goteos y chapoteos. Era posible que estuviera al borde de uno de los viscosos pozos sin fondo de la ciénaga. Sostuvo las manos frente al pecho como dos animales a los que quisiera mantener a salvo. Levantó la cabeza despacio y

vio las escasas estrellas.

Habló consigo mismo. No faltaba mucho para que se hiciera de día, y cuando hubiera luz enviarían una partida de búsqueda. Seguramente sabían que se había metido en la ciénaga. ¿O no? Podían creer que había vuelto a la carretera y que había encontrado a alguien que podría haberlo llevado a Blackport o a la estación de tren. Podía haber ido a cualquier sitio. Ellos podían no pensar en la ciénaga. Y si lo hacían, ¿serían capaces de encontrarlo? Y si lo encontraban, ¿podrían llegar hasta él? Recordó la historia de un hombre que pereció espantosamente, a la vista de sus impotentes rescatadores. En cualquier caso, cuando se hiciera de día, ¿seguiría él allí?

Cambió levemente de postura. No cabía duda de que se estaba hundiendo muy, muy despacio. El barro espeso, con la consistencia del caramelo, le trepaba por el muslo, y sintió esa sustancia fría y viscosa aprisionarle la parte baja de la espalda. Hacía rato que sabía que le era imposible levantarse, y temía moverse por si eso lo llevaba a deslizarse a la cavidad acuática que ya se estaba tragando su pierna izquierda.

Effingham nunca se había encarado con la muerte. El enfrentamiento trajo consigo un nuevo silencio y un nuevo terror. La oscura ciénaga parecía ahora vacía por completo, como si, a causa del gran misterio que se iba a representar, los pequeños y perversos dioses se hubieran retirado. Incluso las estrellas estaban veladas, y Effingham se encontraba en el centro de un orbe negro. Sintió la caricia de un pánico degradante y vergonzoso. Seguía notando cómo se hundía lentamente. No podía imaginar lo que iba a suceder. No quería morir gimoteando. Como si obedeciera a un imperativo, un imperativo superior a cualquiera que hubiera conocido, recobró el dominio de sí mismo y concentró la atención; sin embargo, en lo único en que podía concentrarse era en una negrura impenetrable. Se sintió confuso y mareado.

Max siempre había sido consciente de la muerte, la había aguardado igual que un juez sentado en su sillón, como un juez o como una víctima. ¿Por qué Effingham nunca se había percatado de que eso era lo único que importaba, quizá lo único que había? Si uno se percataba de ello, podía vivir toda su vida en la luz. Sin embargo, ¿por qué en la luz, y por qué parecía ahora que el espacio oscuro que contemplaba estaba repleto de luz? Algo se había retirado, se había deslizado alejándose de él en el momento en que concentró la atención, y ese algo era él mismo. A lo mejor ya estaba muerto. La cada vez más oscura imagen del yo se había extinguido por completo. ¿Y qué era lo que

quedaba? Porque quedaba algo, algo aún existía. Lo vio con la claridad de una suma sencilla. Lo que quedaba era todo lo demás, todo lo que no era él, lo que nunca antes había visto y ahora contemplaba con la pasión de un amante. En realidad podría haberlo sabido desde siempre, porque la muerte nos persigue durante toda la vida. Dado que él era mortal, no era nada, y, dado que no era nada, todo lo que no era él estaba repleto de existencia, y era de eso de lo que emanaba la luz. Eso, entonces, era el amor: mirar y mirar hasta que uno dejaba de existir. Eso era el amor, que era lo mismo que la muerte. Miró y supo con una claridad que fue una con la creciente luz, que con la muerte del yo el mundo se convertía de inmediato en el objeto de un amor perfecto. Se aferró a las palabras «de inmediato» y las murmuró para sí como un encantamiento.

Algo cedió bajo su pierna derecha, que, en contra de la voluntad de Effingham, pareció estirarse debajo de él. Se inclinó a un lado y se apoyó involuntariamente con las manos para erguirse. No había nada firme y las manos se hundían desesperadas en el barro. Se quedó quieto, se llevó las manos embarradas a la cara. Estaba atrapado por la ciénaga casi hasta la cintura y se hundía con mayor rapidez. Llegó el pánico definitivo. Lanzó unos chillidos débiles y a continuación un lamento fuerte y aterrorizado en forma de grito, la voz de la completa desesperación.

No pretendió que fuera una petición de ayuda. Hacía tiempo que se sentía más allá de toda posibilidad de ayuda. Oyó alejarse su grito y cómo producía una especie de eco, y luego lanzó otro, como un animal desesperado. De nuevo hubo un eco.

De repente, recobró el dominio de sí mismo. Era como si durante ese tiempo se hubiera visto despersonalizado, abandonado por su propio yo. Regresó con una percepción precisa de la situación, una percepción del cielo, iluminado ahora por un asomo de la mañana. Regresó con un frenético deseo de vivir. ¿Había sido eso un grito de respuesta?

Gritó con una voz diferente.

—¡Hola, hola! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

El grito de respuesta, lejano, volvió a producirse. Era, sin duda, una voz humana. Effingham siguió gritando. La luz aumentó, sumido aún él en la oscuridad, pero ahora apreciaba su propia forma, intuía el contorno de los brazos, era consciente del espacio que lo rodeaba. Continuó lanzando llamadas y la otra persona continuó respondiendo, pero no parecía que se moviera. Luego, tras un corto silencio, la voz se oyó de nuevo, de pronto

mucho más cerca.

—¡Señor Cooper! —Era la voz de Denis Nolan.

—¡Denis! —gritó Effingham. Fue el sonido más feliz que emitió en su vida —. ¡Denis, Denis, Denis! —Las lágrimas asomaron a sus ojos. Su viejo y empedernido yo volvía a estar con él. Viviría. Sin duda viviría.

—¿Está atrapado, señor?

Effingham aún no veía con claridad. La oscuridad se había transformado en una neblina entre marrón y azul.

—Sí. Del todo. Estoy hundido hasta la cintura. No puedo moverme. Por amor de Dios, tenga cuidado con lo que hace o quedará atrapado también. Hay una especie de pozo aquí. Quizá sea mejor que espere usted hasta que haya más luz y que venga con más gente y una escalera. Si puede dar conmigo otra vez. Creo que todavía estaré bien durante un rato.

Siguió un silencio y Effingham vio que Denis se acercaba a él. Era maravilloso ver por fin algo erguido, ver a un hombre. Denis parecía caminar con ligereza sobre la ciénaga. Sus pies apenas tocaban el suelo. Lo seguía una pequeña forma oscura que al cabo de un momento se materializó en un burro. Denis y el burro se detuvieron a unos treinta metros de donde él se encontraba. Crecía la luz.

—Por Dios, ¿en qué se apoya usted, Denis?

—Hay senderos en la ciénaga. Viejos senderos de maleza. Solo hay que conocerlos. Esto es todo lo cerca que puedo llegar por el sendero.

Effingham gimió.

—Nunca me alcanzará. Estoy en mitad de un cenagal. Es mejor que busque usted ayuda. Pero, por Dios, tiene que darse prisa.

—Llegaré hasta usted. Creo que puedo abrir un camino desde aquí. Voy a poner leña sobre la ciénaga. No me llevará mucho. Quédese quieto y no forcejee en absoluto.

Denis descargó un fardo abultado del burro. Con rapidez y destreza, dispuso brazadas de leña fina sobre la oscura superficie de la ciénaga. La prensaba un poco y colocaba más encima. La luz del amanecer revelaba la tierra llana y anodina que los rodeaba. El sendero avanzaba hacia Effingham.

Denis trabajaba con habilidad, yendo y viniendo con más maleza. Effingham vio que sus pies calzados con zapatillas de tenis apenas estaban embarrados. Con cautela, movió las piernas en el barro, preparándose para retomar el control sobre su cuerpo, y resbaló un poco más abajo. La ciénaga le aprisionó

la cintura. Sin duda, no iba a «estar bien durante un rato».

—No se mueva, por favor, ya se lo he dicho. —Denis estaba casi lo bastante cerca como para tocarlo—. Escuche, cuando llegué a usted, lo haremos rápido. Voy a cogerlo por debajo de los brazos y a tirar con cuidado, y usted nadará con las piernas como si estuviera en el agua. Lo tengo, ya está. Voy a arrodillarme y usted agárrese a mis hombros. Ahora nade con las piernas, hacia arriba, hacia arriba.

Más tarde le parecería que las meras palabras de Denis le prestaron nuevas fuerzas. No fue capaz de «nadar» con las piernas, que parecían paralizadas, pero las agitó un poco e impulsó su cuerpo hacia arriba a la vez que Denis tiraba de él con firmeza.

—Ahora pare. Ahora otra vez. Pare. Otra vez. Ahora lo pondré sobre la leña. Sí, use un poco las manos. No intente levantarse, quédese tumbado. Descanse ahora. Y en un minuto se arrastrará usted hasta terreno más firme. Descanse. Ahora arrástrese. Deme una mano. Solo deslícese. Yo sigo tirando de usted.

Jadeando de cansancio, Effingham se las apañó para impulsar el cuerpo empapado y embarrado sobre la leña, que empezaba a hundirse en silencio en la ciénaga. Por fin, su mano tanteó una superficie más firme y un momento después estaba sentado en el sendero. El cielo era de un azul brumoso y el sol estaba saliendo.

—Denis, qué puedo decir. Gracias.

—No ha sido nada, señor. Volverá usted a caminar enseguida.

—No me llame «señor». Creo que ya puedo caminar. Si me ayuda usted a levantarme.

—No se apresure. Ya está. Pruebe un poco las piernas. Yo desataré al burro. Es un poco salvaje. Lo dejaremos aquí.

—¿No caerá en la ciénaga?

—No. Estas criaturas conocen los senderos. Nos seguirá durante un rato, ya verá, y luego volverá con su gente.

—Qué hermosa es la ciénaga a la luz del sol. Tantos colores, rojos y azules y amarillos. No sabía que tuviera tantos colores. Ya puedo caminar, Denis.

—Vamos entonces. El sendero es firme pero bastante estrecho y difícil de ver. Es mejor que me dé la mano.

Partieron con el primer asomo del sol. Denis guiaba a Effingham de la mano, y el burro iba tras ellos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

—Levanta el brazo, Effie, mételo en la manga, muy bien.

—Échate un poco hacia delante, déjame meterte la camisa por la espalda.

—Levanta los pies, voy a ponerte las zapatillas.

Vestía ropa de tweed de Gerald, olía a las sales de baño de Hannah y estaba a solas con las tres mujeres. Sus bellos rostros, iluminados de ternura y amor, planeaban sobre él como ángeles.

—En la iglesia oriental —dijo Effingham— la Santísima Trinidad se representa a veces como tres ángeles. —Había bebido una enorme cantidad de whisky desde que volvió. Le parecía que los tres pares de manos le acariciaban todo el cuerpo. Añadió—: De inmediato, de inmediato.

—¿Qué quieres decir, Effie? Ya lo has repetido varias veces. Lo estabas diciendo cuando Denis te trajo.

—Intento recordar algo.

—Fue una suerte que Denis estuviera aquí. Nadie del pueblo habría ido allá arriba de noche. ¿Llevabas mucho tiempo gritando cuando Denis te oyó?

—Gritaba «Ayuda» de vez en cuando. Esperaba que apareciera alguien.

—Eres muy valiente. A mí me habría entrado el pánico. ¿A vosotras no, Marian, Alice?

«No está del todo bien lo que acabo de decir», pensó Effingham. Trató de enfocar la mirada en las mujeres pero las tres se juntaban en un único orbe dorado y borroso. Sentía el cuerpo exhausto aunque glorioso, como si hubiera renacido, como si hubiera entrado a rastras en un nuevo elemento y yaciera en la orilla, fatigado pero transfigurado. Deseó recordar lo que intentaba.

—Estoy segura de que a mí me habría entrado el pánico. Fue mucho tiempo. ¿En qué pensaste, Effingham, cuando te estabas hundiendo?

—Más bien no lo sé —dijo. Era una respuesta sin sentido. Pero apenas percibía el pasado reciente como algo real. Era una nebrura vaga que desaparecía con rapidez, como una pesadilla que continúa presente para la mente despierta como algo terrible en disolución.

—No lo alteres, Marian. Dale más whisky, Alice.

—Quiero ayudarle a recordar. Estoy segura de que es mejor. ¿Qué es lo que pasa «de inmediato», Effingham?

Él se concentró. Los tres ángeles eran una esfera radiante de la que emanaba luz. Había visto eso antes. La esfera era el mundo, el universo.

—Creo que es el amor lo que acontece de inmediato cuando el amor es la muerte —dijo.

—Me parece que estás borracho, Effie.

—Ssssh, Alice, déjale hablar.

Él se sentó. Todavía no estaba seguro, pero creía poder explicárselo. A lo mejor recuperaba el objeto de su visión, aunque no recordaba nada; esperaba hacerlo hablando de ello. Tampoco recordaba cuánto había durado. Pudo ser nada más que un minuto, o un segundo; y se había desvanecido por completo con el retorno de su deseo de vivir. No obstante, intuía que en cierto sentido la visión continuaba allí, oculta en el corazón de la pesadilla. Debía fijar su atención antes de que fuera engullida y ocultada y se volviera tan negra como la misma ciénaga.

Miró a Hannah, y de pronto la vio con tanta claridad como si un foco la apuntara y los otros dos rostros se hubieran fundido con el de ella para formar una única imagen.

—¿Sabes? —dijo laboriosamente. Si ganaba un poco de tiempo, la visión podría presentarse por sí sola a través de sus palabras—. ¿Sabes? No se parece en nada a lo que dicen Freud y Wagner.

—¿Qué quieres decir, Effie, querido? ¿Qué es eso de Freud y Wagner?

Miró fijamente a Hannah. Su hermoso y fatigado rostro le sonreía. Después de todo, ella era su guía, su Beatriz. Se le ocurrió que ella, de algún modo, debía de estar relacionada con la revelación que le fue otorgada en la ciénaga. Quizá esa era la verdad, la verdad absoluta, que residía en ella en estado durmiente y que causaba a su alrededor una perpetua impresión de perturbación espiritual. Seguro que ella lo entendería.

—¿Sabes? ¿Sabes? ¿Sabes? La muerte no es en absoluto la consumación del yo, solo el fin del yo. Es muy sencillo. Antes de la desaparición del yo nada existe realmente, y así es como sucede la mayor parte del tiempo. Pero en cuanto el yo se desvanece, todo pasa a existir, y se convierte de inmediato en objeto del amor. El amor mantiene unido el mundo, y si nos olvidamos de nosotros mismos, todo lo que habita en el mundo volará en perfecta armonía, y cuando vemos cosas hermosas es a eso a lo que nos recuerdan.

—Creo que delira. No es más que una versión deformada de algo que mi padre...

—No puede ser así de simple, Effingham.

—Te entiendo, Effie. Continúa.

Effingham miró implorante el rostro angelical. No, no podía ser tan simple, y no obstante estaba seguro de que eran las palabras correctas. Sintió que todo se apagaba y que iba a olvidarlo. No le quedaría más que una descripción vacía, la cuestión en sí se perdería por completo. Intentó repetir las palabras, como una oración, como un encantamiento.

—De inmediato, ¿comprendes? Eso es lo importante. Solo tienes que mirar en otra dirección... —Pero ya no creía en lo que estaba diciendo. Y al mirarlas vio que las tres cabezas se apartaban, se separaban entre sí, se individualizaban y quedaban expuestas ante él. Lo importante se había ido. Y, sin embargo, quizá algo restaba.

Amaba a Hannah. Pero al amarla ¿no amaba también a las demás? Qué bellas estaban en ese momento, reunidas en concordia espiritual, en una encantadora configuración fruto de su mutua preocupación por él, y qué perfecto objeto del amor constituían, ellas-amándolo-a-él, juntas. Y el amor, cerrando un circuito sin trabas, retornó a él. Las contempló. Eso, al menos, podía explicarlo. No era lo importante pero era, sin duda, exquisito.

Comenzó de nuevo:

—Nosotros cuatro, por ejemplo. Con tanta buena voluntad entre nosotros, ¿por qué no somos perfectos unos con los otros? ¿Qué nos lo impide? No podemos convertir el mundo en una república del amor, pero podemos crear un pequeño rincón para nosotros aquí mismo...

—Estoy segura de que estamos dispuestas a intentarlo, Effie.

—El problema es que hasta que todo el mundo...

—Effie, creo que es mejor que vayas a casa.

—Tú y Alice, por ejemplo. Las dos me amáis. Bien, entonces también deberíais amaros una a la otra. Y, Marian, te amo, por supuesto. Amar es tan fácil, es prácticamente necesario, si solo...

—Lamento interrumpir esta conversación metafísica, pero tengo noticias importantes para todos vosotros. —Gerald habló desde la puerta.

Hannah, que estaba sentada cerca de Effingham, se levantó de inmediato y el grupo se dispersó cuando Gerald cerró la puerta y se acercó a ellos. Tenía la respiración entrecortada y se hallaba claramente inquieto o excitado. Para Effingham la escena se mostró de repente sosegada, enfocada, vívida en extremo en sus detalles, y oscura. El resplandor dorado se había extinguido.

Se percató de la luz gris en la oscura ventana mojada por la lluvia.

—¿Qué sucede, en nombre de Dios? —preguntó Hannah llevándose una mano a la garganta.

—Peter está de camino, vuelve a Gaze.

—¿Peter? —repitió Effingham estúpidamente.

—Peter. Peter Crean-Smith. El marido de Hannah. —Gerald alzó la voz.

—¿Cuándo llegará? —preguntó Hannah. Su voz fue serena pero débil.

—En pocos días. Envió un cable al tomar el barco.

—Así que los siete años llegan a su fin —dijo Effingham. Intentó levantarse.

Algo les pasaba a sus piernas.

Hannah permanecía completamente inmóvil con los brazos colgando a los costados. Llevaba su bata larga de seda amarilla y parecía una sacerdotisa en el momento previo al ritual, preñada de una fuerte emoción. Miró fijamente a Gerald.

—Peter —dijo con suavidad.

Effingham nunca le había oído pronunciar ese nombre, que tintineó en la habitación.

—Peter. Vuelve aquí. En pocos días. ¿Es verdad, Gerald?

—Es verdad, Hannah. ¿Te gustaría ver el cable?

Negó con la cabeza, con un gesto breve y molesto, y apartó la mano consoladora que Marian le había apoyado en el hombro. Dijo de nuevo:

—Peter —como si tratara de acostumbrarse al nombre. Y luego—: No es posible. ¿Es verdad, Gerald?

—Lo es. Siéntate, Hannah. Toma un poco de whisky.

—Ya he tomado bastante —murmuró, y se volvió hacia la ventana y miró al exterior.

Todos la observaban, tan resueltamente distanciada de ellos. La habitación estaba en silencio.

Alice dijo por fin, tras aclararse la garganta:

—Lo siento, me temo que nosotros nos vamos. Es mejor que Effie y yo nos vayamos... Vamos, Effie. —Con un rápido tirón lo puso en pie.

—No te vayas, Effingham, *por favor* —dijo Hannah sin volverse.

Alice, hosca y firme, dijo:

—Está borracho. Es mejor que duerma la borrachera. Lo traeré de vuelta cuando esté sobrio. Vamos, Effie, muévete. —Lo empujó hacia la puerta.

—Effingham, por favor, quédate.

—Te digo que lo traeré de vuelta.

—Sucede de inmediato —dijo Effingham a Scottow.

Effingham bajó inestable las escaleras, aferrado al brazo de Alice. La luz del sol lo hirió en los ojos. Cuando cruzó las puertas de cristal, oyó un sonido tras él, en las profundidades de la casa. Era su nombre pronunciado en forma de exclamación que se elevó hasta convertirse en alarido. Entró en el Austin Seven y se durmió.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—¡Effingham! ¡Effingham!

Volvían a gritar y a llamarlo. Escuchó perezoso durante un momento. La voz llegaba desde muy, muy lejos, a través de la oscura ciénaga. Se dio media vuelta y volvió a hundirse en la negrura.

—¡Effingham!

«No voy a despertarme —pensó—. Dentro de poco todo volverá a estar en silencio.» Pero alguien lo zarandeaba con rudeza por el hombro y no dejaba de hacerlo. Murmuró una protesta y entreabrió los ojos. Era de noche y había una lámpara con una luz tenue encendida en la mesilla. Max estaba sentado en su cama.

—Llevo mucho rato intentando despertarte.

El gran bulto en penumbra del anciano, de pronto tan presente y cercano, resultaba amenazador. Effingham se retrajo en la cama. Había pasado algo terrorífico que no podía recordar. Empezó a cerrar de nuevo los ojos.

Max volvía a zarandearlo, hundiéndole salvajemente los dedos en el hombro.

—¡Eso duele! —murmuró Effingham malhumorado. Siempre le habían desagradado las manos de Max, les tenía miedo. Le dolía mucho la cabeza y también las piernas. Recordó la noche en la ciénaga y más vagamente la mañana en Gaze. Peter Crean-Smith regresaba a casa.

—¿Qué hora es, Max?

—Tarde, tarde, Effingham. Casi las once.

—¿He dormido tanto? ¿Cómo he llegado aquí?

—Te dormiste en el coche. Alice y yo te metimos en la cama. ¿Cómo te encuentras?

—¡Espantosamente! —Era demasiado tarde para ir a Gaze, todo el mundo estaría en la cama. Era un pensamiento reconfortante. Pasara lo que pasara, no estaba sucediendo en ese momento. No había nada que pudiera hacer ahora. El sueño volvía a invadirlo. Grandes nubes y mantos de sueño, como una niebla cálida.

—¡Termina de despertarte, Effingham! Ya es hora de que te levantes.

Effingham estaba débil y abatido y se compadecía de sí mismo. Se sentía seguro en la cama. La oscuridad se agazapaba detrás de Max, densa y pesada y

repleta de olores extraños.

—Me duelen las piernas y no hay razón para que me levante ahora. —dijo. El sueño, dulce olvido, no lo había abandonado, cubría aún la mitad de su consciencia—. Déjame seguir durmiendo, Max, por amor de Dios.

—No. No tendría que haberte dejado dormir tanto. Debes levantarte ahora mismo, Effingham. ¿Por qué tenías que emborracharte precisamente hoy?

—¡No ha sido culpa mía! ¿No te ha contado Alice lo que pasó? No puedo ir ahora a Gaze. En cualquier caso, es muy tarde.

Peter Crean-Smith regresaba. Era un hecho terrible e incomprensible. Las acciones de Peter parecían pertenecer a otra dimensión del ser. Con toda probabilidad, al día siguiente Effingham volvería a Gaze y lo encontraría todo como de costumbre. Hannah se ocuparía de ello. Ella se haría cargo de todo. Asimilaría las malas noticias y las haría desaparecer. Ella sufriría a Peter en su seno, como siempre había hecho, y no volvería a saberse nada del tema.

—Tienes que ir ahora mismo, Effingham. ¿Crees que alguien va a dormir esta noche en el castillo o en esta casa? Solo Dios sabe qué ha pasado hoy. Tienes que volver.

Effingham yació sin moverse y miró la inmensa sombra de Max, acurrucada en la pared y el techo. «Dejemos solo que llegue la mañana, que llegue la luz del día.» Le sobrecogió la idea de presentarse de noche en Gaze. Siempre había temido la violencia oculta tras la leyenda de la bella durmiente. Había pendido tras la figura de Hannah como un telón oscuro, visible pero inmóvil. Ahora le aterraba descubrir ese telón de fondo poblado de repente de movimientos, de rostros. Y de lo que más miedo tenía era de ver a Hannah asustada. Recordó el grito que había resonado en la casa cuando él cruzaba las puertas. Se sentó de pronto.

—Pero ¿qué puedo hacer si voy ahora?

—Simplemente estar allí. Tu presencia en la casa evitará ciertas cosas. No deberías haberte ido.

—Estás siendo muy alarmista —dijo Effingham. Pero de todos modos se levantó—. Maldita sea, ¿cuánta fuerza y sentido común crees que le quedan a Hannah?

—Eso es precisamente lo que no sabemos. Pero es seguro que va a necesitar ayuda. Si no estás allí, puede recibirla de alguien más.

Effingham detuvo el Humber cerca de la puerta principal y desconectó el motor y las luces. La oscura masa de la vivienda se hizo visible por encima de él, contra un cielo nublado y casi negro, con luces brillando débilmente en varias ventanas. Pasó a la terraza y se quedó quieto, asustado por el súbito silencio y el sonido de sus propios pasos. El ruido del coche habría advertido de su llegada; aun así se sintió, ante la oscura presencia de la casa, indeseado, ignorado, invisible. Avanzó despacio por la terraza, tropezando con las suaves matas de claveles silvestres, hasta que distinguió la ventana de Hannah. Había en ella la misma luz débil. Volvió a la puerta principal, que no estaba cerrada con llave, y entró.

El recibidor estaba a oscuras, pero una lámpara en el rellano superior dejaba entrever las escaleras, y un resplandor tenue salía del salón. Empujó esta puerta con cautela.

—¡Effingham! ¡Gracias a Dios!

Marian surgió de la semioscuridad y un instante después él la estrechaba entre sus brazos. Solo entonces recordó lo que había dicho a las tres mujeres aquella mañana. Debía de estar completamente borracho. Advirtió que había más gente en la habitación y la soltó.

La estancia estaba iluminada por dos lámparas y el destello irregular de un fuego de troncos. Denis Nolan se encontraba sentado ante el piano abierto, con la vista fija en las teclas. En un rincón junto a una de las lámparas, Jamesie estaba sentado con una licorera de whisky y un vaso. Ninguno prestó ni la menor atención a Effingham ni a la pequeña escena que había tenido lugar.

—Gracias al cielo que has venido —dijo Marian llevándolo junto al fuego—. No sabía qué hacer. Esperaba desesperadamente que vinieras. Lo de hoy ha sido una pesadilla.

Hoy. Mientras él dormía, había transcurrido todo un día repleto de eventos.

—¿Qué ha pasado? Oh, Marian, ¿por qué permitiste a Alice que me llevara?

—No lo sé. También he pensado en eso. Fue una estupidez, tendría que haber intervenido. Lo he hecho todo mal. ¿Quieres un whisky? No, yo no. Llevó horas bebiendo. Tengo la mente espesa. No he comido nada.

—¿Qué ha pasado, Marian? —Ahora en completa posesión de sus capacidades, Effingham percibió el terror absoluto y apocalíptico. Un mundo estaba a punto de finalizar, y él no sabía cómo.

—No lo sé todo. Algo ha pasado o está pasando...

Denis tocó una escala al piano y a continuación unas pocas y extrañas notas y

frases, como el canto de un ave. Sonó raro en la habitación en penumbra y parpadeante, como un ruiseñor lejano. Por encima del hombro de Marian, Effingham vio al pálido y absorto Jamesie. Tenía la cara mugrienta, como la de un niño, quizá por haber llorado. Parecía haber bebido mucho.

—¿Qué habéis hecho todo el día? ¿Qué ha hecho Hannah?

—Te diré lo que sé. Después de que te fueras, Hannah rompió a llorar, y lloró de forma histérica durante casi una hora. No sé si has visto a alguien presa de la histeria, lamentándose y jadeando en busca de aire. Bueno, es terrible. Me quedé con ella, por supuesto, e intenté calmarla y no dejé de decirle las mismas cosas una y otra vez. Durante ese tiempo nos dejaron a solas. Luego se tranquilizó un poco, alrededor del mediodía, y no estoy segura de que eso fuera mejor. Lloró en silencio, con algunos gemidos y quejidos de vez en cuando. Yo me mantuve bastante entera mientras ella estaba histérica, pero aquello fue demasiado para mí y me puse también a llorar. Así que nos sentamos juntas y lloramos durante otra hora más. Suena estúpido, pero yo estaba muy cansada y había algo en ella que me daba mucho miedo. Mientras tanto, varias personas entraron a vernos, pero nadie nos habló. Luego Hannah se quedó callada y dejó de llorar e intenté hablar con ella, pero no respondió a nada de lo que le dije.

—¿Había dicho algo antes?

—No, nada de nada. Entonces Violet Evercreech apareció con café y algo de comer, pero Hannah no le prestó atención. Violet quería que yo me fuera y la dejara con Hannah, pero Hannah no estaba dispuesta. Se agarró a mí e indicó por señas a Violet que se retirara. Seguía sin decir nada. Era como si se hubiera quedado muda, daba mucho miedo. Violet se fue muy molesta. Yo tomé un poco de café e intenté que Hannah hiciera lo mismo, pero se limitó a menear la cabeza y ni siquiera me miró. Durante ese tiempo Gerald entró una o dos veces, aunque no trató de hablar con Hannah. Denis entró también y él sí lo intentó, pero ella no le prestó atención. Luego ella se sentó en una silla al lado de la ventana y se quedó allí, mirando hacia fuera, durante otra hora más. Luego, de pronto y de forma bastante serena, me dijo que iba a descansar y que pensaba que yo debía descansar también. Eso fue alrededor de las tres y media. Fui una estúpida. Tendría que haberme tumbado en el sofá de su habitación. Pero estaba mortalmente cansada, al borde de la inconsciencia. La acompañé a su cama y luego fui a mi habitación a dormir y no me desperté hasta casi las nueve. Estaba atontada. Tendría que haber dicho a alguien que

me despertara. En cualquier caso, corrí a la habitación de Hannah y me encontré con que la puerta de la antesala estaba cerrada con llave. Me asusté mucho y llamé a la puerta, pero casi al instante apareció Denis y me dijo que Hannah se había despertado a eso de las seis. Él se había tumbado en el sofá, donde yo debería haber estado. Ella pidió té y se lo llevaron. Parecía completamente tranquila, dijo él, pero estaba muy pálida y rara. A continuación pasó un rato sentada en silencio, frunciendo un poco el ceño como si le diera vueltas a algo. Pidió que Gerald fuera a verla. Gerald fue y pidió a Denis que saliera. Y un poco después, cuando Denis intentó abrir la puerta exterior, la encontró cerrada. Oh, y he olvidado decir que cuando se despertó preguntó si tú habías vuelto.

—¡Oh, Dios! ¿Y luego?

—Bueno, luego no sé qué pasó. Llevan allí dentro desde entonces.

—Tenemos que ir ahora mismo —dijo Effingham—. Gerald probablemente intenta lavarle el cerebro respecto a Peter.

—¿Effingham, no crees que... ella no tiene que estar en la casa cuando Peter vuelva?

—¿Y por qué no, si puede saberse? —preguntó una voz detrás de ellos. Violet Evercreech estaba en el oscuro umbral.

—¿Violet, qué debemos hacer...? —dijo Marian poniéndose en pie.

—No veo por qué tú y el señor Cooper debéis hacer algo —respondió Violet. Cogió una de las lámparas—. He venido por una lámpara, veo que aquí tenéis dos. —La luz hacía que su cara brillara de manera fantasmal—. Peter Crean-Smith vuelve a casa, con su mujer. Ya es hora de que ponga un poco de orden en su hogar.

—Puede matarla. —Las fieras palabras causaron un súbito silencio. Denis, que tocaba suavemente una escala, se detuvo a la mitad.

—De veras, Marian, tienes mucha imaginación. —Violet habló con cansancio y desdén—. Hasta ahora los admiradores de Hannah han dado por sentado que ella sabía perfectamente lo que hacía. Ella y su marido seguirán sabiendo perfectamente qué hacer. Tienen un asunto pendiente entre ellos que no es de la incumbencia de nadie más.

—No, no, no, tenemos que protegerla...

—Bobadas —dijo Violet en la puerta—. Es mayor de edad, lo que tú pareces olvidar. Es además, lo que pareces olvidar también, una mujer adúltera y homicida. Sería mejor que tuvieras la consideración de dejarla enfrentarse a

su marido y a su destino. Buenas noches.

—Violet la odia —dijo Effingham.

—No. Violet la ama. Pero resulta ser lo mismo. Subamos ahora. Gerald debe de seguir con ella. He dicho a una doncella que me avise cuando él salga.

—Pero ¿qué vamos a decir?

—Bueno, dile que nos la llevamos ahora mismo, y esta vez no toleraremos tonterías. Tienes el coche fuera, ¿no? Esta vez la llevaremos al aeropuerto.

Effingham sintió una punzada de miedo. No estaba preparado para eso.

—Espera, espera —dijo—, ¿tenemos que precipitarnos así? Disponemos todavía de uno o dos días. No debemos hacer nada alocado. Debemos considerar al menos la posibilidad de que ella *quiera* esperar a Peter. Después de todo, ¿por qué no? Todos sabíamos que era posible que Peter regresara en algún momento. Ella sabía que era posible. No podemos dar por sentado, solo porque ella llora, que no quiere verlo. Quizá no debemos interferir, al menos no de manera tan precipitada, no esta noche, cuando estamos agotados y confusos. Esperemos a mañana y hablemos con calma con ella.

—Alguien ya ha tenido una larga charla con ella. Eso es precisamente lo que me asusta. Denis, dígame al señor Cooper qué opina usted.

Denis tocó un arpegio. Se volvió hacia Effingham. La habitación estaba ahora muy oscura y el fuego había dejado de parpadear.

—Ella no tiene que estar aquí cuando él llegue.

—¿Por qué no? —preguntó Effingham, molesto por la intervención de Denis.

—Ella no tiene que estar aquí.

—Es cierto —dijo Marian—. Dices que todos sabíamos que él podía volver. Pero no lo sabíamos. En realidad, pensábamos que nunca volvería. Está tan claro ahora, no entiendo cómo no nos dimos cuenta antes. La historia adquiriría sentido solo si asumías que él no iba a volver.

Effingham pensó: «Tiene razón. Nunca lo hemos reconocido. En realidad nunca creímos en Peter». Pero dijo:

—Al menos debemos reflexionar sobre ello. ¿Por qué no podrían, de alguna manera, reconciliarse?

—Usted no conoce a Peter Crean-Smith —volvió a intervenir Denis. Tocó otra frase, un extraño y breve fragmento de canción.

—¡Effingham! ¿Te resignas a dejarla en manos de un hombre que es sin duda una bestia y posiblemente un lunático? ¿Te resignas a no volver a verla? ¿A

abandonarla en un cautiverio espantoso del que nunca sabremos nada? Vamos. Hagamos algo y hagámoslo rápido.

Effingham seguía dudando.

—Supongamos que Gerald pone objeciones, que se resiste. Como por supuesto hará. No quiere perder su recompensa en el último momento.

—Que ponga objeciones. Y si presenta resistencia, nosotros somos más. Vamos.

Effingham no estaba preparado para ese desenlace repentino. No quería formar equipo con Denis. El plan era confuso y estaba mal concebido. No obstante, se sentía impresionado y asustado por la urgencia de Marian, además de tentado por la idea del coche que aguardaba fuera. Y sin duda no estaba resignado a salir de la historia de manera tan repentina, sin saber qué sucedía después. Se imaginó escabulléndose o siendo expulsado por Peter. Se puso en pie.

—Pobres tontos. —Jamesie habló en voz baja a su vaso de whisky.

Effingham miró al chico, sentado en el rincón bajo la única lámpara y que escrutaba su vaso como si fuera una bola de cristal. Fueran cuales fueran las imágenes desastrosas que veía en su interior, Jamesie no podía estar más aterrorizado por el futuro de lo que lo estaba Effingham. Este se dio cuenta de que Marian había pasado junto a él camino de la puerta y la siguió sin pensar más.

Al pie de las escaleras, Marian se detuvo. Tomó la mano de él con cuidado y firmeza, como una pieza de porcelana, y lo remolcó escaleras arriba. Avanzaban despacio, como si el mismo aire les dificultara el paso, igual que en un sueño. La lámpara continuaba encendida en lo alto de las escaleras y, cuando pasó a su lado, Effingham oyó su peligroso siseo. Giraron para tomar el largo pasillo y Effingham notó a alguien detrás de él, Denis, que los seguía sin hacer ruido. Avanzaron por el pasillo adornado con colgaduras, pasaron ante las hornacinas de las lámparas, hacia la puerta de la antesala de Hannah. Fue solo entonces, mientras se deslizaban como asesinos rumbo al escenario de la acción, y Effingham se preguntaba qué iba a suceder, cuando se dio cuenta de que Hannah llevaba enclaustrada casi cinco horas con Gerald Scottow. Y recordó las palabras de Max: «Ella va a necesitar ayuda, y si tú no estás allí puede recibirla de alguien más».

Cuando estaban a unos cinco metros de la puerta, Effingham se detuvo junto a una lámpara y atrajo a Marian hacia él.

—Escucha, escucha. —Habló con un susurro tembloroso—. ¿Qué haremos si la puerta está cerrada y él no nos abre? —Estaba confuso y asustado.

—Estará cerrada y él no nos abrirá. —Ella habló también con un susurro.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Primero llamamos y gritamos. Luego damos golpes y patadas a la puerta, y si no queda más remedio, la echamos abajo.

El silencio de la casa lo envolvía como una noche espesa y raída. Effingham sentía que no podría levantar la voz, y menos forzar la puerta, y mucho menos... Iba a decir algo cuando alguien advirtió en voz baja:

—¡Miren! ¡Miren!

Effingham se volvió. Se protegió del brillo de la lámpara cercana y retrocedió un paso. Vio que la puerta de la antesala estaba abierta.

Había un espacio dorado que en un primer momento pareció vacío. A continuación, en el reluciente marco, una aparición surgió ante sus asombrados ojos. Gerald estaba de pie en el umbral, con los brazos abiertos, vestido con un atuendo pálido y largo. Al momento siguiente, cuando la escena terminó de cobrar forma, quedó claro que llevaba a Hannah en brazos, con su larga bata de seda amarilla colgando ante él. Avanzó despacio, saliendo de la antesala.

Effingham se acurrucó de miedo contra la pared. Cuando Gerald pasó junto a él, en dirección a su propia habitación, cuando la manga de seda lo acarició con suavidad, cuando por un momento la lámpara iluminó a Hannah, Effingham vio que la cabeza de ella reposaba tranquilamente en el hombro de Gerald, con los ojos abiertos de par en par.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—Tengo que dejar de llorar. Dime que lo haga. ¿Quieres, Effingham?

—Deja de llorar, Marian.

Estaba tumbada en el sofá del salón y él sentado en el suelo, a su lado, cogiéndole la mano. Habían pasado cuatro horas; cuatro horas desde que oyeron girar la llave en la puerta de la habitación de Gerald Scottow. Pronto amanecería.

No habían oído nada más desde que se cerró la puerta. Jamesie había cogido la licorera de whisky y estaba sentado en las escaleras. Parecía que se había quedado dormido contra la barandilla. Denis Nolan estaba sentado en el rellano superior, abrazado a sus rodillas y sin perder de vista la puerta de Gerald. La mayoría de las lámparas se había apagado y la nebrura había ido tomando poco a poco la casa. La lámpara del salón se había extinguido hacía una hora y el fuego ya no ardía. Effingham había encendido las dos velas de los candelabros que estaban en la repisa de la chimenea.

¿Qué había pasado? La consciencia de lo sucedido y de lo que seguía sucediendo había caído sobre la casa como una agobiante capucha. Effingham estaba paralizado. No había podido, al ver a Gerald alejarse por el pasillo, mover un dedo ni emitir ningún sonido. No recordaba si cayó de rodillas. Estaba paralizado, como una criatura mordida por un insecto o una serpiente y que yaciera viva, respirando, a la espera de ser devorada.

—Effingham, ella está acabada. —Marian llevaba una hora diciendo cosas así, presa de paroxismos de llanto.

El cometido de Effingham, su ocasión, preservada para él desde el principio como una valiosa joya, había quedado arruinada de forma clara y absoluta.

—Ya basta. No sabemos nada. ¿No deberías comer algo? Iré a buscar pan. Sé dónde está la cocina.

—No. Para mí no. Cuando se haga de día las doncellas nos traerán algo. Si hay doncellas. Oh, Dios, me gustaría que fuera de día. No soporto esta oscuridad. Parece como si esta noche ya durara veinte horas. La casa huele horrible por la noche. Y no hay aire. ¿Están abiertas las ventanas? ¡Effingham, no te vayas!

—No me voy. Me estoy sirviendo más whisky. Marian, deja de llorar, por

Dios. O por mí.

Volvió a sentarse junto a ella. Acarició su cara sonrojada y Marian se calmó. Era extraño, estar sentado tan cerca de ella en la habitación a oscuras y silenciosa. Le acarició la cara. A continuación le acarició los pechos. Ella le cogió la mano y la inmovilizó sobre su corazón, la mantuvo así. Se miraron. Effingham pensó: «No la deseo, pero siento tal intimidad con ella como si hubiéramos sido amantes». Se inclinó y la besó en la frente. Luego en los labios.

Ella participó en el beso y se quedó tendida, contemplándolo con mirada amable y rendida. Él pensó: «Siente lo mismo que yo». Y un minuto después se compadecía infinitamente de sí mismo. Ella apretó su mano y suspiró y cerró los ojos. Él la observó. Le consolaba el modo silencioso y seguro como ella había aceptado el beso. Se descubrió murmurando:

—Te amo, Marian. ¡No lo dije solo porque estuviera borracho!

—Yo también te amo, Effingham —dijo ella sin abrir los ojos—. Pero hablamos en sueños.

Él no sabía qué quería decir, aunque le satisfizo la respuesta. Se arrodilló y apoyó la cabeza en el sofá, contra el brazo de ella, y al instante se quedó dormido.

Lo despertó un murmullo de voces. Tuvo la impresión, mientras se despertaba, de que llevaban hablando un tiempo. Levantó la cabeza. Una vela se había apagado y la habitación estaba muy oscura y fría. Había dos personas sentadas cerca de la puerta, hablando en voz baja. Necesitó un momento para tomar conciencia de que eran Alice y Denis. Se puso en pie con rigidez y fue hacia ellos. Se callaron y levantaron las caras, en parte en sombra, en parte iluminadas apenas por la vela.

—Siento perseguirte y molestarte, Effingham —dijo Alice con frialdad. Su voz precisa sonó absurdamente alta en la habitación a oscuras y asfixiante—, pero papá quería saber qué estaba pasando.

—¡Yo también quiero saber qué está pasando! Puedo decirte lo que sé.

—Está bien. Denis me lo ha contado. Pensé que era mejor no despertarte, dormías tan plácidamente. Ahora es mejor que vuelva con papá.

Ella se levantó y Denis se levantó también, y quedaron los dos ante Effingham, unidos por las confidencias realizadas en la oscuridad. Parecían

acusarlo y él casi se echó a temblar. Alice, decidida, guapa, con el ancho rostro hosco por algún tipo de convicción, había extraído ánimos del nuevo estado de cosas.

—No te vayas, Alice. —La voz de Marian habló detrás de él.

—¿Por qué no?

—No te vayas todavía. Me parece que el número nos da seguridad. Espera hasta que sepamos qué ha pasado. Estoy tan asustada.

—Ya sabemos qué ha pasado —dijo Alice despacio—. Todo ha terminado. No hay nada que podamos hacer aquí. —Sus palabras los convirtieron a todos en intrusos.

A Marian se le escapó una pequeña exclamación y Effingham contuvo el aliento. Pero ninguno respondió. Denis se apartó en silencio y recorrió los pesados cortinones. Fuera empezaba a amanecer. La luz nueva, gris y pálida, entró en la habitación, hizo que la vela pareciera más solitaria todavía y tornó a los presentes en figuras fantasmales.

—¡Marian, Marian! —Una voz fuerte y urgente sonó en las profundidades de la casa.

Se quedaron un instante boquiabiertos de miedo, mirándose entre ellos. Fue como si toda la conversación previa hubiera sido nada más que silencio, y ahora llegara por fin un sonido real.

—¡Marian!

Marian corrió a la puerta. Era la voz de Gerald Scottow. La tenue y espantosa luz del día, penetrando por la ventana en lo alto de las escaleras, volvía levemente presentes el recibidor y las escaleras. Jamesie, que se acababa de despertar, estaba de pie en el quinto escalón y miraba hacia arriba. Denis estaba en el recibidor. Gerald se encontraba en lo alto de las escaleras, con su gran corpulencia recortada contra la ventana.

—Aquí estoy —dijo ella, con un pie en el primer escalón.

Jamesie se quitó de en medio, en parte tambaleándose, en parte resbalando escaleras abajo, y se unió a los demás, reunidos muy juntos en el recibidor.

—Marian, ¿serías tan amable de preparar las maletas de Hannah?

Hubo un silencio. Luego Marian dijo despacio, con voz pastosa:

—¿Por qué?

—Porque me la llevo.

Hubo un nuevo silencio. La escena parecía cambiar y rielar bajo la turbia luz entre gris y azul. El grupo de abajo se apretó todavía más, conscientes todos

de sus caras insustanciales, alzadas hacia lo alto de las escaleras.

Marian dijo despacio:

—No, me temo que no lo haré.

Todo el mundo se quedó inmóvil, sin respirar, como si meditara la respuesta. Entonces una voz dijo:

—En ese caso lo haré yo.

Violet Evercreech, que se había unido al grupo sin que nadie se percatara, se apresuró hacia las escaleras. Effingham sintió que lo empujaba de manera deliberada y con una fuerza brutal. Violet se detuvo junto a Marian y la agarró del brazo.

—Te lo dije. ¡Putas y asesinas! —Luego subió las escaleras a toda prisa.

—Gracias, Violet —dijo Gerald con voz tranquila.

Violet pasó junto a él y desapareció por el pasillo, camino de la habitación de Hannah. Y, mientras se alejaba, gritó bien fuerte:

—¡El fin! ¡El fin! ¡El fin!

El extraño grito se apagó y los testigos al pie de las escaleras se estremecieron ante la repentina cercanía del poder invocado.

Gerald se retiraba ya. Pero el grito de Violet provocó un eco:

—¡Espera un minuto!

Denis Nolan había pasado corriendo junto a Marian y había subido hasta la mitad de las escaleras. La luz había aumentado y la cara de Gerald fue tenuemente visible cuando se volvió para mirar la figura serena y decidida, situada debajo de él.

—¿Y bien, Denis?

—Espera un minuto. Dices que te la llevas. Pero no lo vas a hacer. No en contra de su voluntad, porque tiene que ser en contra de su voluntad. Debes dejarnos verla. Vamos a verla. Todos hablaremos con ella. Y entonces veremos si se va.

—Denis —dijo Gerald como si hablara con un niño—, eres muy ingenuo. No me llevo a Hannah en contra de su voluntad. Hannah, como de costumbre, sabe muy bien lo que está haciendo. Hannah y yo nos comprendemos bien y siempre ha sido así. ¿Puedo sugeriros ahora que os retiréis y durmáis un poco y no prolonguéis más esta vigilia sin propósito? —Se volvió de nuevo para irse.

—¡No! —Denis no gritó, pero su voz sonó muy fuerte. Subió otros dos escalones—. Primero la veremos, y sin ti. Vamos a verla ahora.

—Mi querido Denis, no vas a verla —dijo Gerald con calma—. Idos, todos.

Idos y dormid. ¿No comprendéis que todo ha acabado? —Las palabras vibraron en el aire, entremezclándose con la pálida y creciente luz del día.

—¡No, no, no! —Ahora Denis gritaba—. Vamos a verla. ¡Vamos, ahora, subid! —Se volvió hacia el pequeño grupo a su espalda.

Se produjo una parálisis general. Todo lo que Effingham pudo decir más adelante, cuando en una oscura hora penitencial contó a Max lo que pasó, fue que pudieron haber echado a correr en dirección adonde estaba Hannah, y dejado atrás a Gerald, pero no lo hicieron. Eso no sucedió. Effingham experimentó una rígida gelidez en las extremidades. Más adelante, no pudo asegurar si Alice apoyó una mano en su brazo para retenerlo. En cualquier caso, tenía la impresión de que no podría haberse movido ni una pulgada. En aquel mismo instante, o incluso antes, quedó derrotado. Todos permanecieron inmóviles y en silencio.

Denis aguardó unos segundos. Luego dio media vuelta y corrió escaleras arriba.

Effingham vio, con la horrible precisión otorgada por el distanciamiento, cómo Denis se agachaba e intentaba atrapar a Gerald en una presa de lucha para levantarlo por encima del hombro. Pero Gerald se aprovechó de la ventaja que le otorgaban su mayor peso y la posición superior. Se libró del oponente sirviéndose de pura fuerza bruta, y un instante después Denis bajaba las escaleras rodando y dando tumbos. Se detuvo abajo del todo y quedó inmóvil. Gerald desapareció de la cabecera de las escaleras.

Al cabo de otro momento de pasmo, hubo un lamento desgarrador. Alice se lanzó hacia Denis. Cayó aparatosamente de rodillas junto a él, acariciándolo y toqueteándolo, intentando que se volviera hacia ella, levantarlo, desabrocharle la camisa.

—Denis, Denis, Denis...

—Sí, sí, ya basta, Alice, ya basta, déjame, estoy bien. —La apartó con brusquedad y se recostó contra el escalón inferior frotándose la cabeza—. Estoy bien. Estoy perfectamente.

Se puso en pie con dificultad. Pero Alice siguió de rodillas. Alzaba la cabeza para mirar a Denis, que se había apartado de ella y se sacudía la chaqueta avergonzado. La firme luz del día reveló el rostro ancho y resuelto de Alice, su sólida presencia, arrodillada con las manos extendidas sobre los muslos.

—Voy a contarles la verdad —dijo en voz alta.

Denis se detuvo. La miró en silencio, con insistencia, implorante.

—No, no, no... —Apoyó una rodilla en el suelo y tendió una mano hacia ella.

Ella la tomó y permanecieron así, en una pose extraña aunque solemne.

—Sí. —Ella volvió la cabeza hacia Effingham—. Escucha. Tú sabes, todos sabéis, la historia de cómo Denis se lanzó sobre mí en la charca de los salmones. Todo el mundo conoce la historia. Pero hay un detalle erróneo. Denis nunca se lanzó sobre mí. Yo me lancé sobre él.

Hubo un silencio. Lentamente, Denis volvió a levantarse. De manera cortés ayudó a Alice a ponerse en pie. Ella se levantó con torpeza, apoyándose en el brazo de él, al que continuó agarrada, y quedaron juntos, repentina y extrañamente ligados.

—Sí —prosiguió Alice en voz baja. Tenía los ojos fijos en Denis, mientras que él contemplaba la mano de ella. —Convenientemente dejé que esa mentira ocultara lo que hice. —Estrujó la manga de Denis entre los dedos—. Ya estaba enamorada de ti, Effie. Pero deseaba a Denis. E intenté aprovecharme de él, allá en la charca de los salmones, como una antigua marquesa haría con su mozo de cuadra. Salvo que me rechazó. Y luego permití que surgiera esa mentira, para así encubrir el hecho de que él abandonara Riders de inmediato.

En la tensa pausa que siguió a esas palabras, Denis, mirando todavía hacia abajo, movió los labios sin emitir sonido alguno, como alguien de quien se espera que diga algo pero que no tiene nada que decir. Lanzó a Alice una breve mirada y volvió a agachar la cabeza.

—Alice, no era necesario ahora...

—Sí, era necesario, Denis. He sufrido mucho por esto, tal y como me merecía. No puedo vivir más con esa mentira. Todos debemos vivir... abiertamente. —Acarició el brazo de él con pasadas largas y cariñosas. —Sabes que no fue como haría una marquesa, ¿verdad?

—Sí, Alice. —Él le tomó la mano y la desenganchó de la manga, como si fuera un animal indiscreto pero amigable. La sostuvo un momento. Luego se apartó de ellos y desapareció bajo las escaleras en dirección a la cocina.

Effingham miraba fijamente a Alice. Lo que había dicho, la escena, las dos figuras juntas, lo habían llenado de asombro y dolor.

—¿Es eso cierto?

—Sí —contestó ella en voz bien alta, enfadada, devolviéndole la mirada—. En realidad yo no inventé la mentira. Simplemente surgió y no la rebatí.

—¡Oh, Dios! —dijo Effingham. Estaba confundido y herido. Apenas podía concebir que Alice, su Alice, hubiera caído tan bajo. Esperó que ella se justificara, que pronunciara unas palabras de conciliación. No podía haber sido nada serio. Estaba profundamente herido, casi enojado, pero dispuesto a perdonarla.

—Y lo que es más, todavía lo deseo —dijo Alice en voz baja y furiosa—. ¡Lo seguiría hasta su cama si pensara que tengo la más mínima posibilidad!

Dio media vuelta y cruzó a toda prisa las puertas de cristal del recibidor. Él la vio por un instante recortada contra el cielo matinal azul claro, y luego ella desapareció.

—Ve con ella, Effingham.

Effingham se había olvidado de Marian. Se volvió hacia ella. ¿Por qué aquella chica entrometida le decía lo que tenía que hacer? Alice era su vieja y querida amiga, su Alice, suya. Sin decir palabra, se apresuró hacia las puertas y salió a la luz del día.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Cuando Effingham salió de la casa, lo primero que vio fue el Austin Seven aparcado al lado del Humber. Los coches parecían toscamente vulgares, vívidamente modernos, demasiado relucientes, ostentosamente llamativos uno junto al otro sobre la grava. Parpadeó al verlos. Era extraño que siguieran allí. No formaban parte del mundo y de la época de los que acababa de emerger. Buscó a Alice, pero no estaba en el coche. Miró a su alrededor y vio la puerta que daba al sendero rocoso por el que se bajaba al mar. Ella debía de haber tomado ese camino. La siguió.

Le costó abrir la puerta. Un viento fuerte y cálido proveniente del mar trataba de mantenerla cerrada. Vio el mar, una extensión metálica, plateada y azul pálido, reluciente, vacía y estéril bajo la luz de la mañana. El sol no estaba muy alto y la hierba corta y cetrina estaba cubierta por las grandes sombras de las rocas. Y estas, en montones dispersos y sin forma, estaban amarillas a causa del liquen y salpicadas de cuarzo que brillaba como diamantes. Luego, pendiente abajo, como una figura en un cuadro, vio correr a Alice.

La llamó, pero el fuerte viento arrastró la voz tierra adentro. Bajó a toda prisa el camino. Dando saltos y tropezando, zigzagueó pendiente abajo entre cantos rodados que parecían aumentar lentamente de tamaño, hasta alzarse por encima de su cabeza. Tenía un rugido en los oídos que no podía ser el del mar. Las extremidades se le mecían y zarandeaban al correr como las de un muñeco roto. Estaba débil y mareado, y cuando se detuvo un momento, el espacio azul ante él se agitaba y borboteaba con partículas de luz.

Ahora no veía a Alice. Para cuando alcanzó terreno más llano, ya no podía seguir corriendo y no le quedaba aliento para llamarla. Siguió caminando, jadeante y con una mano apoyada en el costado, mientras la luz del mar parecía atravesarle la cabeza como una ancha pieza de seda forzada a pasar a través de un pequeño orificio. Era vagamente consciente de la noche anterior, un gran objeto oscuro, un obelisco negro, que se cernía sobre él; y en algún lugar más lejano, perdida también en la oscuridad interminable, estaba la ciénaga. Le parecía que llevaba viviendo varios días sumido en una continua oscuridad, y al salir por fin a la luz, la luz lo encontró pálido y ciego como un gusano desventurado.

No era capaz aún de pensar en Hannah. Tenía la impresión de que estaba muerta. Y Marian era un frágil elfo, un pequeño fantasma que huía chillando y farfullando con la llegada del día. Lo que emergía de la ruina total, con una autoridad que lo hacía seguir adelante todo lo rápido que podía, era la realidad de Alice. Cuando Alice se sinceró en la casa él se sintió, como se percataba ahora, repentina e inesperadamente curado, liberado, como por un hechizo pronunciado al revés. Había catado la necromancia, había comulgado con los poderes oscuros; y casi sintió, con un escalofrío premonitorio por lo que eso le ocasionaría, que él mismo, de algún modo, era el causante de toda la ruina de aquella larga noche. Al jugar de manera tan temeraria con lo desconocido, había hecho que la casa se derrumbara sobre todos ellos. Pero Alice era su salud, su crucifijo, su redentora.

Había dado por supuesto en ella una eternidad de devoción desinteresada, y le había permitido permanecer cerca de él, nunca mirándola pero sí viéndola vagamente, un ídolo de piedra, una gran madre, mientras él jugaba al amor. Él había aceptado los sufrimientos de ella con atención despreocupada. Pero ahora, cuando habían sucedido cosas demasiado aterradoras para pensar en ellas, cuando su amor romántico era un cadáver y su inteligencia un fantasma, supo dónde quería reposar la cabeza. La necesitaba para escudarlo de los pensamientos sobre Hannah, del enfado de Max, de las consecuencias de sus actos.

—¡Alice! ¡Alice!

El sol lo deslumbro e hizo un nuevo alto. Estaba al pie de la colina, donde las rocas y las charcas herbosas se extendían hacia la base del acantilado negro, el cual, cuando él se volvió para mirar, parecía elevarse desde el interior de la tierra. Se elevaba y se elevaba hasta la cresta, ennegreciendo la mitad del cielo. Las rocas eran gibas cubiertas de algas de reluciente color azafrán y las charcas saladas eran de un marrón oscuro. Vio que Alice, no muy lejos, distanciada de él como si se hallara en otra realidad, superaba sin prisa el límite de la marea.

—¡Alice!

No le hizo caso. Quizá no lo había oído. Ella avanzaba de roca en roca, despacio y con paso seguro, en dirección al mar. Effingham tropezó al tratar de seguirla. Sus pies chapoteaban y patinaban sobre las algas doradas que subían y bajaban y reventaban y respiraban debajo de él como un animal marino. Cuando consiguió acercarse un poco a Alice, ella se detuvo de repente al

borde de una charca marrón y lo miró. El reconocimiento de su presencia lo forzó a detenerse también y se miraron uno al otro.

Ella lo contempló, no con intensidad, sino malhumorada, hosca, casi enojada. Las olas rompían cerca y él vio más allá de ella el hipnótico movimiento de sus líneas en aproximación.

—Alice... —dijo con una intimidad implorante.

Deseaba abrazarla, recompensarla, asegurarse su protección. Alice apartó la vista; y, mientras él resbalaba sobre la siguiente roca y abría los brazos para recuperar el equilibrio, ella metió las manos en los bolsillos, dio otro paso y se dejó caer cuan larga era en la charca.

La impresión del repentino movimiento hizo que Effingham cayera de rodillas. Para cuando se puso en pie y llegó al borde de la charca, todo volvía a estar en una extraña calma: la superficie recorrida por pequeñas ondas y Alice tendida, inmersa, con la cabeza descansando sobre una roca con una suave inclinación. La imagen, envuelta por el estruendo de las olas, poseía una rara quietud, como si Alice llevara largo tiempo yaciendo allí, una deidad marina semejante a un pez, que meditara desde la antigüedad en su guarida acuática.

Permanecía tan quieta, descansando en la charca de algas pardas, con la cabeza y los hombros recostados en la piedra, el cabello oscurecido por el agua y chorreando en silencio, que Effingham pensó por un momento que se había golpeado con la roca y estaba inconsciente. Pero tenía los ojos abiertos. La miró fijamente, recordando los ojos de Hannah. La miraba, presa de la parálisis y la fascinación, igual que miraría algo repentinamente metamorfoseado. No podía hablarle ahora. Ella se había convertido en alguien demasiado diferente. Sin embargo, se fijó en las manos que de manera grotesca continuaban en los bolsillos, en el empapado cuello levantado del abrigo de *tweed*, en el cuerpo vestido que desaparecía entre los tallos rojizos de las floridas algas. En el fondo de la charca brillaban conchas como pequeñas joyas, y recordó a la mujer de conchas que había visto tumbada en la cama de Alice.

El fuerte sol proyectaba la sombra de Effingham sobre la charca. Tenía que encontrar la forma de llegar a Alice. Los costados de la charca eran demasiado empinados y altos como para alcanzarla desde arriba. Sosteniéndose sobre un pie se quitó un zapato. El hecho pareció grotesco. Una gaviota pasó graznando sobre su cabeza y se perdió rumbo al mar. Se sacó el

calcetín, se desprendió del otro zapato y del otro calcetín, y se quitó el reloj y lo puso dentro de un zapato. Se quitó la chaqueta y empezó a desatarse la corbata. Se detuvo. Algo en el ritual lo perturbó y experimentó una sensación que casi de inmediato identificó como deseo sexual. Bueno, ¿acaso no se iba a la cama? Sin seguir desvistiéndose, se dejó resbalar por el costado de la charca.

El agua estaba templada y saturada de algas. Se hundió en el líquido marrón viscoso, de costado, con la cabeza descendiendo hacia la de Alice. Sintió cómo su ropa primero se resistía y luego absorbía el agua. Estaba empapado y pesaba. Su cara quedó cerca de la de ella, sus mejillas casi se tocaron cuando acercó el hombro a la roca inclinada. Interceptó la mirada ausente de Alice. Ella no mostró ningún interés. Lo miró en silencio con algo parecido a una dignidad despreocupada. Tenía las manos todavía en los bolsillos. Él no intentó levantarla todavía. Se inclinó y la besó en los labios. Ella estaba tranquila, dispuesta al beso. Al tocar a la nueva Alice, fue consciente de manera confusa de que algo se había roto, de que alguien se había ido; aunque en ese momento no supo qué o quién.

PARTE CINCO

CAPÍTULO VEINTICINCO

—¿Cuánto falta hasta la charca de los salmones?

—Aún un kilómetro y medio, más o menos. ¿Seguimos?

—Sí, por favor, Denis. Cualquier cosa con tal de no estar en casa.

Hannah seguía allí, pero sus baúles estaban hechos y Marian había esperado verla partir en cualquier momento, como la retirada de un ataúd. Ahora parecía ser que se iría al día siguiente. La sensación era muy similar a la de tener una persona muerta en la casa.

Solo era la tarde del día que de forma tan violenta había comenzado, pero todos en Gaze parecían cambiados, como si hubieran pasado por intensas y prolongadas experiencias. Marian había esperado, dormido un poco, vuelto a esperar, confiado en que la llamaran, temido que la llamaran, decidido ir a Riders, decidido no ir a Riders, tanteado la puerta de la antigua habitación de Hannah encontrándola cerrada. Se había sentado por espacio de una hora en las escaleras, había ido al salón con Denis y, por fin, frenética por escapar de aquella atmósfera mortal, había salido con él a dar un paseo.

Había llorado durante el día, pero ahora experimentaba una calma precaria. Le sorprendía la desesperación tan absoluta que sentía por Hannah. Y, sin embargo, ¿era desesperación? Quería que Hannah saliera de la casa y Hannah iba a hacerlo. El plazo había concluido y la princesa iba a ser rescatada. ¿Importaban tanto quién lo hiciera y cómo? A lo largo de la noche le había parecido aterrador que Gerald, que durante tanto tiempo había sido el responsable de su encierro, fuera quien tan repentina y fácilmente, llegado el momento de necesidad, la auxiliara. Mientras que sus amigos, que tanto habían protestado, no habían sabido qué hacer por ella. La larga vigilia de Gerald era quizá lo que había marcado la diferencia y lo que lo había vuelto para Hannah, en el momento crucial, más real que los demás. Gerald no teorizaba sobre Hannah. Gerald no se había visto paralizado por una alegoría. Era lo adecuado que al final él fuera el maravilloso rescatador.

No obstante, ahora todo sería diferente para ella, y su final transcurriría en tinieblas. Pasaba de un misterio a otro. A medida que se desarrollaba el interminable día, Marian sintió menos horror y más una tristeza enfermiza de carácter egoísta: la sensación de una completa privación de Hannah; y fue

como consecuencia de ese dolor por lo que se dijo: «No la quiero lo bastante, no la comprendo con suficiente claridad». Hannah no la necesitaría, no preguntaría por ella, nunca más, y había cierta justicia en ello. Más tarde, ese mismo día, a modo de consuelo grotesco y desconcertante, surgió una rara sensación que Marian identificó, aunque no de inmediato, como un nuevo despertar de su sensación de libertad. Fue estimulante, si bien no por completo placentero. Se sintió mareada, aturdida de cansancio y libertad, no exaltada, no culpable, casi por momentos libre de ataduras y una persona normal. El gran acto de destrucción de Hannah había transformado el mundo.

Supuso que sería mejor que ella también hiciera las maletas. Pero la impresión de extraño suspenso, casi como unas vacaciones, era demasiado fuerte. Todo el mundo se sentó a tomar té. Las doncellas abandonaron el trabajo e invadieron todas las partes de la casa, parloteando en su lengua. No se servían las comidas. Marian se preguntó vagamente qué sucedería cuando Hannah se fuera y todos quedarán abandonados. A lo mejor seguirían en la casa como una banda de criados estúpidos dejados atrás, peleándose entre ellos. Se quedarían hasta que llegara Peter Crean-Smith, y él los conduciría a latigazos a los establos y los transformaría en cerdos.

—Cuénteme cosas sobre los salmones, qué hacen. —Lo pidió tanto para distraer a Denis como para distraerse ella. Él había estado llorando, le parecía a Marian, por la mañana y se hallaba ahora presa de una honda desesperación. Había insistido conmovedoramente en quedarse cerca de ella durante todo el día.

—Bueno, cuando tienen dos o tres años dejan las charcas y descienden los ríos hasta el mar. Y viven allí puede que dos o tres años, nadie lo sabe a ciencia cierta, creo, y algunos se quedan más tiempo. Y comen y comen y se convierten en peces grandes y fuertes. Luego, una primavera, remontan los ríos para reproducirse y vuelven a sus lugares de nacimiento.

—¿Remontan un río como este? ¿Cómo? Se estrellarán contra las piedras.

—Algunos lo hacen. Pero tienen mucha fortaleza y astucia. Las dos hacen falta para enfrentarse a una fuerza tan poderosa. Es la naturaleza contra la naturaleza. Una vez vi a uno intentar salvar de un salto esa cascada de allí y golpearse contra las rocas y volver a caer, y finalmente saltó hacia un costado, sobre aquellas piedras del borde, y serpenteó por la tierra y volvió a meterse en el agua corriente arriba de la cascada. Son peces valientes.

—Peces valientes. Sí. Recuerdo que Hannah lo dijo una vez. Dijo que al

remontar los ríos eran como almas tratando de aproximarse a Dios.

—Sin duda están poseídos por un extraño deseo.

—Pero sufrir tanto...

—El sufrimiento no es algo de lo que avergonzarse. Es natural. Lo conlleva formar parte de la naturaleza. Toda la creación sufre. Sufre por haber sido creada, al margen de otras razones. Sufre por haber sido separada de Dios.

—La suya es una religión melancólica, Denis. Me temo que no creo en Dios.

—Cree. Pero desconoce Su nombre. Y yo que lo conozco la aventajo solo por esa pequeña palabra. Ahí está la charca de los salmones.

Se detuvieron. Fruto de un truco del terreno, el sonido de las cascadas se vio acallado a medida que se acercaban a la cima. El cielo estaba verdoso por el atardecer y prestaba un tinte verde a la extensión de agua serena. Unos cuervos se elevaron de entre el brezo, y durante su cadencioso vuelo desprendieron un reflejo fugitivo. Más allá, en el horizonte llano, estaba la línea oscura de la ciénaga y, un poco a la izquierda, contra un cielo más rosa, la silueta inclinada del dolmen. Por lo demás, solo había agua y cielo y brezo y silencio.

Marian respiró hondo. Estaba cansada por la dura subida. Pero el lugar poseía un poder que también le robaba el aliento. De pronto se sintió avergonzada, como si hubieran entrado en una iglesia y tuvieran que hablar en otro tono.

Denis no parecía notar nada y se adelantaba por el brezal. Estaba diciendo:

—Hay un sitio aquí donde generalmente pueden verse. Pero no se acerque mucho al borde. Aquí, gatee y tiéndase sobre esa piedra. No haga movimientos bruscos, eso es. Ahora mire los lugares en sombra. Espere. ¿Los ve, a los grandes?

Marian se tumbó con cautela en la piedra, que asomaba un poco sobre la charca. Había rocas oscuras debajo y el agua parecía profunda y muy marrón ahora que la contemplaba de cerca y desde arriba. Miró un rato pero no vio nada salvo reflejos en el agua moteada. Luego los reflejos se congregaron y se convirtieron en escamas. Pasó una forma grande, solo una sombra. Luego otra. El mundo profundo y marrón estaba poblado por formas lentas, majestuosas y silenciosas.

—¿Los ve ahora, Marian? Esos son los grandes. Algunos de hasta diez y quince kilos. Por favor, Dios, que no les pase nada.

De pronto Marian no pudo soportarlo. Se retiró de la piedra y volvió al brezo seco y crujiente. Denis estaba sentado cerca, con los brazos alrededor

de las rodillas, forzando la vista para seguir a los peces. Marian sintió que iba a llorar. Para evitarlo, miró a Denis. Él volvió despacio la cabeza para mirarla también y ella vio contra el verde cielo del este su rostro huesudo de bronce pulido, el cabello negro azulado revuelto, los grandes ojos azul zafiro, la expresión triste y perdida, la cara de un completo desconocido.

—¿Qué podíamos hacer por Hannah? —dijo ella—. Perdóneme por haber sido una cobarde.

Él frunció el ceño de aflicción y apartó la vista de nuevo.

—Nada. Ya que ella... se entregó a otro.

—Pienso lo mismo, pero es irracional. En cualquier caso, supongo que ya no hay nada que hacer. Debemos alegrarnos de que no esté aquí cuando él regrese. Usted mismo dijo que no tenía que estar aquí cuando él volviera. Bueno, pues no va a estar.

Marian pensó con sobresalto: «¿Estaré yo?».

Imaginó a Peter, cada vez más cercano.

—Sí, pero no así. ¡Ella tendría que haberse mantenido alejada de él, tendría que haberse protegido! —En su leve grito resonaban los celos. Parecieron además las primitivas palabras de un puritano inmaculado.

—Supongo que por una razón u otra él lo merecía. Y por una razón u otra nosotros no.

Denis meneó la cabeza.

—Ella misma se ha destruido.

—O se ha liberado. El tiempo lo dirá.

«Bueno, se ha ido —pensó Marian—. Y si acaba libre o destruida, probablemente nunca lo sabré. Nadie debería ser prisionero de los pensamientos de otras personas, el destino de nadie debería ser objeto de fascinación para otros, el destino de nadie debería quedar expuesto a inspección.» Por un momento, además de pena, sintió algo próximo al resentimiento contra Hannah por haberla fascinado tan completamente. Luego pensó: «Se ha encerrado en su intimidad, se ha ido, y ahora todos podremos vernos unos a otros como somos en realidad». Alzó la cabeza y experimentó la mareante sensación de libertad recuperada. Miró fijamente a Denis. Y, un segundo después, supo que iba a hacer lo mismo que Alice Lejour.

Se había levantado un cálido viento del mar y soplaba sobre ellos llevando un olor salado y otoñal. Sopló sobre la amplia superficie verdosa de la charca de los salmones, alteró un poco el agua y se alejó hacia los solitarios rincones

de la ciénaga. La atmósfera del atardecer se espesó a su alrededor y el brezo comenzó a resplandecer.

—Denis.

Él la miró de frente, triste todavía, enfrascado en sus pensamientos. Marian se acercó hasta que sus rodillas se tocaron. A continuación le tomó la mano, después el brazo e, inclinándose con torpeza, lo besó en los labios. Luego se apartó un instante. El rostro de Denis estaba ahora en calma, con una seriedad decorosa que a Marian le hizo sentir todavía más próxima a él. Luego, arrimándose bien a su costado, lo besó de nuevo, largamente, y le rodeó los hombros con el brazo. Los labios de él estaban cerrados y no respondían, pero la miraba con una indiferencia solemne que no era ni hostil ni sorprendida.

—Lo siento —dijo Marian—. No esperaba esto. Veo que estas cosas pueden pasar de repente. No lo creí cuando me contaste lo de Gerald y Jamesie. —Y añadió—: Creo que llevo un tiempo queriendo hacerlo, salvo que no te veía con la luz adecuada.

Él seguía mirándola fijamente. Luego cerró los ojos y se frotó la frente con el dorso de la mano, a la vez que emitía unos pequeños gruñidos.

Marian se sintió abrumada y transportada de ternura. Su primer movimiento había tenido una especie de pureza abstracta. Se lanzó sobre él porque debía hacerlo, y la emoción, apartada a un lado en favor de la extrema necesidad, apenas se dejó sentir. Llegaba ahora el torrente de sentimientos. Lo apretó contra su hombro y vio sobre la cabeza morena y querida que los salmones comenzaban a brincar.

Él permanecía indefenso y silencioso en sus brazos. Ella cambió de postura para que los dos estuvieran más cómodos. Las rodillas de ella estaban ahora apoyadas contra los muslos de él. Luego se echó un poco hacia atrás para que pudieran conversar. Eso era la libertad. La libertad de amar y de ir adonde quisiera que tanto había echado en falta. Estaba profundamente conmovida por lo que tenía de repentino y bello. Por fin, después de lo que parecía un tiempo agobiante encerrada en un salón cubierto de colgaduras, o, simplemente, de mirarse en el espejo, llegaba la otra realidad, la desconocida de veras.

—Denis, mírame. ¿Qué edad tienes? A menudo me lo he preguntado.

—Treinta y tres.

—Yo veintinueve. Denis, ¿no estás enfadado conmigo?

—Marian, Marian... —La miró con el rostro fruncido y cubierto de sombras. Sus ojos achicados hasta dos hendiduras que no mostraban ni un asomo de

azul. Él se apartó un poco, acariciando la mano de Marian como si quisiera controlarla o llegar a un acuerdo con ella—. Yo tampoco lo esperaba. No sé cómo, pero eres para mí un motivo de alegría. Lo has sido desde el principio.

—Y aquí estamos ahora, libres de hacer lo que queramos.

Él sonrió.

—Suenan como si fuéramos animales en celo.

—Somos animales. —Sintió que era cierto por primera vez en su vida. Deseaba a Denis.

—Nos estamos comportando de forma un poco alocada, Marian, por lo que ha pasado hoy. Volvamos.

—Todavía no. Tú no quieres, ¿verdad? —Él bajó los ojos y ella supo que no quería—. Querido, querido Denis, a lo mejor estamos un poco locos, pero vivimos en un sitio loco y en una época loca. Y yo me siento mucho más real en tu compañía que con cualquiera de los otros.

«O, de hecho, que con cualquier otra persona», pensó de repente. Aquel era el tipo de encuentro inclasificable que lo libera a uno. Hasta entonces, ella siempre había sido alguien de una variedad bien definida que conocía a otras personas de variedades bien definidas. Pero no sabía qué era Denis, y esa ignorancia tendía sobre Marian una oscuridad que la hacía estremecer por la realidad que había en ella. Eran dos seres únicos conociéndose uno al otro.

Un resplandor naranja procedente del oeste se extendía sobre el cenit, y la charca de los salmones se había tornado una lámina de oro que los peces saltarines perturbaban con ondas oscuras. Marian continuaba mirando fijamente a Denis y vio los ojos de este abrirse poco a poco para ella. Llevaba la camisa azul desgastada de costumbre, con el cuello abierto, y parecía andrajoso y joven y duro como un muchacho que siguiera la carreta de un buhonero. Había una maravillosa equivalencia en el modo como le sostenía la mirada, serena aunque suspicaz. Sentados todavía, rodilla con rodilla, ella le acarició la cabeza, pasándole la mano por la mejilla y el cuello. Le desabrochó un botón de la camisa y deslizó la mano por debajo. Él tembló.

La mirada de él se volvió borrosa y, sin prisa, apartó la mano de Marian, le apoyó la suya en el cuello y la empujó para que se tumbara en el brezo. Él yacía cuan largo era a su lado, su hombro sobre el de ella. No intentó besarla pero presionó la boca cerrada contra su mejilla. Ella sintió la fuerte presión y el temblor continuado.

Marian miró por encima de la morena cabeza el alto cielo naranja con

pequeñas y encendidas franjas nubosas. Experimentó un gozo inmenso y puro y, junto con él, una sensación de alegría libre y juguetona.

—Denis, te quiero. Nunca me he sentido así. No tiembles. No estás asustado, ¿verdad? Denis, dime, ¿con cuántas chicas has estado?

Él retiró los labios de su mejilla, pero no hizo otro movimiento.

—¿Cuántas? ¿Qué quieres decir?

—¿Con cuántas chicas has hecho el amor, te has acostado?

—Con ninguna.

La alegría abandonó a Marian, pero el gozo se volvió más profundo. Seguía mirando al cielo. Su deseo se hizo más denso y sereno y solemne, como si algo procedente de la ciénaga, algo no hostil pero muy antiguo, se cerniera sobre ellos, presidiendo el rito.

Denis continuó hablando, dado que ella callaba.

—No es costumbre aquí hacer esas cosas... si no se está casado.

Marian permanecía en silencio e inmóvil, no por sentirse insegura respecto a sus sentimientos, sino por todo lo contrario. Dejaría que las palabras salieran por sí mismas. Finalmente dijo:

—He dicho que te quería. A lo mejor no sé a qué me refiero. Pero sé que para mí, esto, lo que estamos haciendo, está bien, es bueno. Y nunca me había sentido así. Me siento totalmente inocente. Es la primera vez. Pero puede que no esté bien para ti, que no te parezca inocente...

El silencio entre ambos fue sereno, casi soñoliento, inerte como sus cuerpos.

—¿Qué quieres hacer?

—Lo que tú quieras, cualquier cosa, esto. Siento que somos como dos niños.

Él se incorporó un poco y la miró. Luego manipuló con torpeza el cuello de su vestido. Ella lo ayudó.

Tarde, mucho más tarde, cuando la sombra de él la cubrió y ella vio estrellas sobre su cabeza, lo oyó murmurar muy bajo, para sí:

—Pero somos desleales, desleales.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

—Marian, debo ser honesto contigo. Y, por favor, perdóname si te causo dolor.

Marian escuchaba distraída a Effingham. Estaban de pie junto a la ventana del salón. Hannah dejaría la casa en cualquier momento. Marian no lo sabía porque tuviera noticia precisa de ello, sino por una sensación de urgencia en aumento, una sensación de clímax que impregnaba las habitaciones y la escalera y palpitaba sobre la terraza iluminada por el sol de la mañana. Varias veces le había parecido oír el motor del Land Rover.

La noche pasada había vuelto a la casa no demasiado tarde, con Denis, y se había encontrado con que todo estaba como cuando salieron. Se sintieron aliviados y decidieron quedarse hasta que todo terminara. Fueron cada uno a su habitación y ella pasó largo rato apoyada en el antepecho de la ventana, observando el gran globo dorado de la luna llena alzarse sobre el mar, hasta que se convirtió en un disco plateado muy alto en el cielo azul oscuro, casi negro, y el mar se cubrió de luz y se volvió casi deslumbrante.

Había llorado de júbilo y cansancio. Con el regreso a Gaze volvía a sentir su conexión con la casa y con el drama que esta había albergado. Pero se sentía como alguien que sale de un teatro después de asistir a una obra trágica: rendido, desgarrado, y aun así regocijado y liberado en virtud de un renovado apetito por lo arduo del mundo. Solo el cielo sabía en qué se había metido con Denis. Pero lo que tuviera que ser, sería. Se dio cuenta de que nunca había experimentado la verdadera temeridad del amor y no le cabía duda de que estaba repentina, inesperada y genuinamente enamorada. Lo de la charca de los salmones no había sido magia pasajera. Denis era real, misterioso, difícil, extraño, completamente por descubrir, pero sobre todo real.

Volvieron junto a Hannah, la oculta Hannah, ambos presa de una especie de vergüenza audaz. No hablaron de ella y Marian no sabía ni preguntó qué sentía Denis. Pero ella se sentía como si su pena se hubiera purificado mediante la gratitud. Era como si Hannah los hubiera dirigido uno hacia el otro, los hubiera liberado de sus vínculos previos, los hubiera absuelto. En la conclusión de la vigilia de siete años no era solo ella quien se iba para entregarse a una auténtica libertad. También sus sirvientes, asombrosamente, quedaban libres.

—¿Cómo dices, Effingham?

—Digo que tengo que hablarte con franqueza. ¿Me perdonarás?

Ella tenía que hablar con Denis en cuanto pudiera sobre lo que harían a continuación. A Marian no le parecía necesario que se quedaran en Gaze hasta la llegada de Peter Crean-Smith. No tenían ninguna obligación moral con Peter; y Marian, cuando lo pensaba, sentía terror de aquella oscura figura. Ya había tenido suficiente drama trágico. Su encuentro con Denis, a pesar de todo lo que tuvo de sorpresa y extrañeza, conllevaba un ingreso en la vida real. Lo que sucediera en el futuro entre los dos no podía preverlo; estaba dispuesta a pasar dificultades, estaba dispuesta a afrontar dolor. Pero ese era el auténtico día a día de todo ser humano cuando vive junto a otro. Presentía que, si esperaban hasta que Peter volviera, podrían verse envueltos en una nueva urdimbre de eventos mágicos. Si esperaban, podrían ser incapaces de abandonar Gaze. Tenían que escapar lo antes posible. Pero antes debían asistir, como espectadores que desde la primera fila observan postrados una sombría procesión, la partida de Hannah.

—Sí, habla, Effingham. ¿Es sobre Hannah?

—Bueno, no exactamente. Marian, confío en que no me veas como a un irresponsable y un loco. Conozco a Alice desde hace mucho tiempo...

—¿Sí, Effingham?

¿Era ese Denis? No, era Jamesie, paseando a paso ligero por la terraza. Tuvo un atisbo de su cara, que parecía extraña, incluso salvajemente feliz. No lo había visto, advirtió, desde la mañana del día anterior, cuando estaba tan demacrado y lloroso. A lo mejor también a él la partida de Hannah le dispensaba regocijo.

—Supongo que es mejor que me explique, que te lo diga todo. Sí, será un alivio hacerlo. Un alivio en muchos sentidos. Incluso aunque te decepcione por completo.

—Estoy segura de que no lo harás, Effingham. ¿Qué pasa?

Cuando Hannah se fuera, pediría a Denis que tocara el piano y cantara. Habría entonces ocasión para las lágrimas.

—Lo siento. Eras buena entendedora. Bueno, déjame contarle en orden. Será algo así como una confesión.

—¿Sí, Effingham?

¿De qué estaba hablando? Ojalá Hannah se fuera ya. Era un momento de dolor, un momento de nacimiento, por el que había que pasar antes de que

surgiera la nueva vida.

—Mi amor por Hannah, podrías haberme preguntado sobre él hace dos noches, si le estaba siendo desleal...

—Desleal —dijo Marian. Se quedó con la palabra—. Todos somos desleales —dijo desapasionada, con un dolor pertinente que nada tenía de confuso.

—Tú no eres desleal, Marian, querida. Siéntate y mírame. Sé que te hago daño.

Se retiraron de la ventana y tomaron asiento en dos sillones grandes y desvencijados junto a la chimenea, llena de troncos calcinados y cenizas plumosas. Marian miró a Effingham. Este tenía el cabello revuelto por la brisa matinal y su ancha cara estaba pálida y grasienta a causa del cansancio y de algo más. Tenía una mirada vagamente alterada que Marian no identificó. Le prestó atención.

—Yo amaba a Hannah, Marian. La amo. Podría dar todo tipo de explicaciones a ese amor, pero lo insultarían y ninguna llegaría a ser cierta. La amaba y había muchas cosas que podría haber hecho por ella. Sin duda sufrí por ella. Y habría sufrido más. ¿Lo crees?

—Por supuesto. —Marian estaba angustiada y alarmada por el urgente tono confesional.

—Realmente no puedo explicar ni justificar lo que pasó. Comprendo ahora que nunca llegué a saber realmente cómo era Hannah. Quizá ninguno de nosotros lo hizo. Quizá ninguno de nosotros lo intentó.

—Salvo Gerald. —El comentario sonó cínico, pero no fue la intención de Marian y fue un alivio que Effingham no lo interpretara así.

—Cierto. Quizá Gerald la quiso mejor que nosotros. No sé por qué, pero ni por un segundo pensé que Gerald pudiera interesarse por Hannah como ser humano.

—Yo tampoco lo pensé. —Qué fúnebre era hablar de ella como si estuviera muerta o ya se hubiera ido.

—En cualquier caso, eso seguirá siendo un misterio. Y supongo que es nuestro último tributo a ella permitir que continúe siéndolo.

—Sí. —Marian agachó la cabeza. Pensó de nuevo en Denis.

—Bueno, quizá Gerald de veras la comprendió como ser humano, como persona real. Y ahora sé que yo no lo hice. Al menos no lo bastante, sin duda no lo bastante. Yo estaba demasiado emocionado por... la historia. Pero ¿no era acaso ella...? —Apartó la mirada, confuso—. Marian, ¿qué te parece si

tomamos un té?

—Querido, yo lo prepararé. No sirve de nada llamar. Me parece que la mitad de las doncellas se ha ido.

—No, no. Quédate. Déjame seguir hablando. En cualquier caso, fuera lo que fuera lo que hubiera servido de ayuda, yo no habría podido hacerlo. Ni siquiera llegué a saberlo.

—De modo que... ella nos ha liberado —dijo Marian, retomando su idea. Pensó por primera vez que a lo mejor Hannah era ahora feliz y no solo la causa de la felicidad de los demás. Era un pensamiento hermoso y extraño.

—Oh, Marian —dijo Effingham, como si estuviera profundamente emocionado. Se tapó la cara por un momento—. Lo siento.

Marian lo miró desconcertada.

—No sufras por ella —dijo—. Ella es libre también.

—No me comprendes. Tengo que contártelo todo. Alice...

—¿Alice?

—Sí. Eso es. Y yo no lo sabía. No lo supe, no lo supe realmente, hasta que ella contó aquellas cosas sobre Denis, ya sabes, sobre Denis y la charca de los salmones.

—Denis y la charca de los salmones. Sí.

—Marian, la conozco desde hace mucho. Y las cosas pueden crecer dentro de uno mismo sin que se dé cuenta. Y luego saltan de pronto a la consciencia, al mundo. Puede ocurrir.

—¡Sé que puede ocurrir!

—Y cuando sucede así es de manera definitiva y autoritaria. ¿Sabes? He confiado mucho en Alice, he dado su presencia por sentada. En cierto modo ella es... el lado real de la historia, la persona real, el objeto real del amor. Es como si yo hubiera estado todo el tiempo mirando un espejo y siendo apenas consciente del mundo real que tenía al lado.

—Yo también he sentido algo parecido, Effingham.

—¡Me comprendes! Esto es tan doloroso... Te estoy diciendo que estoy enamorado de Alice, repentina y profundamente enamorado.

Marian se puso en pie y él se levantó también. Así que de eso se trataba. La mirada aturdida de Effingham era felicidad, la ejecución por fin de un acto verdadero. De qué modo tan hermoso había encaminado Hannah a todos en diferentes direcciones.

—Marian, Marian, por favor, no sufras ni me juzgues con dureza. Conozco a

Alice desde hace mucho. Desde que era una niña. Por favor, comprende y perdona. Nosotros nos conocemos desde hace muy poco, tú y yo. Eres joven, pronto te sentirás mejor...

«¿De qué demonios está hablando?», se preguntaba Marian. Se dio cuenta de pronto: «¡Cree que estoy enamorada de él!». La idea le causó tal ataque de hilaridad que tuvo que dar media vuelta para ocultar su expresión.

—Por favor, no estés triste.

Marian recompuso la cara y se volvió.

—Querido Effingham, no te disgustes por mí. Estaré bien.

—Eres muy amable.

—Estas cosas pasan, Effingham. Hay que ser valiente.

—Tú eres valiente. Y tan considerada.

—¿De qué serviría actuar de otro modo? Os deseo a ti y a Alice toda la felicidad posible.

—¡Y tan generosa! De veras, todo ha sucedido tan rápido que apenas sé dónde estoy. Me siento mucho mejor ahora que te lo he contado.

—No te preocupes por mí. Me recuperaré. —Quizá actuaba mal al engañarlo. Pero él no sufriría noches de insomnio por ella. Y ella, con el incremento de la simpatía por los demás que la propia felicidad puede causar, se alegraba de veras por él y por Alice. Era como en una comedia de Shakespeare. Todas las tramas del relato concluían en armonía.

Ella estaba orientada hacia la puerta, mirando con serenidad más allá de él. La puerta se abrió y entró Denis. La expresión de ella no se alteró apenas, pero se saludaron triunfantes.

—Ah, Denis —dijo Effingham—, buenos días. ¿Podrías traernos un poco de té?

—Claro, señor.

—Y whisky, si puedes encontrar algo —dijo Marian.

—Claro que sí. Tengo algo escondido. Últimamente ha estado desapareciendo.

Se sonrieron. «Soy libre —pensó Marian al verlo salir de la habitación—, somos libres». Extendió las manos en gesto de relax y bienestar.

—¿Sabes? No me lo esperaba —siguió diciendo Effingham. Obviamente, estaba fascinado por su situación.

Las altas ventanas de guillotina que daban a la terraza estaban levantadas y una brisa cálida mecía los amarillentos visillos de encaje. Mientras escuchaba

murmurar a Effingham, Marian miró el mar, azul muy pálido y entreverado de plata. Había un barco a lo lejos. El paisaje, ahora que estaba a punto de dejarlo atrás, se tornaba real para ella. Antes había sido demasiado bello.

Una figura alta oscureció una de las ventanas y Violet Evercreech entró en la habitación. Marian se puso en pie con el leve escalofrío que la aparición de Violet siempre le ocasionaba, y Effingham enmudeció.

—Bueno, muchachos...

—Buenos días, Violet.

—¿Has hecho tu equipaje, Marian?

—Todavía no. ¿Se va Hannah ahora, pronto?

—Quieren que todo termine, ¿no? Los dos se sienten como si estuvieran viendo terminar una película aburrida, ¿verdad?, donde ya saben lo que va a pasar.

Marian se sentía incómoda, culpable, ante Violet. Confiaba en que esta no hubiera visto su expresión de felicidad.

—No, no es así... —dijo de forma poco convincente.

—Pero a lo mejor no saben qué va a pasar, a lo mejor todavía quedan sorpresas, giros de la historia...

—¿Qué quieres decir?

—Mientras ustedes se entretienen con juegucitos, otros manejan la maquinaria.

—¿La maquinaria?

Vieron a alguien por otra ventana y Alice Lejour entró en la habitación.

—Buenos días a todos. Hola, Marian, querida. —Besó a Marian.

Marian pensó distraídamente: «Tendré que mantener esta ficción con Alice para siempre». A lo mejor no volvía a verlos nunca, quizá fuera lo mejor. Pero ¿qué le reservaba el futuro? Estaba asustada por la presencia de Violet y por sus enigmáticas palabras.

Denis entró por la puerta llevando una gran bandeja con una tetera, tazas, whisky y vasos. La posó y comenzó a servir sin decir palabra. Alice se sentó en el brazo del sillón de Effingham, y Marian y Denis se retiraron junto a la librería. Alice y Effingham se pusieron a murmurar entre ellos. Parecía un velatorio. Marian pensó: «Ahora que todos estamos reunidos, tiene que llegar el momento de la partida». Se esforzó por oír sonidos de otras partes de la casa.

Hubo un sonido lejano y el corazón le dio un vuelco, mitad por miedo, mitad

por alivio extenuado. Alguien bajaba las escaleras haciendo ruido, pero no despacio, no solemnemente. Era el sonido de unos pies a la carrera. Se aproximó y un momento después Jamesie abrió de repente la puerta y entraba en el salón.

Estaba transfigurado. Había recuperado su aspecto de dandi y los ojos le resplandecían con una extraña luz. Todos sus rasgos parecían realzados, hasta el punto de parecer más alto. Entró dando un brinco, como Puck, como Peter Pan, una aparición grácil, joven, autoritaria.

Avanzó de manera juguetona, casi remilgada, hasta el centro de la habitación. Se produjo un tenso silencio que Marian rompió nerviosa.

—Hola, Jamesie. ¿Ya se va Hannah?

Las palabras sonaron maliciosas. Violet Evercreech se rio.

—No.

—Entonces, ¿cuándo? ¿Lo sabes? ¿Pronto?

Jamesie miró a todos, su mirada alegre y resuelta pasando de un rostro a otro.

—Buenas noticias. No se va. No se va en absoluto.

Effingham y Alice se pusieron en pie. Marian miró a Denis. Los rasgos de este estaban estirados hacia atrás como si un fuerte viento soplara contra su cara. Violet volvió a reírse.

Effingham se adelantó, como si tomara las riendas de la situación.

—Jamesie —dijo—, no bromees con nosotros. ¿Quieres hacer el favor de explicarte?

—Pues eso. Hannah no se va. Todo volverá a ser como antes. ¿No es genial?

—Se puso a girar sobre un pie, igual que un arlequín, con los brazos abiertos.

—Escúchame —dijo Effingham. Parecía cansado y estúpido—. ¿Qué demonios quieres decir? ¿Qué pasa con Peter?

—Peter no va a venir. Fue una falsa alarma. Al final no tomó el barco. Envío otro cable. Se queda en Nueva York. Así que podemos volver a instalarnos. ¿No es maravilloso?

Marian lo miraba fijamente, aturdida y horrorizada, sin terminar de comprender lo que pasaba. Detrás de Jamesie vio a los hombres que volvían a meter en la casa los baúles de Hannah. Una de las doncellas de negro entró y retiró las tazas de té. Todo volvía a ser como antes. Pero no podía serlo, no había forma de que lo fuera.

—¿Es cierto, Violet? —preguntó Effingham.

—¡Vamos, amigos! —gritó Jamesie—. ¡Volved a vuestros puestos! ¡Volved a vuestras tareas! ¡Deshaced las maletas! Nuestra feliz familia no va a romperse. ¡Todo se restablecerá, revivirá, se renovará y será mucho más hermoso que antes!

—¡No lo escuchen! —Violet habló con calma, sin vehemencia alguna, mirando a su hermano—. No lo escuchen. Estaban todos a punto de irse. No tienen por qué cambiar sus planes. Todos tienen buenas razones para irse, lo han estado deseando, apenas pueden esperar. Aprovechen la ocasión y váyanse. Más adelante será demasiado tarde. Váyanse, se lo advierto. Dejen este lugar. Aquí ya no pueden hacer ningún bien.

Effingham miraba a Alice. El rostro de esta se hallaba gris y aturdido. Miraba impasible al frente. El primer pensamiento de Marian fue: «¡Vámonos!».

—Por supuesto que no nos vamos. —Fue Denis quien habló.

Marian se volvió, asombrada, para mirarlo. Fue como si algo físico la hubiera apartado de él. A continuación, proveniente del umbral, llegó otra voz.

—Me alegra oírtelo decir, Denis. Confío en que después de este pequeño jaleo todos podamos volver amigablemente a nuestros quehaceres. No hay necesidad de prolongar el drama, basado nada más que en un malentendido. ¿Puedo sugerir por lo tanto que nos dispersemos y dejemos que esta atmósfera más bien insalubre se ventile?

Gerald Scottow estaba apoyado en la puerta. Parecía incluso más alto, más bronceado, más lozano que antes. El rostro ancho y bien afeitado resplandecía, rubicundo de poder. Sonrió a todos y sus ojos buscaron en particular a Marian. Esta se dejó caer sentada sobre el brazo de un sillón.

Jamesie se plantó de un salto junto a Gerald, recuperada su actitud habitual, a la sombra de aquel, dispuesto a salir disparado en cualquier dirección como una flecha en respuesta a los deseos de su amo.

—¡Váyanse, váyanse, les digo! ¡Esto terminará con sangre! —La voz de Violet declinó y se apagó. Ella desapareció entre las cortinas de encaje. Fuera, el cielo se había oscurecido. Comenzaba a llover.

—Yo voy a casa a comer. —Alice rompió la quietud y cruzó la estancia a zancadas. Tras un momento de duda, durante el que intentó intercambiar una mirada con Marian sin conseguirlo, Effingham fue con ella.

Denis se volvió hacia Marian.

—Iremos ahora a verla.

Él se encaminó a la puerta. Obligada a ponerse en movimiento, Marian lo

siguió. Gerald y Jamesie se apartaron, cada uno a un lado de la puerta, para dejarlos salir. Cuando pasó junto a Gerald, Marian se encogió y agachó la mirada.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Marian cruzó la antesala y llamó a la puerta de la habitación de Hannah. Denis la había enviado sola.

—Adelante.

Entró. La habitación estaba oscura, con las ventanas cerradas debido a la lluvia. Había una lámpara encendida sobre el escritorio. El fuego de turba parpadeaba. Hannah estaba de pie junto a la chimenea con su vieja bata de seda amarilla.

Marian avanzó hasta la mitad de la habitación. Se sentía como frente a un extraño. Estaba aterrorizada.

Hannah rebuscaba un cigarrillo en el bolsillo cuando Marian apareció. Siguió haciéndolo tras dedicar a la chica una breve mirada de soslayo. Parecía cetrina, mayor. Y cuando Marian se acercó vio los rasgos familiares y hermosos marcados por una dura experiencia. El rostro estaba alterado por pequeñas muecas y espasmos. El aspecto armonioso y radiante se hallaba ausente. Parecía otra persona.

—Marian. —Fue más una aserción que un saludo. Hannah dio con el cigarrillo, lo encendió y, como si se le hubiera ocurrido en el último momento, ofreció otro a Marian. El olor familiar del whisky flotaba como incienso en la habitación e impregnaba a la esbelta figura en bata.

Marian no sabía qué decir. Una lástima atroz la colmó, junto con un repentino y creciente sentimiento de culpa. Se sintió como un miembro de una guardia personal ante el cuerpo mutilado de su señor. Se esforzó por encontrar palabras adecuadas. ¿Podía decir: «Me alegro mucho de que al final te quedes»? ¿Qué podía decir? No había nada que decir. Agachó la cabeza y sintió un rubor ardiente subirle a las mejillas. Un momento después, con la clara impresión de que no podía hacer otra cosa, cayó de rodillas a los pies de Hannah.

Fue lo correcto. Hannah, con una exclamación incoherente, la hizo ponerse en pie y se abrazaron, aferrándose una a la otra en silencio. Marian sintió unas lágrimas inesperadas desbordarle los ojos; oscurecieron la seda del hombro de Hannah. Y junto con las lágrimas, desesperada, sintió menguar a la persona dura y fuerte que había sido momentáneamente. Y, no obstante, nada podía

volver a ser como antes. La lástima por sí misma, por Hannah, la poseyó hasta hacerla estremecerse.

—Basta, basta. Toma un poco de whisky. —Hannah la estaba consolando. También ella había derramado lágrimas, pero ahora sus ojos se encontraban secos.

El sonido familiar del líquido al caer en el vaso sonó como un ángelus y ellas hicieron un descanso, más calmadas, y se miraron.

—Así que no te has ido, Marian.

—¡Por supuesto que no! ¡Ni se me ocurrió! —Pero no era cierto. De pronto, al mirar los dorados ojos, se sintió la igual de Hannah, su adversaria, una habitante del mismo mundo. Era una sensación espeluznante y no obstante grata. Ahora podía mentir a Hannah.

Hannah se volvió meneando la cabeza y miró la lluvia.

—Es extraño. Pensé que podía volver en mí, volver aquí, y descubrir que todo el mundo se había ido. Como en un cuento de hadas. ¿Alguien se ha ido?

—No.

Suspiró, y Marian dijo con aspereza:

—No lo lamentas, que no nos hayamos ido, ¿cierto?

—¡Por supuesto que no! —Hannah se volvió, sonriente. Era como su antigua sonrisa, pero no exactamente igual—. ¿Cómo podría? Sin embargo, ya sabes, será difícil, durante un tiempo. No te sientas en la obligación de quedarte.

—Por supuesto que me quedaré, Hannah —contestó Marian de inmediato.

Se miraron fijamente. Los ojos dorados fijos en los suyos. Marian agachó la vista al whisky, que era casi del mismo color. El día parecía oscurecerse aún más. ¿Qué le había sucedido a Hannah? No era exactamente que estuviera «quebrada», pero parecía diferente, como si mediante un gran salto o giro hubiera ingresado en otro plano de la existencia. Muchos años parecían haber transcurrido en dos días.

Marian, tanteando el camino y poniendo a prueba su reciente creencia de ser la igual de Hannah, dijo con cautela:

—Exactamente, ¿qué tendrá de difícil, Hannah?

—Llevará un tiempo saberlo. En cualquier caso, después de todo lo que ha pasado, aquí seguimos.

—Pero nosotros te queremos, Hannah. —Sonó tan falso que Marian no pudo decirlo mirándola a los ojos. En realidad nunca había querido a Hannah.

—Ya lo veremos, ¿no te parece? Sentémonos. Estoy muy cansada. Quiero

hablar de cualquier cosa. ¡Oh, cómo llueve! Empieza el invierno. Dime algo, Marian.

Se sentaron en el sofá, frente al fuego, con la lámpara tras ellas. Las llamas iluminaban la fatigada cara de Hannah, con su extraña dislocación de los rasgos, una cara como la de alguien que hubiera sufrido un colapso.

—No entiendo qué ha pasado —dijo Marian—. ¿Por qué tu marido cambió de idea?

Hannah se estremeció, quizá por la mención de su marido.

—Creo que no lo hizo. Creo que ni siquiera envió el cable, que todo fue una farsa. Pero nunca lo sabré a ciencia cierta.

—¿Una farsa? —Marian estaba helada. Nuevas y oscuras galerías se abrían al fondo del escenario—. Pero ¿de quién? ¿Por qué?

—No lo sé. —Sonrió al fuego, el tipo de sonrisa que puede transformarse en risa histérica. Apretó los labios para impedir que sucediera, y la sombra de la sonrisa dio a sus rasgos un leve aire de locura—. No sé quién mandó el cable ni por qué, aunque podría aventurar una o dos suposiciones.

«Yo no podría», pensó Marian. ¿Quién podía haber gastado una broma tan estúpida y sin propósito? ¿Era una broma estúpida y sin propósito? Sintió miedo, como ante un atisbo de locura, y para ocultarlo dijo rápidamente, en un tono que sonó ridículo por lo informal:

—Bueno, no cabe duda de que lo ha puesto todo patas arriba por un momento, ¿verdad?

—Me volvió loca temporalmente. —Habló en voz muy alta, como al borde las lágrimas. Y a continuación, para tranquilizar a Marian, se volvió hacia ella y sonrió.

«Dios, pobre Hannah.» Marian pensó desesperadamente en algo que decir. Sentía un deseo nervioso y acuciante de hablar de Gerald.

—Todos nos volvemos locos a veces —dijo—, pero se pasa.

—Las consecuencias no pasan.

—¿Cuáles son las consecuencias? —Marian estaba sin aliento por la excitación, aferrada a su vaso y mirando el fuego. Aunque la conversación tenía un tempo lento, casi como en los días en que se quedaban dormidas leyendo *La Princesse de Clèves*, se sentía como si sostuviera un duelo con Hannah o como si construyera junto con ella, muy delicadamente, un precioso edificio; algo peligroso pero, al mismo tiempo, esencial. Algo en cuyo interior, aunque pareciera una locura, podrían tener que refugiarse en el futuro.

—Bueno, las consecuencias todavía están por ver. —Hannah se frotó los

ojos. Hizo oscilar los hombros y restregó los pies descalzos contra la gruesa alfombra. Parecía buscar las palabras para decir algo más—. Siempre he tenido un vínculo muy especial con Gerald, un vínculo misterioso... —Se detuvo de nuevo, como si planeara desarrollar lo dicho, pero concluyó diciendo—: Por el modo como son las cosas, ya sabes.

Marian se sintió la destinataria de una confesión muy valiosa e importante. Ciertas cosas tenían que ser dichas entre ellas antes de que pudieran volver a mirarse a la cara y reconstruir su muy alterada relación. Eso parecía preocupar a Hannah. Marian casi la sintió temblar de ansia, deseosa de ser cuidadosamente interrogada. Marian volvió a experimentar vergüenza. No se merecía ese papel. Solo alguien humilde podría interpretarlo debidamente. Deseó haber convencido a Denis para que entrara él en primer lugar. Pero Hannah no habría hablado con Denis. Eso le recordó además que se hallaba al borde de causar una gran decepción a Hannah. ¿Le hablaría de Denis? ¿Cómo podía hacerlo? Y, al mismo tiempo, ¿cómo podía no hacerlo? ¡Qué rápido habían encontrado todos consuelo! Se sonrojó. El silencio le exigía hablar y, esforzándose por ser precisa, dijo sin levantar la mirada:

—¿Tu relación con Gerald es diferente ahora?

—Sí. Diferente, muy diferente.

«¿Qué significa eso?», se preguntó Marian. Un dolor, sin duda fruto de los celos, la aguijoneó. Tenía que averiguar más antes de que el momento de apertura mutua concluyera. Estaba serena, aunque aquel era un clímax amoroso. Alzó los ojos en busca de los de Hannah y volvió a impresionarle lo cambiado del hermoso rostro.

—Hannah, ¿por qué no te vas con Gerald de todas formas? Después de lo que ha pasado, ¿por qué quedaros?

Esa era la cuestión hacia la que Hannah la había ido conduciendo. Y Marian distinguió algo muy próximo a la astucia en los dorados e iluminados ojos; astucia o cautela, o quizá era la mirada con la que alguien revela un secreto cuando se halla en una situación precaria. Hubo algo de imploración en la respuesta de Hannah:

—No había razones suficientes para irnos.

Con una súbita percepción del valor de Hannah, de su absoluta indestructibilidad, Marian escrutó su mirada, pero sin llegar a comprenderla. Luego pensó: «¡Dios mío, Gerald no quiso llevársela!». Y recordó la transfiguración de Jamesie, su triunfo, y a Gerald y Jamesie dominando la

escena abajo. Gerald, con un rápido gesto, como alguien que lanzara un lazo, la había atado, la había esclavizado mil veces más, y a continuación propuso que la situación prosiguiera como antes. Seguramente Gerald supo desde el principio que el telegrama era falso. Debía de haber telefoneado a Nueva York. Podía incluso haber enviado el telegrama él mismo. O podía haberlo enviado Jamesie. O, adoptando otra perspectiva, podía haberlo hecho Violet. O Peter podía en efecto haberlo enviado, pero sin otro propósito que el de generar tormento y confusión. Mientras Marian desplegaba el abanico de posibilidades, comprendió que Hannah estaba desesperada, catastróficamente acosada por sus enemigos, atrapada. Su propia culpabilidad la asaltó y ocultó la cara y agachó la cabeza hasta las rodillas.

—Vamos. Mírame. —La orden fue áspera.

Marian se irguió. Tenía que enfrentarse a Hannah, tenía que comprender lo que esta esperaba de ella. Un momento álgido o crítico de la conversación había quedado atrás y Hannah ya no parecía astuta ni suplicante sino muy resuelta, como si se dispusiera a explicarle un plan de trabajo importante y complejo. A Marian le pareció que el cambio de expresión respondía a que el velo o brillo espiritual, el extraño fulgor, había sido retirado para revelar las irregularidades de los rasgos que yacían debajo. Aun así, Hannah continuaba siendo bella.

—¡Basta de tonterías! —dijo Hannah dulcemente. Continuó luego en un tono más convencional, como si hablara de cosas cotidianas—. Debo vivir aquí y proseguir con esta tarea mía, sea cual sea, y estar preparada para hacerlo sola si es necesario. Pues lo que ha sucedido traerá consecuencias. Tengo la impresión de que debo volver a pasar por ello desde el principio porque hasta ahora todo ha sido un falso comienzo. El verdadero comienzo es *ahora*.

Marian pensó de inmediato: «Es inaceptable. No puede hacerlo», aunque no sabía exactamente a qué se refería Hannah. «Los siete años no pueden quedar reducidos a nada.» ¿Estaban al comienzo de otro ciclo? Marian se sintió como si las puertas de la prisión se cerraran ante ella.

—¡No, no, no!

—De hecho, quizá sea lo mejor hacerlo sola. Puedo despediros a todos, aunque no queráis ir. Ah, Marian, es posible seguir y seguir adelante y sufrir, rezar y meditar, imponerse una disciplina de extrema austeridad y que todo sea en vano, que sea un sueño.

—¡Oh, Hannah, para ya! —dijo Marian. Fue un grito amargo. El

encantamiento comenzaba de nuevo, las primeras palabras eran murmuradas con voz ronca; y fue más terrorífico cuando Marian comprendió, solo a medias pero con rapidez, que este se trataba de un hechizo mucho más extraño y peligroso que el antiguo. Era un hechizo que había absorbido al antiguo; era un hechizo superior, más majestuoso, más terrible. Casi deseó, como alguien haría ante un brujo susurrante y poderoso, transformar a Hannah en piedra antes de que le fuera arrebatado el juicio.

—Un sueño. ¿Sabes qué papel he estado interpretado? El de Dios. ¿Y sabes qué he sido en realidad? Nada, una leyenda. Una mano tendida hacia mí desde el mundo real me habría atravesado como si yo fuera de papel. —Su voz se volvió más profunda, resonante, como una salmodia, con toques del ronroneo propio del acento local, semejante al de las palomas. Su elocuente voz se pareció de pronto a la de Denis.

Marian tuvo un escalofrío. Quería romper el tono que se estaba imponiendo. No quería escuchar tales confidencias, conocer tales planes. Con un intento de brío, dijo:

—¿Interpretar a Dios? Claro que no. Dios es un tirano.

—El falso dios es un tirano. O más bien es un sueño tiránico, y eso es lo que yo soy. He vivido de mi público, de mis adoradores. He vivido de acuerdo a lo que ellos pensaban, a lo que tú pensabas, igual que vosotros habéis vivido de acuerdo a lo que creíais que yo pensaba. Y nos hemos decepcionado unos a otros.

—Hannah, hablas sin sentido. —Marian no quería ir tan rápido ni en aquella dirección. Sin embargo, Hannah no hablaba de manera excitada. Miraba el fuego y se retorció las manos como si fuera a manifestar una opinión firme y largamente meditada.

—Fue vuestra creencia en la importancia de mi sufrimiento lo que me hacía seguir adelante. ¡Ah, cómo os necesitaba a todos! Me he servido de vosotros como un vampiro, incluso me he servido de Max Lejour. —Suspiró—. Necesitaba a mi público, he vivido a vuestros ojos como un falso dios. Pero es el castigo del falso dios volverse irreal. Yo me he vuelto irreal. Vosotros me habéis vuelto irreal al pensar tanto en mí. Me convertisteis en objeto de contemplación. Igual que este paisaje. Yo lo he vuelto irreal a fuerza de contemplarlo interminablemente en lugar de entrar en él. —Se levantó mientras hablaba y paseó hasta la ventana.

Marian la vio, una figura oscura contra la lluvia gris. Gerald había penetrado

en el paisaje y lo había vuelto real. Pero ¿qué le sucedería ahora a ese paisaje? ¿Qué había en aquel paisaje extraño y desolado? Marian se había puesto también en pie.

—Pero tú has sufrido... —dijo con aspereza.

Hannah se volvió y su rostro, iluminado por la distante luz de la lámpara, pareció relucir y rielar contra la ventana gris oscuro.

—Todos me atribuísteis vuestros propios sentimientos. Pero yo no tenía sentimientos, estaba vacía. He vivido de vuestra creencia en mi sufrimiento. Pero no sufría realmente. El sufrimiento solo está empezando... ahora.

«Y Gerald es su herramienta», pensó Marian. Como bajo el efecto de una extraña droga, empezaba a ver nuevas normas, nuevos matices. Se estremeció. La idea de que Hannah estaba loca cruzó su mente como un meteoro y desapareció. Era ella misma quien tenía que conservar la cordura. Desesperada, pero con calma, dijo:

—Hannah, eres la más sublime egoísta que he conocido nunca.

—¿No acabo de decirte exactamente eso? —La voz se pareció mucho a la de Denis. Y, con una deliberada imitación del acento local, Hannah rio por un instante, y Marian también.

Se reunió con Hannah frente a la ventana y juntas contemplaron el paisaje legendario. Mientras veía caer la lluvia sobre el jardín desastrado y sobre la monótona ladera herbosa y sobre los resplandecientes y chorreantes acantilados negros y sobre el triste mar gris ferroso, Marian sufrió un ataque de desesperación, un asalto de mortalidad, como si la Muerte pasara ante su rostro y, no dispuesta todavía a llevársela, exhalara un aliento gélido en su boca. La lluvia caía sobre los oscuros estanques de los peces a ritmo brusco y entrecortado. ¿Tendría que quedarse con Hannah para siempre? El sufrimiento real solo estaba empezando.

Mientras Marian observaba el paisaje, los regueros de lluvia confundían su mirada, por lo que en el primer momento no distinguió si lo que parecía suceder allá abajo no era un truco de la gris e imprecisa luz. Hubo un movimiento, una irrupción de formas oscuras. Vio luego que dos figuras ataviadas con impermeables negros habían salido a la terraza y permanecían allí juntas, mirando al frente como si aguardaran algo. Las reconoció por su planta y el particular modo en que cada una parecía formar parte de un conjunto, como un grupo escultórico, Gerald y Jamesie. Hannah se puso rígida también, observándolos. Los dos hombres miraban en silencio hacia abajo.

Un minuto o dos después, materializándose entre el manto de lluvia, un gris más oscuro que surgía de la grisura que caía en cortinas, apareció otra figura, que se aproximaba lentamente. Hannah emitió una pequeña exclamación, un pequeño grito ahogado. Marian observaba la figura desconocida. Iba también envuelta en un impermeable, con una capucha sobre la cabeza. Luego, también

con una exclamación, se volvió sorprendida y aterrada hacia Hannah, pues lo había reconocido. Era Pip Lejour, y llevaba una escopeta.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Denis se apoyó contra la puerta.

—¿Va a recibirlo? ¿Lo dejo pasar?

Hannah continuaba de pie ante la ventana. No se había movido cuando Pip entró en la casa. Seguía contemplando la lluvia. Habló por encima del hombro.

—Así que a Gerald no le ha importado.

—El señor Lejour se ha mostrado muy decidido.

—¿Está ahí fuera? Déjalo entrar. No, espera un minuto.

Se volvió hacia el interior de la habitación, ciñéndose mejor la bata y atando de nuevo el cinturón. Se acercó a uno de los espejos y se miró. No se tocó la cara ni el pelo.

—Que pase.

Marian se encaminó a la puerta.

—Espera, Marian. Quiero que tú y Denis os quedéis mientras hablo con él.

Marian miró a Denis pero la cara de él estaba petrificada, huraña, la cara de un montañés, de un partisano, y no le devolvió la mirada. Con una sensación casi de peligro físico ante lo que iba a suceder, Marian volvió junto a la ventana y se apartó todo lo posible. Hannah tomó asiento en una silla de respaldo recto y la giró un poco hacia la puerta. Denis abrió la puerta.

Pip se había quitado el impermeable, pero seguía llevando el arma. Sus botas estaban cubiertas de barro y un olor a lluvia y tierra y mar entró con él en la habitación. A pesar de las toscas ropas de campo, parecía esbelto, elegante, felino, o, por la cabeza pequeña y lustrosa y el largo cuello, una hermosa serpiente. Dio uno o dos pasos y se detuvo ante Hannah, muy erguido, como un soldado. Denis cerró despacio la puerta y se sentó en el suelo, apoyado contra ella.

Pip y Hannah se miraron en silencio largo rato, él serio y pensativo, como ante un gran cuadro, ella sombría, casi malhumorada, apartando la vista de él, dejándola vagar, volviendo a mirarlo.

—¿No te importa que haya venido? —Fue una pregunta formulada con tranquilidad, como si hubiera estado con ella el día anterior.

—Por supuesto que me importa. ¿Qué quieres?

—Sacarte de aquí.

—¿Por qué me lo dices ahora? Podrías haber venido a decírmelo en

cualquier momento de todos estos años. Has estado aquí con frecuencia, vigilándome. Marian, mis cigarrillos, por favor. —El tono fue de irritación contenida. Pero cuando Marian fue a encenderle el cigarrillo, las manos de Hannah temblaban de tal manera que la operación resultó casi imposible.

—Ahora es diferente. Ya no hay razón para que sigas aquí.

—Eres un animal.

—En absoluto. No quiero ser testigo de lo que pase a continuación. Todo ha cambiado. Cuando salga de aquí esta vez nunca volveré. Pero quiero llevarte conmigo. —Hablaba suave y rítmicamente, con la autoridad de un sacerdote.

—Ciertas cosas pueden haber cambiado, pero no mis intenciones —contestó ella con idéntico tono, recostada en la silla, un brazo echado hacia atrás, una pierna extendida. Sus figuras inmóviles estaban conectadas por líneas de fuerza que anulaban a los testigos, como si ambos formaran una cápsula cerrada de violencia.

—No puedes hacerlo de nuevo. Todo se ha venido abajo. No te engañes, Hannah, estás cansada.

Ella cerró los ojos y la verdad de aquellas palabras pareció hacerla flaquear por un instante.

—Dices que todo se ha venido abajo. ¿Cómo era antes?

Él guardó silencio un momento. Se volvió y dejó la escopeta apoyada contra el escritorio. Cruzó los brazos, mirándola, y pareció como si reflexionara por vez primera sobre su pregunta.

—¿Importa realmente? Emprendiste algo demasiado difícil.

—Bueno, ahora voy a emprender algo incluso más difícil. —El cigarrillo le estaba chamuscando el pelo. Lo apartó. El olor a pelo quemado se propagó por la habitación.

—No, no. No puedes hacer lo que pretendes. Sencillamente, no sabes cómo. Cruza las puertas y entra en el mundo real.

Ella guardaba silencio como si lo escuchara con atención. Luego dijo de manera llana:

—¿Contigo?

—Conmigo. He superado mi propia vigilia, Hannah, equivalente a la tuya. Y el último día he aprendido lo que debería haber sabido el primero. Vamos.

Ella habló en voz baja, igual que alguien que escuchara una historia:

—¿Y qué haremos si cruzamos las puertas juntos?

Pip la miró. El mero hecho de que ella planteara en voz alta la posibilidad lo

hizo resplandecer, como ante una inminente metamorfosis. No se puso más tenso, sino que se relajó, igual que un bailarín de ballet antes de acometer un movimiento.

—Lo decidiremos cuando estemos fuera. Lo decidiremos como la gente en el mundo decide las cosas, considerando esto y lo otro, considerando las posibilidades. Sabes que puedes rechazarme para siempre en cuanto nos vayamos. —Una sonrisa iluminó por un instante la máscara de tristeza y ecuanimidad.

Hannah emitió un largo suspiro y apartó la vista de él.

—Dudo que realmente lo quieras. Pero ¿por qué crees merecerlo? —Habló como una reina, alguien que se tiene a sí mismo en elevada consideración.

—Soy el único que te ha amado y no se ha servido de ti.

—¿Qué has estado haciendo todos estos años si no ha sido «servirte de mí»?

—Esperar que despertaras. Has despertado. Ahora estás despierta. Vamos, muévete, actúa, antes de dormirte de nuevo.

—¿Piensas que Gerald me ha despertado?

Pip descruzó los brazos y extendió las manos goteantes en gesto de súplica.

—Tengo derecho...

—Quieres decir que si alguien va a poseerme, tienes que ser tú. ¡A lo mejor ha sido a ti a quien Gerald ha despertado!

Lo dijo con rudeza y, por un segundo, Marian, observándola desde la ventana, paralizada y casi sin respiración, la vio no como una reina, sino como una gran cortesana, la vio, pensó de pronto, como la veía Violet Evercreech: como una mujer capaz de crímenes infinitos.

Pip la miró y la solemnidad de su expresión se disolvió en súplica. Luego efectuó un movimiento. Todos en la habitación se estremecieron. Pero él no hizo más que adelantarse e hincar una rodilla en el suelo. Restaba aún un espacio entre los dos.

—No preguntes qué ha supuesto para ti, para mí, este intervalo. Olvídalo. Me amaste una vez. Recuerda aquel amor. Es tu única posibilidad de vivir.

Hannah guardó silencio, en reposo, mirándolo fija y pensativamente, como a un hermoso muchacho llevado a juicio. No parecía tanto reflexionar sobre la cuestión como, simplemente, ser una testigo.

Marian no pudo soportarlo.

—Ve con él. Tu ropa sigue en los baúles. Di a Denis que traiga el coche. Eres la señora de esta casa —dijo. Se colocó tras la silla de Hannah. Denis se

había levantado y se había acercado también.

Hannah y Pip prosiguieron mirándose como si nadie hubiera hablado y, al cabo de un momento, Marian se preguntó si no habría pronunciado esas palabras nada más que en su cabeza. La inmovilidad continuó y luego Hannah comenzó a moverse, agitada. Fue como el momento que sigue a cuando el anfitrión se pone en pie, cuando el silencio fruto de la adoración se rompe poco a poco. Habló en el viejo tono molesto, casi lastimero.

—No, Pip. Ojalá no hubieras venido. No había razón.

Pip se puso despacio en pie.

—¿Por qué no?

—Creía que no tendría importancia. Creía que nunca te volvería a ver. Puede que no te hayas servido de mí, pero yo me he servido de ti.

—No, no —dijo él quedamente, haciendo a un lado las palabras de ella mediante un gesto.

Pero ella siguió adelante, toqueteándose el cuello de la bata, y se giró un poco hacia la ventana mojada por la lluvia.

—He sufrido demasiado por ti. Al principio. El sufrimiento no concluyó en mí. Lo proyecté hacia ti en forma de resentimiento. Si no lo entiendes es que eres el tonto de la historia. ¿Esperabas que no te culpara? ¿Esperabas que siguiera amándote? ¿Esperabas que no te maldijera?

—Sí, creo que esperaba todo eso —contestó él en voz baja, tras un momento de silencio.

—¡Pues esperabas demasiado! —Fue la voz de una mujer ofendida y quejumbrosa—. Eres una imagen del pasado. No puedes obrar milagros en mí, Pip. No tendrías que haber venido a verme. Vete. Vete, como has dicho, de Riders y no vuelvas nunca. ¡Vete, vete, vete!

Él la contempló y su rostro se tornó sereno, como si ella se hubiera distanciado de él, a las lejanías del arte. Las lágrimas le asomaron a los ojos y parpadeó para contenerlas. Eran lágrimas gruesas, como las que los hombres derraman en soledad por las cosas bellas. Llorar así por un ser humano era el más desolado de los homenajes.

Lentamente se encaminó a la puerta. Se detuvo.

—¿Envío a mi padre a verte? —Parecía una pregunta inconexa, el comienzo de otro tema de conversación.

Hannah se puso en pie y la rabia y el resentimiento colmaron su persona.

—¡No! ¿Qué tengo que ver con tu padre? Deja que él siga su camino y yo el

mío. Vete.

Denis abrió la puerta. Pip se había detenido y vuelto hacia Hannah como si fuera a seguir implorando. Entonces entró Gerald.

No había duda de que había estado aguardando y escuchando fuera y que entraba para poner fin al encuentro. Marian notó cómo en ese instante Gerald atraía el odio de cuantos estaban en la habitación y, aunque nadie se movió, fue como si todos se arremolinaran a su alrededor. Había un agujero negro donde él se encontraba.

La habitación estaba casi a oscuras. La lluvia no cesaba de sisear en el exterior. Gerald sonreía. Hannah fue lentamente hasta la ventana y apoyó la frente contra el cristal. Gerald mantuvo la puerta abierta, Pip salió sin apresurarse y Gerald la cerró. Fue la derrota de un hombre ante una bestia.

Hubo un silencio.

—¡Vaya! —dijo Hannah en voz baja, como para sí misma.

Gerald aguardaba, apoyado contra la puerta cerrada, para dar tiempo a Pip a salir de la casa. Seguía sonriendo. Luego volvió a abrir la puerta.

—Vosotros dos, fuera. Moveos.

Denis, que había permanecido inmóvil, emitió una exclamación y, por un segundo, Marian creyó que iba a atacar a Gerald. Pero, en lugar de eso, salió corriendo. Marian lo siguió despacio. Acumuló coraje para hablar a Hannah, para tocarla, pero no pudo reunir el suficiente, ni siquiera fue capaz de mirarla. Todo lo que vio fue la cara sonriente de Gerald. Cuando pasaba a su lado, él extendió una mano y la agarró del brazo. Ella se vio atrapada como una niña aterrorizada y víctima de un castigo.

—Ve a tu habitación, doncella Marian, y quédate allí. Querré hablar contigo.

La empujó hacia la puerta. Lo último que ella vio fueron sus dientes: anchos, blancos y metálicos. Un instante después se encontraba fuera, y la puerta tenía el pasador echado.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

La luz en la casa era cetrina y fría. Corrió por el pasillo de arriba, pero no alcanzó a ver adónde había ido Denis. Los cortinajes ribeteados de borlas le acariciaron la cara al atravesarlos. Se detuvo en la cabecera de la escalera y lo llamó en voz baja. El lugar estaba en silencio. Aun así, tenía la impresión de que había gente emboscada tras las puertas. Asustada por la casa, se acercó a una gran ventana en el rellano. La lluvia se colaba por la rendija del marco y formaba un charco en el suelo. Miró el jardín amarillento, azotado por la lluvia, y sufrió un sobresalto al ver una figura de pie junto a uno de los estanques de los peces. Reconoció a Denis. Su presencia solitaria bajo la lluvia y el rápido traslado de la casa al jardín le otorgaban una cualidad fantasmagórica.

Marian bajó corriendo las escaleras y salió por la parte trasera de la casa a la terraza resbaladiza y reluciente. La lluvia había amainado un poco. La envolvió en una nube fría, fragante, móvil, penetrante, mientras corría hacia Denis. Él contemplaba la superficie negra y temblorosa del estanque. Tenía el pelo aplastado contra la cabeza en largos y oscuros mechones y el agua le goteaba de la nariz y la barbilla.

—Denis, Denis, ven adentro. Te estás empapando. Ven conmigo, ven adentro.

Él la dejó llevarlo de regreso a la casa y luego al salón. La lluvia permanecía en forma de gotas sobre el *tweed* de su abrigo y, mientras Marian se las sacudía, él aguardó ensimismado y silencioso, mirando a la nada. Ella fue en busca de una toalla y, cuando volvió, él se había tumbado boca abajo en el sofá. Marian lo miró un momento y luego se secó despacio la cara y el pelo. Aislado de ella por su quebranto, él casi le causaba terror. Ella se sentó en el suelo, a su lado.

Todo era como antes. Al mismo tiempo también era distinto, mucho peor. El tiempo anterior, que en algunos momentos había parecido una pesadilla, se presentaba ahora como un periodo de inocencia e inconsciencia y paz. Había imaginado que algo había concluido y que ella había quedado en libertad. Había estado dispuesta a irse. Pero no fue más que otra vuelta de la tuerca, un paso al siguiente giro de la espiral. No era libre de irse, estaba más profundamente implicada que nunca; y si Hannah escogía sufrir, ahora el

sufrimiento sería para todos, sin que pudieran hacer nada por evitarlo.

Cogió la mano de Denis. Estaba tan fría y flácida como un pez muerto. Seguía teniendo la cara enterrada en los almohadones. Qué poco sabía ella de aquel ser al que se sentía tan unida. Al codiciarlo, al apropiárselo, ¿le había infligido un daño por el cual ahora él la detestaba? Recordó lo que había dicho: «Somos desleales, desleales». Cuánto más desleales parecían ahora, convocados de nuevo a sus lugares iniciales. Y mientras Marian miraba la espalda encorvada y los oscuros mechones de cabello de su nuca, pensó: «No soy la igual de Hannah, dado que estoy ligada a ella a través de él».

Pensó también: «Ahora él está ligado a ella a través de mí y puede odiarme por ello». La sombra de Hannah se había cernido sobre Marian en la charca de los salmones. Por una doble causa, por Gerald y por ella, Denis debía de ver a Hannah como una mujer a la que era posible poseer. Los padecimientos de él, que antes eran simples y puros, se hallaban ahora mancillados. Pero todos en la casa estaban mancillados por lo que Hannah había hecho y, dado que Hannah ya no era inocente, no podía salvarlos.

«Es extraño —pensó—, que ya no haya nadie a quien recurrir, ni siquiera a Peter. Ya no hay nada fuera de aquí. Todo está dentro, la esfera se ha cerrado sobre sí misma, y no podemos salir.» Pip se había ido, no seguiría aguardando y vigilando. Effingham había desertado al mundo de la cotidianidad y la razón. Ella y Denis eran nada más que sirvientes acabados. El mundo de los seres humanos llegaba para ellos a su fin. Ya solo podían esperar a que Gerald apareciera y los condujera a latigazos a las cuerdas y los transformara en cerdos.

Marian se descubrió llorando en silencio. Pensó: «Me estoy volviendo un poco loca». Gerald le había dicho que fuera a su habitación y esperara. Mediante Hannah, ahora Gerald los tenía a todos a su disposición. Gerald creció en su fantasía, lo vio como un negro, un moro colosal. Y Marian comprendió con horror profético la naturaleza de la nueva espiral. Temía y detestaba a Gerald; sin embargo, algo dentro de ella decía claramente: «Haz tu voluntad».

Preso de un súbito ataque de miedo se arrodilló junto a Denis y lo zarandeó.

—Por favor, hágame. Pienso cosas terribles. Denis, ¿qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer por Hannah, por nosotros?

Él se volvió lentamente. Su cara, en la que ella esperaba ver agonía, se hallaba curiosamente serena y pensativa. Se colocó boca arriba, mirando al

techo con los ojos de par en par y, durante un momento, guardó silencio.

—Ojalá ella no hubiera hecho *eso*. Nos ha cambiado a todos.

—Lo sé. —Era un alivio, el mero hecho de hablar, como el consuelo de un rezo—. Denis, me da mucho miedo Gerald.

Denis murmuró, sin dejar de mirar al techo:

—Se ha vuelto como él. Se ha convertido en él. Eso es lo que ha pasado.

—Quieres decir que...

—Gerald es Peter ahora. Ocupa el lugar de Peter, está poseído por Peter, incluso se parece a Peter. Ya no es lo que mantiene a Peter alejado de ella. Ya nada lo mantiene alejado de ella.

—Por lo tanto, las cosas están como al principio. Este es el principio.

—Pero peor. Peter, Gerald, han aprendido mucho en siete años. No se trata de una cuestión física, sino espiritual.

Marian guardó silencio. Tenía miedo de enfrentarse a lo que Denis estaba convocando; tenía miedo de Denis, aquel hombre repentinamente frío, salvaje, preocupado. Su rostro era, no obstante, bello, y más joven, como si una ráfaga de viento se hubiera llevado todas las arrugas fruto del desasosiego y la pesadumbre. Ella no comprendía esa súbita calma, que no la ayudó a tranquilizarse.

—¿En qué estás pensando? —dijo Marian por fin.

—En si no se debe combatir el mal con el mal.

—¡No! —Pero no lo dijo, lo supo en aquel mismo instante, porque detestara el mal, sino porque le tenía demasiado miedo.

Apenas había pronunciado su respuesta cuando oyó un sonido atronador que hizo temblar toda la casa. Marian se puso en pie de un salto, aterrada, pero no más rápido que Denis, que ya estaba en la puerta, lanzando, mientras se extinguían los ecos del extraño sonido, un profundo lamento de dolor. Entonces se dio cuenta Marian de lo que había sido. El sonido de una escopeta disparada en el piso de arriba.

Denis y Marian cruzaron la antesala. Oían tras ellos el sonido de pies que convergían a la carrera desde diferentes partes de la casa. Denis había farfullado algo para sí mientras corría. Se arrojó contra la puerta. Continuaba cerrada. Marian tenía la impresión de que gran cantidad de gente se apiñaba a su espalda. Denis se había puesto a asestar patadas a la puerta, astillando la

madera, cuando de repente se descorrió el pasador y la puerta se abrió despacio desde dentro.

Fuera, ellos quedaron en silencio. Denis entró en la habitación y Marian lo siguió. Hannah estaba de pie ante la ventana y contemplaba la lluvia. La escopeta se encontraba apoyada contra su muslo. Su rostro mostraba el mismo aspecto calmado y angelical que el de Denis hacía unos momentos. Gerald yacía en el suelo.

Denis corrió hacia Hannah y le arrebató el arma. Marian miró lo que había a sus pies. Lo que vio no dejaba ninguna duda. Fue consciente de que Hannah se desplomó lentamente y de que Denis se arrodilló junto a ella. Oyó el leve golpe de la cabeza dorada rojiza contra el suelo. Retrocedió para no ver más. La esfera estaba hecha añicos y el cielo abierto los contemplaba. Hannah les había traído el día del juicio.

PARTE SEIS

CAPÍTULO TREINTA

Effingham y Alice se detuvieron en el recibidor en penumbra. Había un olor penetrante y desagradable, como de algo quemándose. Un extraño sonido provenía del salón, un sonido cantarín, modulado, quejumbroso, que subía y amainaba sin cesar. Effingham había pasado el tiempo suficiente en aquella parte del mundo para reconocer lo que era y tuvo un escalofrío. Alice le tomó la mano. Parecía no haber nadie por allí. Sin embargo, habían acudido de inmediato tras recibir la nota de Marian con las atroces noticias.

Susurraban entre ellos, no atreviéndose a hablar en voz alta. Marian apareció entonces en lo alto de la escalera.

—Ahí no. Subid a mi habitación, ¿queréis?

La siguieron, penetrando en la oscuridad. La lluvia continuaba cayendo con fuerza y el plomizo cielo vespertino era incapaz de introducir luz en la casa. Había una lámpara encendida en la habitación.

Marian cerró la puerta y se volvió para mirarlos, emitiendo un pequeño gemido. Alice la abrazó. Effingham miró a las dos mujeres, agarradas una a la otra con los ojos cerrados. Se sentía paralizado, estúpido, colmado de horror ciego y repugnancia. Apenas podía creer lo que Marian decía en su nota.

Alice la soltó lentamente.

—¿De quién son esos lamentos?

—De la madre de Gerald. Lleva en la casa... desde entonces.

—¿Por qué no nos avisaste de inmediato? —dijo Effingham.

—Han pasado muchas cosas hoy. Ha venido la policía. Jamesie tuvo que ir a Blackport para contactar con ella y llamar a Nueva York. Y alguien tenía que cuidar de Hannah. Denis está ahora con ella. Y yo no pude encontrar a nadie que llevara la nota. Oh, Dios...

—Calma, calma —dijo Alice—. Habríamos llegado antes si no hubiéramos tenido que tomar la carretera del interior por culpa de la lluvia. La carretera de abajo está cortada por un corrimiento de tierra. Y la mitad de vuestro camino ha desaparecido. Casi no hemos podido llegar. ¿Qué pasó con la policía?

—Fue muy raro. Eran hombres terriblemente simples. Violet se limitó a decirles que se había producido un accidente espantoso, y ellos tomaron nota

de todo tal como se lo contó.

—Considerarán que es asunto nuestro. No creo que vuelvas a saber de ellos. Nosotros nos hemos deshecho de tu nota, por supuesto. ¿Dijeron si habría una investigación?

—Dijeron que no había necesidad. El hombre de la funeraria también ha estado aquí. Se enteró de alguna manera y vino por iniciativa propia. Dice que no podemos enterrar a Gerald hasta que deje de llover. Oh, Alice...

Effingham se aproximó a la ventana. Miró hacia las profundidades de la lluvia. No se veía nada salvo lluvia gris detrás de más lluvia.

—¿Qué pasa con Nueva York? —preguntó él.

—Peter viene en avión. Debería estar aquí en algún momento de esta noche o mañana temprano. Alguien tendrá que ir a recogerlo al aeropuerto.

—¿Y Hannah?

—No ha dicho ni una palabra desde entonces. He estado con ella, y Denis ha estado con ella, y también Violet. Se limita a permanecer callada con mirada de desconcierto. Ha almorzado algo y tomado el té, como de costumbre, pero no quiere hablar. La mantuvimos alejada de la policía, por supuesto. Violet dijo que Gerald estaba limpiando la escopeta cuando sucedió.

—¿Crees que ha...? —A Effingham se le atascaron las palabras—. ¿Crees que ha... enloquecido, que ha perdido la razón?

Marian se secó los ojos.

—No lo sé. Es víctima de una terrible impresión emocional, pero ya lo fue en el pasado y lo superó. No creo que esté más loca de lo que ha estado siempre.

—Y todos sabemos cuánto lo está —dijo Alice cortante.

—¿Debería ir a verla? —preguntó Effingham.

Desde que había salido de la casa esa mañana, Effingham había estado hablando de manera casi continuada con Alice. El tema de su conversación había sido Hannah, o más bien el propio Effingham. Se lo había explicado todo a Alice desde el mismísimo principio. Ahora él lo comprendía, sabía exactamente lo que había pasado. Hannah había sido para él la casta madre-diosa, la madre virgen. El pecado que Hannah redimía, mediante su sufrimiento sin culpa, era el de la traición que la madre de Effingham había cometido con el padre de este. Hannah era la madre aislada, inmaculada, casta, el motor inmóvil. A causa del resentimiento inconsciente por el pecado sexual de su madre, Effingham se había visto, explicó, incapacitado para

entablar relaciones satisfactorias con las mujeres, más allá del amor cortés. Identificaba a la mujer a la que amaba con su madre y la convertía en inabordable y la santificaba.

Hannah encajaba perfectamente en el papel. O lo había hecho. Por supuesto, ahora era imposible. En realidad, él no había amado a Hannah, había amado a una figura de ensueño que había superpuesto a la Hannah real, mientras esta permaneció casta e intocada. Ahora se daba cuenta, tras el derrumbe de toda su estructura emocional, de lo que había estado persiguiendo. Era realmente interesante y curioso. Cuando escrutaba en su interior, era como si su amor por Hannah se hubiera interrumpido, como si hubiera sido desconectado de manera repentina. Por supuesto, las cosas no suceden así de rápido y no podía considerarse «curado». La dificultad residía en transferir al terreno de la pasión las novedades que la razón estaba tan dispuesta a aceptar. Tendría que asimilar despacio lo que había hecho, hacérselo entender al conjunto de su ser. Y cuando lo hubiera comprendido y aceptado por completo, sería libre para amar como es debido, para escapar de aquel frustrante patrón de comportamiento. Por fin se comprendía a sí mismo; pero tendría que recitar la respuesta, como un encantamiento, muchas veces antes de ser libre de veras. Alice tendría que ayudarlo. Ella le tomaría la lección. Y cuando él se la hubiera recitado suficientes veces, pasaría a ser completa y sinceramente de ella, aquí, en el presente, como lo había sido de modo profético durante su largo pasado en común. Con ella se sentía en casa. Ella era real y lo había sido todo el tiempo. No tenía más que recitarle el exorcismo una y otra vez y todo iría bien.

Alice lo había escuchado con cara de escepticismo y repentinos ataques de lágrimas, pero le había mantenido agarrada la mano mientras él hablaba sin cesar durante horas. En dos ocasiones ella le había sugerido que hablara con su padre, pero Effingham había rehusado. No estaba preparado aún para enfrentarse a Max. No había repetido el encantamiento las veces suficientes. Max no lo comprendería. Effingham tenía que endurecerse más, tenía que convencer del todo a Alice antes de enfrentarse a Max. Por supuesto, Alice había ido a ver a su padre para contarle lo que había pasado en la otra casa, pero por lo visto Max no había pedido ver a Effingham. Y así habían ido pasando las horas.

La llegada de la nota de Marian había puesto un abrupto final al autoanálisis de Effingham, que para entonces se había vuelto febril y repetitivo. Su

reacción tras saber lo sucedido fue, después del fuerte impacto inicial, una especie de violenta culpabilidad indistinguible del resentimiento. ¿Cómo podía revelarse de manera tan espantosa que estaba equivocado, justo cuando empezaba a desenredarse a sí mismo y a poder hablar con honestidad y sentido de su situación? Su siguiente reacción fue una lástima indistinguible del horror. ¿Qué había hecho Hannah? ¿Qué había hecho esta vez y qué había hecho en el pasado? Porque el nuevo crimen arrojaba sobre el antiguo una luz escabrosa; y el grito de Violet Evercreech volvió a sonar en su cabeza: «Una mujer adúltera y homicida». Sintió luego compasión y sintió luego miedo. Supo que nunca había comprendido a Hannah, ni vislumbrado la violencia que yacía detrás de su aparente resignación. La había visto como un ser inocente, como un cordero conducido al matadero. ¿Por qué? Él había tenido buenas razones para sufrir a manos de ella; sin duda ella había tenido las suyas para sufrir a manos de Peter. Si para él todo había sido una mascarada psicológica, de igual modo para ella había sido algo que tenía poco que ver con el mundo espiritual, cuya luz a él tanto le había agradado ver brillar alrededor de Hannah. Finalmente todo había resultado ser violencia, lo había sido todo el tiempo. La más reciente era la manifestación casi despreocupada de una fiereza de carácter que a él lo asombraba por no haberla percibido antes, una fiereza que él habría temido. El cambio en la situación de Hannah, que había afectado también a la liberación de Effingham, había desatado tal violencia. Y ahora que un hombre había muerto, un nuevo estado de las cosas, diferente en una medida inimaginable, debía comenzar, justo ahora que Effingham empezaba a comprender el antiguo. Había mirado con asombro asqueado las ropas de Gerald, que todavía tenía en su habitación de Riders. Un misterio con la capacidad de transformarlos a todos había descendido sobre ellos. Fue entonces cuando quiso desesperadamente hablar con Max, pero el anciano rechazó verlo.

Effingham se creía obligado a preguntar si podía ver a Hannah, aunque no estaba preparado en absoluto. Sentía miedo, culpa y vergüenza. No podía evitar creer que lo que había pasado era, aunque no sabía cómo, culpa suya. En el momento de mayor necesidad de Hannah, él la había abandonado por Alice. O más bien, la había abandonado por una preocupación más perentoria, que ahora le parecía abstracta, referente a su propio destino. El amor de Alice por él le había proporcionado el lugar, el vacío, al que él había podido retirarse para recobrar el control de sí mismo. Sin embargo, había sido en

cierto modo inevitable; parecía como si el destino de Hannah, al disponerse para un desenlace violento, lo hubiera dejado a un lado. Effingham había sido apartado por inútil. Sintió que su culpabilidad se fusionaba con el resentimiento y con un miedo absoluto a Hannah, como a algo venenoso o radioactivo. Se estremeció y experimentó asco al pensar en lo que ella había hecho, con una intensidad como si él mismo se hallara bajo amenaza. En realidad no quería verla.

—No creo que haya ninguna razón para que la veas —dijo Marian—. No hablará contigo y no creo que debamos preocuparla más. —La voz le tembló, llorosa—. En cualquier caso, no creo que Violet y Jamesie permitan a nadie verla, salvo a mí y a Denis, hasta que llegue Peter. Uno de los dos está siempre en la antesala. La tienen encerrada.

—Así que Violet y Jamesie han asumido el control —dijo Alice.

—Bueno, alguien tenía que hacerlo —dijo Marian enfadada, como si la estuvieran acusando—. A Denis no le preocupa nada salvo estar con Hannah y dudo que abra la boca. Alguien tenía que lidiar con la situación, y yo no podía hacerlo sola. Fue Violet quien se hizo cargo en realidad.

—¿Estaba Jamesie muy disgustado?

—Sí, supongo. Se comportaba de forma extraña. Al principio estaba completamente histérico. Luego se calmó de pronto y empezó a correr por la casa en busca de cosas.

—¿En busca de cosas?

—Sí, cartas y otras cosas. Él y Violet prácticamente han desarmado la casa buscando papeles y cosas. Una doncella dijo que buscaban el testamento de Hannah.

—¿Su testamento? —preguntó Effingham. Lo estremecía lo tenebroso de la habitación y el silencio del resto de la casa. Fuera estaba oscureciendo. Tuvo un escalofrío.

—Sí. Me parece que Violet cree que Hannah hizo testamento en su favor y quiere ponerlo en lugar seguro antes de que llegue Peter. Y hay muchas cosas más, cosas que quieren esconder o destruir. Jamesie ha quemado un montón de fotografías. Han estado quemando cartas y toda clase de papeles. No podían hacerlo fuera, así que ha habido una hoguera permanente en la caldera de la cocina. Tenéis que haberlo olido al entrar.

—Ya me imaginaba —dijo Alice secamente— que esta casa necesitaba una buena limpieza y algún arreglo antes de que Peter volviera.

—Peter, sí. No puedo creer que esté en camino. Mañana a esta hora estará aquí.

Guardaron silencio. Alice subió un poco la intensidad de la lámpara. Persistía el monótono fragor de la lluvia. Los lamentos llegaban distantes desde abajo. Effingham pensó: «Pobre Gerald». A continuación, pensó: «Podría haber sido yo». ¿Quién sabía si la violencia acumulada entre aquellas paredes durante los años de silencio de Hannah había consumido toda su fuerza? Deseó desesperadamente salir de la casa.

—Marian, tienes que dejar que nos quedemos —dijo Alice.

Marian se puso en pie. La lámpara le iluminaba medio rostro. Se tapó la boca con la mano. Fuera ya había oscurecido.

—Estoy aterrada —dijo—. Me gustaría mucho que os quedaseis. Casi no he hablado con Denis, pero sé que le asusta que Peter, cuando llegue, pierda los estribos o algo semejante.

—Pero nuestra presencia aquí, como intrusos, solo lo enloquecerá más —dijo Effingham. Le asustaba, le aterraba la idea de que Peter lo encontrara en la casa.

—He pensado en eso. Me asusta aún más lo que pasará si no estáis. Quiero llenar la casa de gente. Todo puede reducirse a superar las primeras veinticuatro horas sin que nada malo suceda.

Effingham empezó a protestar de nuevo, pero la voz de Alice se impuso.

—Effie, uno de nosotros tiene que volver y decir a mi padre que nos quedamos. ¿Voy yo?

—Eso es —dijo Marian, y su voz aguda y nerviosa sonó, aun así, resuelta—. Quiero que vayáis y traigáis a tu padre. Quiero que esté en la casa cuando llegue Peter. Si él está aquí, creo que todo irá bien.

—¡Traer a Max! —Effingham se puso en pie de un salto. Esa era otra forma de violencia. Necesitaba tiempo para dar forma a su interpretación personal de la historia, para reagrupar sus emociones, para planear su propia salvación. No quería que Max irrumpiera en escena. No quería que Max lo implicara en ningún bosquejo del destino de Hannah. La historia, después de todo, era de él, de Effingham, había sufrido lo bastante por ella.

—Buena idea —dijo Alice, como si fuera una sugerencia de lo más normal—. Voy a buscarlo, Effie.

—Voy contigo —dijo Effingham—. Puede que haya que convencerlo. Y, en cualquier caso, necesito ropa y algunas otras cosas. —No pensaba quedarse en

la casa, con Hannah encarcelada y Peter en camino.

—Entonces es mejor que vayamos ahora mismo —dijo Alice—. Dentro de poco las carreteras pueden ser intransitables.

—Sí, sí, id... Y volved con tu padre, sea como sea. Tomad, coged la lámpara. Yo tengo una vela. No bajaré con vosotros. Volveré con Hannah. Pero regresad pronto, muy pronto. Estaré esperándoos, atenta al ruido del coche. Regresad pronto. Estoy muy asustada.

Les abrió la puerta, y la lámpara, en manos de Alice, mostró el pasillo a oscuras y los cortinajes de terciopelo rojo sujetos con lazadas. Los lamentos se oían más fuertes, regulares, incesantes. El olor a papel quemado llegaba desde abajo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Marian se despertó sobresaltada y, al recuperar la consciencia, el terror la invadió y paralizó de inmediato. La estancia estaba negra como boca de lobo, pero sabía que había alguien junto a ella. Intentó moverse o hablar, pero fue como si algo le atenazara la garganta. Jadeó y se encogió de miedo.

Luego, con un sonido áspero, se encendió una cerilla y vio la cara de Jamesie muy cerca, sobre la suya.

Debían de haber pasado varias horas desde que Denis partió en el Land Rover hacia el aeropuerto.

—¿Ha llegado?

—Sssh. No, nadie ha llegado. Son solo las cuatro.

Las cuatro. ¿Por qué Alice y Effingham no habían vuelto con Max? No tendría que haber dejado que se fueran.

Marian había estado durmiendo en un sofá en la antesala de Hannah. Se había quedado con Hannah hasta que esta dio muestras de querer irse a la cama. Hannah no había hablado todavía, aunque al final de la tarde había empezado a murmurar para sí. Marian no llegó a entender lo que decía y varias veces había tratado en vano de que Hannah hablara con ella. Había ayudado a Hannah a meterse en la cama y la había visto caer dormida al instante. El bello rostro, que durante el día había estado arrugado por un fruncimiento de perplejidad y dolor, se volvió terso y joven, colmado de inocencia y perdón. A lo mejor Hannah había olvidado y ya nunca recordaría. A lo mejor, pensó Marian mientras la observaba sentada a su lado, se había olvidado de Gerald, y antes se había olvidado de Peter, de lo que había hecho a Peter. Esa idea trajo consigo la imagen del marido mutilado que volvía a casa y Marian tuvo un escalofrío y se volvió hacia la puerta, donde había una figura alta.

Era Violet Evercreech. Había ido a cerrar la habitación. Dijo a Marian que podía quedarse dentro o salir, pero que la puerta debía permanecer cerrada hasta la mañana. Marian no quería que una puerta cerrada la separara de Hannah. Pero decidió que sería mejor aguardar fuera. Esperaba de un momento a otro al grupo de Riders. Así que salió, dejando a Hannah dormida, y vio a Violet girar la llave en la cerradura de la sala de estar de Hannah e irse. Después de eso, Marian se hizo con unas mantas y se tumbó en el sofá de

la antesala. Se durmió de inmediato.

—Enciende la vela. Está ahí. —Marian habló en voz baja. El dormitorio de Hannah estaba a continuación de la sala de estar, pero no quería arriesgarse a despertarla. Temía el retorno de Hannah a la consciencia.

Jamesie encendió la vela y la colocó sobre la mesa, al lado de ella. Continuaba mirándola.

Marian tuvo miedo de Jamesie. Ahora tenía miedo de todos. Había tenido miedo de Denis, por sus prolongados silencios, por su aire de encontrarse en otro sitio. Era como si su espíritu hubiera volado del cuerpo. Él había cogido la mano de Marian cuando estaban juntos y la había acariciado. Pero miraba lejos de ella, a algo más. Con Hannah se había comportado de modo sereno, atendiéndola en silencio, y ella había parecido en cierta medida contenta de tenerlo cerca, más consciente de la presencia de él que de la de Marian. Pero él no había tocado a Hannah. Se movía alrededor de ella, como si esta se hallara rodeada por un aura que al mismo tiempo atrajera y protegiera, y él la miraba a través del aura como se mira una reliquia extraña y sagrada guardada en una urna. Marian la tocó, en parte durante el desempeño natural de sus tareas, pero en parte también llevada por una fascinación compulsiva; y la carne de Hannah estaba inerte y fría, como si también de ella se hubiera mudado lentamente el espíritu.

Denis había manifestado muchas dudas acerca de si debía ir él al aeropuerto o enviar a alguno de los hombres. Jamesie se había negado, y ni Marian ni Violet sabían conducir. Denis había dudado largo rato, manteniendo sujeta la mano de Marian, de manera ausente e infantil, pero sin discutir con ella en ningún momento lo que debía hacer. Al final decidió ir, y se sumergió en la absoluta oscuridad y en una lluvia tan opaca y cerrada que amortiguó por completo la luz de los faros. La lluvia se coló por la raída capota del Land Rover y el interior quedó empapado un momento después de salir del garaje. Marian, cubierta por un impermeable, había atravesado corriendo la terraza y se había sentado un momento con él en el asiento delantero, mientras la débil luz del salpicadero iluminaba la chorreante cabeza de Denis. Se abrazaron con fuerza, incómodamente, en el angosto espacio.

—Ten mucho cuidado. La carretera a Blackport puede estar muy mal. ¿No es mejor que vayas por el interior?

—No. La carretera de la costa es más rápida. Todo irá bien. Que Dios te bendiga. Cuida de ella.

Arrancó el motor y, en cuanto ella se apeó, se puso en marcha y desapareció en la completa oscuridad. Había un sonido rugiente detrás del de la lluvia, que podía ser el del mar. Ella había esperado un momento bajo el porche, mientras trataba de atisbar las luces del Humber que se acercaba, pero no vio nada, y había regresado adentro y pasado ante el salón ahora silencioso, para volver con Hannah.

—¿Qué sucede, Jamesie? —Marian se levantó y se ciñó el abrigo. Se había acostado vestida. Ahora hacía mucho frío en la estancia y la llama de la vela temblaba por una corriente de aire. Lanzó un vistazo a la puerta de Hannah, que continuaba cerrada.

Él no respondió, sino que se sentó cerca de ella y pareció escuchar. Marian escuchó también. La casa se hallaba en completo silencio. La lluvia se oía a su alrededor, tamborileaba en el tejado y gorgoteaba por los canalones y azotaba la terraza y el jardín; los sonidos se fusionaban en un fragor profundo y continuado que parecía envolver el silencio de la casa y hacerlo más intenso. Marian se sentó otra vez y se cubrió las piernas con una manta. Las cuatro de la madrugada.

La imagen de Gerald surgió de repente ante ella como una aparición. Durante el día previo, con su angustia enloquecida, no le había dedicado ni un solo pensamiento, ningún recuerdo generoso. Estaba consternada por Hannah, asustada por la presencia de la policía. Ahora, en la fría oscuridad, él se alzó. Ella no había visto cómo lo bajaron por las escaleras y solo tuvo noticia de su paradero cuando los gritos de su madre resonaron desde el salón, seguidos por prolongados y oscilantes lamentos. Ahora lo imaginó tendido en la oscuridad, con la vieja a su lado, yaciendo solo, ya sin ningún poder, reducido a nada. Gimió ante la imagen y sintió que se le acumulaban las lágrimas, de pena y miedo, lágrimas por él y por ella misma. En el negro corazón de la noche, era el hecho de la muerte lo que cobraba mayor importancia, la transformación de un hombre robusto, sano y fuerte en un trozo de materia tosco e insensible.

Supo que iba a romper en un llanto histérico. Respiró profundamente y despacio y se aferró a la manta, palpando el tejido grueso y peludo. No debía mostrar miedo ante Jamesie. Si este descubría lo asustada que estaba, podía, como un animal cuando su oponente humano flaquea, desatarse de algún modo, convertirse en una nueva causa de terror. En aquella oscuridad todo el mundo era peligroso; y Marian notó en torno suyo la ferocidad despiadada de la casa, dispuesta a volver a desencadenarse en cuanto descubriera cualquier punto

débil. Tenía que aferrarse a su coraje y su cordura o se convertiría en el punto débil por el que penetraría la terrible invasión.

—Jamesie, ¿no puedes encender la lámpara? Está muy oscuro.

—No hay petróleo. No hay petróleo en toda la casa.

—¿Por qué me has despertado? —Para ella también era odioso el regreso a la consciencia. Habría sido mejor seguir durmiendo.

—Quería vigilar contigo.

Jamesie estaba sentado cerca de ella, sin dejar de mirarla, con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos. A Marian se le ocurrió de pronto que él parecía un carcelero. Pero ¿acaso no era ella misma una carcelera? Nunca más que en ese momento, la casa había sido una prisión.

Jamesie la miraba fijamente. Ella veía sus ojos, oscuros y dilatados bajo la luz escasa. La oscilante llama de la vela proyectaba sombras en movimiento sobre sus rasgos y los tornaba cambiantes y grotescos. Marian intuyó que él albergaba un propósito firme, iba a hacer algo, había acudido a ella con un fin. Se encogió, apartándose de él. No se había permitido pensar en la misteriosa relación de Jamesie con Gerald. El misterio se hizo ahora presente y ella reconoció en el chico que con tanta fijeza la miraba la nueva locura de la casa, acumulada y alerta.

Alerta. Jamesie volvía a escuchar. Se quedó muy quieto, pareciendo urgirle a que ella escuchara a su vez. Pero Marian no oía más que los sonidos entremezclados de la lluvia. Pensó en Peter, que surcaba la oscuridad sin detenerse, camino de la casa.

Jamesie se puso en pie. Mantuvo la mirada vigilante e interrogativa fija en Marian. A pesar de estar tan callado, parecía excitado o muy asustado. Cogió la vela y se situó en el centro de la estancia. Despacio, levantó la vela por encima de su cabeza y miró más allá de Marian.

Al principio ella no entendió el ritual. Lo observaba sin respiración, forzando todavía los oídos. Oyó entonces un pequeño ruido procedente de la misma estancia, y siguió la mirada de Jamesie. La manilla de la puerta de Hannah giraba lentamente. Giraba, volvía atrás y volvía a girar. Hannah intentaba salir.

A Marian se le puso el cabello de punta. Había algo extraño y espantoso en el pequeño y desesperado movimiento. Sabía que tenía que disipar el terror repentino y desquiciante dirigiéndose en voz alta a Hannah. Pero no podía hablar. Hannah se hallaba aprisionada en el pequeño núcleo, en el mismísimo

corazón de todo, y quizá fuera allí donde Peter la mantendría encerrada a partir de ahora, presa en aquella habitación para siempre. La manilla volvió a girar.

Miró a Jamesie, que la miraba a su vez con los ojos desorbitados. Había bajado la vela y esta le iluminaba la cara desde abajo. Tenía la boca entreabierta y la observaba con urgencia atemorizada, temblando ante lo que se disponía a hacer.

—¿Tienes la llave? —susurró Marian—. ¿Debería entrar?

Jamesie se llevó un dedo a los labios. La hizo levantarse, la agarró por un brazo y la llevó al pasillo. Cerró la puerta de la antesala y dejó la vela en el suelo, a un lado.

—¿Qué pasa? Jamesie, me estás asustando.

El largo pasillo se estrechaba tras ellos, oscuro y en silencio. Ahora no podía ver la cara de Jamesie. La luz de la vela no llegaba más arriba de sus rodillas. Él seguía sujetándola por el brazo.

—Tenemos que dejarla salir.

Marian lo oyó, pero sin entender.

—Quieres decir que vas a dejarme entrar. ¿Tienes la llave?

—Sí. Te digo que tenemos que dejarla salir.

Marian se quedó inmóvil mientras el significado de las palabras se propagaba y parecía llenar la casa de ecos. Era como si ahora todo el mundo estuviera despierto, tenía que estarlo, aguardando en la oscuridad más allá de la luz de la vela, atento a lo que iba a suceder. ¿Había llegado al fin el momento de la liberación? Ahora Hannah *quería* salir. La idea era aterradora y dolorosa.

—Estás loco, Jamesie. ¿Adónde iría, qué haría, si saliera de casa de noche, con esta lluvia? —dijo, todavía susurrando. La respuesta pareció producir un eco, resonar a su alrededor bajo el domo de la lluvia. Agarró a Jamesie. Se aferraban uno al otro como conspiradores, como niños presa de una amenaza.

—Tenemos que dejarla salir —dijo él de nuevo—. Es su derecho. Tenemos que dejarla irse antes de que llegue Peter.

Marian sufrió un agudo espasmo de dolor. «¿Por qué tiene que pasarme a mí, de esta forma?»

—No, no —dijo—. Podemos llevárnosla mañana, en el coche.

—¿Llevárnosla? ¿Adónde? ¿Para qué? Peter llegará en cualquier momento. No, esta es la ocasión y esta es la forma. Solo tenemos que abrir la puerta.

—No, Jamesie, no puedo. Y en cualquier caso, ¿por qué me has despertado? ¿Por qué no la has abierto tú?

—Tenía que tenerte a mi lado. No tengas miedo, Marian. Así es como debe ser. Vamos.

Él abrió la puerta de la antesala y la arrastró adentro. Cuando la puerta se abrió, la llama de la vela tembló un instante y se apagó. Se quedaron inmóviles, todavía agarrados uno al otro, en la estancia a oscuras. Marian vio que había una leve luz gris. Llegaba el amanecer.

—¡No! —volvió a murmurar lastimosa.

Pero Jamesie ya buscaba la llave. Ella miró fascinada cómo daba con ella y, en silencio, la insertaba en la cerradura y la giraba. Abrió un poco la puerta y retrocedió.

Marian pegó la espalda a la pared. Tenía la impresión de que una aparición espantosa estaba a punto de cruzar la estancia. Jamesie se encontraba frente a ella, con los ojos fijos en la oscura rendija de la puerta. La luz aumentaba.

Aguardaron, inmóviles, por espacio de varios minutos. Entonces surgió de dentro un pequeño sonido. Marian estaba boquiabierta, casi jadeante. La puerta se abrió y una forma apareció en el umbral.

Tras una pausa, la forma avanzó sin hacer ningún ruido, cruzó la habitación pasando entre ellos. Su rostro era indistinguible pero su figura era claramente visible bajo la fría luz primeriza. Llevaba un abrigo y los pies descalzos. Se desvaneció en el pasillo. Marian se dio cuenta entonces de que Jamesie había caído de rodillas. Cuando ella se asomó a la ventana, él se tendió lentamente en el suelo, cuan largo era, boca abajo.

La terraza estaba gris y desierta, reluciente por los regueros de agua. La lluvia había amainado un poco y ahora se veía el jardín ruinoso, hasta el muro y la puerta. Un momento después Hannah estaba en la terraza. Deslizándose sin apresuramiento, descendió las escaleras, dejó atrás los estanques de los peces y recorrió el sendero flanqueado por tejos ajados, una figura tan borrosa e incierta que podría ser un fantasma. Atravesó la puerta del muro y desapareció entre la lluvia.

CAPÍTULO TRIENTA Y DOS

—Llévenla adentro.

Violet abrió lentamente las puertas de cristal y los hombres, que habían posado su carga en la terraza, la alzaron de nuevo y entraron arrastrando los pies. Continuaba lloviendo.

Marian los siguió. Apenas podía caminar y para entrar tuvo que agarrarse a las puertas de cristal. Se quedó indecisa, detrás de ellos, cuando entraron al salón. Vio dentro el otro cuerpo, envuelto en una mortaja blanca. Mientras Violet guiaba a los hombres y les decía qué hacer, su fatigada mirada se encontró con la de Marian; luego la puerta se cerró ante esta. Violet no la miró con odio, sino como a una completa desconocida. Marian era ahora, en aquella casa, una proscrita. Subió despacio las escaleras.

Debían de ser alrededor de las nueve, supuso. O antes. Todos los relojes parecían haberse detenido. Habían encontrado a Hannah casi de inmediato. Un pescador había visto cómo sucedía y el cuerpo fue recuperado sin gran dificultad de donde yacía entre las rocas. Lo llevaron a la casa poco después de que llegara el primer mensajero con las noticias.

Después de que Marian emergiera de su trance, o de su oración, ante la ventana de Hannah, descubrió que Jamesie se había ido. Volvió a su habitación y se tumbó. Se sumió en un duermevela plagado de pesadillas, del que cada poco se despertaba asustada, asombrada y alerta. En una ocasión le pareció oír que Hannah la llamaba, y se dirigió al instante a su habitación para ver si había regresado, pero se detuvo a mitad de camino. No podía volver a ver aquel sitio. En la cabecera de las escaleras la asaltó el miedo a toparse con Gerald, y corrió de vuelta a su habitación. Después se sentó ante la ventana hasta que vio al primer mensajero llegar corriendo y jadeante y luego la lenta comitiva. Le aterraba la idea de ver aparecer el Land Rover.

La luz del día trajo consigo, mientras miraba por la ventana, otra sorpresa. Había estado contemplando las grises formas del valle, que fueron dando forma a algo muy extraño. Le pareció por un momento estar soñando, que se encontraba en uno de esos extraños sueños dentro de los que crees despertarte, solo para descubrir que sigues soñando. El paisaje había cambiado por completo. Se volvió varias veces para asegurarse de que estaba en su

habitación y no en otra parte de la casa con unas vistas que ella desconocía. Pero era su habitación de siempre y, en el otro extremo del valle, vio, a medida que aumentaba la luz, la silueta inalterada de Riders. Pero el valle que mediaba estaba del todo transformado, y se dio cuenta por fin de lo que había sucedido y de por qué Effingham y los demás no habían vuelto. Un inmenso torrente, ancho, marrón y turbulento, descendía rugiendo por el centro del valle y separaba las dos casas. La ciénaga había liberado sus aguas.

El puente había desaparecido y los blancos *cottages* estaban sumergidos hasta la mitad de su altura. La corriente había excavado una hendidura de paredes empinadas en la cresta del valle, por la que descendía recta y muy rápido, olvidados los antiguos meandros. Más abajo se ensanchaba, bullendo y espumando entre las rocas, dejando anchas estelas de restos a lo largo de la orilla y, en el centro del cauce, discurriendo con la violencia de un gran río. El fondo del valle se había convertido en un lago de anchura inabarcable donde, con abundancia de espuma blanca y marrón y remolinos, las aguas de la ciénaga se encontraban con el mar.

Debía de haberse vuelto imposible, poco después de que Effingham y Alice partieran la noche anterior, cruzar al otro lado. Marian contempló el paisaje catastrófico, trastocado, con asombro horrorizado y también con aturdimiento alivio. El cataclismo generalizado amortiguaba su propio dolor. Dirigió los prismáticos hacia el valle. Las partes bajas de las laderas estaban cubiertas de residuos: piedras y broza. Entrevió el cuerpo triturado de una oveja. Más lejos había unas manchas pálidas y relucientes entre el brezo, que identificó como salmones muertos esparcidos por toda la ladera. La riada debía de haber sido incluso más tremenda durante la noche. Nadie podía haberla cruzado.

La lluvia amainaba poco a poco y el cielo se aclaraba, volviéndose de un amarillo sucio, y arrojaba una claridad estremecedora sobre el paisaje devastado. Enfocó los prismáticos sobre Riders, pero no vio señales de vida. La otra casa se elevaba sobre las aguas desbordadas como un barco encallado y abandonado. En su confusión, le pareció que había pasado mucho tiempo desde que dijo implorante que quería llenar la casa de gente. La gente ya no servía de nada. El juego llegaba a su fin.

Marian aún no se había atrevido a pensar con detenimiento en lo sucedido la última noche. A veces parecía un sueño, algo efectuado de manera inconsciente; y, en ciertos momentos de su duermevela, pensó que quizá solo había sido una fantasía y lo había imaginado todo. No obstante, con un dolor

que todavía no se había apoderado de ella por completo, sabía que había pasado algo de lo que era responsable. Incluso Jamesie parecía un elemento accesorio; Marian ni siquiera se detuvo a reflexionar sobre los motivos de él, tan poco responsable le parecía. Fue ella quien llevó a efecto la parte determinante. ¿Había actuado de manera correcta al hacer a Hannah aquella última concesión, la libertad de disponer de su vida como deseara, devolverle la propiedad de sí misma? Cuando al final Hannah quiso romper el espejo, atravesar la puerta, ¿tendría ella en aquel momento que haber sido su carcelera? No fue la antigua imagen de libertad lo que la movió a actuar. Fue la autoridad de Hannah lo que la empujó; la percepción, en el patético escenario de su encarcelamiento final, de la soberanía de Hannah, de su regio derecho a disponer de sí misma como le placiera. En aquel momento Marian no fue capaz de ser su guardiana. Recordó la imagen de Jamesie arrodillado y Hannah deslizándose por delante. ¿Había hecho lo correcto? No podía verbalizarlo de manera que tuviera sentido. Pero sabía, mientras gemía y restregaba la frente contra el frío cristal de la ventana, que era responsable de un crimen de sangre, el cual reportaría consecuencias.

Nadie podía juzgarla. Pero había alguien que la podía ayudar y ese era Denis, porque él era inocente y amaba a Hannah. Y, aunque él no pudiese ser su juez, sí podía al menos, si era necesario, ser su ejecutor. Denis y Peter volvían juntos. Ambas figuras se confundían extrañamente en su cabeza. La tarea de Marian había sido proteger a Hannah. La había desempeñado, pero de forma demasiado perfecta. Y ahora ella se encontraba, podía decirse, en el lugar de Hannah y quizá sería sobre ella sobre quien cayera el hacha. Miró por centésima vez la carretera.

Un coche había hecho aparición a lo lejos, cerca de las puertas, y se acercaba despacio por la arrasada senda de grava. No era el Land Rover. Tampoco el Humber. Era un coche completamente desconocido. Lo miró asustada y confusa. ¿Llegaba alguien nuevo, alguien desconocido venía a Gaze procedente del mundo exterior, alguien que evaluaría, esclarecería, explicaría y castigaría? El coche se detuvo junto a la casa. Se abrió la puerta y Denis se apeó. Estaba solo.

Marian salió de la habitación a la carrera. Sus tacones resonaron a lo largo del pasillo y escaleras abajo. La casa que atravesó corriendo resonó como si ya hubiera sido vaciada de pobladores y enseres. No había nadie en su interior ni nadie en la terraza cuando salió, justo en el momento en que Denis subía los

escalones. Vio su cara tensa y exhausta, extrañamente vacía de expresión. Cuando él la vio a ella, sus rasgos se distendieron presa de un alivio instantáneo y abrió los brazos para recibirla. Parecía cercano, renovado, repuesto. Pero ella cerró los ojos contra su hombro y gimió. Estaba claro que él aún no lo sabía.

Marian se fijó en que la ropa de Denis chorreaba y estaba cubierta de barro y arena. Lo apartó un poco de ella, manteniéndolo agarrado con fuerza, sin importarle quién pudiera verlos desde las ventanas.

—¿Dónde está Peter?

Denis la sujetó firmemente por ambos brazos, como para evitar que se desplomara. Permanecieron así, igual que una pareja de luchadores.

—Peter. ¿No sabes nada?

—No.

—Peter se ha ahogado.

Marian se apoyó contra la balaustrada y acercó a Denis hacia ella. Detrás de él, el cielo había adoptado una tonalidad pardo claro. Había dejado de llover.

Ella apenas podía hablar.

—¿Ahogado? ¿Cómo?

—No debí tomar a la vuelta la carretera de la costa. Una riada inmensa bajaba por la Avenida del Diablo. Perdí el control del Land Rover y caímos al mar. Yo conseguí salir lo bastante rápido, pero Peter no. —Él continuó sujetándola y mirándola a los ojos, como si la atención de ella pudiera salvarlo del aterrador recuerdo. Añadió—: Lo traen ahora.

Otro coche había parecido en la carretera, a lo lejos.

—Entremos a decírselo a Hannah —dijo él.

Marian lo retuvo. Abrió la boca y empezó a mascullar, pero no pudo encontrar las palabras. A continuación, echó atrás la cabeza y lanzó un grito prolongado y poderoso. Después, volviendo a mirarlo, dijo en voz muy baja:

—Es demasiado tarde. Hannah ha muerto.

Él cerró los ojos un momento. Se soltó de ella y le dio la espalda. Cuando Marian empezó a gemir y a acariciarle el hombro, vio más allá de él que un segundo coche se acercaba lentamente, trayendo por fin a casa a Peter Crean-Smith.

PARTE SIETE

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Effingham, después de conducir el Humber a través de la lluvia durante toda la noche y el principio de la mañana, supo en un pueblo del interior de lo ocurrido a Hannah y a Peter. Max y Alice estaban con él. Habían tomado una ruta interior que trazaba un extenso rodeo y se habían perdido en dos ocasiones, y en otra la riada les había cortado el paso. Carrie, dos doncellas más y un sirviente los seguían en el Austin Seven, pero los habían perdido mientras todavía estaba oscuro. Se detuvieron en una posada para desayunar y allí les dieron las noticias.

El Humber llegó renqueando a Gaze, dando tumbos en los profundos canales excavados por la lluvia, en el preciso momento en que introducían en la casa a Peter Crean-Smith. Effingham dejó que Alice ayudara a salir a Max. Corrió a la terraza y se quedó plantado, mirando. Se sintió estúpido, entrometido, excluido. El flujo emocional de la escena lo dejaba al margen. Siguió a la procesión al interior de la casa. Marian estaba en el recibidor, con el pañuelo apretado contra la boca. Denis yacía en las escaleras, con la cara oculta. Parecía algo que hubiera caído desde gran altura. Nadie prestó atención a Effingham. De repente era un desconocido. Quería, al igual que haría un desconocido, encontrar a alguien a quien decir: «Lo siento. Lo siento mucho».

Alice y Max entraron despacio y vio detrás de ellos que el Austin Seven ya había llegado. Marian lo apartó para sentarse en el primer escalón, apoyó la cabeza contra la barandilla y comenzó a llorar con un sollozo entrecortado.

—Oh, oh, oh...

Effingham la miraba fijamente. No veía posible establecer comunicación con Marian ni con Denis, y el espectáculo de su sufrimiento lo enfermó. Los demás se congregaban tras él. A toda prisa, pasó sobre las piernas de Denis y corrió escaleras arriba y luego por el pasillo hacia la habitación de Hannah.

Irrumpió en la estancia y se detuvo, aterrado y confuso. El sol brillaba y la habitación estaba radiante, casi acogedora, como si ignorara lo sucedido. Un reloj hacía tictac desenfadado. Unas últimas ascuas resplandecían en la chimenea. Había una mancha oscura en la alfombra, cerca de la puerta, y los cajones del escritorio estaban abiertos y el suelo cubierto de papeles. Pero, por lo demás, todo seguía igual. Los plumeros y la lunaria seca seguían en su

jarrón. La fotografía de Peter contemplaba la habitación desde exactamente el mismo ángulo. Flotaba el familiar olor a turba y whisky. Seguramente, en cualquier momento, Hannah saldría de la habitación interior. Mientras estaba allí a solas, oyó el caminar pesado y arrastrado de Max y el susurro de los pies de Alice acercarse por el pasillo, y en un fugaz arrebató de violencia a punto estuvo de abalanzarse contra la puerta para impedir la entrada al anciano.

Se quedó inmóvil, mirando fijamente a una esquina. Había algo allí tirado. Era la vieja bata de seda amarilla de Hannah, yaciendo en un montón. Max pasó despacio junto a él y tomó asiento en la silla de Hannah. Effingham gimió y se dejó caer en un escabel. Se sentía a punto de romper a delirar de puro cansancio.

—Abre las ventanas, ¿quieres? —dijo Max. Habló con la autoridad habitual pero también con fatiga, reclinando pesadamente contra los almohadones la cabeza amarillenta y enjuta como una antigüedad china. Parecía la misma muerte, que usurpaba el lugar de Hannah.

Carrie, que había ido tras ellos, se apresuró a la ventana. La habitación parecía atestada de gente.

—Ánimo, Effie. Bebe esto. —Alice había servido whisky de la licorera de Hannah. Se lo puso a Effingham en la mano y él tomó un sorbo. Sabía a Hannah. Se le cerraban los ojos.

Un aire limpio y frío tras la lluvia barrió la habitación, se llevó el olor a cerrado, levantó los papeles desperdigados por el suelo y meció la lunaria y los plumeros. Dos doncellas recogían los papeles y los metían de cualquier manera en los cajones. Alice había puesto en un colgador la bata de Hannah.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué hacen ustedes aquí, quién es toda esta gente? ¿Por qué vienen a dar órdenes a esta casa? —Violet Evercreech estaba en el umbral, apoyada en un bastón. Hablaba con voz aguda y penetrante, cargada de ira. Jamesie estaba a su lado.

Alice respondió:

—Discúlpennos, Violet. Hemos venido a ver si podíamos ayudar. Hemos oído las noticias por el camino. —Empujó una silla hacia Violet.

—Y entran en esta habitación y se ponen a beber. ¿Es que no tienen vergüenza? No, ustedes no pueden ayudar en nada. Puedo enterrar sola a mis muertos.

Ignoró la silla. Jamesie sí se sentó. Apoyó los codos en las rodillas y se tapó

la cara con las manos. Las doncellas se retiraron a la antesala.

Nadie habló. Violet golpeó el suelo con el bastón.

—Pueden irse. No los necesito para ventilar mi casa.

Max volvió levemente la cabeza hacia Alice, quien descansaba apoyada contra la repisa de la chimenea, con los pies separados.

—No nos eche, Violet —dijo Alice—. Tenemos cierto derecho a estar aquí.

Violet le dedicó una mirada maligna a cada uno de ellos.

—¡Oh, sí! Han vivido como vampiros de las desdichas de esta casa y ahora incluso vienen a fisgar a los muertos.

—Violet, no se enfade. Mi padre está cansado. Nosotros...

—Ustedes van a largarse *ahora*, toda la banda de fisgones. Yo estoy al cargo aquí.

—En cualquier caso —dijo Alice endureciendo la voz—, supongo que queda pendiente decidir a quién pertenece ahora todo esto.

—Me pertenece a mí. Yo soy la pariente más cercana de Hannah y no hay testamento.

—Bueno, en realidad sí lo hay —dijo Alice bajando la mirada—. Hannah hizo testamento en favor de mi padre.

Effingham abrió los ojos e irguió la cabeza, derramando el whisky. Jamesie se puso lentamente en pie. Alice se miraba los zapatos y los frotaba contra la alfombra.

Violet dijo por fin, con un susurro:

—Su padre. No la creo —dijo finalmente Violet, con un susurro.

—Sí. Me entregó una copia cuando traje unos libros y algunas cosas más las pasadas Navidades. Me pidió que no le dijera nada a él, y no se lo conté hasta muy recientemente, cuando me pareció que debía hacerlo. Hay otra copia en poder del notario de Greytown.

Violet la contemplaba fijamente. Luego su mirada se volvió confusa.

—¡Qué zorra era! ¡Qué grandísima zorra!

Las palabras pendieron en la habitación como un epitafio, como un monumento, y causaron un completo silencio. Luego Alice comenzó a decir:

—Por supuesto, no tenemos intención de aceptar...

Pero Jamesie se adelantó. Tomó a su hermana del brazo.

—Ya no tenemos nada que decirnos. La función ha concluido. Llamémoslo: *El drama de los vampiros*. La sangre que solíamos beber, toda ella está derramada. Partiremos ahora y nunca volverán a saber de nosotros, y

limpiarán la casa de todo rastro nuestro. Los muertos, se los dejamos a ustedes. Pueden quedarse con la casa, pueden ocuparse del funeral, sí, y pueden enterrarlos y también llorarlos, si tienen lágrimas para ellos. Son suyos ahora, legados a ustedes, parte de la propiedad. Todos suyos ahora que están muertos, ¡mis señores de los infiernos!

Tiró de Violet. Ella dio media vuelta, cargando su peso en él, con la mirada aún perdida, y cruzaron la puerta.

Alice empezó a decir:

—Iré tras ellos. No tendría que haber disgustado así a Violet...

Pero Max meneó la cabeza.

—Ahora no.

Carrie cerró la puerta desde fuera.

Effingham se puso en pie de un brinco.

—¿Es eso cierto?

—¿Lo del testamento? Sí. Se lo dejó todo a mi padre. Por supuesto, nosotros...

—¡Oh, cállate! —dijo Effingham.

Se acercó a zancadas a la ventana. Quería gritar. El sol prendía fuego al mar y la quemadura trazaba una cicatriz larga y dorada. El cielo estaba pálido pero vacío de nubes. El arruinado jardín, completamente inmóvil. Por supuesto, él no había pensado que Hannah pudiera dejarle su fortuna, no lo había pensado en absoluto. No había esperado que ella muriese. Pero qué grotesco y repugnante era que ella hubiera convertido a Max en su heredero. ¿Por qué Max, la persona que menos se lo merecía? Parecía una broma sin sentido, insultante. La invasión que Effingham había temido se había producido finalmente, y ahora todo le pertenecía a *él*: su escritorio, su bata, su licorera, los plumeros, la foto de Peter... Todo. Effingham se descubrió codiciando las posesiones, y no solo las pequeñas cosas, sino la casa, los acres de páramo, los bonos y las acciones. Ella misma se había convertido en una propiedad y se había entregado de manera alocada y por despecho. Esa era su muerte, ese acto malintencionado. Un truco vulgar.

—¿Cuál es el problema, Effingham? —preguntó Max. Su voz era cansada y molesta.

Effingham pensó: «Me ha sido arrebatada por completo. Max arrojará el puñado de tierra sobre ella, Max pronunciará el panegírico en el funeral, Max dirá al mundo cómo fue Hannah».

—Fue una decisión cruel. Y un tanto alocada, además, ¿no te parece? —dijo Effingham, llevado por la aflicción. Estaba a punto de suscribir el epitafio de Violet.

—Fue una decisión romántica —dijo Max despacio—. Si quieres, una decisión simbólica. Hannah era como nosotros. Amaba lo que no estaba allí, lo lejano. Eso puede ser peligroso. No se atrevía a amar lo que sí estaba presente. Quizá hubiera sido mejor que lo hubiera hecho. No podía amar de veras a la gente a la que veía, no se lo podía permitir, eso habría hecho demasiado dolorosas las limitaciones de su vida. Por ellas, no podía transformar en manejable la idea del amor, que persistió como algo destructivo y temible y por lo tanto ella se limitó a evitarla.

—También pudo haberte amado en persona, padre —dijo Alice solemnemente—. Tú eres a quien esperaba. Tuve esa impresión, muy claramente, las pasadas Navidades. A lo mejor, el testamento era una especie de insinuación.

Max meneó la cabeza.

Effingham miraba con fijeza al anciano, la gran máscara vacía, el cuerpo decrepito y desmoronado.

—Así que Jamesie tenía razón —dijo—. Eres el propietario de su muerte y ella te aguardaba. Tú eres su muerte y ella te quería.

Pronunció las palabras en forma de grito repentino y enojado. Sintió a continuación que tenía que abandonar la estancia, alejarse de aquella pieza de cámara con la mirada hueca de Max en el centro del escenario. Giró torpemente la manilla. Las doncellas, que hablaban en voz baja en la antesala, guardaron silencio cuando pasó ante ellas. Corrió escaleras abajo. Se sentía acorralado, acosado, amenazado. Lo estaban expulsando, como a Violet y Jamesie. Estaba siendo, en el transcurso de un cruel ritual de purificación, sencillamente quitado de en medio. Se detuvo en el recibidor. Marian y Denis habían cambiado de sitio y estaban sentados uno al lado del otro en el suelo, cerca de las puertas de cristal. Marian tenía vuelta la cabeza, de manera que descansaba la frente en el hombro de Denis. Ambos tenían los ojos cerrados. Parecían innecesarios, absurdos, como un grupo escultórico en una subasta. Los miró con una repugnancia que le revolvió las tripas. También ellos tenían que ser quitados de en medio. Se acercó a la puerta del salón.

El sol brillaba sobre la terraza reluciente, que desprendía un tenue vapor. Había una profunda quietud fuera, como si la naturaleza estuviera exhausta y

descansara. Él aún no aceptaba que ella estuviera muerta. Podía aceptar que estuviera perdida, mancillada, destruida, y podía aceptar que se hubiera transformado en bonos y acciones. Podía aceptar que hubiera quedado reducida a una pequeña idea en la mente de Max, pero no podía aceptar que estuviera sencillamente muerta. Se había convertido para él en un completo misterio. Había interpretado su muerte como una afrenta, como un acto de injustificable afirmación personal por parte de ella. Ahora, con la repentina y silenciosa quietud que se extendía ante él, sentía que el atroz misterio de su ausencia lo cubría como una nube. Abrió la puerta del salón.

Los visillos de encaje estaban corridos y había una luz amarillenta en la estancia. Effingham tuvo un extraño y vago recuerdo de su niñez, de él en una enfermería en verano. Bajo el marcado contraste de luces y sombras del crepúsculo, como en un grabado de Blake, vio las tres formas postradas y los pliegues de las blancas sábanas que se extendían por el suelo. Parecían tres monumentos fúnebres. Se quedó inmóvil. Dormían juntos ahora, aquellos tres destinos entrelazados, yaciendo expuestos e indefensos ante cualquier juicio que pudiera celebrarse en la tierra o en el cielo.

Hubo un pequeño movimiento y Effingham se sobresaltó. Vio entre las sombras pardas a una mujer pequeña, morena y anciana, encorvada en una silla baja junto a una de las formas blancas. Vio la pálida redondez de su rostro, ajeno a su entrada en el salón, ella misma una menguada y grotesca imagen de la muerte. La presencia de la mujer volvió de pronto la escena más personal, más aterradoramente real. Effingham miró el cuerpo amortajado más próximo a él. Era alto y robusto. Si ese era Gerald, aquel debía de ser Peter, y *aquel* del extremo debía de ser ella. Contempló la forma sin rostro, tan, tan silenciosa, pero era incapaz de que sus pies se movieran para acercarse. Ella se había convertido en su propia muerte, la muerte que tanto se había esforzado por emular en vida, que había estudiado y practicado y amado. Ella había triunfado, y la muerte y ella habían convergido en el mismo punto. ¿Quién sabía si eso era una victoria o una derrota? Lo último que él vio fue la blanca mortaja que la ocultaba. Por fin, ella se había convertido en algo completamente privado.

Effingham no experimentó ningún dolor agudo, solo un asustado respeto. Miró la figura más cercana. Quizá él mismo tenía su lugar allí, junto a Peter Crean-Smith. Sintió entonces, con un repentino escalofrío, una curiosidad macabra que identificó antes incluso de conocer su propósito. ¿Qué le había

sucedido realmente a Peter cuando cayó al vacío? ¿De qué modo estaba mutilado o desfigurado? Effingham respiraba entrecortadamente. El salón olía a agua marina y la alfombra estaba empapada y oscurecida. Sintió una picazón en la mano, un deseo de apartar la sábana y ver lo que yacía debajo. Pero una vez más no pudo. Quizá temía ver, no un rostro terriblemente desfigurado, sino sus propios rasgos, superpuestos como una máscara atroz.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Marian guardó en el bolsillo la carta de Geoffrey sin abrirla. Se acercó a la ventana preguntándose qué hora sería y cuánto había dormido.

El cielo indicaba que era el final de la tarde. El viento se había vuelto a levantar y una gran montaña de nubes púrpuras crecía mar adentro. Max y Effingham y Alice habían regresado a Riders esa mañana, no mucho después de que llegaran. Jamesie y Violet se habían marchado en el Morris, nadie sabía si de manera temporal o para siempre. Denis se había ido a dormir a su habitación. No permitió a Marian quedarse con él. Ella se había arrastrado escaleras arriba y se había tumbado y hundido en un charco de negrura.

El despertar fue espantoso. Al abrir los ojos se encontró con el agresivo y enrojecido atardecer y el sonido del viento. Se levantó y vio la carta de Geoffrey, que una doncella debía de haber dejado quién sabía cuándo. Se lavó la cara, que estaba tan rígida por el llanto como si hubiera sido bañada en esmalte. Abrió la puerta de su habitación y tuvo la impresión de que la casa estaba vacía. Había crujidos lejanos, murmullos y vibraciones, pero no sonidos humanos. Pensó que a lo mejor la habían abandonado, que todos se habían ido y la habían dejado sola. Se quedó un momento paralizada, a la escucha.

Finalmente se obligó a moverse y bajó las escaleras sin hacer ruido. Temía que la casa estuviera vacía, aunque también temía lo que podía haber detrás de tantas y tantas puertas cerradas. Se detuvo en el recibidor, dominando el impulso de salir y correr sin parar. Percibía las presencias en el salón. Dio media vuelta y se obligó a volver al corazón de la casa. Tenía que encontrar a Denis.

Lo necesitaba al mismo tiempo que le asustaba. Ahora que la evitaba por lo que ella había hecho, ahora que se había apartado de ella llevado por la especial naturaleza de su dolor, se dio cuenta de que nunca había llegado a conocerlo, ni por un instante. Para ella, él era tan salvaje como un animal desconocido que, de forma pasajera, se deja acariciar. Ella no podía saber lo que pasaba por su cabeza ni predecir sus movimientos. Lo temía y, no obstante, lo necesitaba para postrarse a sus pies, para obtener de él una

explicación para lo sucedido, para recibir una insinuación o vestigio de dictamen. Él la protegería de los muertos.

Llamó con mucha suavidad a la puerta de su habitación. No hubo respuesta y lentamente abrió la puerta hasta dejar a la vista la estancia en penumbra, con las cortinas echadas. El corazón le latía dolorosamente. Le llevó un momento darse cuenta de que no había nadie. La cama estaba en desorden, varios cajones se hallaban abiertos y había ropa esparcida por el suelo. Salió de la habitación. Corrió a la cocina. La gran mesa de trabajo estaba despejada y fregada, pero el lugar se encontraba vacío. El gran reloj hacía tictac en el silencio interior. Marian llamó: «Denis», en voz baja al principio, luego más alto, con la voz quebrada por las lágrimas y el miedo. No hubo respuesta.

No hacía más que volverse para ver lo que había detrás de ella. Retrocedió paso a paso hasta la ventana, como si algo invisible que habitara en la casa la estuviera arrinconando. Desesperada, miró hacia el jardín. Alguien se movía allí. La figura era crudamente nítida bajo la intensa luz, desligada de lo que la rodeaba: el mismo espectro diurno que había visto antes. Era Denis, de pie junto a uno de los estanques de los peces, mirando fijamente sus profundidades. Al verlo, a Marian se le escapó una exclamación, fruto de un nuevo miedo. A continuación salió corriendo de la cocina demasiado vacía y atravesó el laberinto de estancias húmedas, enlosadas en piedra y pobladas de ecos, hasta la terraza resbaladiza por la lluvia. A punto estuvo de caer y continuó más despacio.

—¡Denis!

Solo estaba ligada a lo sucedido a través de Denis. Solo él podía liberarla de la acumulación de muertos.

Él se volvió hacia ella con una mirada vaga y salvaje.

—Hola, Marian. ¿Te encuentras mejor?

—Me asusté mucho al despertarme, pensé que te habías ido. Oh, Denis, ven adentro y habla conmigo. Tienes que hablar conmigo.

Él enfocó la vista en ella, frunciendo el ceño. Era un hombre pequeño y extraño, con el cabello revuelto por el viento, encorvado y tiritando bajo el abrigo. Volvió a mirar la ondulada superficie del estanque, marrón oscuro, y guardó silencio.

—*Por favor* —suplicó Marian. Se adelantó un paso y extendió tímidamente una mano para tocar su manga.

Él retrocedió para apartarse de ella.

—Eso no.

Denis le dio la espalda y se arrodilló junto al estanque.

Marian contempló la figura agachada. Vio junto a esta una pequeña y pulcra maleta, y más allá una bolsa de viaje de lona de la que asomaba la ancha boca de una bolsa de plástico. Esta contenía agua, y Marian vio algo dorado moverse con rapidez en la negrura de dentro. Un pequeño cedazo yacía junto a la mano de Denis.

—Estás sacando los peces... Oh, Denis. —Marian sintió regresar las lágrimas. No podía soportar la idea de llorar más. Se arrodilló junto a él—. ¿Por qué estás sacando los peces?

Denis habló con calma y su acento hizo que las palabras sonaran casi alegres.

—Pensé que podía llevarme conmigo a unos viejos amigos.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Adónde?

—Ahora. No sé adónde. ¿Por qué tendría que quedarme? No te apenes.

—Denis —dijo Marian, intentando con todas sus fuerzas conservar la serenidad—, no puedes irte y dejarme aquí. Espera un tiempo y nos iremos juntos. O, si no quieres quedarte, déjame hacer el equipaje y me iré ahora contigo.

Él la miró con ternura, arrodillados uno junto al otro, muy juntos, y ella vio partir las nubes púrpuras rumbo al sol poniente.

—No. ¿Qué tenemos que ver el uno con el otro, Marian? En realidad somos unos desconocidos. Hemos llegado a conversar, nos ha parecido comprendernos, pero ha sido *aquí*. Y aquí el hechizo se ha roto y la magia ha volado. No tendría que haberte dejado convencerme de ciertas cosas. Solo han traído dolor, en cantidad superior a lo que imaginas. En realidad no nos queremos. No podemos. Ya lo sabes, ¿verdad?

Marian lo miró y luego miró el agua. Era cierto. Ella había querido poseer a aquel duende. Pero en realidad no se conocían. Y ella, aunque de manera inocente, le había contagiado una enfermedad del alma, como un germen llevado a una isla remota. Rompió una vez más a llorar, pero en silencio.

—¿Te llevas a Nariz de Fresa? —preguntó entre lágrimas.

Denis hizo una pausa antes de responder y ella supo que él tomaba sus palabras como una aceptación de las suyas.

—Sí, aunque todavía no he podido atraparlo. Es muy rápido. Mira, allá va.

Denis cogió el cedazo. El pez rojo brillante emitió un destello desde la sombra de los lirios, atravesó una nube de algas oscuras y desapareció. Denis desplazó con cuidado el cedazo por el agua. El pez reapareció cerca del extremo del estanque, trazó un giro y se acercó a la red. Denis efectuó un rápido movimiento y al instante siguiente el pez mojado, destellante, forcejeando, llenaba la red y esta se alzaba. Nariz de Fresa cayó a la bolsa de plástico con un chapoteo.

—¿Qué vas a hacer con ellos? Has dicho que no sabes adónde vas.

—Empezaré por cruzar la ciénaga. Sé dónde hay unos gitanos que me dejarán un caballo. Luego me dirigiré a una casa, mucho más allá, donde trabajé una temporada. Tiene un pequeño estanque bueno para los peces. Y luego puede que me quede en esa casa o que me vaya. Pero los peces estarán bien y podré visitarlos o llevármelos adonde esté. Las garzas los atraparán si los dejo aquí —dijo en tono de disculpa, por si Marian estaba preocupada por los peces—. Las redes volarán en invierno, nadie las colocará otra vez y vendrán las garzas.

Marian miró entre las lágrimas los nebulosos desplazamientos dorados de los peces que quedaban en el estanque.

—Pero Denis, no puedes abandonarme así. Tienes que hablar conmigo. Tienes que decirme que no me culpas. Tienes que decirme que, de algún modo, trajo algún bien.

—No trajo ningún bien. Pero, por supuesto, no te culpo.

—¿Comprendes? —dijo Marian hablando con rapidez—. Yo creía que traería algún bien. No podía saber que Peter se ahogaría. Tenía que liberarla. Mantenerla encerrada hasta que llegara Peter habría sido destruirla por completo. Era tan terrible mantenerla prisionera... —Era consciente, mientras hablaba, de que se repetiría muchas, muchas veces esas mismas palabras, puede que durante el resto de su vida, pero que nunca más podría decírselas a otra persona. Se volvió hacia Denis, desesperada. Ambos estaban arrodillados como penitentes en la fría piedra—. Denis, no debes dejarme así. Debes ayudarme, debes curarme. No tendría que haberlo hecho. Debería haber tenido esperanza. Yo la maté...

Denis negó con la cabeza.

—Todos la matamos. Yo más que nadie.

—No, no. Tú menos que nadie.

—No tendría que haberme separado de ella ni por un momento.

Marian gimió. Esas palabras la acusaban.

—No podías saber...

—Pude haberlo sabido, pude haberlo temido, lo temí. Pero no solo amaba, también odiaba. Y el odio puede corromper el amor del que surge. Fue por eso por lo que no estaba allí cuando tendría que haber estado.

—No comprendo. ¿A quién odiabas? ¿Y por qué eso te hizo alejarte?

—Peter.

Marian lo miró y él la miró a su vez fijamente con sus ojos azules, solemnes, tristes, un poco crueles, un poco enloquecidos.

—No sé... —empezó a decir Marian.

—¿Qué crees que pasó en realidad allá abajo, junto al mar, al pie de la Avenida del Diablo?

—No lo sé. Supongo que el agua... —Se detuvo. Sintió que le ardía la cara—. ¿Tú no...?

—Sí. El dique se había venido abajo, lo vi cuando me acercaba por la carretera. Lancé el coche al mar. Yo salté durante la caída. Él no era ágil y creí que el coche se hundiría antes de que consiguiera salir. Y él no se lo esperaba. Pero casi logró salir. Y tuve que volver y empujarlo adentro del coche. Luego la presión del agua mantuvo cerrada la puerta y el coche se hundió.

Marian se había cubierto la cara cuando él empezó a hablar. Se la descubrió ahora brevemente y miró la casa. Las ventanas reflejaban la colorida puesta de sol y la casa parecía en llamas. No había nadie cerca que pudiera haber oído lo que acababa de oír ella.

Denis se levantó. Le tendió la mano y ella se la cogió para levantarse también. El brazo de él estaba duro y rígido como el hierro. Ella vio el coche hundirse en el mar, al hombre aterrado que trataba de salir.

—Lo odiabas tanto... ¿Por qué?

—Por lo que vi la otra vez. Y por lo que temía que a ella le pasara ahora. ¿Comprendes, Marian? Esta es tu cura.

—¿Por qué es mi cura? —Se volvió para tocarlo, para tocarle el brazo de nuevo. No quería que se apartara después de lo que le había contado. Pero lo miró con un extraño pavor.

—Solo debería haber amado, y no odiado. Tendría que haberme quedado con ella y sufrido con ella, a su lado. Tendría que haberme convertido en ella. No

había otra forma, y yo lo sabía. Pero dejé que me poseyeran los celos, que me perturbara lo que ella hacía, y le fui desleal y eso derivó en locura. Soy el más culpable. La culpabilidad ha pasado a mí. Por eso tengo que irme solo.

—Pero eso... ¿me libera?

Él la miró tristemente, sin responder, cogió la maleta y, con mayor cuidado, la bolsa de viaje que contenía los peces.

Marian lo miraba con fijeza.

—Te has convertido en Hannah —dijo ella lentamente. Se acercó a él y, tras un instante de vacilación, besó el áspero hombro de su abrigo.

—Adiós. —Él le acarició la mejilla y dio media vuelta.

Con una intensa sensación de que sucedía lo que tenía que suceder, Marian lo vio atravesar el jardín a grandes pasos y salir por la puerta. Esta se cerró de golpe. El sol se tornaba más dorado aún y volvía la ladera situada más allá de un brillante tono azafrán.

Estaba sorprendida y aterrada por lo que él había dicho, pero aun así experimentaba un alivio profundo que podía no ser más que una forma de resignación. Durante toda su vida revisaría aquella historia. Las palabras de Denis le habían causado la extraña sensación de que todo comenzaba de nuevo, el enredo al completo: la violencia, la casa convertida en prisión, la culpa. Todo seguía existiendo. No obstante, Denis se lo llevaba lejos. Lo había albergado en su interior y se lo llevaba. Quizá él le pusiera conclusión, por ella, por los demás.

Se apartó despacio del borde del estanque. Se fijó en que una de las redes de alambre no había vuelto a ser colocada y la devolvió a su sitio empujándola con el pie. Sin duda más adelante, pero no todavía, las garzas acudirían para devorar los peces. Regresó sin prisa a la terraza.

En la colina dorada había aparecido una pequeña figura que ascendía por el sendero camino de la ciénaga. Marian la vio alejarse. Se trataba del último parpadeo, del último orificio por el que asomaba la luz de aquel otro mundo que ella había habitado de manera tan breve y que tan poco había comprendido. Y, mientras observaba la figura en ascenso y pensaba, con un último esfuerzo de su imaginación, en Denis solo, cada vez más lejano, con sus peces en la mano y su nítida consciencia de lo que había hecho, recordó lo que le habían contado acerca de que tenía sangre de hada, y no supo discernir si el mundo donde ella había vivido era un mundo de bondad o de maldad; un mundo donde el sufrimiento poseía significado o un mundo que no era más que

una travesura del diablo, una pesadilla violenta.

—¡Oh, Marian, estás aquí!

Se volvió y se encontró con Alice a su lado, que llevaba a Tadv sujeto por una correa.

—Pensé que todo el mundo había desaparecido. ¿Dónde está Denis?

Marian miró a Alice, la querida, sólida, real, común y corriente Alice. La buena de Alice. Le rodeó el cuello con los brazos.

—Querida —dijo Alice intentando devolver el abrazo de Marian sin dejar de sujetar la correa de Tadv—, ¿te encuentras bien? Tendrías que haber venido a Riders. Creo que te llevaré conmigo, insisto.

—Eres muy buena... —dijo Marian soltándola—. Pero no. Tengo que hacer el equipaje. Creo que tengo que quedarme aquí hasta el final.

—¿Dónde está Denis?

—Se ha ido.

—¿Ido?

—Sí. Ido a la ciénaga, ido con los gitanos, ido.

El rostro de Alice se quedó rígido, vacío de expresión. La voz le tembló un poco cuando dijo:

—Entiendo. Pensé que se iría, por supuesto. Pero quería darle a Tadv para que se lo llevara. Me parecía lo correcto.

—Entonces date prisa —dijo Marian—. Todavía se le ve. Está allí arriba, en la colina. Mira, mira. ¿Crees que Tadv irá tras él si lo soltamos?

Cruzaron el jardín a la carrera, con sus largas sombras danzando ante ellas, hasta llegar a la puerta. La figura en la ladera era claramente visible.

Alice desató la correa.

—¡Denis, Denis, Denis! —susurró con insistencia al atento perro, a la vez que señalaba con el dedo.

Tadv vaciló. La miró a ella, miró a su alrededor, olfateó el suelo y se puso en marcha despacio. Avanzó sin prisa, olfateando y lanzando miradas detrás de él. Luego echó a correr y desapareció en una hondonada del terreno. Poco después, muy arriba en la colina, vieron al perro dorado apresurarse en persecución del hombre hasta que ambos se perdieron de vista entre el resplandor azafrán cerca del horizonte.

Alice y Marian echaron a caminar lentamente hacia la casa. Marian se metió las manos en los bolsillos en busca de un pañuelo y encontró la carta de Geoffrey. La sacó y la abrió.

Alice decía:

—La carretera de arriba está más o menos despejada. En cualquier caso, hace falta media hora para llegar a Riders. Habría venido antes si no hubiera tenido que disponer un *cottage* para la anciana señora Scottow. Ya sabes que la riada arrasó el suyo. Carrie me ha acompañado. Le dije que nos preparara té. Y he traído tarta de cereza. Espero que tu carta no tenga malas noticias.

—No, no —contestó Marian—. Son buenas. Un amigo mío se ha comprometido. Va a casarse con una chica con la que fui al colegio. Acaban de estar juntos en España.

—Estupendo. —Alice tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

En silencio, Marian le ofreció su pañuelo. Sí, ahora regresaría a todo aquello, al mundo real. Bailaría en la boda de Geoffrey.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Effingham se ciñó el abrigo y entró en la sala de espera. Faltaba un rato hasta que llegara el tren. Un fuego bajo ardía en la pequeña estancia. La tarde era nubosa y había un asomo de invierno en el aire.

Effingham había dejado Riders dos días atrás. Después del funeral no se había sentido capaz de volver a la casa y se había instalado por su cuenta en el pequeño hotel de pescadores de Blackport. Habían sido unos días extraños y nada desagradables, parecidos a unas vacaciones. Había deambulado por el muelle contemplando los barcos de pesca y había pasado horas en el bar soñando despierto. Había comido bien y, en general, se había sentido mejor. Aquel día había vuelto a recorrer la carretera en taxi. La pequeña línea de ferrocarril de Blackport solo comunicaba con el aeropuerto, por lo que había tenido que ir a la estación situada más al norte, por la carretera que pasaba entre Gaze y Riders. Bajo la luz gris claro, había echado lo que creyó que sería un último vistazo a las dos casas. Ellas lo contemplaron malencaradas, como Escila y Caribdis, pero le permitieron el paso.

La partida de Effingham de Riders había sido atropellada y absurda. Había preparado a Alice mediante una serie de comentarios formulados de antemano. Luego, tras el largo y lento trámite del funeral, el embarazoso y traqueteante cortejo por vías estrechas y embarradas hasta la diminuta y distante iglesia, había actuado a una velocidad frenética, embutiendo su ropa en las maletas con alivio desatado. No había sido capaz, hasta que todos se hallaron incuestionablemente ocultos bajo tierra, de pensar, de sentir, de mover un dedo. Ahora era como si su deseo de vivir hubiera vuelto multiplicado. Tenía un copioso saldo de vitalidad, de objetivos, de libertad de acción.

La tarde anterior había mantenido una charla con Alice. Fue una charla extraña, impresionista. Se sentaron en la terraza, cubiertos con abrigos y mantas, bebiendo whisky antes de la cena y contemplando la vista cada vez más nebulosa de Gaze y de los negros acantilados, y cada uno pareció recitar un monólogo intermitente. El objetivo de Effingham consistía en librarse de Alice con tanta amabilidad y dignidad como fuera posible. El objetivo de Alice consistía en dejar ir a Effingham sin mostrarse llorosa ni problemática. Lo lograron entre los dos, como si juntos dejaran una carga pesada en el suelo.

Alice había dicho: «Creo que ya no despiertas mi amor. Cuando tenía dieciocho años te amé con verdadera pasión. Quizá mi amor por ti nunca maduró. Recuerdo ocasiones de auténtico sufrimiento. Pero últimamente se podría decir que no he sufrido. A lo mejor tuvo que ver con Hannah. En cuanto empezaste a amarla, eso convirtió mi amor por ti en algo diferente. Me volví algo así como una espectadora. Mi papel fue el de la rechazada generosa. Y puesto que tu amor tampoco tenía esperanza, había una estructura y un relato en los que podía apoyarme. Y así dejé de amarte y me consolé. Luego estaba Denis, que podría haberme causado verdadero dolor si yo hubiera cesado de verlo como a un criado. Pero nunca lo hice. Así que finalmente te dejaré partir, Effie. Hannah te mantuvo cerca de mí durante unos años de ensueño, pero ella se ha ido y te ha liberado. Siempre recordaré con gratitud que regresaste a mí brevemente. Veámoslo como un regalo a la chica de dieciocho años que de verdad te amó».

Effingham había dicho: «Esta aventura ha concluido para mí, y tú, como parte de ella, has concluido también. Solo podía amarte, y creo que te amé por espacio de un día, como un incidente dentro de esta historia. Te amé por Hannah, como reacción contra ella, y no por ti misma. Si actué correctamente, si abandoné a Hannah en su momento de necesidad, si pude hacer otra cosa, no lo sé. Quizá todo fue inevitable y todos éramos parte del sueño de Hannah. Y su muerte, que fue lo más inevitable de todo, fue también lo que nosotros esperamos todo el tiempo. Asistimos a la ceremonia y ahora se nos ha despedido. Así que volvemos a nuestra vida real y a nuestros quehaceres reales. Y solo Dios sabe si en algo nos ha beneficiado este sueño de la muerte, esta representación de cuestiones trascendentes».

Effingham no había visto a Max a solas antes de partir. El anciano parecía haber envejecido de manera misteriosa durante las últimas semanas y ahora se asemejaba a un sabio distante y marchito que hacía mucho que había olvidado todo lo que tenía que ver con la vida. Parecía que el funeral hubiera sido el de Max, y era como si ellos lo enviaran ceremoniosamente lejos de este mundo, como si las otras muertes no fueran reales, mientras que Max encarnaba la verdadera mortalidad. Effingham lo había dejado correr a sabiendas de que se iría pronto, y después del almuerzo había estrechado la mano a Max, y vagamente le había manifestado sus mejores deseos y le había dado las gracias. El anciano le sonrió pero no lo llevó a un lado para tener un momento de privacidad o para darle algún consejo o bendición o hacer algún

comentario sobre lo sucedido. «¿Y por qué tendría que haberlo hecho?», pensó Effingham un tanto molesto. Ya había tenido bastante de las opiniones e interpretaciones de Max. No se podía ver eternamente al viejo tutor como una infalible fuente de sabiduría.

Effingham había dejado la casa a toda prisa, con corbatas y mangas de camisas asomando de las atiborradas maletas, arrastrando el abrigo mientras corría escaleras abajo, antes de que Max emergiera de su descanso vespertino. Alice no le había facilitado la marcha al tratar de cargarlo de regalos, como si partiera a un largo viaje, el largo viaje de una vida sin ella. Le dio su estilográfica, que él una vez le había pedido prestada y que le había gustado; un grabado japonés que estaba en el cuarto de baño y por el cual él había manifestado admiración; una bonita edición de los poemas de Marvell que una vez leyeron juntos; un gato de porcelana muy familiar para él, procedente de la encimera de la chimenea de su habitación, y varias de las conchas favoritas de ella. Esos objetos formaban un conjunto tan abultado y frágil que en el último momento él tuvo que suplicarle que los embalara con cuidado y se los enviara más adelante. Los pequeños regalos lo emocionaron mucho, y previó que lloraría durante todo el trayecto en taxi a Blackport. Pero, en realidad, estuvo ocupado en pensar si no había sido demasiado atrevido al besar a Carrie en el instante de la partida.

Con Hannah no había hecho las paces y puede que nunca las hiciera. Lo atormentaba en sueños y, cuando estaba despierto, cambiaba de forma, a veces piadosa, a veces acusadora, siempre bella. No sentía que la había matado. Era más bien como si ella hubiera tratado de matarlo a él, un vampiro pálido y hermoso que se presentaba por las noches flotando ante su ventana, una *belle dame sans merci*. Pero nunca la había dejado entrar, nunca realmente. Si lo hubiera hecho, ahora podría estar muerto. Se preguntó qué lo había salvado. ¿Fue acaso, y lo pensó casi con satisfacción, su egoísmo colosal, adiposo, monumental? ¿O fue una vena de salud y de cordura en una naturaleza demasiado inclinada hacia lo extraño y lo morboso? Lo que al final había supuesto la diferencia crucial, incuestionable, fue el terrible descenso de Hannah de su pináculo de aislamiento, su incalificable rendición a Scottow. Y si eso había supuesto una diferencia tan grande, ¿no daba a entender que, después de todo, la vigilia de Hannah tuvo un significado espiritual? Ella era la monja de todos y había quebrantado sus votos.

Sin embargo, qué extraña monja había sido. Qué poco tiempo hacía que él se

había sentado con ella en la habitación ajada, atestada y dorada: su desordenada celda. El recuerdo era pulido y redondeado como un fragmento de ámbar. Olía a una felicidad antigua y degenerada. A él le había complacido que ella estuviera reservada, secuestrada, enjaulada. Max a lo mejor había estado en lo cierto cuando dijo que todos se habían fijado en ella en busca de un significado para los sufrimientos de cada uno, para cargarla con sus maldades y que ella las extinguiera. Había sido una fantasía de la vida espiritual, un relato, una tragedia. Salvo que el mundo espiritual no alberga ningún relato y no es trágico. Hannah había sido para ellos una imagen de Dios; y si era un falso dios, sin duda todos se habían esforzado para convertirla en eso. La veía ahora como una figura condenada, una Lilit, una pálida encantadora que comerciara con la muerte; como cualquier cosa menos un ser humano.

Si lo que había concluido fue en efecto una fantasía de la vida espiritual, fue su naturaleza fantástica y no la espiritual lo que le había emocionado. Gracias a su egoísmo, gracias a ser en cierto sentido demasiado pequeño, demasiado trivial para los intereses de los poderes de tal mundo, había logrado escapar del mal. Pero tampoco había sido tocado por el bien. Esa idea, acertada o equivocada, se la dejaría a Max: la del bien forzado a ser objeto de deseo, como si alguien obligara a Dios a existir. Él mismo se apresuraba a volver al mundo ordinario y familiar. Cómo lo deseaba, cómo ansiaba la rutina de la oficina y el pub y las cenas y los aburridos fines de semana en el campo. Incluso anticipó el placer de ponerse al día con los chismorreos. Trataría de olvidar lo que por breve tiempo había visto.

Estaba lloviendo ahora. El tren llegaba con retraso, como de costumbre. Effingham desplegó perezosamente el ejemplar del *Blackport Gazette* comprado esa mañana y que no había tenido tiempo de leer. Los periódicos, imposibles de conseguir en Riders, eran un regalo, una pequeña y entretenida trivialidad. Se fijó en un nombre familiar. Volvió atrás la página. *Un trágico accidente. Con gran pesar hemos sabido de un triste hecho ocurrido el día de ayer en la propiedad del señor Max Lejour, el célebre escritor. El hijo del señor Lejour, Philip Lejour, falleció por accidente al dispararse la escopeta que estaba limpiando...*

Effingham dobló el periódico. Durante un agónico momento se preguntó si no debía volver de inmediato a Riders. Pero, con cobarde alivio, pensó: «No». Había sido una casualidad que hubiera leído la noticia antes de irse. Por lo que sabían los demás, ya podía estar muy lejos. Y, en todo caso, allí ya no

había lugar para él. Ya no podía ofrecer ningún consuelo a la familia Lejour. Nunca volvería. Pensó en Pip, al principio con dolor y lástima, y seguidamente con una extraña satisfacción. Hubo un tiempo en el que podría haberlo envidiado, pero ese tiempo había quedado atrás. La larga vigilia de Pip había llegado a su fin. Y su muerte cerraba la historia, le prestaba una redondez trágica que facilitaba desligarse de ella, dejarla alejarse en el pasado como una esfera que flotara a la deriva. Hannah había reclamado su última víctima.

Effingham oyó el tren a lo lejos. Estaba frenético por irse, por escapar. Cogió el equipaje y, mientras el tren entraba despacio y con estrépito en la estación, corrió a través de la lluvia hacia el vagón de primera clase. Cuando metía sus cosas a toda prisa, tuvo un atisbo de Marian Taylor, que en el otro extremo del andén entraba en un vagón de segunda. Se preguntó si ella lo había visto. Se sentó en silencio, jadeando tras el esfuerzo de acarrear las maletas, recostado en el asiento y a la espera de que el tren se pusiera en marcha. Hasta entonces no se sentiría del todo a salvo.

El tren se movió por fin. La desvencijada estación se achicó a lo lejos. Bajo la lluvia, las cumbres desnudas del peñasal se mostraban grises como el plomo. El tren avanzó a velocidad creciente por el paisaje sin árboles. Effingham suspiró y estrujó el periódico. Era su derrota, era su triunfo, haber vivido para cantar la elegía de los demás. «No hay voces que no enmudezcan pronto, no hay nombre, sin que importe cuántas veces haya sido repetido con el énfasis del amor, cuyos ecos no se extingan.» Era el ángel que corría el telón sobre el misterio, quedando él a la vista del gran auditorio iluminado, donde el tumulto del público al levantarse y el sonido de las charlas triviales comenzaban a oírse. Suspiró de nuevo y cerró los ojos ante aquella tierra desolada.

En el empalme de Greytown telefonaría a Elizabeth. Y quizá, la idea no le desagradaba, cuando tomaran el otro tren invitaría a la pequeña Marian Taylor a su vagón. Todavía le emocionaba el afecto que ella le demostraba. A ella le encantaría. Y también pertenecía al ancho y bien iluminado mundo. Discutirían la historia mientras el tren los llevaba a través de la llanura central.

CRÉDITOS:

Título original: *The Unicorn*

Primera edición: febrero de 2015

Copyright © Iris Murdoch, 1963

First published in Great Britain in 1963 by Chatto & Windus

Copyright de la traducción © Jon Bilbao, 2014

Copyright de la introducción © Ignacio Echevarría, 2014

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2014

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

ISBN: 978-84-15979-49-4

IBIC: FA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

El unicornio

Parte uno

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Parte dos

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Parte tres

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Parte cuatro

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Parte cinco

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Parte seis

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Parte siete

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Créditos